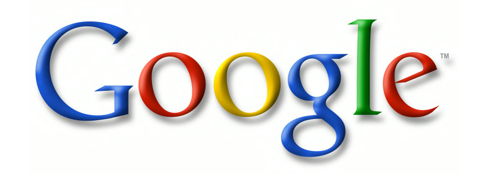
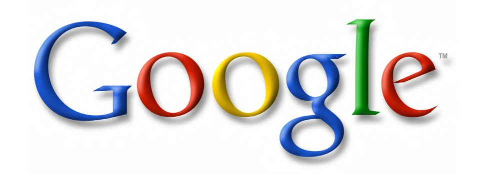
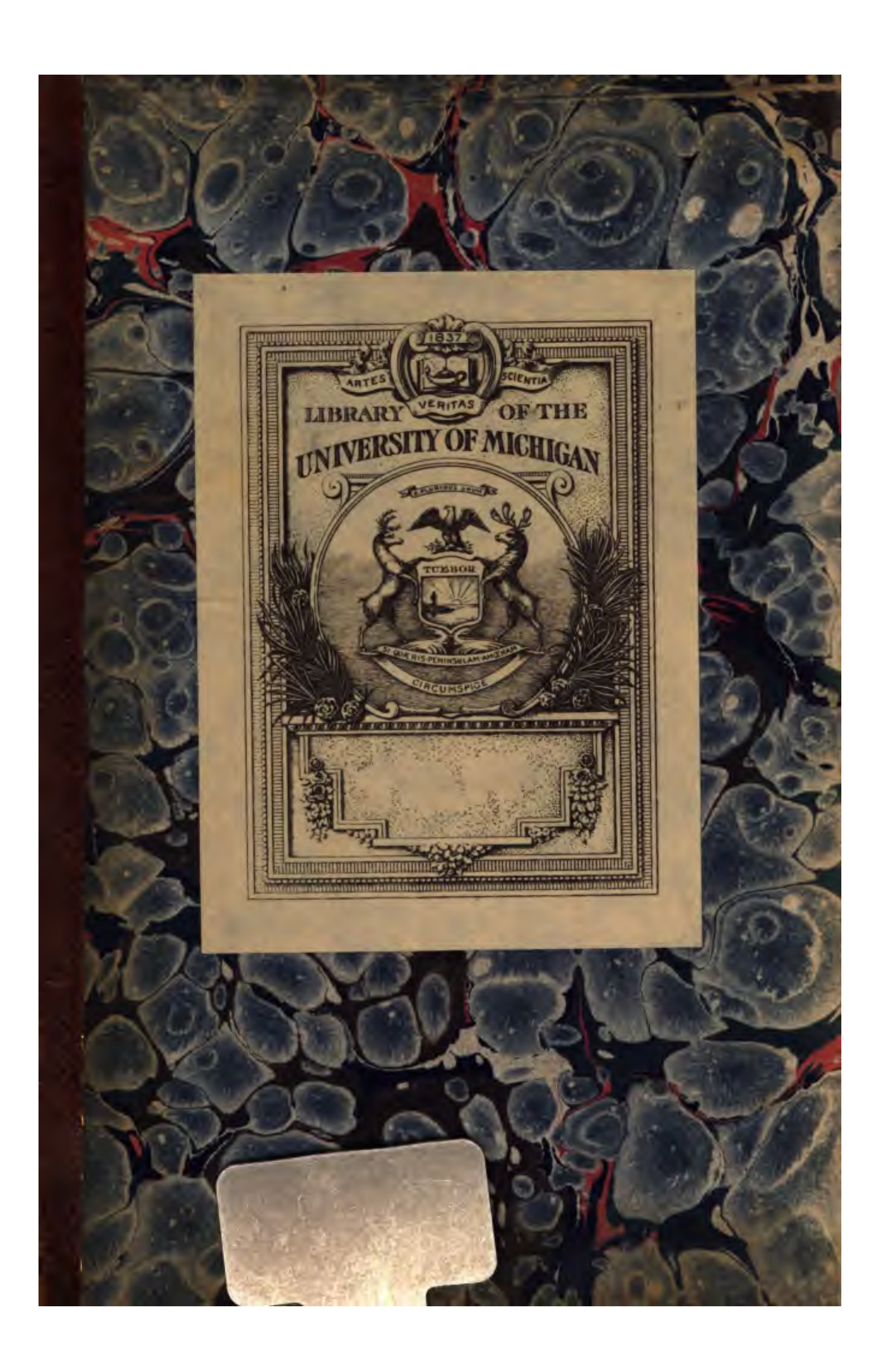


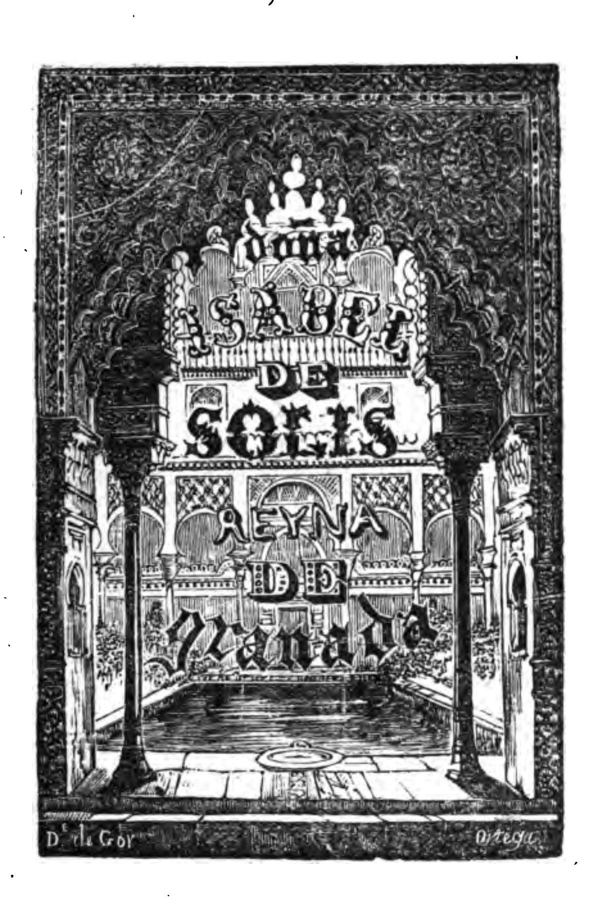



R. O.


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



N. J. 2


doña
ISABEL
DE
SOLIS
REYNA
DE
Granada
Ortega

DOÑA ISABEL DE SOLIS,

Reina de Granada.

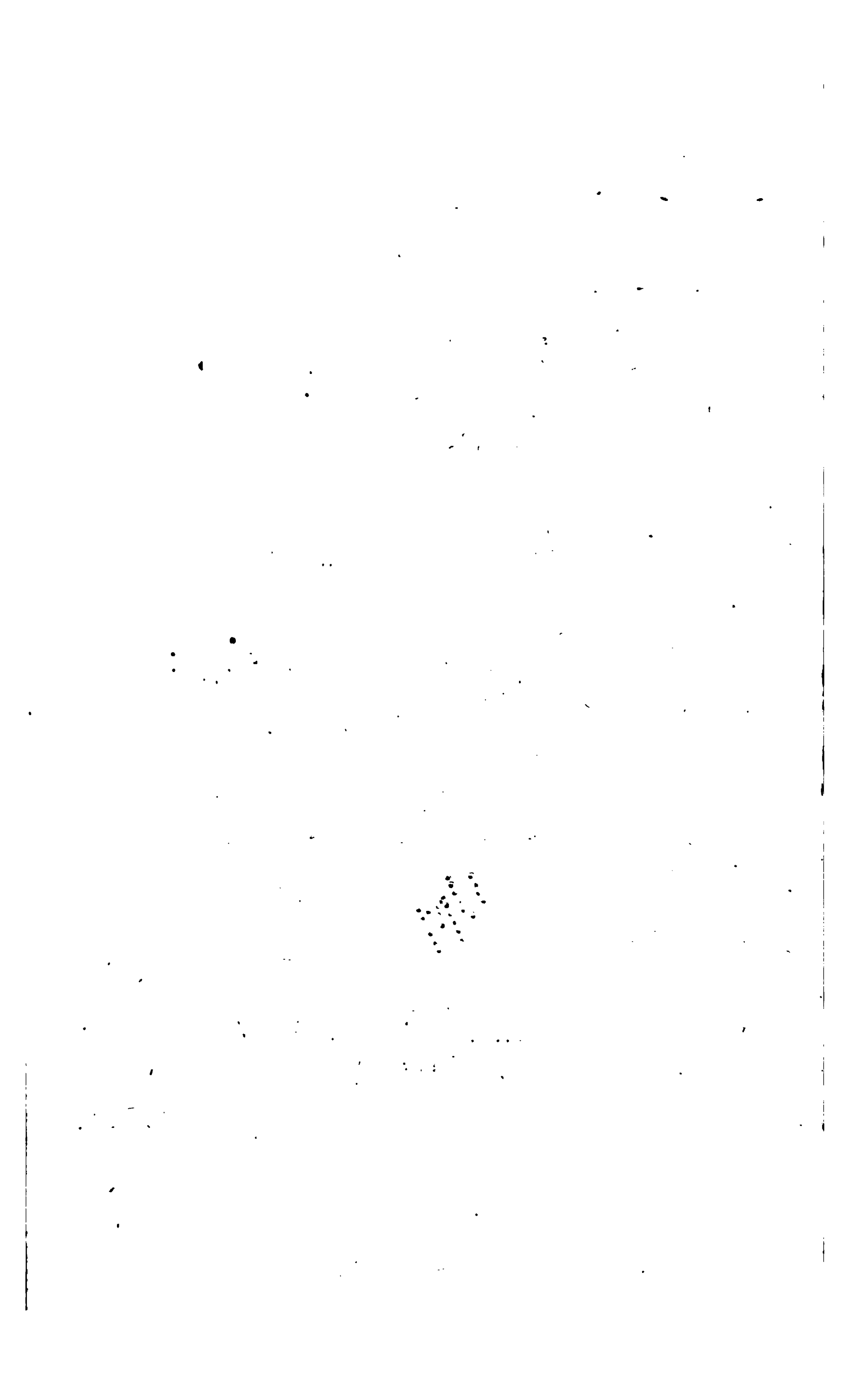
NOVELA HISTÓRICA

POR

D. Francisco Martinez de la Rosa.



MADRID:
Oficina de D. Tomas Jordan,
IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
1839.



Advertencia.

A medida que he ido internando mas y mas en esta obra, he palpado cuán difícil era encerrar en estrechos límites un campo tan vasto, una vez trazado el plan que en ella me he propuesto.

Pintar los principales sucesos de la guerra de Granada, época muy fecunda en hazañas que casi rayan en fabulosas, dando realce á algunos pormenores que se pierden ó apenas se perciben en el extenso cuadro de la historia, seria ya por sí solo un asunto de bastante magnitud é importancia.

Agréguese luego la precision de poner en cotejo de la *guerra extranjera* un trasunto fiel de la *guerra civil*, que minó los

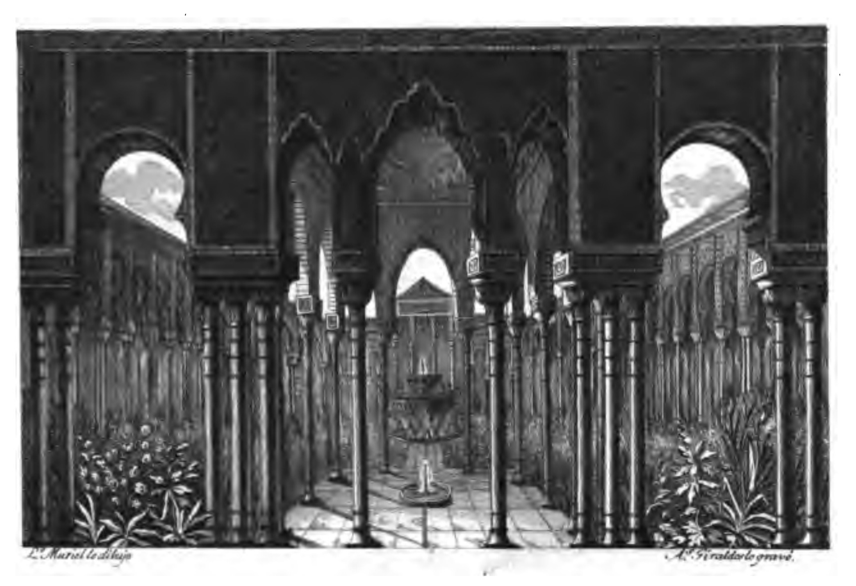
cimientos de aquel imperio, cuya corona se disputaban no menos que tres Reyes, al mismo tiempo que tenia que hacer frente á las fuerzas juntas de España.

Ademas de uno y otro objeto, en que es indispensable llevar fija á la par la atencion y la vista, si se ha de comprender y explicar la decadencia y ruina de aquel reino, tampoco he podido prescindir de uno de los principales fines que me estimularon á acometer esta empresa; cual fué el aprovechar la ocasion de dar á conocer los lugares mas señalados y los monumentos mas famosos con que se envanece Granada; procurando recoger al paso las flores que ofreciese el terreno, y dejando á los eruditos y anticuarios consumir largas horas entre piedras y escombros.

Estas causas me han obligado á suspender la *segunda parte* en el punto mismo en que Albo Hacen, á poco antes desposeido del trono, volvió otra vez á reinar en Granada; á tiempo en que su hijo Boabdil se hallaba en poder de los Reyes Católicos, y

cuando el hermano de aquel Monarca aun no se habia rebelado contra él; dejando para la *tercera parte* concluir el relato de aquellas discordias intestinas, y dar cima á la obra con el triunfo completo de las armas cristianas.

Ocioso fuera advertir que no me propongo escribir unos anales, en que se refieran los hechos con órden riguroso y nímia exactitud; aunque tambien me parece que se debe en esta clase de escritos huir de otro extremo opuesto, cual seria fingir hechos importantes ó desfigurar los verdaderos hasta tal punto, que apenas sea posible reconocerlos: siguiendo este mal rumbo, en vez de ser útil y agradable la *novela histórica*, que es á cuanto puede aspirar, seria tan perjudicial á la *historia*, como la falsa moneda á la de buena ley.



PATIO DE LOS LEONES

DOÑA ISABEL DE SOLIS,

Reina de Granada.

Parte Segunda.

CAPITULO PRIMERO.

Enojo y despecho de Aixa, al saber el casamiento del rey: disposicion de los ánimos en la ciudad.

En tanto que Albo Hacen disfrutaba la dicha mas cumplida que es dada á un mortal en la tierra, habíanse refugiado al palacio de Aixa el odio, la venganza, cuantas pasiones enconosas presagian disturbios y desastres. Que no bien se susurró en el alcázar de la Alhambra el próximo desposorio del rey, cuando no faltó quien llevase la nueva á los oidos de Aixa, la cual al principio se negó á darle crédito, por lo

mucho que costaba á su altivez y orgullo; mas como los aguzadores del mal, que tanto abundan en los palacios, le confirmasen en breve la verdad de su afrenta, estalló su furor con mas ímpetu y violencia que nunca. Inquieta vagaba por su estancia, sin parar ni un solo momento; como la esposa del celoso tigre, encerrada entre barras de hierro: revolvia en su mente mil designios, á cual mas arriesgado; y no menos intentó, en el primer arranque de su ira, que evadirse con mentido disfraz, presentarse de improviso al pueblo, y sublevarle á nombre de su hijo. No fué poca ventura que le contuviese la magnitud de tamaña empresa, hasta consultarla á lo menos con el caudillo de su bando; y haciéndole venir á su presencia en aquel mismo instante, salió desalada á su encuentro, y díjole aun antes de que se aproximase: «Mira, Mahomad, el fruto de tanto sufrimiento y bajeza: el que apenas osaba agraviarme, ocultando bajo la tierra sus villanos amores; el que temblaba en mi presencia, y hasta en sueños temia mi enojo y mi venganza; desvanecido aho-

ra, insolente, perjuro, me arroja de su trono y su lecho, y coloca en él á una esclava. ¿Lo dudas?.... corre, vuela: en este propio instante la estrecha entre sus brazos, la proclama su esposa, le ofrece en holocausto mi humillacion y mi vergüenza. La nieta de Hozmin, la reina de tu estirpe, tu amiga, tu aliada, se mira en este dia revolcada en el lodo.... ¡Y no sientes hervir la sangre de tus venas!»

Mudo permaneció Mahomad durante unos momentos, sin advertírsele la mas leve alteracion en ademan ni en rostro: contemplábale Aixa sorprendida y maravillada, tanto que ni siquiera acertaba con las palabras; mas no pudiendo reprimirse por mas tiempo, y al ir á romper ya en quejas y denuestos, atajóla el caudillo con estas palabras: «No extrañes, noble Aixa, que me haya sorprendido tu enojo, cuando yo venia á demandarte albricias, viendo asegurados tu triunfo y tu venganza.» «¡Mi triunfo y mi venganza!» (interrumpióle Aixa). «¿Pues qué no has entrado mil veces (prosiguió con serenidad el caudillo) en el alcázar de la

Alhambra?.... Aun están salpicadas sus puertas con la sangre del rey Ismael, que perdió el cetro y la vida por los amores de una vil esclava.... Y era tambien hermosa, segun dicen, y nacida en la propia villa que la que hoy precipita á Albo Hacen..... Cúmplase su destino!» [1].

No dijo mas el moro: y quedó tan tranquilo y satisfecho como si estuviése ya viendo con sus propios ojos la perdicion del rey: su ademan, sus palabras, el influjo que ejercia en el ánimo de Aixa, como cabeza de su tribu, la fama de su consumada prudencia, y el crédito que habia granjeado con sus hazañas, le daban tanto peso y autoridad, que al cabo logró templar la ira de la reina; dejándola persuadida á que era conveniente esperar sazon y coyuntura, no como el que perdona cobarde la ofensa recibida, sino como el que acecha al enemigo para herirle mas á su salvo.

No dejó sin embargo Mahomad, por complacer á Aixa, de tantear con maña los ánimos de la plebe, por si la hallaba dispuesta á levantar el grito; pero

aunque fuese de suyo instable y movediza, no la halló tan pronta cual quisiera á correr los azares de la guerra civil. No era Albo Hacen un principe tan esclarecido por sus hechos, que embargase el afecto y la veneracion de sus vasallos; y no habia mermado poco el concepto que de él tenian, al mirarle entregado al regalo y deleite; pero como no era sanguinario ni cruel, no habia sublevado contra sí el odio de los pueblos; por lo comun pacientes y sufridos, hasta que lleno el vaso, con una gota mas se derrama.

El repudio, que tanto habia llagado el corazon de Aixa y acalorado los designios de sus muchos deudos y parciales, no era un hecho tan desusado, si bien no comun entre aquellas gentes, que bastase á conmover al pueblo, por mas que apreciase la entereza y virtud de la reina; y aun la circunstancia de ser su sucesora una cautiva cristiana, lejos de provocar el odio de la muchedumbre, le ganaba su afecto; pues miraban como una muestra del favor del cielo la conversion de los infieles á la ley del Profeta [2].

Hasta la comun voz de ser tan hermosa Isabel, que faltaban voces á los que la habian visto para encarecer su belleza, habia cautivado la aficion de aquel pueblo, de imaginacion viva, de pasiones ardientes, el primero que enseñó á la Europa, entonces ruda y bárbara, á hermanar la gloria de los combates con el cultivo del ingenio y la adoracion de la hermosura.

Cundió tambien la fama de que era la nueva reina humana y compasiva; cualidades que por sí solas, aun prescindiendo de la juventud y belleza, harian caer las armas de manos de la muchedumbre: y se tuvo entonces por cierto que á su intercesion se debia que hubiese mandado Albo Hacen, en albricias de su feliz enlace, aliviar por aquel año ciertos tributos y gravezas, que agoviaban al pueblo, y abrirle generosamente los *Silos* del Estado, de que habia gran copia en la ciudad, bien preservados y abastecidos; para que reparar pudiese la mano bienhechora del príncipe, en años de esterilidad y miseria, hasta el rigor y aspereza del cielo.

CAPITULO II.

Fiesta en Generalife.

Pasados algunos dias, que consagró Albo Hacen á la sola y única dicha de verse al lado de su esposa, libre de la carga del mando y del peso de la grandeza, comenzaron las fiestas y regocijos con que habian de solemnizarse las bodas. Ordenó el rey que ante todas cosas se celebrase una *zambra* en el palacio de *Generalife*, donde se ostentase á porfía el esplendor de su corte; que mas numerosa y lucida no la tenia á la sazon ningun monarca de la tierra [3].

Salió Albo Hacen del alcázar, en una de las noches mas templadas y apacibles de otoño, acompañado de su esposa, y seguido de una turba de caudillos y cortesanos: y pasando por delante de la misma casa en que habia morado Isabel (quien, al pasar frente á la puerta, fijó en ella los ojos, y los volvió despues al rey con muestras de gratitud y de ternura), dejaron á mano

derecha la *Torre de las almenas* [4], que domina magestuosamente la senda que baja hasta el Dauro, y se encaminaron por la *Puerta de hierro* (famosa por mil tradiciones de prodigios y encantos) en busca del palacio de *Generalife*.

La senda que á él conducia, fronteriza á la segunda torre que corona aquellos adarves, no estaba cual hoy la vemos, expuesta á los rayos del sol, á la lluvia y al viento, sino cubierta y resguardada [5]; por manera que casi puede decirse que el régio alcázar de la Alhambra y el palacio de Generalife no formaban mas que uno solo.

Aunque ya estuviese la estacion adelantada, apenas se echaba de ver en un clima tan apacible: al mismo tiempo se veian las rosas de la primavera, nardos, jazmines, alelíes, que habian sobrevivido al verano, y las ricas frutas de otoño, agoviando con su peso las ramas, hasta casi tocar el suelo. De unos árboles á otros pendian colgantes de vistosas luces, que meciéndose al viento, formaban mil visos y cambiantes: entapizado el suelo con oloroso almoraduj, con mastranzos y flores; y

en lugar de cercas y vallados, un verde césped de arrayanes.

Al entrar en el *patio de Generalife* Albo Hacen y su esposa quedaron tan pasmados, cual si de repente se hallaran en la region del paraiso: iluminadas las columnas de jaspe, que parecian de cristal trasparente; los chapiteles esmaltados de púrpura y de azul, para que resaltasen mas y mas sus labores, (como aun se advierte hoy dia, á pesar de la lima del tiempo); saltaba por cien partes el agua de las fuentes; perdíase á lo lejos la vista en la larguísima *calle de cipreses*; y al extremo opuesto, por en medio del vestíbulo y de la hermosa galería, se divisaba un templete ó recinto, que parecia suspendido en el aire [6]. Adonde quiera que volviesen los ojos Albo Hacen y Zoraya, hallaban nuevos motivos de admiracion y de recreo: si cansada tal vez la vista de las luces, y el alma y los sentidos de tan vários y agradables obgetos, se retiraban unos momentos á la galería fronteriza á la Alhambra, disfrutaban indecible deleite en permanecer allí solos, contemplando á sus plantas el

terreno quebrado, las huertas y los jardines; mientras allá á lo lejos, acrecentando la oscuridad lo corpulento de las torres y muros, divisaban no sin delicia la sombra colosal del alcázar.

Al otro lado del patio, por la parte de oriente, se descubria sobre el repecho del vecino monte un vergel amenísimo [7], circundado de un estrecho cauce, como para defender un cenador, formado por los árboles que descollaban en el centro. Allí estaba dispuesto que descansasen Albo Hacen y su esposa; y á fin de que todo les recordase que se hallaban en un jardin, hasta las alfombras y almohadones estaban labrados con tan exquisito primor, que semejaban un prado de verdura y de flores.

Hallábase colocada la música de allí á alguna distancia, para que sus acentos llegasen mas suaves á los oidos del rey y de su esposa; los cuales contemplaban, no sin admiracion, los vistosos y alegres bailes, con que retemblaba la galería de en frente. Gustó sobre todo á Isabel una danza muy difícil y artificiosa, que los moros apelli-

daban *leila* [8]; y comparándola con la danza grave y compasada, que habia visto en Castilla [9], dijo con donaire á su esposo: «Afortunados sois, á fé mia; pues hasta en los bailes retratais la imágen de vuestros amores.» Sonrióse el rey, cada vez mas prendado de las gracias de su gentil esposa; y cuando mas embebecidos estaban en un dulce coloquio, llamó de pronto su atencion el vuelo de unas aves, que vinieron á caer á sus plantas. Las habian despedido, á lo que parece, desde la copa de un ciprés altísimo (tan famoso despues por una lamentable desdicha) [10]; y tambien aficionadas estaban las dos hermosas tórtolas, que de un vuelo se dirigieron al pié del árbol mismo, que cubria con su sombra á los afortunados esposos.

Para que fuese mas variada la magnífica fiesta, en tanto que el jardin resplandecia como un ascua de oro, habian dejado opaco el hermoso *cenador de laureles*, que enseñorea desde lo alto el vergel, y le abastece de cristalinas aguas. El triste verdor de los árboles, que espesos forman los muros y la

bóveda, daba á aquel recinto cierto aspecto grave y sombrío; cuando de improviso se vieron vagar por él, como si fuesen otras tantas sombras, una multitud de bultos con extraños disfraces, y en la mano hachas encendidas [11].

Al propio tiempo sonaba â trechos un apacible canto, si bien pausado y melancólico; y para que fuese mas grata la sorpresa, cual si hubiese en el cercano monte un eco misterioso, repetian los mismos cantares, pero con voz mas apagada, desde el *tocador de las damas* que se hallaba junto á los *baños*, de allí á corta distancia [12].

Agotados parecian todos los tesoros del ingenio y del arte, cuando rogaron á Albo Hacen y á la reina que subiesen á la *galería de laureles*, despejada ya y solitaria; y entonces fué cuando admiraron sus ojos el cuadro mas peregrino que imaginarse puede. Subia por un suave recuesto la misma calle de copados árboles hasta llegar al *Cerro del Sol*; y desde su altísima cumbre bajaba despeñado un torrente, en forma de cascada, que rodaba despues de

un jardin en otro [13]. Habia dispuestas con tan singular artificio mil luces y lumbreras, que parecian arder bajo las aguas, y multiplicarse con sus vivos reflejos; creciendo de todo punto la admiracion y sorpresa, cuando se desplegó, como por encanto, ante los mismos ojos de Zoraya, un vistosísimo trasparente, que imitaba la bóveda del cielo, sembrado el campo azul de brillantes estrellas; pero que todas se amortiguaban, y al fin se oscurecian, al nacer en oriente el *lucero de la mañana*.

Miró Albo Hacen á su esposa con tan blanda sonrisa, que bien se echó de ver en ella el sumo gozo de su corazon; en tanto que Zoraya, si bien bajó los ojos con recato y modestia, se holgó mas de aquel tributo, pagado á su hermosura, que de la vana pompa y grandeza del trono.

CAPITULO III.

Justa naval en el cerro de Dinadamar.

Entre los muchos palacios que po-

seian los reyes de Granada, y de que apenas quedan vestigios, si es que no ha perecido hasta el nombre, no eran los menos suntuosos y amenos los que hermoseaban las márgenes del Genil, pobladas de arboledas y frescuras. A la misma confluencia de aquel rio con el Dauro, que se abrazan como hermanos á la salida de la ciudad, se hallaba situada la deliciosa *huerta del Cadi (Ginal-cadi* la llaman), perteneciente á aquellos príncipes; y no á mucha distancia, siguiendo el curso de la mansa corriente, el *jardin de la Reina*, con magníficos aposentos, de que aun quedan preciosos restos, como torres, miradores, estanques; y alguno de ellos tan espacioso, que consentia celebrar dentro de su recinto juegos y combates navales [14].

Allí intentó Albo Hacen ofrecer á su esposa uno de aquellos espectáculos, que nunca habia visto; pero habiéndole hecho presente su valido Aben Hamet que las orillas del Genil eran poco sanas y apacibles en aquella estacion, y que sorprenderia mas á la reina el ver flotar bajeles en la cumbre de una

montaña, convino de buen grado el monarca en que se dispusiese la proyectada fiesta en el *cerro de Dinadamar*.

El dia destinado al intento (que tan claro y alegre lo deparó rara vez el cielo) bajó Albo Hacen con la reina por los mismos jardines del palacio hasta las márgenes del Dauro; y pasando á la orilla opuesta, atravesaron un barrio delicioso, que por sus cármenes y vergeles habia merecido el nombre de *Haxariz*, ó barrio del recreo [15]. Al salir de él, y apenas se vieron en lo alto de un suave recuesto, hallaron dispuesta la magnífica cabalgada que debia acompañarlos; y en el centro dos caballos árabes, que parecian ensoberbecidos y ufanos por haber sido destinados á tan preciosa carga. El que se eligió para la reina, sin ser muy alto ni corpulento, ostentaba unas formas tan gallardas y airosas, que bien se echaba de ver su lozanía y ligereza; y hasta el color de la piel, que parecia una perla de oriente, y que realzaban la cola y crines mas negras y atezadas que el ébano, mostraba que

le habian preferido por su singular hermosura. Pues los arreos eran cosa de ver, de tafilete color de púrpura, recamados de rica orfebrería, y sobre la espalda del brioso animal un guarnimiento de terciopelo verde, salpicado de estrellas de oro.

El apasionado monarca no apartaba los ojos de su esposa, que si bella como un sol se habia mostrado siempre, aun mas hermosa parecia montada sobre el corcel con gallardía y desembarazo, y ondeando á merced del viento el velo que cubria su cabeza.

A la entrada y salida de cada senda se elevaba un arco de enramadas y flores; de suerte que todo el camino semejaba un vergel. Cabalmente en aquella estacion del año, como que la naturaleza misma ostentaba á los ojos del rey de Granada los tesoros y riquezas que debia aquel suelo feraz al esmerado cultivo de los árabes. Largas calles de olivos en las llanuras y collados; vides plantadas en los tajos y hasta en las hendiduras de las peñas; los granados de Siria ostentando su rojo fruto entre las verdes hojas; naranjos

de Tánger, priscos de Damasco, madroños, azufaifos, membrillos, toda suerte de árboles frutales; y aun las cercas mismas formadas con higueras de Túnez, que no solo pagan su tributo al dueño, sino que defienden su heredad contra la codicia de los extraños [16].

En breve tiempo llegaron á la *puerta de Fajaleuz* (que aun subsiste en pié, cuando han desaparecido tantos reinos de la sobrehaz de la tierra), y se hallaron en el *collado de los almendros*, que le prestó aquel nombre [17]. Por los altozanos de en frente se encaminaron paso á paso en busca de la *acequia de Dinadamar*; y siguiendo la orilla del retorcido cauce, que circunda la falda del cerro, llegaron al pié de *la cascada*, que se despeña hirviendo de la altísima cumbre, y va á fertilizar con sus aguas cien cármenes y huertas.

Allí descansaron algun tiempo Albo Hacen y su esposa, maravillados de la frondosidad de aquel sitio, poblado de álamos blancos, de adelfas, de mirto silvestre: mas cuando luego treparon á la cumbre del monte, levantada por

la misma naturaleza como una torre redonda, para dominar desde ella los dilatados campos, no encontraban palabras para expresar su admiracion [18]. En el centro se elevaba un *mirab ú oratorio*, de cuatro arcos iguales, y encima de las leves columnas un *mirador* con ajimezes y ventanas, que dejaban disfrutar en derredor las deleitosas vistas. A mano izquierda, por la parte del medio-dia, el soberbio palacio de la Alhambra, el alminar de la mezquita mayor [19], torres, adarves, muros; mas allá la Sierra Nevada, como un lienzo blanquísimo, descollando á manera de atalaya el pico de *Muley Hacen* [20]. Divisábanse luego las sierras del Padul, las de Alhama y de Loja; viniendo á cerrar á mano derecha el espacioso círculo las sierras de Elbeyra, de Hisnaleuz, de Alfacar y de Viznar. En medio del magnífico anfiteatro, que formaba la cadena de montes, estendíase á su abrigo la dilatada vega, sembrada de pueblos y alquerías, y cruzándose por todas partes las azequias y arroyos, como las venas del cuerpo humano que reparten el jugo y la vida.

Allá á lo lejos, por los tendidos campos, se descubria á trechos el Genil caudaloso; y al pié mismo del sitio en que se hallaban Albo Hacen y su esposa, ocultaba el Beiro su curso, como apremiado entre los cerros y avergonzado de su escaso raudal. En el repecho que formaban los montes fronteros, desde la márgen del rio hasta las altas cumbres, pacian al mismo tiempo millares de rebaños; y para ofrecer á los ojos del rey un cuadro apacible y sencillo, se veian en uno y otro cerro tiendas y cabañas de árabes; recordando de esta suerte la cuna de un pueblo que habia logrado levantarse á tanto poder y grandeza.

Con el fin de disfrutar á placer tan halagüeña vista, colocáronse los reyes de Granada á la entrada de una verde gruta, donde manaba mas clara que el cristal *la fuente de la gayomba* (no lejos ¡ay! de otra fuente, que al volverla á ver tras largos años arrancó lágrimas de mis ojos [21]): y allí ofrecieron á Zoraya tan várias y esquisitas frutas, que casi rayaba en prodigio que hubiesen nacido todas ellas dentro del mis-

mo reino: desde la naranja y el dátil de Africa hasta el níspero agreste y la manzana de los Alpes.

Apenas estaria el sol á mitad de su curso, flechando sus rayos sobre el *Cerro de Dinadámar*, cuando se encaminó Albo Hacen con su esposa al lugar destinado para la justa, de allí poco lejano y guarecido del embate del viento por los vecinos montes. A su abrigo se hallaba situado un vastísimo estanque, la forma cuadrada, profundo el seno, recios los muros, y á cada extremo una elevada torre [22]. En una de ellas, casi arruinada hoy dia, (la misma á cuyo pié se despeña un arroyo) se colocaron Albo Hacen y su esposa, descubriendo desde aquella altura todo el ámbito de la vega, y dominando al propio tiempo el espacioso estanque. Habia este servido desde muy antiguo para baño de princesas y damas, por lo ventajoso de su situacion, en el regazo que forma el cerro y al amparo de su empinada cima; pero alguna vez, para ostentar los reyes de Granada su magnificencia y poderío, habian dispuesto en él juegos y combates navales [23]. El que iba á

celebrarse con tan fausta ocasion, no cedia á ningun otro en aparato ni en grandeza: habian construido al efecto gran número de esquifes, aguzada la punta por ambos extremos, y moviéndose á todas partes con tanta soltura y presteza cual pudiera un pez en el agua. Los remeros que contendian para alcanzar el premio, estaban vestidos á la usanza africana, distinguiéndose los de uno y otro bando por sus divisas y colores; y tal era la ligereza de los bateles y tal el ímpetu que recibian de los nerviosos brazos, que apenas alcanzaban los ojos á seguir el sulco de las quillas. Partia veloz un cárabo, salíale otro al encuentro, mientras otro mas diestro atajaba á entrambos el paso: revolvíanse á veces á manera de remolino, apartábanse luego, se aferraban despues; y la confusion de las naves, el batir de los remos, la grita y vocería de los que se arrojaban al agua, de los que se salvaban á nado, de los que apellidaban victoria, ofrecian en aquella fiesta el simulacro de un combate.

CAPITULO IV.

Fiestas en la plaza de Bib-Rambla.

No bastaba al apasionado Albo Hacen escuchar las alabanzas y enhorabuenas de boca de sus cortesanos, que á fuerza de repetidas casi le causaban hastío; deseaba coronar su ventura presentando á su esposa á la vista del pueblo, para que admirase á su vez á la que habia prendado el corazon de su monarca. No buscaba este aprobacion, y mucho menos escusa; anhelaba, sin saberlo él mismo, halagar su pasion con el triunfo del amor propio, y poder decir en sus adentros: «no hay uno solo, de cuantos contemplan á mi esposa, que no envidie mi dicha.»

Zoraya por su parte se complacia tambien (mujer al fin y de pocos años) con la lisonjera esperanza de cautivar la admiracion del pueblo; prometiéndose tal vez por este medio acrecentar el amor del rey; por manera que los deseos de uno y otro concurrieron de

consuno á que se apresurasen los festejos y alegrías con que habia de celebrar Granada las bodas de su príncipe.

Corto tiempo fué menester para los aprestos necesarios; porque tal era la riqueza de aquella ciudad, cabeza del estado, emporio de las artes, y en la cual se habian ido amontonando las reliquias y sobras de tantos reinos [24], que muy pocas ciudades, si es que alguna en el mundo, podian competir con ella en ostentacion y grandeza. Ni menos contribuia á ello la índole de sus moradores, valientes, industriosos, corteses, muy dados á las fiestas y galanteos; y en tan sumo grado, que servian tal vez de modelo á los mismos cristianos, á pesar del ódio alimentado en ocho siglos de contínua pelea. Los juegos de sortija y de cañas, que el roce y trato con los moros introdujo en Castilla [25], eran quizá los espectáculos mas famosos de cuantos se celebraban en Granada, como que ofrecian la mejor ocasion de ostentar gala y destreza, granjeando al mismo tiempo los aplausos del pueblo y el cariño de las hermosas.

Todo concurria en esta ocasion á que fuesen aun mas magníficas las concertadas fiestas: los magistrados de la ciudad abrieron con mano franca su tesoro; preparáronse los Abencerrages y las tribus allegadas y amigas á desplegar su fausto y poderío, no menos para hacer alarde de su amor al monarca, que para dar en ojos á sus rivales; y solo se anubló el comun gozo con el temor de que los Zegríes y parciales de Aixa se negasen á concurrir á las fiestas. No fué posible sondear entonces, y harto mas difícil fuera escudriñar hoy dia, los motivos que movieron su ánimo á abrazar la resolucion que tomaron; mas lo cierto es que el pueblo, acostumbrado á que aquella tribu, tan audaz como poderosa, no dejase ningun agravio impune, no acertaba á volver de su admiracion y sorpresa, cuando supo que no solo habia condescendido con los deseos del monarca, sino que se disponia á presentarse en las cañas con mayor séquito y magnificencia que lo que tenia de costumbre. Ni faltó quien dijera entre el vulgo, de suyo suspicaz y malicioso:

«¿juego de leones y tigres?... Harto será que no se termine con sangre.»

El lugar destinado al intento, como el mas cómodo y espacioso dentro del recinto de la ciudad, era la plaza llamada *Bib-Rambla*, ó sea *de la puerta del arenal*; porque al pasar el Dauro junto á ella, le dejó las arenas y el nombre [26]. Era aquel recinto muy vasto, aun mayor que se muestra hoy dia, su forma regular, el terreno llano, cercado de edificios capaces de contener numeroso concurso, y tenia ademas la ventaja de ofrecer unos *miradores* magníficos, desde los cuales podian presenciar los reyes las carreras y juegos [27]. Aunque aquel sitio estuviese de antemano destinado á las juntas de los magistrados de la ciudad, y adornado por lo tanto con especial esmero, no se escaseó gasto ni diligencia para que apareciese digno de acoger en su seno á tan poderoso monarca; y aun para pagarle un tributo halagüeño, mostrándole los tesoros del suelo que regia, revistieron el pavimento del *mirador* principal con blanquísimos alabastros, y formaron en derredor un alizar ó zó-

calo de mosáico de distintos colores, ostentando la riqueza de mármoles que encierra el reino de Granada, tantos y tan preciosos que á ninguna comarca del mundo cede la primacía [28].

Salieron de la Alhambra Albo Hacen y su esposa por la puerta llamada *Bib-Laujar*, resguardada de una parte por la altísima torre llamada *de la Vela*, quizá la mas antigua que labraron los moros [29], y del lado opuesto por las *Torres Bermejas*, cuyos cimientos firmísimos ocultan en la oscuridad de los tiempos el nombre de sus fundadores [30]. Bajó la régia comitiva por la calle *de los Gomeres*, la mas ancha tal vez de cuantas encerraba en su seno Granada, casi todas estrechas y torcidas, bien por apego de aquellas gentes á los usos de Africa, bien para guarecerse del ardor del estío, ó tal vez por resguardo y defensa [31]. Lo que no es posible encarecer con palabras es el cuadro que ofrecia á los ojos la primera plaza, labrada sobre la espalda misma del rio; obra maravillosa, vestigio del poder romano, que ha resistido igualmente al curso de las aguas y al de los

siglos [32]. En su espacioso ámbito se apiñaba un inmenso gentío, con el ansia de aclamar á Albo Hacen y de ver al paso á su gallarda esposa; en tanto que por la ribera del Dauro, por la calle de Elbeira, por las cuestas que bajan de una y otra colina, perdíase á lo lejos la vista, con tanta muchedumbre de guerreros, de pendones, de enseñas. Desde una plaza á otra, á la vera del rio, estaba el suelo alfombrado con flores; con flores estaban cubiertas las azoteas y terrados, cual si fuesen otros tantos pensiles; y las puertas y ventanas adornadas con preciosas telas y sedería, como para ostentar la opulencia de aquel barrio de la ciudad [33]. Al pasar Albo Hacen y la reina vertian las damas mil esencias y olores; y tal era el bullicio, tal el afan por mirarlos de cerca, que á duras penas podia ir abriendo paso la régia comitiva. Pero cuando asomó Zoraya por la plaza de *Bib-Rambla* no se oyó sino un solo grito: «¡*qué hermosa*!» Bien que era cosa de pasmo verla tan gentil y tan bella, y con ademan tan modesto entre aquella pompa y grandeza, que daba claras se-

ñales del candor de su alma. Pues la gala y atavíos fuera en vano querer encarecerlos: la vestidura de color de púrpura, entretegidos los hilos de oro y seda, y con labores peregrinas, remedando los brocados del Asia; la garganta, el pecho, la frente, cubiertos de piedras preciosas; y en la cabeza un turbante de terciopelo carmesí, cuajado todo de menudo aljófar. Hasta las moras mismas no volvian de su asombro, prendadas de aquella criatura celestial; y tanta era su admiracion y sorpresa, que ni siquiera dejaba campo á la emulacion ni á la envidia. Verdad es que las hijas de Granada no tenian tanta fama y renombre por su hermosura, cuanto por la gallardía de su talle, por su gracia y despejo, y aun mas que todo por la viva expresion de sus ojos; mas á pesar de eso, como si ellas mismas desconfiasen de sus atractivos, solian aliñar el rostro con mentidos colores, y hasta ungir los cabellos con esencia de mirto, para que apareciesen mas negros y diesen realce á sus facciones [34]. No asi la hermosísima reina, que ostentaba en su faz un color tan suave como el

seno de una concha de oriente; siendo tal la blancura de su tez, y tan negras sus cejas y pestañas, que no habian menester sus ojos mas encanto y hechizo.

Colocóse sobre un rico estrado en el mirador principal, al lado de su esposo, y no lejos de su querida Arlaja, que estaba como fuera de sí con la satisfaccion y regocijo. Seguian luego asentadas en dos hileras las damas y doncellas, á cual mas linda y galana, ansiando cada una ver asomar por la plaza al querido de su corazon; y en el extremo opuesto, á espaldas del monarca, se hallaban colocados Aben Hamet Abencerrage, como Alguacil mayor de Granada, los magistrados de la ciudad, y un gran número de alcaides y caudillos.

CAPITULO V.

De las principales cuadrillas que tomaron parte en aquellas fiestas.

A un tiempo sonó el eco de añafiles y de atabales por los cuatro ángulos de la plaza, y se vieron entrar las vistosas

cuadrillas que estaban concertadas para los juegos. De las treinta y dos tribus principales, sosten y ornamento de Granada [35], habia elegido Albo Hacen las ocho mas esclarecidas, por descender muchas de ellas de estirpe real; y cada cual habia escogido despues la flor de sus guerreros, para salir airosa de la justa. Los primeros que desembocaron por la calle del *Zacatin* fueron los famosos Abencerrages, que traian su orígen de los antiguos reyes de Marruecos, y que en nadie reconocian ventaja en valor y generosas prendas. Venian montados en caballos mas blancos que la nieve, y tan gallardos y briosos que á duras penas podian refrenarlos sus dueños: los jaeces tachonados de argentería, los penachos y caireles de azul claro, la color del cielo, y encintadas las crines y las colas. Pues los caballeros eran cosa de ver: con sus marlotas de brocado de plata, salpicadas de esmeraldas y de zafiros; los pendoncillos de las lanzas blancos y azules, divisa de aquel linage, y en el centro la cifra ó la sobreseñal de sus amores.

Del mismo bando de los Abencerra-

ges, unidos con ellos por los vínculos de la amistad y del parentesco, asomaron por el lado de la *Mezquita mayor* los Maliques Alabeces, descendientes de los reyes de Fez, como lo mostraba la corona de oro que traian en sus adargas, y al rededor esta letra: *de mi sangre*. Venian vestidos de brocado verde con recamos de plata, los bonetes de la propia color, y unos capellares finísimos, prendidos con tal garbo que iban flotando al aire. Los caballos de raza árabe, con ricos paramentos, y en los pretales y testeras lazos y estrellas de metales preciosos.

Detras de los Abencerrages, no desdeñándose de seguir sus pisadas, venian los Almoradies, tan claros en linage como famosos por sus hechos. Provenian tambien del reino de Marruecos, y contaban entre sus mayores á los que sepultaron la monarquía goda en las márgenes del *rio de la muerte* [36]. Su fama y su riqueza fueron acreciéndose con el tiempo; y llegaron á ser una de las tribus mas poderosas de Granada, emparentando con sus propios reyes.

No menos se aventajaba en lustre y

poderío la familia de los Alhamares, que si bien habia tenido su noble cuna en Africa, habia llenado los términos de España con la fama de sus proezas. Eran estos caballeros muy allegados á los Alabeces por aficion y deudo; y venian al par de ellos á ostentar en las fiestas reales su gala y gentileza.

Contaban unos y otros por competidores y rivales á los valerosos Zegries, descendientes de los reyes de Córdoba, y dignos por su esfuerzo de su preclaro orígen. Mas era tal su altivez y arrogancia, que hasta tenian en poco la estimacion y aplausos del pueblo; causa por la cual los miraba este con cierto desabrimiento y desvío, como por despique y venganza. Odiaban de muerte á los Abencerrages, ya desde muy antiguo; competian siempre con ellos, asi en juegos y fiestas como en veras y combates; y en la ocasion presente no quisieron quedarles en zaga en ostentacion y bizarría. Los caballos, mas negros que azabache, eran de raza cordobesa, corpulentos, briosos, anchos de pecho, la cerviz alta, las crines y la cola casi barriendo el suelo:

los arreos y jaeces adornados de seda carmesí, y las hebillas y tachones de oro: obra extremada. Traian los Zegries en la cabeza turbantes de color de fuego, que realzaban la gravedad del rostro; las aljubas y marlotas sembradas de medias lunas, á la usanza turquesca; y piedras de subido valor en los puños de los alfanges. Como allegados á esta tribu, venian á justar al par de ella otras tres de las mas ilustres: los Almohades, que blasonaban de descender de monarcas de Africa; los del linage de Aben Hamar, poderosos en paz y en guerra; y los Audallas, de Marruecos, ufanos de su estirpe y vanagloriosos de sus hazañas. Cada una de estas tribus se distinguia por sus colores y divisas; pero á la par se tenia por de menos valer el guerrero que no llevaba algun don de su dama, como prenda de la victoria.

Tras las huellas de las ocho cuadrillas entró gran muchedumbre de palafreneros y de esclavos, con sendos caballos de la brida, encubertados con ricas telas de diversos colores; y distribuyéronse todos al rededor del vasto

palenque. Entre tanto lo recorrian los justadores, repartidos por los cuatro frentes, y gallardeando con los caballos, para ostentar su donaire y destreza; hasta que, á una señal de chirimías y trompetas bastardas, partieron á la vez apiñándose todos en el centro: allí formaron un vistosísimo caracol; remedaron al sol con sus rayos; y entretegieron tantos lazos y nudos, desenredándolos con singular presteza, que se fatigaban los ojos en aquel confuso laberinto.

Al son de los instrumentos, y entre el estruendo de vivas y aclamaciones, compartiéronse luego en dos bandos; y trabaron una escaramuza con tal arte y maestría, cuanto que hasta el modo de pelear de aquellas gentes, heredado de los pueblos de Africa, parecia brindarse á estos simulacros de guerra: acometian de súbito, esparcíanse luego, tornaban otra vez; y desaparecian como por encanto de entre las manos de sus enemigos.

La antigua rivalidad entre unas y otras tribus, el ánsia de merecer la palma á lós ojos del pueblo, y el estí-

mulo del amor, no menos poderoso en aquellos pechos que el anhelo de gloria, todo contribuia á que se empeñasen con tanto ardor en estos simulados combates, como si en ellos se tratase de una verdadera pelea; pero cuando mas se echaba de ver la emulacion que los animaba y la sangre que hervia en sus venas, era al momento en que, terminada la escaramuza, disputaban de dos en dos el premio de la carrera.

Aconteció este dia un azar de leve momento; pero que se miró por la plebe como presagio de mayores desdichas: fué el caso que no pudiendo salir á justar el caudillo de los Abencerrages, por la suprema dignidad que á la sazon ejercia, venia capitaneando á aquella tribu el gallardo Albin Hamad, famoso ya por sus hazañas; pero como Mahomad Zegrí, cabeza de su tribu, se desdeñase de competir con ningun caballero de Granada, á no ser el caudillo de los Abencerrages, se negó á concurrir á las fiestas, teniendo á menos alegar escusa ni pretexto. Venia pues en lugar suyo otro caballero zegrí, de no menor esfuerzo, ya que no de tanta

nombradía, deudo tambien de Aixa, y sediento como el que mas de lavar en sangre su afrenta.

Aplazóle para la carrera el caudillo de los Abencerrages: aceptó el Zegrí con un leve ademan, sin proferir ni una sola palabra; y partieron á media rienda, para colocarse en el extremo del palenque. Tanta fué la suspension de los ánimos al verlos alli juntos, que se hizo en toda la plaza un profundo silencio; levantóse la gente en pié, y ni á respirar se atrevia. A una señal, partieron como un rayo; y al notar el Zegrí que su rival le llevaba ventaja, clavó los acicates al corcel, abandonó las riendas, y asido de la crin escapó con tal ímpetu, que desbocado el caballo dió de pechos contra la meta. Sonó un grito en la plaza, de sorpresa y de espanto; pero el Zegrí se mantuvo firme, sin mostrar ni turbacion ni miedo; y solo se notó que se le alteraba la color del rostro, al oir los aplausos con que celebraba el pueblo la victoria de su competidor.

Otorgó el rey una breve tregua, para que tuviesen algun respiro los justa-

dores de uno y otro bando, que todos se habian comportado á ley de buenos caballeros; y en tanto que cada cual apercibia su caballo y su lanza para el juego de la sortija, y recibia mil parabienes de sus deudos y amigos, ninguno de ellos quitaba los ojos de su dama, teniendo en mas una mirada suya que todos los aplausos del mundo.

CAPITULO VI.

Juego de sortija.

Al pié de los *miradores reales* (y lo mismo frente por frente en el costado opuesto) se elevaba un tronco, imitando una palma, las hojas verdes como esmeraldas, dorado el fruto, y las ramas tendidas y flexibles. Habia dos en cada árbol, á manera de brazos, que sobresalian sobre las demas, inclinadas levemente hácia el suelo; y en el extremo un cisne de plata, labrado con tan exquisito primor, que no parecia á lo lejos sino que el viento le rizaba las plumas. En el pico del ave se divisaba apenas una argolla de oro, prendida á

una cinta de vistosos colores, que estaba enroscada y oculta en el cuello del cisne; y tal pulso y destreza se requeria de los justadores, que partiendo á galope sobre el veloz caballo, habian de ensartar la sortija con la aguda punta de la lanza.

Victoreaba el pueblo con ruidosos aplausos al que salia airoso de tan difícil prueba; sin que fuese necesario preguntar cual era la mora á quien servia el afortunado galan; porque las colores del rostro lo mostraban bastantemente, al ver al caballero dar vuelta á la plaza, lozaneando con el corcel y tremolando el liston en la lanza, encaminarse al lugar donde estaba su dama, y ofrecerle con corteses razones aquel leve trofeo.

Entre los que mas fama habian ganado en otras fiestas reales, se contaba tal vez como el primero al mismo Ali Zegrí, que ahora capitaneaba á esta tribu; el cual deseoso de borrar su reciente desaire, venciendo á su rival en el juego de la sortija, envió á decir á Albin Hamad que se holgaria mucho de correr con él tres lanzas. «Dí á tu Se-

ñor que soy contento en ello,» respondió el Abencerrage, sin mostrar desvanecimiento ni temor; y en diciendo esto, requirió con la mano el agudo hierro del asta, la blandeó con garbo y gentileza, y despues de dar sosegadamente media vuelta á la plaza, llevando tras sí las miradas y los votos del pueblo, partió como una exalacion, inclinado el cuerpo, la vista fija, la lanza tendida y firmísima; en términos que, al pasar junto al árbol, se llevó la argolla y la cinta con la velocidad del pensamiento. Resonaron vivas y aclamaciones en todo el ámbito de la plaza; y solo Albin Hamad parecia no conocer el precio de su destreza y gallardía; tan cautivo traia el pensamiento en los amores de la hermosa Zelinda. Encaminóse pues hácia el lugar en que esta se hallaba, al lado de su madre; y asi que hubo llegado al pié de la ventana, sin advertirse en el ginete el menor esfuerzo ni seña, inclinóse el caballo y dobló ambas rodillas; en tanto que su dueño ofrecia el liston á la gentil doncella, que lo cogió con sus propias manos de la misma punta de la lanza.

Aguardaba impaciente el Zegrí á que volviese á su puesto el venturoso Abencerrage; y sin mas dilacion ni demora fué á disputarle el premio: ni aun siquiera se detuvo á describir el espacioso círculo; y partiendo desde lejos mas rápido que una saeta, arrebató como por encanto la sortija y la cinta. Admirado presenció el concurso la destreza de aquel caudillo; y sus amigos y parciales levantaron su alabanza hasta el cielo: creciendo en uno y otro bando el anhelo y zozobra hasta ver cual de ambos contendores lograba al fin el triunfo.

A la segunda suerte, se notó que el Abencerrage mostraba la misma serenidad y confianza, saliendo no menos afortunadamente de aquel lance que del primero; mas como se resintiese el orgullo de Ali, poco avezado á tolerar rivales, se traslucia en su ademan y rostro que á duras penas refrenaba su ira; y al coger la sortija en el árbol, fué tan violento el golpe, que quedaron retemblando las ramas.

Hasta aquel punto y hora se habia mostrado la fortuna igual á cada parte;

con lo cual crecia por momentos el temor en unos, la esperanza en otros, la agitacion en todos. Ni un leve murmullo se oia, embargado el ánimo y la voz con tan penosa incertidumbre, cuando se presentó Albin Hamad á un extremo de la espaciosa tela, tan asosegado como antes, y sin que se advirtiese mas novedad sino que halagó blandamente el cuello del fogoso caballo, como quien dice en secreto á un amigo: «*sácame airoso de este lance.*»

Dió despues una vuelta, á galope suave y reprimido; y partiendo despues á escape, quiso la mala suerte que diese con el hierro en lo alto de la argolla, y que esta saltase en el aire; pero cogióla al vuelo, antes que tocase la arena, y ostentó el liston desplegado en derredor del espacioso circo.

Ni un solo instante duró el contento de su rival; y le dió tal vuelco el corazon, al ver la buena dicha del Abencerrage, que ciego de enojo y trémulo de ira, arrancó con mas furia que la vez primera; y sin ser poderoso á ensartar la sortija, dió con el hierro en el cuello del cisne. Errar el golpe, ar-

rojar contra el suelo la lanza, y saltar á caballo el palenque, no fué visto ni oido: hasta creyeron todos que lastimado el orgullo del altivo Zegrí, se habia ausentado de las fiestas para ocultar su vergüenza y despecho.

Despues de dos competidores de tanta fama, contempló el pueblo con menos apego y ahinco las várias suertes de otros caballeros, á cual mas diestro y bizarro; hasta que, terminado aquel ejercicio, fueron todos á ofrecer á sus damas los despojos del triunfo, cercados de sus deudos y amigos, y aclamados del inmenso gentío.

CAPITULO VII.

Carreras y cañas.

No menos que por tercera vez mudaron unos y otros de caballo, para el juego de cañas, con que habia de coronarse la fiesta de aquel dia: y embrazando cada uno su adarga, al uso de Fez, y blandeando en la diestra el bohordo, para graduar el peso y medir el alcanze, se apercibieron á la nueva con-

tienda, distribuyéndose en las respectivas cuadrillas. Al frente de la de los Zegries tornó á presentarse el mismo caudillo, pálido el rostro, la vista baja, el ademan grave y adusto; causando á los ojos del pueblo no poca estrañeza y maravilla que hubiese tornado tan breve, y que se prestase de buen grado á concurrir hasta el fin de las fiestas.

Comenzaron á salir de ocho en ocho los justadores de cada cuadrilla, pasando denodadamente delante de sus competidores, como provocándolos á la pelea; mas en el punto mismo partian como un relámpago, acosados por sus enemigos; mientras otros ginetes de su bando salian á la defensa, y picaban las espaldas de sus contrarios. Una vez y otra vez pasaban los guerreros, volvian, revolvian sobre sus pasos, arremetian y eran acometidos; escudándose á la par, arrojando el bohordo, salvándose de un nublado de tiros.... Pero cuando mas trabada parecia la fingida pelea, sonó en el centro de aquel remolino el grito de *traicion! traicion!* Al oirlo, despárcense los guerreros; corren en tropel á las armas; cual provoca, cual huye;

amigos y enemigos se atropellan en el ciego conflicto. Aterrada la gente, quiere escapar y se cierra ella misma la huida; demandan unos su caballo, otros su alfange; claman las mujeres y niños; ruge el pueblo; se estremece la plaza.

Desde el primer momento habia querido el rey descender á la liza, para apaciguar por sí mismo el tumulto; mas lo habia estorbado su esposa, con instancias, con ruegos, con llanto; que si un instante se alejára de ella, la viera expirar á sus pies. Retrájole tambien de su propósito, si bien no costó poco á su altivez y aliento, el consejo de su valido, que puso de bulto ante sus ojos el riesgo á que esponia su persona y el reino, si era cierto, como se susurraba, que los alevosos Zegries habian venido preparados para causar aquel escándalo, señal y preludio de la guerra civil.

Cundió de pronto esta voz entre la muchedumbre: repetíase, como cosa segura, que aquella tribu habia tendido el lazo á sus rivales; que por esa causa, y no por otra, habia concurrido á las fiestas; que traian cotas y jacerinas debajo de las ricas aljubas, y tiraban

en vez de cañas, lanzas de agudos hierros; el gallardo Albin Hamad habia sido herido; quien habiá seguido el reguero de sangre, quien le habia visto moribundo, quien espirar en los brazos de sus amigos.

No era asi por fortuna; pero aquel rumor vago no dejaba de apoyarse, como por lo comun acontece, en algun fundamento de verdad. Fué pues el caso (segun pudo saberse años adelante, cuando se hubo calmado con el tiempo el hervidero de las pasiones) que los Zegries no vinieron aparejados para aquella traicion, con desmedro y quiebra de su honra, aunque sí estuviesen apercibidos para cuanto pudiera sobrevenir; y solo su caudillo, enconada la antigua llaga con uno y otro desaire de la suerte, habia acechado la ocasion de llevar delantero á su aborrecido rival, para arrojarle al soslayo la lanza. Bien porque no le diese tiempo para esquivar el cuerpo, bien porque el hierro falsease la adarga, lo cierto es que el Abencerrage sintió un rudo golpe en el hombro, sin recelar que estuviese herido; mas de allí á unos momentos,

como se internase el dolor mas agudo, aplicóse la mano, y al sentirla empapada en sangre, revolvió como un leon en busca de su enemigo. Entonces fué la confusion, el tumulto: corrieron á las armas los Abencerrages, creyéndose vendidos; aprestáronse los Zegries á la defensa, acusando á sus contrarios de calumnia y alevosía; mediaron de una y otra parte palabras acerosas; acudieron los amigos y deudos; cada guerrero, cada tribu voló á favorecer á su bando.

Empero la gravedad misma de tamaño acontecimiento, la sorpresa, la incertidumbre, el recelo que los de una y otra parcialidad tenian de que hubiesen sus enemigos preparado alguna celada, todo contribuyó á suspender por el pronto la fatal contienda. Habian creido los Abencerrages, y con cierto viso de certeza, que la acometida del caudillo zegrí no habia sido sino la señal para el degüello y carnicería; y temerosos de algun desman, viéndose desapercibidos, sin concierto, sin armas, en trage y son de fiesta, quisieron por lo menos vender caras

sus vidas; y apellidando á sus amigos y parciales, salieron á rienda suelta de la plaza y fueron á guarecerse en un corto recinto, entre la *Mezquita Mayor* [37], de allí poco lejana, y la régia *universidad*, último asilo del saber de los árabes. [38].

Recelosos á su vez, confusos, azorados, ignorando muchos de ellos quien era el causador de aquel escándalo, se habian salvado los Zegries por el lado opuesto; y siguiendo en tropel la corriente del Dauro, se hallaron en breves momentos á las puertas mismas de Granada. Contaban allí con el escudo y amparo del *Xeque* de su tribu, alcaide del castillo de *Bib-Taubin*, que defendia por aquella parte la entrada de la ciudad [39]; y como el orgulloso caudillo habia rehusado concurrir á las fiestas, apenas divisó á lo lejos la turba y polvareda, saltó sobre un caballo y les salió al encuentro.

En larguísimo espacio no pudo saber siquiera las circunstancias de aquel hecho: cada cual lo referia á su antojo; interrumpian unos; gritaban otros; instaban los mas porque no se malgas-

tasen en vanas palabras tan preciosos momentos. Ya habia decretado el rey la destruccion de aquella tribu; ya venia Aben Hamet al frente de los suyos; ya se veian sus enseñas, sus armas.

Dios solo sabe lo que hubiera acontecido aquel dia, á no ser por la confusion y desaliento de uno y de otro bando: porque tal era el furor, tal el encono y la sed de venganza, que no se dieran por satisfechos sino con el exterminio de sus contrarios. Habia desaprovechado Albo Hacen el único momento que le deparó la fortuna, para apagar la llama antes de que cundiese: por colmo de ceguedad y desacierto tenia confiada la autoridad suprema al caudillo de un bando, entregando asi su propia suerte, su corona, su vida, al embate de los partidos; en tanto que el pueblo, el inconstante pueblo, que habia perdido hasta la memoria de los estragos de la guerra civil, sentia desasosegado su ánimo, y aguzaba él propio las armas.

Intentaron en balde algunos ancianos, los sabios y alfaquíes ofrecerse como mediadores, llevando de una

parte á otra palabras y consejos de paz: crecia por instantes la furia; urgia el peligro; no quedaba esperanza.

Mas quiso el cielo, en sus juicios inexcrutables, retardar por algun tiempo la ruina de aquel imperio, que habia de perecer en breve desgarrado con sus propias manos: y cuando ya sonaba la señal del fatal rompimiento, casi á punto de verterse la sangre, la sangre de hermanos y de hijos, quedaron en suspenso las armas por un acontecimiento inesperado.

CAPITULO VIII.

Llega á Granada el hermano del rey, y se interpone como mediador entre uno y otro bando.

El mismo dia en que se celebraron en la Alhambra los desposorios del rey, allanando el amor los estorbos y acortando los plazos, escribió Albo Hacen á su hermano la nueva de su enlace, no porque le amase entrañablemente, ni sintiese el natural deseo de compartir con un amigo la propia ventura y contento; sino para darle una muestra

de prediteccion y confianza, y alejarle mas y mas de Aixa y sus parciales. Hallábase á la sazon Abdilehi, ó bien sea el *Zagal* (como le nombraremos de aquí adelante) en la ciudad de Almería, situada orillas del mar, y casi al extremo del reino por la parte de oriente; ciudad rica y populosa, si bien decaida de su antigua grandeza, cuando emulaba y competia con la misma Granada. Habia ido allí aquel príncipe, so color de cerciorarse por sus propios ojos del estado de las fortalezas y costas, por lo que pudiese acontecer un dia, siendo tan quebradiza y poco firme la paz con los cristianos; pero al mismo tiempo abrigaba la intencion y propósito de tantear los ánimos, y arrojar poco á poco las semillas para sus ulteriores designios. Mas franco y generoso por carácter, y quizá por flaqueza, no recelaba Albo Hacen la encubierta ambicion de su hermano; y aun se holgaba en sus adentros de verle por lo comun ausente de Granada; porque sin llegar al punto de infundirle temores, su fama le hacia sombra.

Cuando llegaron al Zagal las nuevas del casamiento, grandísimo fué el gozo que recibió en su alma; pues de esta suerte se le lograba ver adormecido á su hermano en el regazo de su esposa, encendido y mas vivo que nunca el odio de Aixa, y á punto tal vez de estallar el rompimiento, en que libraba él sus esperanzas. Rebozó sin embargo su alegría al contestar al mensage del rey, haciéndolo con cierto encogimiento y tibieza, y abultando de propósito las muestras de sumision y de respeto; pero al mismo tiempo indicó sagazmente cuanto le pesaba tener abierta á la sazon una de sus heridas, que le embargaba el pasar en persona á ofrecer al rey su homenaje, aunque esperaba verificarlo dentro de breves dias. Dueño asi de sus acciones, y pudiendo acechar á placer la ocasion y el tiempo, apenas supo los festejos públicos que en la ciudad se preparaban, concibió el designio de presentarse en ellos de improviso, como quien á costa de su propia salud ofrecia á su hermano aquella fineza; pero con la secreta mira de sorprender con su presencia al pueblo, y

ver hasta qué punto podia contar con su voluntad.

Púsolo en egecucion cual lo habia concebido: salió de Almería sin séquito, sin boato, sin revelar á alma nacida cual era su intencion; y tomando entre una y ótra cadena de montañas la senda que conduce á Guadix, se detuvo de oculto en esta ciudad hasta la misma noche que precedió á las fiestas. Caminó toda ella sin tregua ni descanso; mas la oscuridad, la ventisca y lo fragoso y agrio del terreno le detuvieron muy á pesar suyo, en términos que aun se hallaba á no poca distancia de Granada al clarear el dia. Aguijó impaciente el caballo, ansioso de medir la distancia y el tiempo; mas por grande que fué su presteza, ya estaba el sol á la mitad de su curso cuando avistó los muros y las puertas de la ciudad.

Apenas hubo penetrado dentro de su recinto, empezó á notar cierto desasosiego y bullicio, mayor que de costumbre; latióle el corazon y apresuró el paso, creyendo que tal vez la fortuna le traia la ocasion á las manos; y de allí á unos instantes, vió agolparse la

gente, cercarle y referirle de mil maneras el aciago acontecimiento. Quedó al pronto suspenso, no acertando á resolver en tan premioso lance; mas asi que hubo columbrado con su profunda astucia que aquel no era mas que el amago de la guerra civil, pero que ambos partidos vacilaban antes de descargar el primer golpe, concibió que era llegado el momento de acudir en defensa del rey y sostener su autoridad; haciéndolo de suerte que todos se apercibieran de cuán poderoso era su brazo para inclinar á una ú otra parte la balanza.

Aun no habia llegado á la plaza, estorbándolo el confuso gentio, y ya traia en su seguimiento una muchedumbre de guerreros, acostumbrados á pelear bajo su estandarte, y á proclamar su nombre como signo del triunfo; y cuando llegó el rumor á los oidos del rey, y demandó la causa, apenas tuvo tiempo de asomarse á los *miradores*, cuando vió llegar á su hermano, saltar en tierra, y arrojarse á sus plantas: «Aquí me tienes, Albo Hacen! ¿Hay alguien tan osado que se oponga á tu vo-

luntad?»—Pronunció el caudillo estas palabras con tanta entereza, sin embargo de oírsele el sobrealiento de la agitacion y del cansancio, que bien se echaron de ver los brios de su corazon; y no obstante que el rey apenas acertó á responderle, sobrecojido de sorpresa, le alzó del suelo y le estrechó en sus brazos; no pesándole tal vez, en aquel conflicto, hallar este arrimo y apoyo. Pues tal era la extraña condicion de aquel monarca, que sin ser pusilánime ni temeroso, antes bien despreciador de su propia vida, le arredraba el bulto de cualquier empresa, que requiriese resolucion y aliento. Asi es que en aquel trance, al ver cercano el riesgo, y cuando ya se escuchaba el rumor de las armas, aun permanecia indeciso, suspenso, irresoluto; temiendo por un lado el ódio de sus enemigos, que no recataban los deseos de arrojarle del trono, y sin atreverse á echarse en brazos de sus amigos y parciales, por no quedar sometido á su voluntad.

Como tabla de salvacion miró el rey á su hermano, asi que hubo vuelto de la sorpresa que le causó su inespera-

da venida; y sin mas anhelo y afan que alejar á toda costa el inminente riesgo, ordenó que en aquel mismo punto viniese Aben Hamet á su presencia; y encomendó al Zagal que volase sin pérdida de instante á contener á los Zegries. Obedeció el caudillo, mostrándose complacido y ufano de la confianza del rey; mas resolvió en su ánimo no invocar siquiera su nombre ni prevalerse de su autoridad; antes bien hacer muestra y alarde de su propio influjo y poderío.

A poco de haber salido por la *Puerta de Bib-Rambla*, buscando la corriente del Dauro [40], ya vió el príncipe á los Zegries cubriendo una y otra ribera, hasta donde cruza el Genil: hallábanse preparados al combate, aguardando de un momento á otro la acometida de sus enemigos; y al ver arremolinarse á lo lejos el espeso gentío, sin ser parte á atinar la verdadera causa, arrojaron el grito de pelea y blandieron en el aire sus lanzas. Apenas les dió tiempo la ira que los cegaba para divisar un pendoncillo blanco, que venian tremolando delante del Zagal; y al escuchar su nombre, repetido de boca en boca

como otros tantos ecos, prorumpieron á su vez en aclamaciones, y saliéronle al paso.

De ver era por cierto la gravedad y gallardia con que atravesó el príncipe por aquella cerrada turba, mirando afable á unos, apellidando por su nombre á otros, sobreponiéndose á todos sin desvanecimiento ni arrogancia; y como preguntase con especial esmero por su compañero en los combates, *allí está!* le gritaron, y le condujeron casi en hombros á donde Mahomad se encontraba. Mucho se holgó el caudillo de ver venir en su busca á tan valiente príncipe; y conociendo el sumo precio de granjear su buena voluntad, no escusó tributarle á vista de los suyos toda suerte de homenage y de respetuosos obsequios. Apartáronse un breve trecho cuantos al rededor se hallaban, á pesar del ánsia que tenian de contemplar de cerca á dos caudillos tan famosos; y despues de un secreto coloquio, que de nadie fué oido, solo se escuchó al príncipe decir en voz mas alta: « no me engañé, Mahomad, cuando confié en tu prudencia: no faltará ocasion á estos

valientes para lucir en el campo su esfuerzo; mas no permita Alá que lo llore hoy Granada!» Resonaron mil vivas en derredor del príncipe, que regració á los guerreros con su ademan y rostro: y como si echase menos á Alí, y le buscase con la vista, le divisó entre otros caudillos, y le dijo de lejos: «¿dónde estás, que no te encontraba?.... Bien se conoce que no te han visto en los combates los que asi te calumnian: yo siempre vi á tu lanza herir el pecho y nunca las espaldas.» Calló al pronto el Zegrí, sin acertar con la respuesta; que no se atrevia á confesar aquella accion bastarda, y tenia á mengua mancharse con villana mentira. «Si el Abencerrage imagina que soy yo quien le ha herido (contestó al fin, no sin turbacion y embarazo), ¿por qué retarda la satisfaccion y el desagravio?» Mostróse satisfecho el Zagal con aquella torcida respuesta; y abrumando al caudillo con el peso de sus elogios, para atarle de esta suerte las manos, dejó encomendado á Mahomad que no le perdiese de vista, y procurase templar el ardor de los suyos; que el mismo príncipe salia

fiador con su palabra de que no serian acometidos ni insultados por parte de los Abencerrages.

Cuando volvió el Zagal á donde el rey se hallaba, estaba en su presencia el caudillo de aquella tribu, como pesaroso y malcontento de que hubiesen detenido su brazo; porque ademas de su altiva índole y del deseo natural de venganza, sentia á par de muerte que se le escapase de las manos tan buena coyuntura; teniendo á favor de su bando la autoridad del rey, no menos que el apoyo del pueblo. Hubo empero Aben Hamet de encubrir su desabrimiento, al oir de los labios del monarca su resolucion y mandato; y cerciorado al mismo tiempo de la llegada del Zagal, y como ya le avistase de lejos, compuso el rostro y ademan; como quien viendo perdida la ocasión, aparenta ofrecer de buen grado lo que ya le robó la fortuna.

«Feliz y mil veces dichoso debes reputar este dia (le dijo el príncipe al llegar á su lado): te has comportado como quien eres, leal y caballero; y tienes la buena dicha de no haber em-

pañado tu acero con la sangre de tus hermanos.» Inclinóse el caudillo, en señal de veneracion y agradecimiento; y sin darle tiempo á que contestase, acercóse el Zagal al rey, y le felicitó por haber depositado en tan buenas manos una parte de su autoridad.

Complacióse no poco el monarca, al oir de boca de su hermano alabanzas de su valido; porque le punzaba el recelo de que se mirasen como rivales, ya que no como enemigos; y juzgando por su propio corazon el ageno, confirió con entrambos acerca de los medios de apaciguar los ánimos y de aserenar la ciudad; partiendo Aben Hamet con esta intencion y designio, en tanto que el Zagal, por mayor demostracion y fineza, se encaminaba cuidadoso en busca del Abencerrage que habia salido herido.

Hallóle envuelto en su almalafa, recostado sobre las losas, á la misma puerta de la universidad; y no pocos esfuerzos costaba á sus deudos y amigos contener su furor, aguijándole el ánsia de ir á vengar su agravio. Abrió paso la turba, asi que hubo reconocido al

príncipe; y al querer el guerrero ponerse en pié y arrojarse á sus plantas, lo estorbó el Zagal con blandas razones, poniendo su propia mano sobre las ligaduras del hombro. «Mucho me duele, Albin Hamad, que en un dia de júbilo y regocijo haya corrido la sangre de tan buen caballero.» — «La sangre con sangre se lava», contestó el caudillo; y arrojó un profundo sollozo, como si se creyese afrentado. En larguísimo espacio no levantó del pecho la cabeza; y apenas contestó una que otra palabra á las razones que el Zagal le decia; lo cual advertido por este, y no queriendo malgastar sus instancias y ruegos, en desdoro de su autoridad, dijo al Abencerrage con cierto vislumbre de queja: «poco te merezco, á fé mia, pues que rehusas hacer en mi obsequio el sacrificio de tu ofensa; mas ya que de tí no lo alcance, débate á lo menos tu patria que no quieras arrastrarla á su ruina.» Sonrojóse el caudillo, clavándosele en el pecho á manera de flechas aquellas punzantes palabras; y entre resentido y vergonzoso murmuró solamente estas

voces: «yo no anhelo sino mi desagravio; míreme cara á cara quien me hirió con alevosía.» — «Bien está (replicóle el príncipe con acento ya mas suave): recóbrate de tu herida, para que puedas manejar las armas; y si entonces te obstinas en demandar venganza, que no sea por lo menos dentro de la ciudad.... ¿No está cerca la *fuente del Pino*?»

Era este sitio tan nombrado para duelos y desafíos [41], que al punto comprendió el caudillo lo que él príncipe queria decirle; y mostrándole con sumiso ademan que era gustoso de ello, le besó la orla de la vestidura y hasta le siguió algunos pasos, como deseoso de recobrar su buena gracia antes de que partiese. Despidióse el Zagal con repetidas muestras de afabilidad y de estima: y recibiendo al paso vivas y aclamaciones, con semblante modesto y el corazon alborozado, no descansó en todo lo restante del dia, acudiendo solícito de una parte á otra, sosegando la gente, instándola á volver á sus hogares; en términos que al punto de irse ya atezando la noche, solo se oia en la

ciudad un confuso murmullo, como el que resuena en la playa despues que pasó la tormenta.

CAPITULO IX.

Se perpetua el tristísimo recuerdo de aquellas fiestas en versos y cantares.

Aunque se hubiese impedido por tan extraño modo el derramamiento de sangre, que iba á correr á rios, quedaron tan ulcerados los ánimos y las armas tan prontas, que era menester poco menos que cerrar de intento los ojos, para no ver el nublado de males que ya amenazaba. Asi no es maravilla que se percibiese en la ciudad cierto desasosiego y tristeza, menos como recuerdo del amago pasado que como anuncio del daño futuro; y el pueblo, que por una especie de instinto antevé muchas veces trastornos y mudanzas, (cual suelen azorarse las aves antes que retiemble la tierra) acogió con escaso crédito las promesas de reconciliacion y de paz, con las cuales procuraba el monarca que acabasen de allanarse los

ánimos. Tanta mella habian hecho en el pueblo las malogradas fiestas (y mas cuando con el tiempo vió confirmado el aciago pronóstico), que conservó su memoria en versos y cantares, de los cuales ofreceremos aquí algunos, como por via de descanso para esparcir el ánimo de los lectores: debiendo meramente advertir que, trasladados de su propia lengua á una extraña, han perdido gran parte de su frescura y lozanía; pues acontece á los versos y á las palabras lo mismo que á los árboles y á las flores, que por lo comun se marchitan al trasplantarlos de un terreno á otro.

ROMANCE I.

Para festejar las bodas
De Albo Hacen, rey de Granada,
Con la flor del Paraiso,
Con la divina *Zoraya*,
La de los negros cabellos,
La de las luengas pestañas,
Que la hermosura y el nombre
Robó al *lucero del alba*,

Vasto palenque aperciben
En la magnífica plaza,
Que cubre el cercano rio
Con sus arenas doradas.
Como flores en vergel,
Se ven doncellas y damas,
Coronando los terrados,
Ajimeces y ventanas.
No hay una que no suspire,
Presa de amores el alma;
No hay una que no haya dado
Divisa, liston ó banda.
Al son de los añafiles,
Todas al par se levantan,
Descolorido el semblante
Entre el susto y la esperanza:
A su amor buscan los ojos,
A su amor que mucho tarda,
Y á lo lejos le columbran
Al entrar en Biba-Rambla:
Con alma y vida le siguen
En la fingida batalla;
Y si mil veces le pierden,
Otras mil veces le hallan.
Entre tanto los guerreros
Lucen su destreza y gala,
En caballos andaluces
Que al viento sacan ventaja:

Parten, corren, vuelan, llegan,
Tornan, giran, se adelantan,
Como veloz remolino
En los desiertos de Arabia:
Lazos y nudos enredan,
Y con arte los desatan;
Y tantos círculos forman
Como la lluvia en el agua.
Ya se apiñan y confunden,
Haces con haces mezcladas;
Ya se comparten en bandos
Y se disputan la palma.
El gallardo Albin Hamad
En la carrera la gana;
Y haciendo mesura al rey,
Vuela á los pies de su dama.
Hasta el caballo parece
Que ufano va con la carga:
La crin inquieto sacude;
La cola pomposo arrastra;
Y al llegar frente á la Mora,
Cual por encanto se pára:
Ambas rodillas en tierra,
La altiva cervíz levanta,
Y con ruidosos relinchos
El premio ufano demanda.

ROMANCE II.

¡Cuán hermoso el sol radiante
Brilla en los cisnes de plata,
Que se columpian al viento
Sobre las flexibles ramas!
Cándidas plumas ostentan
En pecho, cabeza y alas,
Como si el céfiro mismo
Con su soplo las rizara;
En tanto que de los picos
Penden argollas doradas,
Con cintas de mil colores
Que los del iris retratan....
Mas levántase la gente,
Y hasta el aliento le falta,
Al mirar que Albin Hamad
A nueva lid se prepara:
La aguda punta requiere,
Al aire blande su lanza,
Y el cuello del alazan
Con blanda mano regala.
El vasto circo recorre
Con grave ademan y pausa;
Y parte luego veloz,
Como flecha disparada:
Vencido el cuerpo adelante,

La vista en la argolla clava;
Y el punto mismo la cinta
Luce en el hierro del asta.
Al par celebran el triunfo
Las músicas acordadas;
Da roncos vivas la plebe;
Flores arrojan las damas.
No dejó tiempo el Zegrí
A que el aplauso durara;
Que ya en sus venas sentia
Hervir la sangre africana:
Rápido cruza el palenque,
La leve sortija ensarta,
Y á un page arroja la cinta
Con desdeñosa arrogancia.
Dos veces ambos rivales
De su destreza hacen gala;
Y dos veces la fortuna
Con sus dones los iguala.
Mas al llegar la tercera,
Quiso la suerte contraria
Que al golpe de Albin Hamad
Argolla y cinta saltaran:
Vencido ya le reputan;
Un ¡ay! resuena en la plaza;
Y la turbada Zelinda
Los ojos confusa baja;
Pero el diestro Abencerrage

Ni se inmuta ni desmaya;
Y al vuelo coge la cinta,
Antes que al suelo tocara:
Tremolándola en los aires
Da una vuelta á Biba-Rambla;
Y del undoso liston
Pendientes lleva mil almas.
Cegó el Zegrí por no verlo,
Cegó de cólera y rabia,
El rostro mas encendido
Que su turbante de grana.
Ni un punto aguardar consiente:
El duro acicate clava;
Y con el vientre el corcel
La leve arena levanta.
Derecho va contra el árbol,
Y al pié de su tronco pasa,
Con tal ímpetu y violencia
Que se estremecen las ramas:
Mientras furioso el Zegrí
Trémulo tiende la lanza,
Y sobre el cuello del cisne
La aguda punta resbala...
No fué ni visto ni oido:
Cruzar la inmensa distancia,
Errar el golpe, y saltar
Cual veloz tigre de Hircánia.
El suelo retembló al golpe,

Cuando traspasó la valla;
Y un alarido de espanto
Sonó en la anchurosa plaza.

ROMANCE III.

Zegries y Abencerrages
Se aprestan á jugar cañas:
Alá quiera que las fiestas
No terminen en desgracias....
¡Ay de Granada!
Rétanse entrambas cuadrillas
Con desdeñosas palabras,
Con ademan altanero,
Con insolentes miradas....
¡Ay de Granada!
Haciendo ostentoso alarde,
Fingido combate traban,
En la mano los bohordos,
La mente puesta en las armas....
¡Ay de Granada!
Nube de frágiles dardos
Los rayos del sol empaña;
Y el pueblo inocente aplaude,
Sin ver su ruina cercana....
¡Ay de Granada!
Para los tiros livianos
Fuertes son esas adargas;

Mas no para agudos hierros
Valen aljubas bordadas....
¡Ay de Granada!
Entre el tropel de ginetes
Ali Zegrí se adelanta,
Y del odiado rival
Ni un punto la vista aparta....
¡Ay de Granada!
A todas partes le sigue,
Le acecha al volver la espalda;
Y alzándose en los estribos,
Rudo golpe le descarga....
¡Ay de Granada!
Vuelve Albin Hamad el rostro,
Sospecha la accion villana,
Aplica al hombro la mano,
Y en propia sangre la empapa....
¡Ay de Granada!
Traicion! gritó entre rugidos;
Traicion! sus parciales claman;
Traicion! repitió la gente;
Traicion! el eco zumbaba....
¡Ay de Granada!
Despavorido huye el pueblo
De terrados y ventanas;
Ciérranse á un tiempo cien puertas,
Y se estremece la plaza....
¡Ay de Granada!

Entre llantos y lamentos
Suena el rumor de las armas;
Y brillan las duras cotas
Bajo las mentidas galas....
¡Ay de Granada!
Corren los Abencerrajes,
Y en la Mezquita se amparan,
Gritando á la airada turba:
Venganza, amigos, venganza!...
¡Ay de Granada!
Corren al par los Zegries,
Y al combate se preparan;
En sed de enemiga sangre
Ardiendo labios y entrañas....
¡Ay de Granada!
«Tened, por Alá, tened:
¿Os ciega tanto la saña,
Que no veis ya del cristiano
Las enseñas desplegadas?....
¡Ay de Granada!
Mirad no llegue algun dia
Al pié de nuestras murallas,
Talando campos y mieses,
Quemando templos y casas....
¡Ay de Granada!
Mirad no lloreis ya tarde
Esas torres derribadas,
Y en vuestra sangre teñidas

Del Dauro y Xenil las aguas....
¡Ay de Granada!
Las tumbas de vuestros padres
Por el infiel profanadas,
Vuestras esposas cautivas,
Y vuestras hijas esclavas....
¡Ay de Granada!»
Esto dijo un Alfaquí;
Y se encaminó á la Alhambra,
Clamando con triste acento
Por las calles y las plazas:
¡Ay de Granada!
Cundió confuso el rumor,
Y los ánimos embarga;
Y en la medrosa ciudad
Solo esta voz se escuchaba....
¡Ay de Granada! [42].

CAPITULO X.

Situacion en que se encontraban los ánimos, cuando volvió Aben Farruch á Granada.

Dos lunas habian trascurrido desde las fiestas de *Biba-Rambla*, que trocó en desventuras un vuelco de la suerte,

sin que hubiese sobrevenido en la ciudad ningun suceso digno de mencionarse. Permanecia el monarca cada dia mas prendado de su gentil esposa, si bien á pesar suyo le salteaba el recelo de que no fuese aquella calma estable y duradera; y sin llegar al punto de mostrarse desconocido ni ingrato, como que le escocia en sus adentros, una vez alejado el peligro, que se debiese á su hermano el haber conjurado la tempestad.

Aun menos envidiable, si al parecer no menos dichosa, era la suerte de Zoraya: amaba de corazon á Albo Hacen; y en verdad pudiera decirse que para ella el mundo se reducia á su esposo; mas sin darse cuenta á sí misma del motivo de su tristeza, sentia un descaecimiento, un disgusto, aun mas grave y penoso por el anhelo mismo de ocultarlo. Cuidaba sobre todo con especial ahinco de no mostrarse apesarada á los ojos del rey, no imaginase acaso que estaba arrepentida; pero ya fuese que el corazon leal le anunciase desdichas, ya que el recuerdo de las malaventuradas fiestas le hubiese hecho mas hon-

da impresion en el ánimo, trayéndole á la memoria otro lamentable suceso, lo cierto es que no podia desechar de su mente la tristeza que la aquejaba; y mas de una vez dijo á su amiga, arrasados en lágrimas sus ojos: «¿Ves, madre mia, cuán fatal es mi estrella? No hay para mí dicha ni contento, que muy en breve no se acibaren.»

Procuraba la solícita Arlaja consolarla con blandas razones, con reconvenciones á veces, á veces con caricias; pero aunque no tuviese Zoraya nada que contestarle, y acabase por esconder la cabeza en su seno, por lo comun le decia al separarse, y no sin pena y desaliento: «Dios te oiga, madre mia; y que mi corazon sea quien me engañe!»

Entre tanto parecian mas tranquilos los ánimos de la ciudad: las tribus enemigas, si bien no habian renunciado á sus designios y venganzas, se contemplaban desde lejos, median el terreno y las fuerzas, mientras llegaba la ocasion de venir á las manos: habia vuelto insensiblemente el pueblo á sus ocupaciones y tareas, faltando quien

diese pábulo á su furor y á sus pasiones; y hasta el mismo caudillo de los Abencerrages, porque no le echasen en rostro que se prevalia de su autoridad como magistrado, para vengarse á mansalva de sus enemigos, evitaba con cuidadoso esmero cuanto pudiese dar márgen á reconvenciones y quejas.

Empero lo que mas contribuia, sin que á la vista apareciese, á mantener colgados y en suspenso tantos sentimientos encontrados, era el influjo del hermano del rey. Conocia este, como advertido y cauto, lo mucho que á sus fines convenia contrapesar una parcialidad con otra, para sobreponerse á entrambas; y que tanto mas abultado y crecido apareceria su poder, cuanto se le mirase de mas lejos, y como envuelto en sombras; pues suele acontecer en tales casos lo mismo que sucede cuando en los cielos se levanta la luna.

Rehuia tambien el cauteloso príncipe de dar celos al rey, mostrándose con sobrada frecuencia á los ojos del pueblo; y como si se hallase mal avenido con morar en la corte, y anhelase respirar á su anchura el aire de los

campos, habia pretestado resentirse de sus heridas, para ir á pasar algun tiempo en un lugar cercano (*Atarfe* se llama aun hoy dia) situado á la falda de la *Sierra de Elbeyra*. Al pié mismo del monte, tan desnudo y estéril que no consiente ni que nazca la yerba (como si un fuego interno estuviese abrasando sus entrañas) se halla escondido un remanso de agua, de temple apacible y suave, aun en la estacion mas destemplada y fria; por manera que á este manantial de vida, famoso entre otros muchos que encierra por don del cielo el reino de Granada [43], solian acudir los guerreros para restañar sus heridas, y aun los labradores y vecinos de la comarca para curar sus comunes dolencias.

Asentó el príncipe unas sencillas tiendas, á manera de campamento, no lejos de aquel parage, agreste y solitario; y recorriendo á veces aquellos sitios, donde á cada paso descubria antiguas ruinas y señales, y recordando los combates y hazañas de que fueron testigos, veia deslizarse los dias lejos de la ciudad y su bullicio; pero desasose-

gado el corazon con locas esperanzas, pasaba horas enteras en la cresta del monte, al pié de la *atalaya*, sin apartar ni la vista ni el ánimo de las torres de la Alhambra [44].

En esta sazon y coyuntura tornó Aben Farruch á Granada, no ya como nuncio del monarca de Fez (si bien traia de su parte seis caballos árabes para Albo Hacen, y ricas perlas y corales para su esposa), sino como quien volvia ansioso de contemplar de cerca la ventura de tan buen príncipe, en que habia tenido no escasa parte. Habíase regocijado en efecto, por un impulso natural de orgullo, al saber que se hallaba en el trono no menos que su propia cautiva; mas acostumbrado de muy antiguo á enderezar todas las cosas al logro de sus fines, sintió ahincadamente el deseo de volver con presteza á Granada; deseo que creció en cuanto supo el mal éxito de las fiestas, y que barruntó el sagaz moro cuán graves podian ser las resultas. «Que no vuelva yo á ver la tierra de mis padres (le dijo al rey de Fez, al tiempo de ausentarse) sino estoy convencido de que

la chispa que prendió en *Biba-Rambla* ha de causar voracísimo incendio: Alá quiera, Señor, que podamos volver las llamas contra las fronteras; porque si se ceban en el corazon, arder ha todo el reino!»

Indicó despues á aquel príncipe que, atendida la índole de Albo Hacen y cuanto le lastimaba que le echasen en rostro su flaqueza, estimaba por conveniente no apremiarle con nuevas instancias, á nombre del monarca africano, para que levantase el pendon contra infieles; sino halagar su ciega pasion, felicitándole por su reciente enlace, y acechar á su lado la ocasion oportuna de punzarle en lo vivo de la honra, hasta que se condoliese y se alzase.

Con esta secreta mira se embarcó el moro en Tánger, y arribó á una playa frontera, no lejos del castillo de Velez Málaga; y sin detenerse allí sino breves momentos, y dejando encomendados al alcaide los presentes que para el rey de Granada traia, partió la vuelta de aquella ciudad.

Muy ageno estaba Albo Hacen de

ver tan presto en su presencia al que juzgaba en las costas de Africa: acogióle con afabilidad, como que de sus propias manos habia recibido el tesoro que mas preciaba; y llamando en el mismo instante á la reina y á Arlaja, esperimentó el bondadoso príncipe no poca satisfaccion y contento, al recordar todas las circunstancias de su pasion, desde la vez primera que vió en aquel sitio á Zoraya.

No escaseó Aben Farruch obsequios ni alabanzas, aunque ocultando la pérfida lisonja con cierta rudeza africana, á fin de cautivar mas facilmente la buena voluntad de la reina; y como de antemano contase con la secreta ayuda y servicios de Arlaja, no dudó que albergándose dentro del palacio del rey, sin tenér noche y dia sino un solo y único pensamiento, muy contraria y aviesa habia de mostrársele la fortuna, para que no le ofreciese ni una ocasion al vuelo.

CAPITULO XI.

De los medios que empleó Aben Farruch para captar la voluntad del rey.

Despues que se hubo hospedado Aben Farruch en el palacio del monarca, puso especial cuidado en que no se escapase de sus labios ni una sola palabra de guerra, ni se clarease la intencion que dentro de su pecho escondia: en términos que el príncipe, de carácter leal y confiado, llegó á punto de persuadirse que el silencio de las armas y el regalo y delicias de Granada habian amansado la índole del caudillo africano; y hasta los cortesanos mismos, suspicaces de suyo y envidiosos, únicamente recelaban que se proponia el astuto moro amoldarse al linaje de vida y lisonjear los gustos del monarca, para granjear poco á poco su gracia y valimiento.

Apenas logró mas cabida en el corazon de Albo Hacen, comenzó Aben Farruch á recordarle vários hechos en que habia mostrado ánimo belicoso,

ambicion de gloria y nombradía: trájole al pensamiento cuando, siendo aun mancebo, en vez de probar las armas en mentidas peleas, hizo entradas y correrías en tierra de cristianos, bastando apenas la autoridad de su padre Ismael á refrenar sus generosos ímpetus: hacia resonar, como por acaso, en los oidos del monarca la denodada respuesta que dió á los embajadores de Castilla, aun no bien asentado en el trono; viniendo á parar luego, por ocultas sendas y rodeos, á la necesidad y urgencia de prevenir la intencion y designios de aquellos príncipes, antes que acabasen de afirmar su poder y de unir bajo una sola mano las fuerzas y recursos del reino.

No contradecia Albo Hacen las razones del africano; bien fuese porque le hiciesen mella, ó bien por no dar señales de flaqueza; pero aunque alguna vez se asomase el contento á su rostro, al escuchar tan halagüeñas alabanzas, tampoco daba indicios ni menos mostraba deseo de renunciar al ocio en que yacia, para empuñar de nuevo las armas. Convencióse al cabo el sagaz

moro de que eran vanos sus esfuerzos para despertar en el príncipe sentimientos de gloria, que habia ahogado el amor al deleite; mas lejos de perder la esperanza de lograr al cabo sus fines, tomó para ello otra via, mas torcida, pero mas segura.

Habíase apercibido Albo Hacen, aunque nunca lo confesasen sus labios, de que su vista y presencia causaba menos júbilo al pueblo, especialmente desde el aciago suceso de *Biba-Rambla*: y queriendo tentar de nuevo (tanto duele á los príncipes persuadirse de que no los adoran) si seria su recelo hijo del mero acaso, dispuso bajar á la *mezquita mayor* de la ciudad el primer *juma* siguiente, para celebrar aquel dia con mas solemnidad y aparato [45]. Hízolo asi en efecto, yendo acompañado de la flor de su corte, alcaides y caudillos, y saliéndole á recibir numeroso concurso; mas aunque todos se inclinasen en su presencia, con el sumiso ademan que aun hoy dia acostumbran los orientales [46], no se oyó en todo el tránsito ni un viva ni un aplauso; y hasta la pompa misma, el brillo de las armas,

el tumulto de los guerreros, hicieron resaltar mas y mas á los ojos del rey el silencio del pueblo. Con un príncipe como Albo Hacen, de corazon tan blando que hasta el mas leve pesar dejaba en él profundísima huella, fácil es concebir cuánto le dolería aquella muestra de tibieza, ya que no de desafecto; y por mas que procurase encubrir el torcedor que le atormentaba, volvió á la Alhambra triste y discursivo, y despidió á su comitiva al pié mismo del *mirab de los reyes*, sin dejarla llegar siquiera hasta las puertas del palacio [47].

Pretestó luego una leve indisposicion, nacida del destemple del aire; temiendo no atribuyesen á otra causa su disgusto y desabrimiento; y el mismo príncipe, que amaba mas que á su propia vida á su tiernísima esposa, y que la contemplaba á su lado inquieta y afligida, no pudo resolverse á confiarle un secreto, que pesaba sobre su corazon.

Acostumbrado Aben Farruch á calar hasta los pensamientos mas íntimos del monarca, no quiso desaprovechar

la ocasion con que le brindaba la suerte; y no mas tarde que al siguiente dia, hallándose á solas con el rey, y como advirtiese que permanecia triste y caviloso, fijos los ojos en el occidente á tiempo que el sol trasmontaba, calló tambien Aben Farruch por larguísimo trecho; y arrojando de pronto un suspiro: «escusa, Señor, mi osadía; pero aunque provoque tu enojo, y en ello aventure la vida, no puedo contener por mas tiempo los sentimientos que están rebosando en mi alma.»—Quedóse suspenso el rey, sin acertar lo que el moro queria decirle; y repitiéndole una vez y otra que podia abrirle de par en par su pecho, seguro de hacerle en ello merced, cuanto menos agravio, logró al cabo que Aben Farruch se expresase de esta manera: «Bien lo sabes, gran príncipe: no he mendigado tus favores ni tus tesoros; ni te he demandado mas gracia que la de verter mi sangre en tu defensa, al menor asomo de peligro; pero ya que la fortuna me ha traido otra vez á tu reino, y te he merecido tanta confianza que hasta despierta envidia en los que se disputan tu valimiento, deja al menos, Señor, que

te hable la verdad un guerrero, que no aprendió en los palacios el lenguaje de la lisonja.» Calló un instante el moro, como quien toma respiracion para hacer el último esfuerzo; mas instándole el rey á que prosiguiese sin temor ni zozobra, continuó Aben Farruch en estos términos: « No te pido, gran rey, que me confies el pesar que te aqueja; mas no tomes á desacato que quien anhela tu ventura mas que su propia dicha, haya procurado sondear tu dolencia, por ver si consigue aliviarla. Oyeme, Señor, y no te ofendas; que la verdad es como la yerba del campo, que la mas amarga suele ser la mas provechosa. A tí no te basta, Albo Hacen, ser obedecido, ni ver pendientes de una mirada tuya las cabezas de tus vasallos: tu alma es mas noble y generosa; tú quieres amar y ser amado; y al poner la mano sobre el corazon, no lo sientes latir satisfecho.» Hizo el rey, al oirlo, un movimiento involuntario, como quien rehuye el rostro, al arrancarle el antifaz que le encubria; y no le pesó á Aben Farruch que las tinieblas de la noche, que ya venia cercana,

permitiesen al monarca ocultar su rubor y desabrimiento. —«Lejos estoy de culparte, gran príncipe, cuando miro y toco tan de cerca las prendas que te hacen digno del trono que ennobleces; ni acuso tampoco al pueblo, cual lo hiciera tal vez por halagarte algun vil cortesano; pero el imperio de Ismael (no lo ignoras) se fundó con el alfanje; el alfanje lo sostiene; el alfanje ha de dar al Profeta el dominio del mundo.... ¿Qué culpa tiene el pueblo de estar tan acostumbrado al ruido de las armas, que si por largo espacio no las oye, ya le parece que le ha olvidado el cielo? Culpa á tus progenitores, que consiguieron con sus triunfos los sobrenombres con que se honraron; cúlpate á tí mismo, Albo Hacen, que hiciste concebir de tí tan grandes esperanzas, que no menos se esperó de tu brazo que la servidumbre de Castilla. No sé si te ofenderán mis palabras, que salen ardientes de mi boca, porque asi las arranco del pecho; mas si acaso te lastimaren, mi vida está en tu mano, y conmigo sepultas mi secreto. El pueblo recuerda tus proezas; te contempla, y calla: ese es

su delito. Las mismas prendas que en tí admira se vuelven en tu contra: te reconviene por lo mucho que vales; te pide á nombre de tu ley, de tu gloria, que aparezcas tan gran monarca como cuando te asentaste en el trono.»

Advirtió á esta sazon el moro que suspiró Albo Hacen; y mas alentado y resuelto, prosiguió de esta suerte: «tus enemigos (¿por qué he de callar que los tienes, cuando solo tu piedad cierra por no verlos tus ojos?) se prevalen traidoramente de esa disposicion de los ánimos, para ir socavando poco á poco el afecto del pueblo; la implacable Aixa, rodeada de sus deudos y amigos, alimenta proyectos de venganza; y aun tal vez (quiera Alá que me engañe!) vé con gozo crecer á su hijo, mientras prepara en secreto la muerte del padre. Hasta tu mismo hermano (no me ha de quedar el escozor de no decirte la verdad por entero) ostenta á los ojos del pueblo su ánimo belicoso, para captar su favor en desdoro de tu autoridad, y quizá con peligro de tu corona. Una palabra, Albo Hacen, una sola palabra, y confundes á tus enemi-

gos: no con destierros y suplicios, (deja esos viles medios á príncipes cobardes y crueles), sino mostrándote como te hizo el cielo, magnánimo, alentado, generoso; con las armas que empuñaste en tu mocedad, y que abandonaste en mal hora.»

Mientras hablaba Aben Farruch, combatian el ánimo del rey tantas olas de pensamientos, que ni acertaba á interrumpirle ni menos se aventuraba á responderle: mil veces quiso hacerlo, y otras mil se detuvo; mas ya porque reviviese en su corazon, como la llamarada de una luz que se apaga, el amor á la gloria que habia alimentado en sus floridos años, ya porque se resintiese su altivez, al ver que los propios vasallos le echaban en rostro su descuido y flaqueza; ó tal vez (como aparece mas probable) que acabase de persuadirse con lo que luego le añadió el sagaz moro, de que el único medio que le quedaba de acallar los murmullos del pueblo y quitar armas á sus enemigos, era cautivar la atencion y apoderarse de los ánimos, mostrando que no habia perdido en brazos del de-

leite el temple de su alma, lo cierto es que apenas pudiera creerse (á no conocer la índole fácil de aquel príncipe) la mudanza tan repentina que en él se echó de ver, como si le hubiesen trasformado en otro.

Mas no por esto se ocultó al sagaz moro que no habia mucho que fiar en una voluntad movediza, instable, voluble al son del viento; y que á toda costa importaba sostener y alentar su ánimo, y empeñarle en alguna empresa, antes que otra vez se postrase. Con cuya intencion y propósito iba ya á manifestarle un designio, que de algun tiempo á aquella parte estaba revolviendo en su mente, cuando vió acercarse una sombra, y reconoció á Aben Hamet, á tiempo que el rey le apellidó en voz alta, para indicar al africano que guardase silencio.

Levantóse el monarca al momento, como para salir al encuentro de su valido; preguntándole por el estado de la ciudad, y mostrándose tan tranquilo y sereno, que hasta el mismo Aben Farruch se quedó sorprendido. Tambien se maravilló al pronto de que

depositase el rey mas confianza en un advenedizo que en un vasallo de su reino, y cabalmente en el mas íntimo de sus privados; mas no tardó en comprender, á fuer de astuto, que hay secretos de tal naturaleza, que duele mas á un príncipe confiarlos á los propios que no á los extraños.

CAPITULO XII.

Determina Albo Hacen ir con su esposa á la ciudad de Málaga.

Aun no bien penetraba un reflejo de luz por los labrados arcos del palacio, cuando salió Albo Hacen á la mañana siguiente, inquieto y desasosegado, sin llevar en su compañía mas que á Aben Farruch y á unos cuantos esclavos: y tan embebido iba en sus pensamientos, que casi dejó abandonada la rienda del caballo, sin reparar siquiera la senda que seguia. El africano, por su parte, ni una vez por acaso despegó sus labios; quedándose algun tanto zaguero, como quien teme molestar con su vista. Advirtiólo

el rey, y le alentó con una mirada apacible, diciéndole al subir sobre un cerro, fronterizo á la Alhambra, y desde el cual se domina la dilatada Vega: «¿Hay en el mundo un campo mas hermoso?.....Razon tienes, por vida mia: el que nació monarca de este imperio debe verter su sangre antes que exponerse á perderle.» —Calló en seguida por algunos instantes, echó pié á tierra, y se recostó en la cumbre del monte; haciendo señal con la mano para que se alejaran y los dejasen solos. Muy presto se echó de ver en las expresiones del monarca cuánto habia labrado en su ánimo, durante el trascurso de la noche, lo que le habia dicho el sagaz africano; y cierto este, aunque no lo mostrase, de haber conseguido su intento, se comportó en aquel coloquio con tal arte y astucia, que parecian nacer del monarca mismo los pensamientos que él le sujeria. Por espacio de mas de una hora permanecieron allí solos, departiendo sobre los asuntos del reino; y al volver al alcázar, se traslucia en el rostro del rey que llevaba el ánimo mas despejado y

el corazon mas libre; como quien despues de batallar largo tiempo con enojosa incertidumbre, toma al cabo una resolucion, y le parece que ya respira con mas desahogo.

Grandísima sorpresa se despertó en palacio, cuando antes que llegase la nóche, empezó á susurrarse que el rey habia resuelto encaminarse á la ciudad de Málaga; que se aprestaba la partida; que la reina le acompañaba; que no llevaba consigo sino una corta guarda, dejando como inútil la vana pompa de la corte. Abismábanse en conjeturas los mas sagaces y avisados, explicando cada cual á su sabor la inesperada nueva: suponian unos, y no sin visos de verdad, que hallándose quebrantada la salud del rey, y aun mas descaecido su ánimo que su cuerpo, habia tomado la resolucion de pasar en un clima mas templado el rigor del invierno, buscando á la par que alivio solaz y esparcimiento; pretendian otros (y aun lo propalaban á la callada, como quien revela un secreto) que habia condescendido Albo Hacen con las instancias de su esposa, quien como nunca hu-

biese visto el mar, habia mostrado este deseo, viniendo el rey en ello. Y aun se afirmaron mas y mas en tan errado concepto, cuando hallándose al otro dia Albo Hacen y la reina en el *patio de los arrayanes*, dijo el rey con afable sonrisa: «mira este mar, Zoraya, (y señaló al estanque): ¿no es el mayor que en tu vida has visto?» Volvióse luego á Aben Farruch, que no venia distante, y le dirigió como al descuido estas meras palabras: «tú puedes seguirme ó quedarte; mas no olvides que desde nuestras costas se divisan las montañas de Africa.»—«Yo soy, Señor, como los alciones (repuso el moro con desembarazo y donaire): hago mi nido en tierra; pero me alegra salpicarme en las olas.»

Los pocos dias que mediaron hasta el de la partida, mostróse el rey mas desparcido y alegre que lo que tenia de costumbre; ora porque su viva imaginacion habia menester pábulo y alimento, so pena de consumirse á sí misma, ora porque se complacia el bondadoso príncipe al contemplar el gozo de Zoraya, que le hacia á la vez

mil preguntas, nacidas de su candor é inexperiencia, mostrándose tan inquieta y alborozada como si fuese á recorrer el mundo. Mas entre tanto no olvidó el monarca tomar prudentes precauciones para el gobierno y sosiego de la ciudad, durante el corto tiempo que iba á durar su ausencia: confirió con Aben Hamet si podria alejarse sin riesgo; y una vez asegurado y tranquilo, (tanta era la confianza que en aquel caudillo tenia) determinó llevar en su guarda á los esforzados Gomeres; como que acostumbrados á velar de antiguo en su custodia, y nacidos muchos de ellos en reino extraño, despertarian menos celos y rivalidad en las tribus mas poderosas de Granada.

Antes de salir de sus muros, quiso tambien el príncipe despedirse de su hermano el Zagal, so color de darle aquella prueba de amistad y cariño; pero tambien con la secreta mira de ligar mas y mas su obediencia, mostrándole una ciega confianza. «Otros reyes, al ausentarse (le dijo sonriyéndose, en presencia de vários caudillos) dejaban á sus hermanos en *Salobre-*

ña; yo te dejo en la Alhambra [48].»

Celebraron los cortesanos con un sordo murmullo aquellas expresiones del rey, no menos generosas que corteses; y volviendo todos á un tiempo el rostro hácia el Zagal, le pusieron en tal apremio, que redobló sus promesas y ofrecimientos, hasta salir fiador con su persona de la paz y sosiego del reino.

CAPITULO XIII.

Viaje de Albo Hacen y de su esposa desde Granada á Loja.

Por no pasar en el corazon del invierno las fragosas cumbres de *Zafarraya* [49], y con el fin de ver al paso la ciudad de Loja, tomaron los reyes de Granada esta via, como la menos agria y escabrosa de las dos que conducen á Málaga.

Salieron de la Alhambra con escaso acompañamiento, apenas asomaba el dia, á la sazon tardo y perezoso; y en cuanto hubieron pasado las márgenes del Beiro, despidió el rey con pu-

labras corteses á Aben Hamet y á otros caudillos, que demandaban como señalada merced el proseguir mas lejos; diciéndoles por último, para atajar de una vez sus instancias: «no queda bien Granada, huérfana de tan leales caballeros.»

Ya habia tendido el sol sus rayos, sin que ni una sola nube empañase los cielos, cuando llegó la régia comitiva á un espacioso llano, no lejos del Xenil, que tuerce á mano derecha su curso, al salir de Granada, como si fuese presuroso á recibir por tributarios á otros rios. Y tan deleitosa y amena era aquella llanura, desde la cual se descubria la dilatada vega con cien pueblecillos y aldeas, la sierra cubierta de nieve hasta la falda misma, en que verdeaban los campos, y los muros y las torres de la ciudad coronando uno y otro monte, que por disfrutar á placer aquellas vistas, mandó el rey hacer alto, y se colocó al lado de su esposa, á la puerta de un humilde albergue. Desde allí se complacia el monarca en divisar los sitios mas lejanos, y señalarlos uno por uno á su gentil esposa; de-

teniéndose con especial agrado cuando reconoció la parte del alcázar en que tenia sus aposentos la reina. ¡Cuán lejos estaba el desventurado de imaginar entonces que en aquel mismo sitio, á la vuelta de pocos años, se habia de levantar como por encanto una ciudad cristiana, amenazando frente á frente á Granada! [50]

No sin desabrimiento y disgusto volvieron los reyes la espalda á ciudad tan hermosa; y á medida que de ella se alejaban, no parecia sino que se les iba estrechando el corazon, al contemplar los campos sin aquel verdor y lozanía, los cerros desnudos, escasos y apartados los pueblos.

«No hay otra Granada, Albo Hacen,» le dijo al fin Zoraya.—«Granada y tus amores.... ¿qué mas dicha en la tierra?»—Y al proferir estas palabras, el apasionado monarca fijó en ella la vista con tanto cariño y ternura como cuando por vez primera le declaró su vehemente pasion.

Se iba ya atezando la noche, cuando llegaron á la ciudad de Loja, que apenas se divisaba entre las altísimas

sierras que la circundan; contribuyendo la sombra de los montes, el silencio y la oscuridad, á dar á aquel cuadro un aspecto grave y sublime, que convidaba á la melancolía.

Mucho se holgó la reina cuando se halló por último en el castillo, situado en la parte mas alta de la ciudad, segun costumbre de los moros [51]; y poco á poco se fué desparciendo su ánimo, oyendo referir á Arlaja vários prodijios y encantamientos, que se suponian acaecidos en los contornos de aquella ciudad, donde se ven abiertas las bocas de hondas simas, y se oye á veces un confuso estruendo, como si pelearan dos ejércitos en las entrañas mismas de la tierra [52].

El cansancio del camino y las confusas imágenes de los estraños cuentos y consejas desasosegaron el sueño de Zoraya, que despertó al punto mismo en que doraba el sol la cumbre de los montes; y con el ánsia de desahogar el ánimo con el ambiente de la mañana, abrió de par en par las ventanas de un *ajimez*, que caia en frente de su lecho. ¡Cuál fué su admiracion, al ver una

perspectiva tan grata y halagüeña, donde solo creyó descubrir cerros y precipicios! No era aquel un campo, sino un verjel; cubierto de sembrados, de frutales, de arbustos y yerbas olorosas, cuajado todo de menudas perlas con el abundante rocío. Absorta contemplaba Zoraya aquella amenísima vega, que le presentaba la imágen de la hermosa vega de Granada; y para que fuese mas cumplida su ilusion y mayor su deleite, reconoció á Guadal-xenil, que extiende por aquellos campos sus cristalinas ondas, y le saludó como á un antiguo amigo, á quien se ve de improviso en tierra extraña.

CAPITULO XIV.

Se encaminan los reyes de Granada á la ciudad de Málaga.

El corto tiempo que permaneció Albo Hacen en la ciudad de Loja, lo empleó en reconocerla toda por sí mismo, á fin de que se reparasen los torreones y adarves, para ponerlos á cubierto de cualquier acometida de los

cristianos; y en las horas destinadas al esparcimiento y solaz, recorria en compañía de su esposa las huertas y jardines, que se extienden á la falda de la poblacion, tanto mas agradables y amenos, cuanto contrastan con las peladas sierras.

Era tal la impaciencia que mostraba la reina por disfrutar cuanto antes la vista del mar, que Albo Hacen anticipó por complacerla el dia de la partida; y saliendo de Loja al despuntar el alba, apresuraron el paso, para llegar á Málaga antes de que el sol se ocultase.

Algunas leguas distaban todavía de aquella opulenta ciudad, cuando ya empezó á sentir la reina un secreto deleite con el temple del aire, que lejos de anunciar el rigor del invierno, parecia mas bien el suave aliento de la primavera. Por horas, por momentos, se iba trocando la encantadora perspectiva; cual si por mágico hechizo se hubiese convertido aquella zona de España en una de las regiones mas fértiles de oriente. En la cumbre de los alzados montes se veian mecerse las pal-

meras de Africa; y al abrigo del cierzo, vuelta la cara al mediodia, ostentaban su verdura y galas los plátanos delicados, los sicómoros ó higueras de Egipto, las cañas que destilan miel. En vez de opacos encinares y de altísimos pinos, descubríanse bosques espesos de cidros y naranjos, ostentando el dorado fruto entre las hojas de esmeralda; cual lo finjió la imaginacion de los griegos en el jardin de las Hespéridas.

Pues cuando mas embebecida contemplaba Zoraya aquel cuadro apacible, tornó la vista al revolver de un altozano, y descubrió de improviso la inmensa llanura del mar. Ni una palabra profirió siquiera; y como que le parecia que la respiracion le faltaba: tanto era su pasmo. Habia cuidado Albo Hacen de proporcionar á su esposa aquella sorpresa, llamando su atencion hácia otros objetos, y buscando las sendas mas á propósito para que de repente se hallase dominando la extension del mar.

Era cabalmente á la caida de la tarde, despejado y sereno el cielo, al punto mismo en que el sol, encendido co-

mo una hoguera, empezaba á esconderse debajo de las olas; y solo se columbraban, hácia el último confin del horizonte, unas levísimas nubes blanquecinas, que imitaban con sus várias y confusas formas los picos de la Sierra Nevada.

Estaba la mar dormida en calma profundísima; pero al irse acercando á la orilla, se notaba el movimiento de las olas, que llegaban, y cubrian la playa, y se retiraban otra vez, y volvian á cubrirla de nuevo; quedándose embelesada Isabel al contemplar aquel hervidero contínuo, y las labores de blanquísima espuma que dejaban las oleadas en la menuda arena.

Clavados tenia los ojos el rey en su adorada esposa, disfrutando aquel suave placer que solo experimenta quien siente la propia dicha en el corazon de la que ama; y ni aun se atrevia á distraerla con ademanes ni palabras, cuando al cabo Zoraya, empezando á volver de su enagenamiento, prorumpió en sentidas exclamaciones y frases mal concertadas, para explicar de alguna suerte lo que sentia en su ánimo; des-

pertándose mas vivo en él un sentimiento de agradecimiento y de ternura, á que insensiblemente convidan las maravillas de la naturaleza. «¡Cuánto te debo, esposo mio!» Le dijo por último al rey, arrasados los ojos en lágrimas.... «Mas te debo yo á tí, ángel del paraiso; pues te debo la felicidad de mi vida.»

En esto iban acercándose á la ciudad, que se extendia por larguísimo trecho á la orilla misma del agua, y se levantaba despues poblando el regazo de un monte; y al llegar al pié de los muros, á tiempo que ya anochecia, vieron de pronto iluminados los adarves, las torres y azoteas, y flotar millares de luces en el seno del anchuroso puerto, como si se hubiese convertido la mar en un ascua de oro.

CAPITULO XV.

Anuncia Albo Hacen á su esposa que va á ausentarse por un breve espacio.

Los festejos con que celebró Málaga la dicha de hospedar en su recinto á Albo Hacen y á su esposa, fueron cual

eran de esperar de ciudad tan espléndida y opulenta; como que, por un raro privilejio, reune la riqueza propia de su suelo, donde ostentó la naturaleza sus dones mas preciados, y la riqueza de distintas regiones, por su aventajada situacion para servir de emporio al comercio del mundo; con abrigo cómodo para las naves, en el borde de Europa y dándose la mano con Africa, casi á la puerta misma del Estrecho en que se abrazan ambos mares.

En medio de tan solemnes fiestas y regocijos empezó á percibir Zoraya que se mostraba el rey discursivo y caviloso: haciendo inútiles esfuerzos por mostrar desparcido el ánimo, y contestando con vagas y perezosas respuestas á las preguntas é instancias de su esposa. Hasta que al cabo, como llegase esta á insinuar al rey, con la mayor ternura y desconsuelo, si tendria ella la mas mínima parte en el pesar que le traia desasosegado, y de que quisiera librarle aunque fuese á costa de su propia vida, no pudo resistir Albo Hacen por mas tiempo; y estrechando cariñosamente las manos de su esposa, y

llevándolas al corazon, calmó sus infundados recelos con sola una sonrisa, llena de bondad y cariño. Manifestóle en seguida que su pasion misma era causa de la tristeza que habia notado; pues no podia pensar siquiera en apartarse un solo dia de su lado, sin sentir en el alma un vacío, como si fuese á faltarle la vida.

Dióle despues á entender, del mejor modo que le fué posible, para no lastimar el pecho de su esposa con sustos y temores, que no podia retardar por mas tiempo el recorrer por sí mismo aquella frontera del reino, para poner coto á los insultos y demasías que habian osado cometer los cristianos, confiados en el silencio en que yacian las armas. «Mi sola presencia bastará (dijo por último el monarca, no sin dignidad y entereza) para asegurar mis estados; y asi que haya cumplido con lo qué me debo á mí propio, como rey, volveré con mas ansia á tus brazos á disfrutar las dichas de esposo.»

En diciendo esto, estrechó contra su seno á Zoraya, que ni aun se atrevió

á replicarle, al verle tan resuelto; y hasta procuró la cuitada contener las lágrimas que involuntariamente brotaban de sus ojos, y que caian gota á gota sobre el corazon de Albo Hacen.

Habia este dicho la verdad; pero no cabal ni cumplida por temor de afligir á su esposa; porque era sobradamente cierto que de algun tiempo á aquella parte traian los cristianos desasosegada la vecina sierra, con entradas y correrías; si bien tan rápidas y pasajeras, que parecian turbion de verano, que en breves horas asuela los campos, quedando otra vez el cielo despejado y sereno.

Mediaba para ello una circunstancia tan singular, que no puede pasarse en silencio: en las últimas treguas asentadas entre el rey de Granada y el de Castilla, andando en aquellos tratos y conciertos el conde de Cabra, (muy estimado en aquella ciudad, y que llegó á tener cierto valimiento y familiaridad con Albo Hacen) se habia puesto por condicion que no se reputasen quebrantadas las paces por entradas y correrías, ni aun por la toma de fortalezas

y villas, con tal que no durase el combate mas del término de tres dias, y que no se asentase real, ni fuese la hueste con banderas tendidas ni con sonido de trompetas, como se sale á batalla aplazada, sino de rebato y con acometimiento improviso [53].

Aspera y ruda escuela, preludio de tantas glorias y de la conquista del mundo: cargados con el arnés nuestros mayores, y la espada siempre en la mano, ni una sola noche durmieron con descanso, durante el trascurso de ocho siglos!

CAPITULO XVI.

Da Albo Hacen feliz cima á la empresa que meditaba.

Como si quisiera la suerte favorecer por todos medios los conatos de Aben Farruch, que era el único que sustentaba el ánimo del rey, naturalmente indeciso é irresoluto hasta su daño; ó mas bien, estando ya próximo á cumplirse el plazo que habia decretado la Providencia para la completa libera-

cion de España, acaeció que en las entradas y correrías que habian difundido el espanto por toda la sierra, andaba de boca en boca el nombre de un famoso guerrero, D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, contra el cual abrigaba Albo Hacen antiguo y profundo resentimiento.

Es pues el caso (como ya se insinuó en otro lugar) que en vida del rey Ismael, y mas bien contra su voluntad que con su anuencia y beneplácito, hizo Albo Hacen una algarada en tierra de cristianos, poniendo á sangre y fuego la comarca de Algeciras, y difundiendo el terror y espanto por los pueblos á la redonda. Mas cuando ya volvia ufano de su triunfo, arrastrando en pos de la hueste millares de cautivos, trofeos y despojos, vióse acometido de repente por un corto número de cristianos, tan valientes y osados, que rompieron la apiñada nube de enemigos y los pusieron en huida, cerca del *rio de las yeguas*, famoso por aquel reencuentro [54].

Lo que mas temor causó á los moros, al ver sobre sus cabezas aquel nu-

blado repentino, es que no tenian ni la mas leve noticia de que anduviese por aquella tierra hueste alguna cristiana, y hasta creian muy lejos á los alcaides y caudillos de mas nombradía; pero apenas llegó la nueva de la entrada de los infieles á D. Rodrigo Ponce de Leon, primogénito del conde de Arcos, y mancebo á la sazon de tan corta edad que apenas le apuntaba el bozo, sintió hervir en sus venas la noble sangre de que procedia; y por estreno de su lanza, destinada por el cielo para humillar la media-luna, logró ahuyentar á los enemigos, y eclipsar la naciente gloria del que habia de ser rey de Granada.

Desde entonces, y á pesar del trascurso de los años, no se habia borrado en el corazon de Albo Hacen la mella de aquel suceso; en términos que ni una vez siquiera oia el nombre de Ponce de Leon, sin que se le inmutase el rostro.

Y ahora que tenia avisos de que aquel esforzado caudillo, sobrellevando á duras penas el ocio de la paz, habia amenazado una y otra vez las fronteras, no fué menester mas para punzar

en lo mas vivo el corazon del monarca y arrojarle á una empresa, liviana al parecer y de poca monta; pero que iba á ser el primer paso para la destruccion de su imperio.

Salió Albo Hacen de Málaga sin séquito ni boato, encubriendo á todos su designio, y apadrinando el rumor de que se encaminaba á Ronda, ciudad fuerte de suyo, guarecida con altísimos montes y profundos tajos; pero que ni aun de esta suerte se veia escudada contra la osadía de los cristianos, que habian llegado hasta tocar con las manos el muro, dejando como señal y trofeo una de las torres por tierra [54].

Tan natural parecia el intento del rey, y tal concepto habia formado el pueblo de su inclinacion á la molicie y al regalo, que ni aun siquiera sospechó que alimentase otro intento; y fué extremada la sorpresa y mayor el júbilo que se difundió por el reino, cuando llegó la inesperada nueva de la toma de Zahara, llevada á cabo con singular ventura en el término de una noche.

Estaba aquella villa abrigada por los vecinos montes y ceñida de fuertes

muros; tan difícil de expugnar, merced á la naturaleza y al arte, que su conquista granjeó no escasa fama al infante D. Fernando, á pesar de que contaba entre sus timbres (que le valieron no menos galardon que una corona) el haber conquistado á Antequera.

Vino despues Zahara á poder del mariscal Hernando Arias de Saavedra, quien la poseia á tiempo en que mas bravos andaban los disturbios entre la grandeza y el trono, recien fallecido Henrique IV; y habiéndose refugiado á Granada aquel insigne caballero, segun costumbre muy comun en aquellos tiempos, y hasta escogido aquel campo para retar á sus rivales, halló favorable acogida en la corte de Albo Hacen; y aun tal vez este recordó en su mente lo que acerca de la situacion y fortaleza de la villa habia oido de boca de su propio señor, al intentar ahora arrebatarla de manos de su hijo [56].

Ausente éste á la sazon, y encomendada la guardia y custodia de la villa á un alcaide poco vigilante, aprovechóse Albo Hacen del descuido en que yacian los cristianos, confiados en

el rigor de la estacion y en la aspereza del terreno.

Dispusiéronse en Ronda todos los aprestos necesarios, siendo Aben Farruch el alma de aquella empresa; pero ocultando sagazmente la mano por no despertar rivalidad y celos, y demandando él propio al monarca que encomendase el mando al caudillo Ataifar, el alcaide de mas fama entre todos los de la Serranía.

Hízolo asi Albo Hacen, saliendo él mismo de oculto para dar calor á la empresa, y llegando con un corto número de guerreros hasta una barranca profunda, que forman los empinados montes, no lejos de Zahara. Allí aguardaron, sin ser apercibidos, á que cerrase la noche, tan oscura y tempestuosa que parecia anunciar horrores y desastres. Ni una sola estrella se divisaba en el cielo; caia una espesa nevisca, arremolinada por los aires; y se oia á lo lejos zumbar el viento, como si fuese el bramido del mar. Amparados con las tinieblas, y arrastrándose por la tierra, para que no fuese posible distinguirlos desde los adarves,

llegaron los infieles al pié del muro; en tanto que las guardas y escuchas habian buscado abrigo contra la inclemencia de la estacion, y mientras los descuidados moradores se habian entregado al descanso, despues de haber celebrado por tres dias con fiestas y cantares el nacimiento del Hijo de Dios.

Acercándose con el mas profundo silencio, escalaron los moros un torreon, que se empinaba derecho sobre un tajo, tan agrio y escarpado que no podian trepar por él ni aun las cabras monteses; pero el arrojado Ataifar, que conocia aquel terreno á palmos, fué el primero que subió por aquel precipicio; y apenas asentó el pié en lo alto del muro, desplegó al viento el alquicel blanquísimo, para que los demas le siguiesen.

Tocar con la mano las almenas, arrojarse sobre los guardas y apoderarse del torreon, todo fué un solo punto: desparciéronse luego por la villa, hendiendo con las hachas las puertas, degollando á los moradores, cautivando á mujeres y niños; y como para celebrar su triunfo y dar al mismo tiempo

aviso de que eran ya dueños de la villa, encendieron fuegos y ahumadas en derredor de los adarves, y comenzaron á dar tales alaridos, que atronaban los vecinos montes [57].

Acudió al momento Albo Hacen con la gente de su comitiva, para tomar por sí propio posesion de la villa y atajar el destrozo; porque ademas de que no era de suyo cruel ni sanguinario, hasta su flaqueza misma le inclinaba á la clemencia; vacilando siempre entre el deseo de ganar renombre entre los suyos y el temor de atraer sobre su reino el peso de las armas cristianas.

Asi es que vió con desabrimiento y pesadumbre la horrorosa carnicería que habian hecho en la villa; pero ni aun se atrevió á manifestarlo á los caudillos, y antes bien regraciólos por su valor y esfuerzo. Puso luego buen recaudo en la fortaleza, entregando las llaves al alcaide Ataifar, á quien dijo meramente, con la magestad propia de un rey: «quien las ganó sabrá guardarlas.» Y cansado ya de tan corto esfuerzo, y ansioso de volver al lado de su esposa,

tomó el rey la vuelta de Málaga, poco satisfecho de sí mismo, y casi pesaroso del triunfo.

CAPITULO XVII.

Situacion en que se encontraban los reyes de Castilla.

Cundió la fama de tan inesperado desastre por todo el ámbito de España, como si de repente se hubiese estremecido la tierra. En las ciudades, en las villas, hasta en los lugares y aldeas no se oia mas que el nombre de Zahara, encareciendo cada cual á porfía las circunstancias del lamentable hecho, y despertando en los ánimos ardiente deseo de venganza.

Hallábanse á la sazon los Reyes Católicos en Medina del Campo, famosa en aquellos tiempos por su industria y riqueza, de que hacia ostentacion y alarde en sus nombradas ferias, envidia de Europa; y cuando mas tranquilos se hallaban aquellos príncipes, libres ya por su esfuerzo y prudencia de enemigos estraños, y vuelta la atencion y la

mente á afianzar la paz doméstica y el bienestar del reino, llegó á sus oidos la tristísima nueva de la desolacion de Zahara.

Escasa confianza tenian aquellos monarcas en el escudo de la paz, tantas veces falseado por los infieles, si es que no roto, para poder herir mas á su salvo; pero nunca menos que entonces pudieran aguardar tamaño insulto y provocacion por parte del rey de Granada, que habia permanecido con las armas ociosas mientras los reyes de Castilla, acosados por todas partes, no tenian siquiera adonde revolver la vista sin topar enemigos.

Mas ya por buena dicha se habia asentado la concordia con Francia, humillado su orgullo ante los muros de Fuenterrabía, y aplazados para mas adelante graves motivos de encarnizadas guerras: habíase reconciliado Portugal con Castilla; vencidas las huestes de aquel reino en Toro y la Albuhera; terminando las artes de la política lo que no habian allanado las armas; y desahuciada hasta tal punto la causa de la princesa Doña Juana, juguete largo

tiempó de la fortuna, que prefirió al fin sepultar en un claustro la esperanza de una corona.

Pues si tan feliz cima habian dado los reyes de Castilla á sus altercados con otras potencias, no menos afortunados habian sido en apagar los disturbios y disensiones en várias provincias del reino, que amenazaban consumirlo con voracísimo incendio, como otras tantas bocas de un volcan.

Con tan buen órden y concierto empezaba á convalecer y robustecerse la potestad real, largo tiempo enflaquecida y casi exánime; y á su sombra tutelar respiraban algun tanto los pueblos, armándose en defensa del trono y de las leyes, guiados por el instinto de la propia conservacion. Mas eran tantas las heridas, tan hondas y recientes, que aun estaban manando sangre; y el solo pensamiento de empeñar á los pueblos en una nueva lucha, brava de suyo y porfiada, la duracion incierta, seguros los males, el éxito dudoso, aumentaba hasta lo sumo la perplejidad de aquellos príncipes, que lejos de dejarse llevar de los ímpetus del corazon,

tenian que pesar en fiel balanza los intereses del Estado.

Grandísima fortaleza hubieron menester para resistir á un tiempo al deseo de vengar tantas ofensas, al noble afan de gloria, al celo por la religion, que los impulsaban de consuno contra los infieles; y como si no tuviesen bastantes estímulos que vencer dentro de sí mismos, llegaban al trono cada vez mas ardientes los votos de los pueblos, los ofrecimientos de ciudades y villas, los clamores de una nobleza altiva y generosa, que mal avenida con el ocio de la paz, y no queriendo malgastar ya sus fuerzas en luchas intestinas, deshonrosas igualmente para vencedores y vencidos, ansiaba ostentar contra el enemigo comun la hidalguía de sus pechos y la pujanza de sus brazos.

Entre tantos insignes caballeros como instaban á la reina Doña Isabel para que no retardase por mas tiempo humillar el orgullo de los infieles, distinguíase un venerable anciano, por la inalterable constancia con que no perdonaba ocasion ni coyuntura de presentarse ante la reina, el continente

grave, sumiso el ademan, la mirada fija y melancólica, sin proferir jamas ni una sola palabra; pero clavando los ojos en la reina con amargura y desconsuelo, y poniendo la mano en la cruz de la espada.

Habíase renovado la herida del Don Alonso de Córdoba (ni aun necesidad habia de nombrarle) al saber el reciente desastre, que le traia mas vivo á la memoria otro cuadro de desolacion; y desde aquel punto y hora se colocaba todos los dias, cual si fuese una estátua, á la entrada de la capilla donde iba la piadosa princesa á invocar la gracia del Altísimo, para regir en paz y justicia á sus pueblos; y con acento grave, como si fuese la voz misma del cielo, no decia al pasar la reina sino esta sola palabra: *Zahara*!

El alma se le partia á la piadosísima Isabel, al ver un dia y otro á tan buen caballero, sin poder aliviar sus pesares ni aun alentarle con esperanzas, que aun no habian llegado á granazon; y por mas que procuraba consolarle con blandas razones y con señaladas muestras de benevolencia, tal era el temple de al-

ma del Don Alonso, y tan grabado tenia en su corazon un solo y único pensamiento, que salió de la corte desabrido y pesaroso, y se encaminó á Andalucía, para estar mas cerca del campo de batalla, si estallaba al fin el rompimiento, y para asistir entre tanto á su deudo y amigo el Señor de Luque, el cual habia estado á las puertas mismas de la muerte al saber la desgracia de su hijo, llorándole despues con tan ardientes lágrimas, que le habian costado la vista. Desdichada condicion de padre: conservar la memoria de su infortunio, y no tener ni aun ojos para llorarle!

CAPITULO XVIII.

De lo que pasaba á la sazon en el palacio del marqués de Cádiz.

Si la circunspeccion y prudencia de los Reyes Católicos les obligaban á disimular su enojo, antes de dar la señal de la guerra, ya que estaban firmemente resueltos á no levantar mano de la empresa hasta arrojar á los infieles

del último confin de España, la misma prudencia les recomendaba prepararse sin dilacion ni demora para tan grave acontecimiento.

Hiciéronlo asi, desde el punto y hora en que supieron la sorpresa de Zahara, que no podia menos de ser causa y ocasion de un rompimiento entre ambas naciones, ora mas próximo, ora mas lejano: mandaron apercibir las fronteras, reparar los castillos, abastecer las fortalezas; y para estar preparados á cuanto sobrevenir pudiese, aprovecharon el respiro que aun les dejaba la paz, para con espacio y holgura reunir todos los aprestos de guerra.

No dejaron de encomendar con sijilo á los principales señores y adelantados de Andalucía, asi como á los de las provincias comarcanas, que tuviesen á punto las armas, para el momento mismo en que se diese la señal [58]; pero como tal demora no se aviniese con el ánimo belicoso de aquellos nobles caballeros, sufrian impacientes el freno del régio mandato, y se rebelaban contra él en lo íntimo de su cora-

zon, si bien el respeto y la obediencia les sellaban los lábios.

En especial el marqués de Cádiz (¿quién contiene á un leon, viéndose provocado?) no disfrutó un solo dia ni una hora de sosiego, desde que supo la desolacion de Zahara. Habian muerto allí cien guerreros, á quienés él conocia por sus propios nombres; sus esposas, sus hijos, caminaban cautivos, atrahillados por los moros, como un vil rebaño; y esto se habia ejecutado en el corazon de Andalucía, cerca de sus estados, como para arrojarle el guante; y el perpetrador de aquel hecho no habia sido un alcaide cualquiera, codicioso de enriquecerse con los despojos de una villa; sino el mismo rey de Granada, aquel Muley Hacen á quien él habia visto las espaldas junto al *Rio de las yeguas!*.... «Que me tengan por ruin y villano, si no vengo esta afrenta:» asi dijo, dando un recio golpe en un bufete de nogal, en que tenia várias armas; y blandiendo la espada de su padre, que se necesitaban buenos puños para sustentarla siquiera, juró no desprenderla de su lado hasta

vengar en Granada misma la sangre vertida en Zahara.

Apartada á un lado de aquel aposento, y embebecida en bordar una banda para su esposo, estaba la nobilísima Señora Doña Beatriz Pacheco, dechado de matronas castellanas; y como viese la resolucion de su marido, y oyese sus palabras, no se atrevió á replicarle ni aun á manifestarle desplacer; pero tomó en sus brazos á un hijo, niño de corta edad, y le estrechó una vez y otra contra su seno, clavando los ojos arrasados en lágrimas en una hermosa efigie de la Vírgen de la Piedad, que era su esperanza y consuelo.

«No queda huérfano bajo tan buen amparo (dijo al fin el marqués, procurando templar con palabras suaves el pesar de su esposa): le quedas tú en la tierra, y la Madre de Dios en el cielo.»—Acercóse entonces al hijo de su amor, que correspondió con inocentes caricias al halago de tan buen padre; y sin poder reprimir por mas tiempo los sentimientos que rebosaban en su alma, desasióse el marqués de su hijo y de su esposa, temiendo que alguna lá-

grima revelase, á pesar suyo, lo que pasaba en su corazon.

CAPITULO XIX.

Toma de Alhama.

Só color de una montería, para encubrir mejor su intento, salió el marqués de la villa de Arcos, heredada de sus progenitores; y caminando con escaso séquito, si bien toda ella gente de armas, no menos acostumbrada á perseguir fieras en los bosques que á vencer enemigos en el campo, se encaminó por senderos y atajos á las inmediaciones de Sevilla, donde tenia concertada una plática secreta con Don Diego de Merlo, caballero de grande ánimo, de consumada prudencia, nombrado por los Reyes Católicos Asistente de Andalucía.

Para no despertar recelos ni dar márgen á conjeturas y rumores del vulgo, abocáronse con sigilo en un lugar poco distante de Sevilla, desierto á la sazon y despoblado, asiento un tiempo de la famosa Itálica, noble cu-

na de emperadores, y que hasta en ruinas y escombros ostenta la grande de Roma.

Al promediar la noche, una de las mas crudas de invierno, se juntaron aquellos insignes caballeros bajo uno de los arcos del espacioso anfiteatro, solos, á la callada, quedándose de aquella suerte por espacio de mas de dos horas, sin que nadie pudiese sondear el objeto de aquella misteriosa entrevista; y únicamente oyeron al marqués, á tiempo de despedirse del Don Diego, decirle en alta voz y con acento regocijado: «¿no veis como hasta el cielo mismo parece que bendice nuestra empresa?» Todos, por un movimiento involuntario, levantaron á un tiempo los ojos, y vieron que efectivamente habia conseguido la luna romper la espesa niebla en que estaban envueltos los montes, y derramaba su apacible luz sobre aquellas ruinas, que aparecieron de repente mas corpulentas y magníficas.

De allí á breves dias, procediendo entrambos caballeros con la mayor cautela y recato, aprestó cada cual su

gente, escogida toda y probada ya en cien reencuentros; y enderezándose por distintas vias al punto convenido, sin que les acaeciese el mas leve azar ó contratiempo, se hallaron reunidos como por milagro en el corazon del reino de Granada, al pié de las ásperas sierras en que tiene Alhama su asiento.

Era famosa esta ciudad por su tráfico y riqueza, que habia ablandado hasta tal punto la índole de sus moradores, que eran tenidos por poco belicosos; no faltando tambien quien lo achacase al uso inmoderado de los baños, con que los convidaba la naturaleza en aquellos contornos, calentando los ricos manantiales en las entrañas mismas de la tierra [59].

Bien fuese por flojedad y desidia de los moradores, bien confiasen sobradamente en la fortaleza de la ciudad, cercada de torres y muros y enriscada sobre la cumbre de una montaña altísima, á pocas leguas de Granada y con socorro á mano, lo cierto de ello es que permanecian en el mayor descuido y abandono, aun despues que el desas-

tre de Zahara debiera haber despertado su vigilancia.

Ocultos en los profundos valles, que forman las empinadas sierras, aguardaron los cristianos á que cerrase la noche, mas oscura que boca de lobo, con nubarrones, ventisca y aguaceros; caminaron despues á la deshilada, por en medio de tajos y rocas, con tal recelo que hasta el rumor de las pisadas ponia espanto; y sin respirar siquiera para no ser sentidos, llegaron al pié de un torreon; y alli estuvieron á punto de malograr la empresa por la noble emulacion y el ánsia misma con que cada cual reclamaba para sí la gloria de subir delantero. «*Arriba ó á la fosa,*» dijo Martin Galindo, plantando una escala y trepando velozmente por ella.—«En las almenas nos abrazaremos.... ó en la eternidad,» le contestó Juan Ortega, que en denuedo y arrojo á ninguno en el mundo reconocia ventaja; y al cabo de pocos momentos, ya se divisaban dos bultos sobre los adarves [60].

Subieron despues unos en pos de otros como un centenar de valientes, asidos de las cuerdas que se blandea-

ban al peso, aguardándoles arriba la muerte y á sus pies un hondo precipicio. Apenas se hallaron en la cima, arrojáronse dentro del castillo sin salida ni efugio, caminando despues á tientas, en medio de las tinieblas, abriéndose paso con la espada; de suerte que los guardas, sobrecogidos de espanto y entorpecidos con el sueño y el frio, ni aun ánimo tuvieron para vender caras sus vidas.

Ya eran los cristianos dueños del torreon; pero todavía no habian arrostrado los mayores riesgos: era necesario salir de aquel recinto, pelear en las calles y plazas, apoderarse de la ciudad, antes que amaneciese. «Pocas horas nos quedan (dijo el marqués de Cádiz, rodeado de aquellos valientes): ¿nos contentaremos con quemar una torre, como hicimos en Ronda?.... Pero entonces, compañeros, no teníamos que vengar á *Zahara*....» Aun no habia acabado de decirlo, cuando abriendo las puertas y rastrillos precipitáronse de tropel, como un torrente despeñado; y teniendo á desdoro prevalerse de la sorpresa, tocaron las trompetas y dieron á un

tiempo el grito de *Santiago y España*! *Batalla tenebrosa* apellidóse aquella; y con este tremendo nombre la ha perpetuado la historia: en el breve término de una noche corrieron arroyos de sangre por la ciudad de Alhama, muertos ó cautivos sus moradores; y al clarear el dia, ya ondeaba sobre sus torres el glorioso pendon de Castillá [61].

CAPITULO XX.

De lo que aconteció en Granada, asi que se supo la pérdida de Alhama.

Cuando empezó á susurrarse por Granada la pérdida de Alhama, rehusaba la gente dar crédito á tan amarga nueva: imposible parecia que hubiesen osado los cristianos penetrar con sus armas hasta el riñon del reino, cercados por todas partes de enemigos, y pudiendo casi divisar con sus ojos las torres de la Alhambra. Mas al pasmo causado por el primer anuncio sucedió en breve la duda, y á la duda sucedió la certeza; aumentándose de tal suerte

el desasosiego y la zozobra, que en el término de pocas horas se hallaba la ciudad sumergida en la mas profunda consternacion. Desatentada corria la gente por calles y por plazas, repitiendo el nombre de Alhama, en medio de lamentos y gemidos: gritaban las mujeres y mesábanse los cabellos, maltratando con sus propias manos el rostro, en señal de amarguísimo duelo; resonaba en las mezquitas la voz de los alfaquies, enardeciendo los ánimos para la guerra santa, y dando á los guerreros el grito de *Alá Acbar*, tan terrible para los cristianos.

Recordó el pueblo entonces (como suele por lo comun, cuando ve sobre sí un turbion de malas venturas) los vaticinios y pronósticos, que habia menospreciado mientras le halagaba el viento de la prosperidad; y apenas hubo un solo morador de Granada que no repitiese las palabras del Alfaqui Nazer, no menos venerable por su ancianidad que por su entereza; el cual como hubiese visto, pocos dias antes, felicitar á Albo Hacen por la sorpresa de Zahara, desvaneciéndole á porfia

con el humo de la lisonja, alzó la voz en medio de la corte, y pronunció estas terribles palabras, como si la llama del Profeta brillase de improviso en su frente: «Las ruinas de ese pueblo caerán sobre nuestras cabezas.... La sangre pide sangre... y el imperio de los Muzlines está ya tocando á su ocaso!..» [62].

A fervor religioso, si es que no á desvario, atribuyóse entonces la prediccion de aquel anciano; y embriagado Albo Hacen con el aplauso popular, de que á la sazon disfrutaba, y adormecido con el silencio de los Reyes Católicos (que desdeñaron dar la menor muestra de resentimiento por el insulto recibido, hasta que llegase el momento del desagravio) continuó entregado al deleite en brazos de su esposa, casi abandonadas las riendas del estado, menospreciando los consejos de los prudentes y hasta los avisos del cielo.

Mas á pocos dias de hallarse de vuelta en Granada (á donde le habia traido el ánsia misma de recoger los aplausos del pueblo, lleno de júbilo por el reciente triunfo) sobrecogióle de improviso la pérdida de Alhama, como el

estallido de un trueno en medio del cielo despejado; y despertando al fin de su letargo, recordó que era rey, para sustentar su corona.

Sin tregua ni descanso procuró apaciguar los ánimos de la ciudad, pregonando la guerra contra infieles, y desplegando el estandarte sagrado, signo de la victoria: abrió el régio tesoro, congregó la hueste, se puso él propio á su cabeza; y no parecia sino cosa de encanto ver cubrirse de pronto los montes y los valles con tantos millares de guerreros, como si la tierra misma los hubiese brotado.

No descuidó el monarca atender al mismo tiempo á cuanto reclamaba la defensa del reino; una vez abierto el palenque para una cruelísima guerra: el enemigo á las puertas, el peligro urgente, por premio de la lucha un imperio.

En el mismo punto y hora despachó á Aben Farruch, con premiosas cartas para el rey de Fez, demandando su poder y ayuda para cerrar el mar á los cristianos, amenazar sus costas, llamar por cien partes á un tiempo su aten-

cion y sus fuerzas; á fin de que no cayesen de repeso sobre Granada. «Este reino (decia en su mensaje) es el último baluarte, el postrer refugio y amparo que ya queda á los creyentes; y si llegase en mala hora á caer bajo el yugo de los cristianos, bien pueden apresurarse los monarcas de Africa á levantar diques en sus propias regiones, para atajar el torrente de Europa».

Ora temiera realmente que pudiesen los enemigos amenazar la comarca donde habia prendido la primer centella de la guerra, ora no quisiese compartir con su hermano los laureles, que parecia ofrecerle la fortuna en el fácil recobro de Alhama, dispuso Albo Hacen que partiese el Zagal para Málaga, nombrándole Wazir de la ciudad, y encomendándole la guarda de aquellas fronteras.

Por lo que respecta al sosiego y buen régimen de Granada lo fió principalmente á su privado Aben Hamet, de cuya lealtad tenia tantas pruebas; sin echar de ver que aquel mismo poder y valimiento habia de ulcerar mas y mas el ánimo de sus enemigos, que an-

helaban con ánsia el momento de satisfacer su venganza.

Encargóle el rey muy especialmente que velase noche y dia en custodia de Aixa: «No te apiades de la hiena, aun«que llore; que cuando llora, tiene sed «de sangre». Estas fueron las últimas palabras que pronunció el monarca al separarse de Aben Hamet; y voló desalado á donde le aguardaba su esposa, temiendo á par de muerte el momento de la despedida.

A duras penas pudo apartarse de sus brazos, al resonar por todo el ámbito de la Alhambra el son de los añafiles y atabales: cien veces volvió el rostro hácia el palacio, antes de bajar á la ciudad; y apenas hubo llegado á la espaciosa plaza, y como alzase la vista en busca de la Alhambra, divisó en la torre de la Vela un bulto, mas blanco que la nieve, que estaba inmóble y solo entre dos almenas.... No hubo menester demandar quien fuese; ya se lo habia anunciado su propio corazon.

CAPITULO XXI.

Lo que hicieron los reyes de Castilla, al saber la toma de Alhama.

En una antigua iglesia de Medina del Campo, consagrada por la piedad de los fieles al glorioso Apostol de España, hallábanse á mediados de marzo los monarcas de Castilla, pidiendo al rey de los reyes en favor de sus pueblos, cuando les llegó nueva de la toma de Alhama. Las lágrimas que brotaron de sus ojos, al leer la carta del marqués de Cádiz, con el relato de tan inesperado suceso, les consintieron apenas terminar la lectura; y acostumbrados á acudir en todos los sucesos, ya prósperos ya desgraciados, al que tiene en su mano la balanza de los imperios, rogaron al insigne arzobispo D. Pedro Gonzalez de Mendoza que entonase en aquel mismo instante el sagrado cántico de alabanza. Postrados todos ante el altar, envuelto en una nube de purísimo incienso, levantó las manos el pontífice hácia la morada de los justos; y

al ver á los piadosos monarcas, inclinada la frente y el ademan sumiso, poner corona y cetro á los pies del Altísimo, no parecia sino que bajaban en abundante lluvia las bendiciones y las gracias del Cielo [63].

Vueltos despues á su morada, no perdieron ni un solo momento en vanas demostraciones de alegría; y antes bien sentian como un peso en el corazon, al contemplar aquel acontecimiento imprevisto, el riesgo de tantos valientes encerrados en los muros de Alhama, la necesidad, el apremio de acudirles con pronto socorro.

Hasta echaron de ver los que mas inmediatos asistian al servicio de tan buenos príncipes, que apenas habian gustado los manjares de que estaba abastecida su frugal mesa [64]; y como si la sorpresa y el júbilo les embargasen el habla, pocas y muy compasadas palabras se dijeron entrambos esposos.

Mas en breve se supo la causa que tenia preocupado su ánimo, cuando despues de haber permanecido solos por larguísimo trecho, dió órden el rey Fernando para su partida, que habia

de verificarse aquella misma tarde, quedándose la reina en Medina. Admiraron todos la resolucion, digna de tales monarcas, prudentes á la vez y animosos; y sin atreverse siquiera á sondear cual fuese su intento, se esmeraron á porfía en darles muestras de lealtad y veneracion.

Al despedirse el rey, se volvió hácia los caballeros y contínuos que allí estaban presentes, y les ofreció que en breve tornaria á verse en medio de tan fieles vasallos y al lado de la reina. Inclinóse esta, con ademan grave y modesto, en que se traslucia juntamente el respeto á su esposo y la magestad real; y como para calmar la inquietud del monarca, á fin de que partiese con el ánimo mas sereno, le dijo de esta suerte, mirando con rostro afable á cuantos allí estaban: «Segura quedo, mi rey y señor, en medio de mis pueblos, y á la sombra de tan buen prelado.»

Habia dispuesto efectivamente el monarca que permaneciese el arzobispo Mendoza al lado de la reina, para ayudarla con sus consejos; encargándole al mismo tiempo que apresurase,

cuanto fuese posible, allegar capitanes y gente de guerra, para tomar la vuelta de Andalucía, adonde él se encaminaba. « Con vuestros deudos basta (dijo el rey) para que vaya segura la reina, no digo yo hasta Córdoba, sino hasta las puertas de Granada. » Dió gracias el arzobispo por tan señalada merced; y aun no habia salido el monarca por las puertas de la ciudad, cuando ya estaba disponiendo todo lo conveniente, para que ademas de las cuatrocientas lanzas que de ordinario mantenia, y de que era capitan su propio hermano, saliesen cuanto antes al campo y acudiesen en socorro de Alhama su sobrino el duque del Infantazgo y los condes de Tendilla y de la Coruña: aquel linaje valia por un reino [65].

CAPITULO XXII.

De lo que pasó en Alhama cuando le puso cerco el rey de Granada.

La noche misma en que partió el rey sin mas escolta que unos cuantos ginetes, ni mas comodidad y regalo

que un lecho de campo, la pasó en vela la solícita Isabel, escribiendo de su propia mano, para mayor honra y estímulo, á los principales señores y capitanes de Andalucía, á fin de que acudiesen sin la menor demora en defensa de Alhama. Encarecia la reina la importancia de conservar aquella ciudad, reputada no sin razon como fortaleza y antemural de Granada; el desdoro y mengua que redundaria á todos, si dejaban abandonados á los que habian dado cima á tan gloriosa empresa; la necesidad de salvarlos á todo trance, «*como si ella misma* (esto escribia una dama, una reina, á nobles castellanos) *estuviese encerrada en Alhama.*»

Empero por mas prisa que se dieron los mensageros, y aun cuando fué grandísima la eficacia, asi de los señores como de las ciudades y villas, para allegar gentes y acorrer á Alhama, era tal el apremio y conflicto, que ni consentia tregua ni dejaba resquicio á la esperanza.

No mas tarde que al quinto dia (martes era por cierto) despues de la toma de aquella ciudad; y cuando el

marqués de Cádiz juntamente con los otros caudillos apenas habian tenido tiempo para hacer escombrar el terreno de ruinas y cadáveres, á fin de respirar siquiera y no ser víctimas de la infeccion del aire, vieron al despuntar el dia cubiertas las sierras á la redonda de un numeroso ejército, y correr por los valles y cañadas turbas de almogavares, para apoderarse de entrambas orillas del rio. En el término de breves instantes se vió asediada la ciudad, sola y escueta en lo alto de un monte, á manera de atalaya en medio de un campo enemigo [66].

Para que aun fuese mayor la angustia, amanecieron los contornos, en cuanto alcanzaba la vista, cobijados de espesísima nieve, borrados los caminos y senderos; y al pié mismo de la ciudad, como para recrearse con el próximo triunfo, apareció de repente una tienda magnífica, de grana y sedería, que anunciaba servir de albergue no menos que al rey de Granada. «Ya está el leon encerrado en su caverna: vivo ó muerto le veré á mis plantas.»

Esto dijo Albo Hacen: y al divisar

su tienda el marqués de Cádiz, sintió dilatársele el corazon, como le acontecia en los mayores peligros, cual si entonces se hallase en su natural elemento; y volviéndose á un page de lanza, que junto á él estaba, le mandó que trajese su escudo; y con sus propias manos lo clavó en una almena: «Para que vea ese moro que no ha de reinar en Alhama.»

El noble ademan del caudillo, tan sereno y sosegado cual si se aprestase á un torneo, hubiera bastado por sí solo, aun cuando fueran menos esforzados cuantos allí se hallaban, para infundirles ánimo; y no hubo uno siquiera que al recorrer el marqués los adarves, no jurase sacarle airoso ó morir á su lado.

Verdad es que la precipitacion misma con que habia salido Albo Hacen de Granada, lo áspero del camino y lo riguroso de la estacion, le habian impedido traer máquinas de guerra, para expugnar los muros de Alhama; pero no por eso era menos angustiosa y apurada la situacion de aquella ciudad. No habia habido tiempo para reparar las murallas, y aun menos todavía para

abastecerla de mantenimientos; un corto número de valientes, encerrados dentro de su recinto, tenian que velar noche y dia sobre los adarves, acudiendo á cien partes á un tiempo, arrojando piedras á falta de otras armas, defendiendo las puertas y los muros contra una muchedumbre de infieles.

Tanta fué la mortandad y estrago, que perdida al cabo la esperanza de tomar á viva fuerza la ciudad, desistió Albo Hacen de su intento, seguro de conseguirlo á menos costa y dentro de brevísimo plazo.

Sabia que dentro de la ciudad escaseaban las cosas mas necesarias al preciso sustento, sin que los sitiados pudiesen esperar auxilio ni socorro: los Reyes Católicos en tierra de Castilla; los adelantados y capitanes de Andalucía desapercibidos y lejanos; los caminos todos barreados con un muro de gente.

En medio de tan grave conflicto, no se oia en la ciudad ni una queja ni un solo lamento: al despuntar el alba y al ponerse el sol, registraban solícitos desde lo alto de los muros toda la

tierra á la redonda, por ver si descubrian alguna señal ó indicio de que viniesen los cristianos en su socorro; la menor nubecilla que veian blanquear en el horizonte les parecia una bandera amiga, y sentian palpitar su corazon entre el temor y la esperanza; mas cuando llegaba en breve el triste desengaño, lejos de decaer de ánimo, se encaminaban resignados y silenciosos á la iglesia (convertida ya en templo cristiano la mezquita de los infieles), y ofrecian al Dios de sus padres el sacrificio de sus vidas.

CAPITULO XXIII.

De como permitió Dios que se librase de aquel peligro la ciudad de Alhama.

A favor especial del cielo atribuyóse entonces, y apenas era dado imaginar que cupiese en lo humano, el medio singular y portentoso á que se debió en aquel apuro la salvacion de Alhama. Al primer asomo de peligro, se habia encerrado dentro de sus muros

un mancebo de pocos años, vástago de una familia ilustre, pero pobre, sin mas amparo que su escudo ni mas arrimo que su lanza. Habíala manejado, y no sin gloria, en la guerra contra Portugal; y como premio de su esfuerzo y estímulo para en adelante, habíale nombrado la reina contínuo de su casa, con un reducido acostamiento.

Pues apenas se halló dentro de Alhama aquel animoso doncel (Hernan Perez del Pulgar se apellidaba, hasta que con sus hechos grangeó mas claro sobrenombre [67]; y como viese que el torcedor de la hambre empezaba á enflaquecer los ánimos, postradas ya las fuerzas del cuerpo; se presentó de secreto al marqués de Cádiz, y rogóle encarecidamente le permitiese acometer una empresa que daria á lo menos un respiro á aquella angustiada ciudad. Pulgar era el que hablaba, y Ponce de Leon quien le oia: no fué por lo tanto difícil que al punto se entendiesen. «Dios vaya en vuestra guarda, y os conceda volver con vida,» le dijo enternecido el marqués. — «Dios me concederá venir á salvaros.... ó morir

con honra en la demanda: » le contestó gravemente el mancebo.

Aquella misma noche se descolgó del muro; y sin mas compaña ni defensa que su espada, atravesando por en medio del ejército infiel, y pisando á veces los tendidos cuerpos, cruzó un monte y otro monte, y tomó sin ser visto ni oido la via de Antequera.

Cuando al cabo de larguísimas horas de cansancio y de contínua zozobra, mas dura y cruel todavía, llegó á avistar los muros de aquella ciudad, á él mismo le parecia un sueño; y por un movimiento involuntario, sin saber él propio lo que hacia, hincó ambas rodillas en tierra, y dió gracias á Dios por tan señalada merced; pues solo era posible haber llegado salvo hasta allí, habiéndole conducido de la mano un angel del cielo.

Asi que los de Antequera le vieron dentro de la ciudad, y oyeron de su boca que habia venido solo desde Alhama, apenas daban crédito á lo que escuchaban, cercando con admiracion y sorpresa á aquel hombre singular. Al punto mismo, y sin malgastar el tiem-

po en vanas pláticas y demostraciones, refirió brevemente Pulgar el apuro de los cercados, la falta de mantenimientos, enfermedades, hambre, la muerte ó la servidumbre: que acudiesen en socorro de aquellos valientes, si no querian que muriesen todos, echando sobre su patria el feo baldon de haberlos abandonado en tan grave conflicto: no podia perderse ni un solo momento: en el instante mismo en que él estaba hablando, quizá estarian aquellos infelices recibiendo la palma del martirio.

Las palabras del gallardo mozo, su acento, su arrojo y bizarría, que parecian una amarga reconvencion contra los que se mostrasen apocados y tibios, enardecieron los ánimos de aquella gente; y á las pocas horas de su llegada, ya se hallaban prontas buen número de acémilas con vituallas y mantenimientos, para acorrer por el pronto á la ciudad de Alhama. Iban en guarda del precioso depósito, en que se encerraba la salvacion de un pueblo, unos cuantos ginetes escogidos, los mejores de aquella tierra, que los da fa-

mosos; y buen golpe de gente de á pié, andariega y arriscada: capitaneando á unos y á otros, por unánime aclamacion, y como el único que podia llevar á cabo aquella empresa, el mismo animoso mancebo que la habia concebido.

Continuaron caminando por espacio de algunas leguas, en buen órden y concierto, y sin tener que vencer mas obstáculos que lo estrecho y agrio de las sendas, por entre montes, cerros y altozanos; mas al descender á los llanos de Cantaril, y como los viesen cubiertos todos de morisma, tan unida y apiñada como rebaño en calurosa siesta, detúvose la gente de Pulgar, y comenzó á remolinarse, volviendo el rostro atras; lo cual visto por el animoso caudillo: «allí está Alhama, cobardes; lo que está aquí es mi lanza.» Y al tiempo mismo que esto decia, comenzó á herir con ella á los que le atajaban el paso, penetrando por medio de la confusa turba, y poniéndose delantero. Ni aun hizo ademan de reparar si otros le seguian; pero seguro del pundonor castellano, y confiando en

la eficacia de su propio ejemplo, se arrojó sobre los infieles, que sobrecogidos de espanto, no tuvieron lugar ni aliento para valerse de las armas.

Como nube de polvo que cruza una llanura, pasó Pulgar con los suyos, sin recibir mayor daño de parte de los enemigos; y conteniéndolos mas de una vez, cuando le acosaban de cerca, prosiguió sin descanso su peligrosa via, hasta llegar sano y salvo á las puertas de Alhama [68].

Ni aun á sus propios ojos daban crédito los que vieron desde los muros acercarse y llegar aquel corto número de valientes; y saliendo al punto en su defensa, recibiéronlos con tales muestras de agradecimiento, que apenas daban las lágrimas lugar á las palabras.

Abrázados como hermanos entraron unos y otros en la ciudad; aclamando todos como libertador de Alhama á aquel bizarro mozo, que habia concebido y llevado á cabo tan arriesgada empresa. «Mucho os debemos, Pulgar!» le gritaron al divisarle algunos caballeros.—«Mucho debemos á Dios; que es quien todo lo ha hecho.»

Y sin descabalgar siquiera, se encaminó á la iglesia, seguido de un tropel de guerreros, que le colmaban de alabanzas y bendiciones. Apenas podia sustentarse en pié, cuando entró por las puertas del templo; y dirigiéndose á un altar de la Virgen, á que tenia especial devocion el piadoso mancebo, cobró de repente tal brio, que prorumpió en estas palabras: «Ya que me habeis concedido salvar á mis hermanos, yo os ofrezco, madre mia, ejecutar tan singular hazaña que la tengan por fabulosa los siglos venideros. Sin mas que vuestra ayuda, he de ensalzar el nombre de la reina del cielo en la mezquita mayor de Granada.»

Esto dijo Pulgar, poniendo la mano derecha en la cruz de su espada; y cuantos allí estaban presentes, aunque acabasen de ser testigos de su valor y esfuerzo, reputaron como un mero desahogo de su fervor el temerario voto; pero la reina de los ángeles lo acogió desde el cielo; y al cabo de pocos años lo vió ya cumplido la tierra [69].

CAPITULO XXIV.

Crecen otra vez los apuros y el peligro de Alhama.

Los escasos mantenimientos que habia traido Pulgar no concedian sino un breve respiro á la ciudad de Alhama: volvia á apretar otra vez el dogal de la hambre; los rebatos á la contínua acababan de enflaquecer las fuerzas de los sitiados; y para que nada faltase á su angustiosa situacion, empezaron á padecer un linaje de tormento tan grave, cuanto siendo de suyo insufrible, lo agrava todavía mas y mas la imaginacion.

A poco de haber puesto el cerco á la ciudad, creyeron los infieles tomarla por asalto, á escala vista y provocando á la pelea; mas recibieron en pocos dias tantos y tan costosos escarmientos, que tuvieron al fin que desistir de su propósito; acudiendo á otro medio para apoderarse de la ciudad, si no tan breve ni tan noble, mas seguro y menos costoso. Como sabian

que dentro de los muros no habia ni fuentes ni cisternas (*Alhama la seca* se apellidó por esta causa), empezaron los moros por disputar el agua del rio, trabándose frecuentes escaramuzas en su escabrosa márgen, y bebiendo los cristianos el agua mezclada con su propia sangre. Para adelantar en su designio de estrechar á los sitiados con el duro dogal de la sed, cegaron los alarbes la mina que conducia el agua á la ciudad, combatiendo uno y otro bando en las entrañas mismas de la tierra; y con el fin de arrebatar á los cristianos hasta el postrer rayo de esperanza, no menos intentó aquella muchedumbre de infieles que torcer la corriente del rio, abriéndole otro lecho, y alejándolo de la ciudad [70].

Los ojos y el alma se les iban á los sitiados tras la clara corriente; y bramaban de impaciencia y de ira, retando desde el muro á sus traidores enemigos; como el leon generoso, preso con fortísimos hierros y aquejado de la sed que le abrasa, desafia con roncos rugidos á sus cobardes guardas.

Un dia y otro dia permanecieron en

situacion tan angustiosa; teniendo colgada la vida de una sola esperanza; y era que acudiesen á su socorro los capitanes y señores de Andalucía, cuyo auxilio habian demandado. Desde el momento mismo que se apoderaron los cristianos de Alhama, habia escrito el marqués de Cádiz várias cartas, firmadas tambien por el Asistente D. Diego de Merlo y por el conde de Miranda y otros caballeros de cuenta, exponiendo con sencillas razones la toma de la ciudad, «*que se hizo muy bien* (decian con noble candor aquellos caballeros) *como cumplia á servicio de Dios, y de los reyes nuestros señores, y á nuestra honra*»; manifestando luego cuán necesario era, así para la guarda de la villa como para llevar á cabo otras cosas, cumplideras al buen servicio de estos reinos, que viniesen luego en su ayuda, con cuanta gente y fardage traer pudieren; en el concepto de que, avisando de antemano el dia y hora de su venida, saldrian ellos de la ciudad á recibirlos en el punto aplazado.

Partieron, no sin peligro, los mensajeros, llevando escondidas las cartas

para vários señores de Andalucía, de los de mas poder y valimiento; tales como el conde de Cabra, el alcaide de los Donceles, Garci-Fernandez Manrique, y D. Alonso de Aguilar, cuya fama se hubiera levantado aun mas alta, sino hubiese crecido á su lado un Gonzalo Fernandez de Córdoba.

De caza andaba el buen D. Alonso, en uno de los dias mas ásperos de marzo, cuando al cruzar *el arroyo del ciervo*, á la pasada de Loja, recibió la carta de los sitiados; y sin apearse siquiera del caballo, escribió sobre el arzon unos breves renglones, á fin de que saliesen á su encuentro los amigos y deudos con quienes mas contaba. Con no menor afan y diligencia concertó en seguida los medios de allegar gente y reunir bastimentos, para acudir cuanto antas en socorro de Alhama; y al cabo de pocos dias caminó la vuelta de aquella ciudad, hasta llegar á darle vista.

Desde los muros mismos se descubrieron tambien los pendones cristianos, ensanchándose el corazon á los infelices sitiados, y agolpándose á sus ojos lágrimas de muy grande alegria.

Mas despues que hubieron permanecido una hora y otra en la mas congojosa incertidumbre, vieron al ejército de los infieles amurallando el paso, y al escuadron amigo permanecer inmóvil sobre la cresta de una montaña, como nube que está amenazando, y se queda suspensa en los aires.

Cerró en esto la noche, larga por demas y angustiosa; y apenas alboreaba el dia, lento á la sazon y perezoso, corrió toda la gente á los adarves, para ver donde se hallaban los que venian en su socorro; pero nada se divisaba en algunas leguas á la redonda. Solo descubrieron al ejército infiel, que mas cauto ahora y precavido, se habia adelantado hasta la falda de las sierras, para cerrar el paso á los cristianos; volviendo luego no menos ensoberbecido que si debiera el triunfo á su valor y esfuerzo.

Inmóbles y silenciosos permanecieron los cristianos, cual si fuesen estátuas de piedra colocadas sobre los muros; sepultando en lo íntimo del corazon un pesar tan intenso, como el que siente el náufrago, abandonado en una

isla desierta, al ver alejarse la vela que le roba su última esperanza [71].

CAPITULO XXV.

De lo que á la sazon acontecia en el palacio del duque de Medina Sidonia.

Pesada losa debe de tener sobre el corazon el buen duque de Medina Sidonia, cuando asi lleva de pasar largas horas, apartado de su familia, solo y silencioso en el salon mas recóndito de su palacio, clavada la barba sobre el pecho, como si le costara trabajo sustentar la cabeza. Ni sus deudos mas allegados, ni aun su misma esposa, á quien ama entrañablemente, se atreven á demandarle la pena que le aflije; tanto es su cuidado y afan por encerrarla en lo hondo de su pecho. Hasta de sí propio quisiera recatarla; mas al cabo de contenerse largo tiempo, se levantó de improviso, y prorumpió con el acento de amarguísima queja: «*no han querido fiarse de un descendiente de Guzman el Bueno*».

En diciendo esto, empezó á vagar

por la estancia con pasos apresurados, revolviendo en su mente recuerdos de antiguos odios y de nunca olvidadas ofensas. En un solo instante pasaban por su imaginacion, como confusas sombras por un opaco muro, mil imágenes y figuras distintas; pero á cual mas aciaga y siniestra: sus naves destruidas junto á la playa de San Lúcar; las calles de Sevilla regadas con la sangre de sus deudos y amigos; el castillo de Guadayra ardiendo en vivas llamas, pereciendo entre los escombros no menos que dos de sus hermanos, y el tercero cayendo en manos del aborrecido rival... Y cuando apenas asentadas las treguas, y depositadas las fortalezas en manos de los reyes, se brindaba la ocasion de apagar los encendidos odios en la sangre de los infieles, rescatando á la patria del deshonroso yugo, se concibe en secreto una empresa, se lleva á cabo, y como que se tiene á mengua compartir los laureles.

Estos y otros pensamientos semejantes traian tan atormentado al animoso duque, que sin ser parte á reprimir su enojo, sintió hervir á borbotones la san-

gre de sus venas, y saltar en el pecho el corazon con los ímpetus de la venganza. Fortuna grande fué (ó por mejor decir, permision del Cielo, que se vale hasta de las circunstancias mas leves para sus santos fines), que en medio de tanta agitacion se parase el duque un momento, y fijase la vista en un lienzo colocado el primero entre los retratos de sus gloriosos ascendientes, y en el que estaba pintada al vivo la hazaña de Tarifa. Se veia la entereza del anciano padre, y el interno dolor que le estaba destrozando el alma; los bárbaros sitiadores amenazando ya con la cuchilla al inocente niño; y este arrodillado, sumiso, con las manos cruzadas sobre el pecho, y levantados los ojos al cielo, donde se veia entre un coro de Serafines á la Vírgen Santísima, que le estaba esperando con los brazos abiertos.

Atónito se quedó el duque, como arrobado con una vision celestial; y despues de permanecer largo trecho inmóble y silencioso, se le arrasaron en lágrimas los ojos, y apenas pudo pronunciar estas sentidas voces: «líbrame de mí propio, Dios mio; y des-

de este mismo instante te consagro mi vida.»

La abundante lluvia que baja de los cielos, despues de una tormenta de verano, no es tan grata y consoladora á la abrasada tierra, como el llanto que derramó aquel buen caballero lo fué para su corazon; y ya mas sereno el ánimo, y rendidas las fuerzas del cuerpo con tan penosa lucha, reclinó la cabeza sobre el respaldo de un sillon, y asaltóle el sueño.

Bien habia menester algunas horas de descanso para reponerse un tanto; pero apenas empezaba á penetrar la luz del alba por los pintados vidrios, cuando oyó el duque que alguien le llamaba, si bien con voz sumisa y no sin recelo, como temiendo provocar su ira. *¿Quién es?* dijo al levantarse de súbito, dudando todavía si se hallaba dormido ó despierto. «Señor (le contestó Pero Anzules, el mas anciano de sus escuderos), aun habia estrellas en el cielo, cuando empezó á golpear la puerta una noble dueña, si se ha de juzgar por su ademan y trage; que el rostro le trae tan cubierto con el man-

to, que ni se le descubren los ojos. No ha permitido decir su nombre, ni de donde viene, ni el fin que aquí la trae. A las preguntas no responde; y únicamente dice que no se apartará del palacio, hasta que vea al duque, y le hable sin testigos.» — «¿Viene sola?» — «No, señor: la acompañan dos escuderos; pero los dos parecen mudos, ó por mejor decir, peores que mudos; porque ni responden por señas.» — «¿No has podido rastrear ningun indicio?...» — «Lo único que se advierte es que viene muy afligida: de cuando en cuando se oyen sus sollozos; y como que se ahoga por reprimir el llanto.» — «Dí á esa desventurada que entre.»

Habia cedido el duque á un sentimiento generoso al oir que una señora, y al parecer desvalida, demandaba su proteccion y amparo; pero pasado aquel primer impulso, casi le pesó de haber procedido tan de ligero; no acertando á adivinar lo que ser pudiera, buscándole á una hora tan desusada y con tanto misterio. Tambien le punzaba quizá (porque nada debe omitirse en una fiel historia) que llegase á

oidos de la duquesa, Doña Leonor de Ribera y Mendoza, señora de extremada hermosura y muy cumplidas dotes; pero que no por eso estaba exenta del achaque de celos, sabiendó que el duque habia sido en la flor de sus años muy dado á galanteos.

Entre curioso y arrepentido acercóse á la puerta, como quien desea salir cuanto antes de incertidumbre; y vió venir por una y otra sala á la desconocida dueña, acercándose con un continente tan noble que mas que dama parecia una reina. Hizo mesura al duque, al llegar junto á él; y correspondiendo este con aquella apostura y gentileza que tanta fama le habian grangeado, le rogó con corteses razones que honrase aquella estancia. —«No pasaré de este quicio, sin que me otorgueis una merced..»—«A merced tendré yo, señora mia, escuchar vuestro mandato, para cumplirlo á ley de caballero.»—«Pues en esa confianza, ved, noble duque, quien se echa á vuestros pies....» En el momento mismo de intentarlo, abrióse el manto, y descubrió su rostro; quedando el du-

que tan atónito y sorprendido, que apenas tuvo tiempo para sostener á la afligida dama, antes de que tocasen sus rodillas en tierra.—«¡Qué vais á hacer, señora!»—«Pedir al duque de Medina-Sidonia que vaya á salvar á mi esposo.»—«Vuestro esposo quedará salvo, ó el duque de Medina-Sidonia morirá en la demanda.» Pronunció el duque estas palabras con tanta entereza y confianza, que la apesarada señora sintió como ensanchársele el corazon; pero tal era la lucha que en su interior sentia, tal su sorpresa y alborozo, contrastando todavía con su anterior tristeza, que manaba de sus ojos un raudal de lágrimas; al tiempo mismo que asomaba á sus labios una leve sonrisa de satisfaccion y consuelo.

Asi que se hubo sosegado algun tanto, propuso el duque á la noble señora llevarla al aposento de la duquesa; la cual se hallaba á la sazon rodeada de sus damas, dando gracias á Dios por haberla dejado disfrutar la nueva luz del dia.

«Perdonad, si os interrumpo, duquesa; pero tambien se sirve á Dios

recibiendo á tan honrado huésped.» — Al decir esto, alzó el duque el rico paño que cubria la puerta, y cogiendo de la mano á la nobilísima señora, la condujo con respetuoso ademan hácia donde se hallaba su esposa; la cual volviendo al punto de su admiracion y sorpresa, salió al encuentro de la ilustre dama, y la recibió con las mayores muestras de afabilidad y cortesía.

Embargadas se hallaron una y otra, durante algunos momentos, siendo aquella la primera vez que se hablaban, y aun quizá que se veian de cerca, separadas hasta entonces entrambas familias por el muro de antiguos odios y enemistades; mas como se apercibiese de ello el duque, se valió de su claro ingenio para entreteger tan sabrosa plática, que al cabo de breve espacio ya se hallaban á su amor una y otra, departiendo juntas sobre el motivo que habia ocasionado tan afortunado suceso.

Pidió licencia el duque para ir sin pérdida de momento á ordenar los aprestos convenientes: «Solo un motivo en el mundo pudiera escusarme de

dejaros tan breve: y es el deseo de salvar cuanto antes á vuestro esposo.» —Ni aun palabras halló al pronto la ilustre dama para manifestar su agradecimiento; y por un movimiento involuntario, cogió entrambas manos á la duquesa y las llevó á sus labios. «Tampoco vos, mi señora, teneis motivo de quejaros: se ausenta vuestro esposo; pero os deja esta amiga.»

Con tan corteses razones despidióse el duque; y apenas hubo salido de la estancia, cuando ya se sentia en todo el palacio un confuso hervidero y zumbido; como el que forman en un colmenar los espesos enjambres de abejas: y antes que cerrase la noche, ya se habia difundido el son de guerra por toda la tierra á la redonda.

El duque de Medina-Sidonia acudia en socorro del marqués de Cádiz [72].

CAPITULO XXVI.

Acude el duque de Medina-Sidonia, y socorre á la ciudad de Alhama.

La fama sola de la empresa levantó

como por encanto á toda la comarca; celebrándose con tales alegrías y regocijos, como si ya se tuviese afianzado el triunfo.

Verdad es que como no habia ni una sola familia en el dilatado reino de Sevilla, que no hubiese vestido luto por la muerte de algun deudo ó amigo, á causa de la encarnizada contienda entre una y otra nobilísima casa, el mero anuncio de su reconciliacion era saludado con alborozo, como el término de la discordia civil y el mas feliz preludio de la guerra contra los infieles.

El santo celo de la religion acabó de enardecer los ánimos; y al tiempo mismo en que por las plazas y calles de aquella opulenta ciudad no se oia sino el ronco son de las armas y el estruendo de los aprestos militares, resonaban sin cesar en la antigua Basílica las alabanzas del Señor.

De rodillas ante el altar, en que acababa de celebrarse el incruento sacrificio, recibió el noble duque el estandarte de la ciudad, bendecido por el virtuoso prelado; y apenas hubo uno

solo, entre tantos fieles como llenaban el espacioso templo, que no sintiese sobrecogida la respiracion y arrasados en lágrimas los ojos, al ver al animoso caudillo besar la mano del ungido del Señor, tremolar la victoriosa enseña, y clavar la vista en la espada del santo rey, que estaba pendiente sobre el ara.

Acudieron de tropel á la empresa muchos y nobles caballeros, la flor de Andalucía, descollando entre todos, no menos por su esfuerzo que por su preclaro linaje, Don Diego Pacheco, marqués de Villena, y Don Rodrigo Giron, maestre de Calatrava.

Con tan buenos brazos no titubeara el duque acometer un imperio, cuanto mas libertar á Alhama; y reputando desdoro y mengua la menor tardanza, caminó sin descanso la vuelta de aquella ciudad; aumentándose la hueste con la gente que le salia al encuentro, al pasar por las villas y aldeas; como acrecienta un rio el caudal de sus ondas con las fuentes y arroyos que le van tributando los campos.

Tanta fué la celeridad y presteza, que apenas dió tiempo á que llegase el

rumor al real de los infieles; verificándose en aquella ocasion, asi como en otras, que á la incredulidad y á la duda sucedió en breve la sorpresa y el desaliento. Ya se aproximaba la hueste de Sevilla, compuesta no menos que de cuarenta mil peones, y cinco mil ginetes; ya habia movido el campo el rey Fernando, y se acercaba á mas andar por la via de Córdoba; ya habian recibido aviso los cercados, y se aprestaban á caer de repeso sobre los reales de Albo Hacen, en cuanto le viesen acometido por distintas partes á un tiempo.

Abultábase el peligro, al pasar de boca en boca; cual acontece con la mole de nieve, que va rodando de uno en otro monte; y en el término de pocas horas, era tal la confusion y el desmayo del ejército infiel, tan confiado poco antes y ensoberbecido, que temiendo no se desbandase, si al clarear el dia se divisaban las banderas cristianas, levantó el campo el Rey de Granada, á la sorda y como con vergüenza, amparado de la oscuridad de la noche [73].

Al reir el alba, no daban crédito los cristianos á lo que sus propios ojos

veian; recelosos de que los engañase el deseo. Abandonado el campo, sembradas aquí y allí armas y pertrechos; apagándose las hogueras, con que habian tratado los enemigos de encubrir por el pronto su fuga. Hasta llegaron á sospechar si les tendrian armada alguna celada, para el punto mismo en que saliesen de la ciudad; verificándolo, por lo tanto, con suma cautela y recato, y enviando escuchas y exploradores que registrasen los vecinos montes.

Grandísimo contento recibieron en su corazon, cuando supieron á una que el ejército infiel habia vuelto cobardemente las espaldas, como sino se creyera seguro hasta verse otra vez á la sombra de los muros y torres de Granada; y que por el camino opuesto venia á toda diligencia en socorro de la ciudad un ejército cristiano, que se perdia de vista.

No podian acertar los de Alhama de donde procedia aquella hueste; tan desatentados andaban con la sorpresa y la alegria; ni tampoco era cosa llana (en verdad sea dicho) adivinar el extraño medio de que se habia valido la divina

misericordia para libertarlos de una muerte segura.

Don Diego de Merlo fué el primero, entre cuantos se hallaban en la cresta de los adarves, que dijo dudoso todavía, pero no sin satisfaccion y vanagloria: «la vida apostaria á que la gente que allí viene es de Sevilla... Con eso podré decir (añadió con donaire) lo que dijo un monarca de aquella fidelísima ciudad, dejándolo por timbre en sus armas: «*No-madeja-do.*»

Inmutóse el marqués de Cádiz, al oir aquellas razones, como pesaroso y arrepentido de las bravas discordias que habia sustentado por tantos años con la casa de Medina-Sidonia; no sabiendo si desear ó si temer que fuese realmente su rival quien viniese en su ayuda. Mas sobreponiéndose á sí propio, y sin escuchar mas que la voz de un sentimiento hidalgo: «vamos, Don Diego, vamos á abrazar á nuestros libertadores..... Quien quier que fuere, bien venido sea; pues viene enviado por Dios.»

No bien habia acabado de proferir estas palabras, cuando bajó con tal celeridad hasta el último rastrillo, que

apenas pudieron seguirle los caballeros que con él estaban; y saliendo al encuentro de los recien venidos, adelantóse á todos, deseoso de salir cuanto antes de aquella incertidumbre. Poco tiempo hubo menester; porque apenas le divisó el duque, echó pié á tierra y se enderezó hácia él por mayor demostracion y fineza; en tanto que el marqués corria á recibirle con los brazos abiertos, diciéndole estas propias palabras: «Bien parece, Señor, que fuera guardada mi honra en las diferencias pasadas, si la fortuna me trujera á vuestras manos; pues me habeis librado de las agenas.» A lo cual respondió el duque, como cristiano y como caballero: «Señor, enemistad ni amistad no ha de ser parte para que se deje de hacer servicio á Dios, y lo que yo debo á mi honra y persona.» Diéronse paz y quedaron amigos [74].

Próspero presagio y dichoso de mas alegres fines: ver apagada la civil discordia (perdicion tantas veces de la desventurada España) y vueltas contra el enemigo comun las armas de sus hijos.

CAPITULO XXVII.

De la mala acogida que halló Albo Hacen en Granada, y como determinó volver otra vez sobre Alhama.

Cuando por horas y momentos se estaba esperando en Granada la fausta nueva del recobro de Alhama, empezó á susurrarse por aquella ciudad que se aproximaba el rey, despues de haber levantado el cerco, sin provecho ni honra. Imposible parecia concebir tan inesperado contratiempo, y aun mas imposible esplicarlo: Albo Hacen al frente de un numeroso ejército, el rey Fernando en Córdoba, los sitiados en el mayor apuro; y cuando ya se aprestaban tal vez á doblar la cerviz bajo el yugo del vencedor, abandona Albo Hacen la empresa, sin medir siquiera las armas; y á fuer de fugitivo vuelve presuroso á Granada, para esconder en su palacio su oprobio y su vergüenza.

Estas y otras pláticas semejantes traian tan levantados los ánimos, inquietos ya de antemano por muchas y poderosas causas, que se tenia como

inminente una rebelion, cuando de improviso se supo que se habia adelantado el rey á la cabeza de un cuerpo de almogavares, y que por fuera de la ciudad se habia encaminado á la Alhambra.

Así era en realidad: y á la hora misma en que todavía se dudaba si era ó no cierta la llegada de Albo Hacen, se hallaba ya este al lado de su esposa, que habia salido á su encuentro hecha un mar de lágrimas. Procuró consolarla Albo Hacen, pesándole mas el dolor de Zoraya que todas las desdichas del mundo; y á duras penas pudo separarse de sus brazos para atender, cual la gravedad del caso requeria, á la salud del reino.

Habian acudido al palacio, deseosos de ostentar su fidelidad al monarca, Aben Hamet y los principales caudillos de la tribu de los Abencerrages; y con el anhelo natural de descargar el peso que le oprimia, valiéndose juntamente de su ayuda y consejo, les expuso el monarca cuanto habia acontecido en el curso escaso de una luna, desde que se puso cerco á la ciudad de Alhama hasta que la repentina llegada de la hueste

de Sevilla les habia arrebatado la presa.

A su vez expuso Aben Hamet, como encargado del gobierno de la ciudad, la situacion en que esta se encontraba: la gente menuda inquieta y desabrida; algunas tribus poderosas mal contentas; los Zegries atizando sin rebozo el fuego de la rebelion, y la pérfida Aixa socavando sordamente la tierra.

La color se le mudó á Albo Hacen, al oir aquel nombre; bien fuese porque el odio le trajese á la memoria mil amargos recuerdos, ó bien que el corazon, présago y leal, le anunciase que por aquella parte habia de venirle su daño.

Hizo várias demandas á Aben Hamet, como deseoso de que minorase á sus ojos la gravedad del riesgo; pero lejos de conseguirlo, produjo solo el efecto contrario: ya porque en aquel caudillo pudiese mas lo caballero que lo cortesano; ya porque estimase conveniente estimular al rey con tan duro acicate, para que no volviera á adormecerse.

Tambien se dejó entrever, al trasluz de sus palabras, el anhelo que el

valido tenia de que se le encomendase el mando de la hueste y la toma de Alhama; animándole tal vez la esperanza de hallar en la guerra contra los cristianos un campo mas digno de sus proezas que no en las revueltas civiles, siempre de escasa gloria, y rara vez exenta de mancha.

Mas las mismas razones que esforzó para sustentar su dictámen, al paso que llevaron tras sí el fácil ánimo de Albo Hacen, le impulsaron á tomar una resolucion inesperada, contraria á los deseos que abrigaba en secreto el valido. « Ya véo que está en peligro la paz del reino, y tal vez mí corona; pero á nadie le toca mas que á mí volver por las llaves de Alhama ».

Al decir esto, levantóse el rey; mostrándose tan firme y resuelto, que ninguno fué osado á oponerse á su determinacion; y antes bien la aplaudieron todos á porfia, como digna de tan gran monarca.

Era hija efectivamente de un sentimiento hidalgo y generoso; reputando el rey como deslustre y mengua permanecer tranquilo y sosegado en el ré-

gio alcázar, en tanto que otro salia á campo abierto, para recobrar con las armas la mal perdida joya. No podia sobreponerse Albo Hacen á la idea de ser tenido en poco por el pueblo, sirviendo tál vez de blanco al escarnio de sus enemigos; y hasta en el fondo de su alma tuvo celos de su propia hechura: condicion de reyes.

Apenas cundió por la ciudad la resolucion de Albo Hacen, juntamente con el anuncio de su partida, quedaron en suspenso los ánimos; y se hizo una especie de tregua: ninguno de los bandos, en que empezaba á dividirse el reino, quiso echar sobre sí la fea nota de causar estorbo y embarazo al recobro de Alhama; esperando los unos que, vencidos y alejados los cristianos, quedaria mas holgura y espacio para satisfacer sus miras particulares, sin poner en peligro la seguridad del Estado; y calculando por el contrario otros que, si no salia Albo Hacen con su empresa y volvia tan desairado por la fortuna como la vez primera, no seria menester esfuerzo alguno para que se le cayese la corona: la mera ausencia

del príncipe iba á ponerla en riesgo.

Salió en efecto de la ciudad, al cabo de muy breves dias; dejando á su esposa en tal estado de postracion y desconsuelo, que casi se temió por su vida; pero á pesar del entrañable cariño con que el rey la amaba, no consintió ceder á sus ruegos ni retardar un punto su partida. Le apremiaba por una parte el aspecto del pueblo, adusto y silencioso, como el que no sabe qué deba esperar ó temer; y por otra parte le punzaba el deseo de caer sobre Alhama, con tanto ímpetu y presteza como el águila que se arroja desde las nubes sobre el desapercibido ganado.

CAPITULO XXVIII.

De lo que aconteció en el segundo cerco de la ciudad de Alhama.

Por no consumir inútilmente las vituallas y mantenimientos, con que era necesario dejar abastecida á la ciudad de Alhama, y con el fin de evitar las disensiones y rencillas, que empezaron á estallar entre tanta gente, reu-

nida en un corto recinto, la mas de
ella allegadiza y al mando de distintos
caudillos, resolvieron de comun acuer-
do el marqués de Cá
Medina-Sidonia salir
danza, encaminándo
respectivos estados.
Como lo habian
cutaron; despues de l
á Dios Todo-poderos
to de tan aventurada
sin mediar entre am
ofrecimientos de au
quier trance con todo
armas. «Cuando el re
nester, (dijo el de M
mas recado ni aviso a
remos».--«Vos por cu
os debeis á vos mismo
có el de Cádiz) por p
deuda.»
Con hartos visos
sadumbre vieron alej
Sevilla los que se qu
y custodia de Alham
tos de las cosas mas
ciso sustento, y agen
mer el nublado que y encima.

No se descuidaron, sin embargo, en prepararse á la defensa; pero cuando juzgaban el riesgo aun muy remoto, llegó á sus oidos el rumor de que Albo Hacen habia salido de Granada, y casi al mismo tiempo supieron que se aproximaba, con ánimo de rendir la ciudad ó de allanarla con el suelo. Al ir cerrando la noche, se divisaban ya en la ceja de los vecinos montes algunos caballos alárabes, que venian delanteros para explorar la tierra; siendo probable, ó por mejor decir seguro, que al aclarar el alba, se veria ya embestida la ciudad por una hueste numerosa.

Asomaba ya la mañana, templada y apacible como de las postreras de abril; contrastando la hermosura y la calma, que por todas partes ostentaba la naturaleza, con los azares y turbacion de la pasada noche, no menos que con la desolacion y desastres que amenazaban en el curso del dia. Acercábase entre tanto la hueste infiel, con lentas oleadas y abrasando los campos, como la lava de un volcan; y apenas se hallaba el sol al promedio de su carrera,

cuando ya se veian las tiendas y pendones mahometanos, al pié del altísimo monte en que está la ciudad asentada.

Corta demostracion hicieron contra ella, durante aquel dia y el siguiente; contentándose con lanzar algunas armas arrojadizas, para despejar la cima del muro; y manifestando el designio de abarcar tan estrechamente á la ciudad, que apareciese cerrado todo resquicio á la esperanza.

Cuando mas descuidados estaban los cristianos, yendo ya de vencida la noche, y entorpecidos los cuerpos con el peso del sueño y el frescor de la aurora, oyeron un horroroso estrépito hácia la parte del muro mas lejana; como si al retemblar la tierra, se hubiera hundido una parte de la ciudad. Acudieron azorados los guardas; y se hallaron de repente con los infieles: tenian que luchar brazo á brazo; se arrojaban desde los adarves; caian revueltos unos y otros dentro de la ciudad. Los que venian trepando por el escarpado peñasco, servian de escalon con sus hombros á los que subian delanteros, y los arrojaban á la cresta del

muro: sucedíanse cón tanto ímpetu y violencia como las oleadas del mar; caian unos despeñados, y ya trepaban otros por encima de los cadáveres; pero encontraban siempre los pechos de los castellanos, como una firmísima roca.

No contentos con defenderse, cayeron estos de improviso sobre un tropel de infieles, que habia ya logrado penetrar por las estrechas calles; y ni uno solo hubo que no pagase con la vida su arrojo. Corrieron despues al muro; y allí se trabó de nuevo aun mas encarnizada pelea: hasta las armas parecian estorbo; y á veces se aferraban con las manos y se ahogaban contra los pechos. Dios sabe lo que hubiera sido de Alhama en aquella noche de tribulacion, á no valerle el esfuerzo de dos hidalgos (naturales de Sevilla, por mas señas) que firmes en el borde del muro, cual si en él tuvieran raices, hicieron tal destrozo en los infieles, al mismo tiempo que ya tocaban las almenas, que al cabo faltó el animo hasta á los mas audaces, y desistieron de la empresa [75].

Lejos de entregarse los cristianos á la alegria y confianza, permanecieron largo trecho sobrecogidos y pasmados; como el que por milagro se salva de deshecha borrasca, y contempla absorto desde la ribera el mar embravecido. Temian tambien, y no sin fundamento, que volviesen los infieles á tentar el asalto; por vengar la recibida afrenta, por despique y venganza, enardecidos por la promesa de entrar la villa á saco, poniendo á hierro y fuego casas y moradores.

Pero al amanecer un dia, apenas trascurridos cinco despues de puesto el cerco, vieron con indecible admiracion y sorpresa que habian desaparecido los infieles, con mayor sigilo, si cabe, que la vez primera; tomando con mas prisa que concierto la via de Granada [76].

No atinaban los sitiados con la causa de tan inesperado suceso; hasta que al cabo de algunas horas les llegó nueva de que se acercaba una hueste cristiana; viniendo aquella vez el socorro como caido del cielo.

Fué pues el caso, que apenas supo el Arzobispo Mendoza, hallándose toda-

via con la Reina en Medina del Campo, el aprieto en que se hallaba Alhama durante el primer cerco, dispuso que volasen á socorrer aquella ciudad su hermano Don Pedro, juntamente con sus sobrinos y otros muchos caballeros de cuenta, allegando en el camino cuanta gente quisiera guerrear bajo sus banderas.

Caminaron de esta suerte hasta dar vista á Alhama; pero á tiempo en que ya se veia descercada por los infieles; por lo cual, sin detenerse un punto, se enderezaron á la ciudad de Córdoba, donde el Rey Fernando se hallaba, por ser aquella la plaza de armas. La misma noche en que alli llegaron, llegó juntamente el anuncio de que Albo Hacen volvia sobre Alhama con mayor pujanza que antes; y hallándose apercibida la gente del Arzobispo, y casi sin descabalgar siquiera, tomó otra vez el camino de aquella ciudad; viniendo en seguida un gran número de acémilas con provisiones y mantenimientos, y en su guarda no menos que el Rey Fernando en persona, con el grueso del ejército.

No osó el de Granada hacerle rostro, sabedor de su número y calidad, y á la sazon en que los suyos se encontraban decaidos de ánimo por el descalabro reciente; mas aun asi vaciló largo espacio, antes de resolverse á alzar el cerco; doliéndole mas que la muerte ver otra vez empañada su fama. Quizá hubiera aventurado su ejército al trance de una batalla, solo por medir sus armas con las del Rey Fernando; pero tenia en el corazon otro cuidado, que le apremiaba aun mas: su corona amenazada y en peligro su esposa.

CAPITULO XXIX.

De como se concertaron en Granada los Zegries y sus parciales, para rebelarse contra Albo Hacen.

A las pocas horas de haber salido Albo Hacen de Granada, cuando por segunda vez fué á poner cerco á Alhama, congregáronse en una casa del Albaycin, muy cercana á la plaza de *Bib-Albonut*, el Xeque de los Ze-

gries y otros caudillos de su estirpe, la cual tenia mucha mano y valimiento en aquel barrio de la ciudad, poblado á la sazon de gente noble y acaudalada.

Acudieron tambien, avisados de antemano por secretos núncios, vários caudillos de otras tribus, ligadas con la de los Zegries por amistad ó deudo; y apenas se hubieron reunido, habló de esta suerte el caudillo de aquella nobilísima tribu, imponiendo con el peso de su autoridad atencion y silencio: «No temais que os agravie, trayéndoos á la memoria tantas y tan graves ofensas; pero quizá llegan á tal punto, que quien las tolera las merece».

«Un monarca débil, preso en la red de una vil renegada, la reina de nuestra estirpe arrojada del lecho, y cautiva en su propio palacio; su hijo Boabdil cercado de traidores y espias... en tanto que nuestros implacables enemigos nos insultan y afrentan. Abencerrages son los que mandan la hueste; Abencerrages los que oprimen el reino; Abencerrage quien deshonra el trono.... ¿Lo consentireis por mas tiempo?... La paz y el bien del Estado pu-

dieron hasta ahora contener vuestro brazo; pero esa misma paz se halla ya quebrantada, rota; y no con bizarria, como acostumbraron nuestros padres; sino con miedo y con perfidia, propia de salteadores. La toma de Zahara ha traido sobre nosotros el desastre de Alhama; y el causador de tamaña desdicha, tan cobarde en el riesgo como imprudente al provocarlo, ya ha vuelto una vez las espaldas; y quizá torna ahora á cubrirse de mayor afrenta».

«La ocasion se nos brinda favorable: el tiempo corto; el peligro urgente. Si Albo Hacen torna vencido, no puede ya ser rey quien sirve de ludibrio á los cristianos, de blanco á las iras del cielo; y si, lo que no es de creer, volviese vencedor, ¿sabéis á donde llega la venganza de un tirano, cuando conoce á sus enemigos y no les tiene miedo?...»

«Los paliativos son inútiles: á grave mal, remedio duro y pronto.—Un vástago de nuestra estirpe ha nacido y crece al pié del trono: plantémosle en su cima, y cubrâmonos con su sombra. La madre de Boabdil cuenta en todo el ámbito del reino con muchos amigos

y parciales; y hasta su persecucion é infortunios han hecho resaltar mas y mas su virtud y entereza. El pueblo se muestra descontento y ansioso de mudanzas: quien hoy murmura, mañana se rebela; pero no vacilemos hoy; que mañana ya puede ser tarde».

No hubo menester el Zegri esforzar mucho sus razones; porque tan resueltos se hallaban los que allí le oian, que apenas podian contener su furor é impaciencia. Unicamente el Xeque de los Almohades, anciano venerable que á la prudencia de la edad madura allegaba la fama de sus juveniles proezas, se atrevió á levantar la voz, aunque desconfiado de poner dique á aquel impetuoso torrente. «Mala consejera es la ira (les dijo con gravedad y entereza): y aunque sea justo el desagravio, quien se arroja ciego á la venganza, coge el alfange por el filo, y antes de herir se hiere. No está tan helada en mis venas la sangre que heredé de mis padres, que no la sienta hervir á borbotones, al recordar tantas ofensas; pero tambien recuerdo que ví en mis mocedades los estragos de la guerra civil, y su

mero anuncio me espanta. Si á esto llamais amilanamiento y cobardía, licencia os doy para apellidarme cobarde; pero antes de que alguno lo intente, le mostraré desnudo mi pecho, y quizá al paladar se pegará su lengua».

« Tambien yo entonces tuve por tímidos y apocados (rubor me da decirlo) á los que pronosticaron los daños que habia de acarrearnos la civil discordia : hermanos contra hermanos, padres contra hijos, y el enemigo comun cogiendo el fruto de tamaña ceguedad y locura. Pero ahora la ocasion se muestra mas propicia : ¿ ni cuál mejor para volver las armas contra nosotros mismos ?... Los cristianos han penetrado hasta el riñon del reino ; son ya dueños de Alhama ; están á nuestras puertas.... Subid al alminar de esa mezquita : quizá desde lo alto vereis la Cruz de sus pendones».

« Mas si teneis en algo la fé de vuestros padres ; si amais esta tierra de bendicion, único resto y vestigio de tan grande imperio ; no os expongais á perder en un dia el fruto de ocho siglos. Unidos todos y apiñados, apenas po-

dremos hacer frente á las huestes de Aragon y de Castilla; ¿qué haremos divididos, discordes, embotados ya los aceros con nuestra propia sangre? ¡No permita Alá que mis ojos lo vean! Pero si tal calamidad sobreviniese, nuestros hijos y nuestros nietos maldecirán por siempre á los que hayan provocado con sus discordias la perdicion del reino.»

Apenas pudo terminar el anciano; porque ya se notaba un confuso rumor y hervidero, como el que se advierte en el mar antes de estallar la tormenta. *No mas Abencerrages*! prorumpió de improviso Alí Zegri, al levantarse del asiento; y dando otros caudillos el mismismo grito de furor y venganza, lo repitió confuso el eco por las bóvedas de aquellos subterráneos.

Tiempo y afan costó al Xeque mismo de los Zegries lograr que le escuchasen; mas como no fuese cosa fácil tener uno solo á raya la impaciencia de tantos, tomaron unos y otros como mejor partido confiar á tan buenas manos el logro de la empresa. Quedó pues concertado que cuanto aquel caudillo

dispusiese, de acuerdo con la reina, se acataria por todos cual voluntad suprema; y en aquel punto y hora se separaron, á fin de estar apercibidos y prontos: unos por satisfacer su ambicion; otros por saciar su venganza; pero tal vez ninguno por el bien y salud del Estado.

CAPITULO XXX.

Del éxito que tuvo la empresa de los Zegries.

Suele acontecer mas de una vez, y especialmente en tiempos de revueltas civiles, que las empresas mas aventuradas llevan en sí mismas la prenda de buen éxito; por lo mismo que no es fácil preverlas, y aun menos evitarlas.

Cumpliendo con la obligacion que le habia impuesto la confianza del monarca, y estimulado ademas por el incentivo de sus propias pasiones, no habia dejado Aben Hamet de tomar todas las precauciones que juzgó oportunas, para sondear los designios de Aixa y oponerse á su ejecucion. A cuyo fin y

propósito hizo doblar las guardas en el palacio de *Generalife*, cercano al de la reina por la parte de occidente, no menos que en el de los *Alijares*, asentado en el mismo cerro, si bien vuelta la cara al mediodia.

El pensamiento que preocupó la mente de aquel caudillo, no obstante ser tan sagaz y cauto, fué que probablemente los Zegries con los de su parcialidad y bando sublevarian al pueblo, si por mala ventura llegaba á sufrir Albo Hacen algun descalabro en Alhama; pero que hasta entonces no osarian arrojarse á tamaña empresa.

Aun llegado este caso, conjeturaba Aben Hamet que el pueblo sublevado reclamaria á viva fuerza la libertad de Aixa y de su hijo; y que el principal conato debia ponerse en cortar toda comunicacion entre la Alhambra y la ciudad, asi por la áspera senda que sube desde el Dauro hasta aquel régio alcázar, como por el camino principal, encomendado desde muy antiguo á la fidelidad de los Goméres.

Mas en tanto que el caudillo Abencerrage se apercibia de esta suerte para

un riesgo que aun juzgaba lejano, se estaba tentando á todo trance la evasion y libertad de Aixa. Al ir promediada la noche, ni bien clara ni oscura, entoldada la luna por leves nubecillas que velaban su rostro como un sutil encaje, arrojaron una escala formada con ingenioso artificio de fajas y almaizares, y la ataron á la columna de un *ajimez*, que caia á espaldas del palacio de *Darlaroca*, sobre un tajo escarpado.

Por aquella especie de estrechísimo puente, suspendido sobre un abismo y que retemblaba al menor movimiento, habia de descender, en medio de las tinieblas y cercada de mil peligros, una mujer; pero esa mujer era Aixa. Unicamente sentia latir el corazon mas aprisa de lo acostumbrado, al pensar que su hijo, objeto de su amor y al propio tiempo instrumento de su venganza, habia de tentar el mismo paso; y no fué corta muestra de la autoridad y predominio que en su ánimo ejercia haberle persuadido á bajar por la escala, y á bajar delantero; recelando Aixa que si se quedaba en el palacio, pa-

ra seguir sus huellas, quizá le arredrase el peligro, malogrando con su irresolucion tantas y tantas esperanzas.

Ya estaba Boabdil á punto de bajar por la escala, asiéndose de ella azorado, cuando su Madre le apretó la mano, y le dijo entre cariñosa y severa: «*No tiembles, hijo mio, no tiembles; que abajo te aguarda una corona.*» Calló el príncipe, embargada la voz y el aliento al contemplarse en tan grave peligro; pero temia aun mas la ira de su Madre, si volvia atras ó vacilaba; y continuó descendiendo hasta que le recibieron en sus brazos unos cuantos Zegries, arrojando Boabdil un grito de pavor, al verse rodeado de aquellos bultos desconocidos.

Esta fué la única señal que tuvo Aixa de haber llegado á salvo su hijo: y en aquel momento mismo volvió en sí y recobró su natural entereza. Bien es verdad que cualquiera que la hubiese visto, pocos momentos antes, vencido el cuerpo fuera del *agimez*, atento el oido, y sin atreverse á respirar siquiera, como el que viera su propia vida colgada de un cabello, no habria po-

dido dejar de conocer que Aixa era madre; pues á pesar de la ambicion y del deseo de venganza, que eran el alma de sus pensamientos, sintió bañados sus miembros con un trasudor frio, y casi le pesó en aquel trance haber expuesto á tan grave riesgo la vida de su hijo.

Mas apenas le creyó seguro, detúvose un solo instante, clavados los ojos en el precipicio; y sin mas dilacion ni demora, asentó el pié en la escala con tanto desembarazo y firmeza, como si á pesar de la oscuridad de la noche la estuviesen contemplando, para ver si se le inmutaba el rostro y le faltaba aliento.

Tocar al fin la tierra, y estrechar á Boabdil en sus brazos fué obra de un solo instante; y volviéndose á sus deudos y amigos, que la cercaban solícitos y cuidadosos, no les dijo mas que esta palabra: *al palacio* [77].

Por la falda misma del *cerro del Sol*, caminando á la deshilada y con el mayor silencio para no ser sentidos, fueron en busca de la márgen del Dauro, por estrechas y retorcidas sendas,

en las que habia de trecho en trecho apostados algunos moros, pegado el cuerpo contra la tierra, y prontos á acudir al menor peligro. Ellos mismos iban sirviendo de guia, inmobles y callados, como las piedras que se ponen para indicar la ruta; hasta que al cabo llegó la reina, con los pocos que la acompañaban, á un sitio deleitoso, en que mana una fuente, no menos abundante que cristalina, en medio de un bosquecillo de almendros y *avellanos*, que le dan sombra y nombre [78]. Allí tomaron aliento unos breves instantes; y bajando á la márgen del rio, que se estrecha acanalado entre uno y otro monte, pasaron á la orilla opuesta, atravesando un puente que en aquel parage servia para unir entrambas riberas [79].

No sin fatiga y sobrealiento treparon despues por un ribazo, y se hallaron en el *camino de Guadix*, que viene siguiendo la corriente del rio, hasta dejarle ya seguro dentro de los muros de la ciudad; y como tenian ganado al alcaide que custodiaba aquella puerta [80], no solo entraron por ella

con plena seguridad y confianza, sino que aquel moro, para mejor captarse la buena voluntad de la reina, tenia preparado un disfraz para Aixa y otro para su hijo, á fin de que no pudiesen ser conocidos, si topaban acaso con gente de otro bando. Detuviéronse pues, pero meramente el tiempo preciso al intento, en una casa situada en aquel *barrio de recreo* (que tal sobrenombre alcanzó de los moros); casa famosa por aquella aventura, y de la cual aun subsisten vestigios [81].

Subieron despues por la áspera y penosa cuesta (*del chapiz* se llama hoy dia); y atravesando el *Albaicin*, en que ya respiraron seguros, como quien pisa tierra amiga despues de largo cautiverio, se encaminaron por una estrechísima calle, que da cien vueltas y revueltas, hasta ir á parar al punto que era término y blanco de sus deseos.

Habia allí un antiguo palacio (que aun no ha podido allanar el paso de tantos siglos) labrado por los primeros reyes moros, cuando Granada toda cabia en los estrechos muros de la *Alcazaba*; y como si hubiese querido uno

de aquellos príncipes poner para siempre á la vista de sus sucesores la necesidad de velar de contínuo en defensa del reino, acudiendo velozmente al menor asomo de peligro, mandó colocar sobre el palacio un moro de bronce, á caballo, la lanza en la mano, y en la izquierda la adarga con unos versos, que traducidos al castellano decian de esta suerte:

«*Dice el sabio Aben Habuz*
Que asi se defiende el andaluz.»

El moro, montado á la gineta, estaba en lo alto de la torre con tan singular artificio, que al menor soplo se movia, como para explorar la tierra y defenderla; lo cual dió márgen á que el vulgo llamase á aquel palacio *del gallo de viento*. La lima sorda del tiempo le ha gastado la mitad del nombre [82].

En una de sus estancias, no tan magnífica y risueña como las de la Alhambra, pero no falta de grandeza por su aspecto de antigüedad, aguardaban á Aixa los principales Xeques de las tribus coligadas contra Albo Hacen; los cuales habian concurrido á aquel sitio

con recato y por distintas vias, despues de dejar apercibido cuanto estimaron conducente á su intento.

Allí, formando todos un espacioso cerco, colocaron en medio á Boabdil, y le proclamaron por rey de Granada, sin mas pompa ni ceremonia que ponerle en los hombros un almaizar de riquísima grana, y entregarle una espada que se custodiaba desde muy antiguo en la armería de aquel palacio, y que se creia comunmente habia pasado de unos reyes á otros: en un lado de la hoja se leia: «*El triunfo lo da el valor*; y en el otro: «*Solò Dios es vencedor*.»

El Alfaquí de la Mezquita mayor del Albaycin, hechura de Aixa y deudo suyo no muy lejano, leyó en alta voz una sura ó capítulo del Alcoran, como solia hacerse en la coronacion de los reyes; contestando Boabdil con la fórmula acostumbrada en tales casos, reducida en sustancia á prometer regir el Estado en paz y justicia, y defenderlo con las armas contra los idólatras é infieles.

Mientras duró aquel solemne acto, repararon algunos que Boabdil no apar-

taba los ojos de su madre, como pendiente de su voluntad; en tantó que ella parecia, en su ademan y aspecto, la verdadera reina; impaciente ya de que acabase de clarear el dia, para que lo supiese Granada, aun cuando fuese á costa de verse regada con sangre.

CAPITULO XXXI.

Trábase la contienda entre una y otra parcialidad.

El pendon real, enarbolado al amanecer en lo alto de la *Puerta Monayta* (como solia hacerse cuando sobrevenia algun grave acontecimiento, para poner en armas á la ciudad) [83], fué el primer anuncio que se tuvo al siguiente dia de la evasion de Aixa y de la coronacion de su hijo.

Todavía resonaban en los ámbitos del palacio, de alli poco distante, los vivas y aclamaciones, cuando ya los instrumentos guerreros difundian la señal del levantamiento por los barrios del *Albaycin* y de la *Alcazaba*; en tanto que un tropel de almogavares,

de la tribu de los *Zenetes*, se desprendia como un torrente desde aquellas alturas, para inundar el llano.

Hallábase aquella tribu resentida con Albo Hacen, por haber este confiado la guarda del régio alcázar á los Gomeres, émulos suyos y rivales; y recordando que en tiempos antiguos habian disfrutado ellos tan señalada honra, cuando el palacio de los reyes estaba asentado en el barrio mismo á que los *Zenetes* dieron nombre, se declararon desde luego á favor del nuevo monarca [84].

No desaprovecharon los Zegries las buenas disposiciones en que aquella tribu se hallaba: y conociendo su fogosidad é impaciencia, (al fin raza africana), la aguijonearon juntamente con el estímulo de la ambicion y de la venganza, ofreciéndole como desagravio y recompensa los despojos de los Gomeres.

Cuando aun se hallaba el pueblo sorprendido y absorto, cruzándose como suelen mil confusos rumores, y sin saberse con certeza el grave acontecimiento de la pasada noche, ya se ha-

bian apoderado los Zenetes de la *Puerta de Elbeyra*, corriendo presurosos á atajar la salida de la ciudad por aquella parte, y extendiéndose los mas osados hasta la puerta misma de *Bib-Almazan* [85].

Por el extremo opuesto, corrió otra turba numerosa hácia el lugar llamado por aquella gente descreida *muladar de los cristianos*, (lugar santificado con los preciosos restos de inumerables mártires); y desde alli se descolgaron á la vecina plaza, para ser los primeros que cruzasen las armas con sus odiados enemigos. Y como el barrio del *Axariz*, no menos que el del *Zacatin* y la *Alcaizeria*, estaban minados por los Zegries y sus parciales, casi puede decirse que al salir el sol, testigo de tantas desventuras, se hallaba la ciudad como dividida en dos campos, siendo el cauce del Dauro el foso que los separaba.

El ánsia misma de Albo Hacen por lograr mas fácilmente el triunfo, tomando de rebate á Alhama y volviendo vencedor cuanto antes, le habia movido á engrosar la hueste con cuantos

caudillos y guerreros se brindaron á seguir sus pendones; y como los mas de ellos pertenecian á las tribus afectas al monarca y aliadas con los Abencerrages, necesariamente hubo de acontecer que faltasen en aquel trance los principales sostenedores de su amagado trono.

Los pocos de algun valer que habian quedado en la ciudad, desatentados con un golpe tan imprevisto, corrieron á la desbandada para refugiarse en la Alhambra, rehacerse al abrigo de sus muros, y caer despues sobre sus enemigos; pero al desembocar por las angostas calles, se veian acometidos, deshechos; y los pocos que llegaban á avistar la plaza encontraban en ella una muerte segura.

Sin detenerse á calcular el riesgo, al primer rumor que llegó á sus oidos, bajó Aben Hamet como un rayo por la *Cuesta de los Gomeres*, seguido de unos cuantos ginetes, y ansioso de exterminar á la rebelde turba. Mas antes de bajar á la plaza, halló atajado el paso con una muralla de gente; y distinguiendo en un grupo de Zenetes á Ali

Zegrí, (el que causó tan lamentable escándalo en las fiestas pasadas) le gritó enfurecido desde el pié de la cuesta: «¿ahí estás tú, traidor? Espérame un instante; y te daré el castigo».—Decirlo y arrojarse sobre él, todo fué un punto; mas el Zegrí se adelantó tambien, no menos ciego de venganza, haciendo seña á los suyos de que dejasen despejado el campo.

Sobrecogidos y suspensos quedaron los de una y otra parcialidad, al presenciar el combate de dos guerreros de tanta nombradía; echándose bien de ver en el silencio y ansiedad de todos que del éxito de aquella lucha pendia tal vez una corona.

Ni aun dió tiempo Aben Hamet para tener cercano á su enemigo; y le arrojó la lanza con tal ímpetu, que le falseó la adarga con que escudaba el pecho, y le dió tan recio golpe, que le faltó el aliento. Pero volviendo luego en sí, corrió derecho á su rival, con la lanza tendida en ademan de atravesarle el cuerpo de parte á parte; y no fué poca dicha que el diestro Abencerrage revolviese de súbito el caballo, burlan-

do el rudo golpe, y acercándose casi hasta tocar á su adversario.

A un mismo tiempo cruzaron los alfanjes; dándose golpes tan desapoderados y contínuos, que los aceros arrojaban chispas, como los martillos en un yunque. Hirió el Zegrí de un tajo la mano izquierda del Abencerrage, á quien desde aquel punto reputaron todos perdido, al ver el trabajo y afan con que manejaba las riendas; pero no parecia sino que el caballo conoció el peligro en que se encontraba su dueño; y guiado por su propio instinto, le preservaba de los golpes, encabritándose á veces como para embestir á su contrario. Menudeaba este los golpes, ciego de despecho; mas su impaciencia misma causó su perdicion: porque haciendo ademan el Abencerraje de recejar acobardado, aguardó á que el Zegrí le viniese ya encima; y volviendo de revés el alfanje, le cortó á cercen la cabeza.

Un grito sonó á un tiempo en todo el ámbito de la plaza: corrieron los Zegries y sus parciales á recoger el cadáver de aquel caudillo, y á

vengar allí mismo su muerte; corrieron los Gomeres, ansiosos de salvar á Aben Hamet, que se hallaba cercado de enemigos. Peleaba el Abencerrage como una fiera acosada por rabiosos canes, que le embisten juntamente y le temen; pero ya estaba á punto de caer desfallecido, cuando le rescataron los suyos, despues de pelear unos y otros con tal furor y encarnizamiento, que al cabo de pocos instantes corria por medio de la plaza un arroyo de sangre.

Una vez y otra estuvo Aben Hamet casi, casi en manos de sus enemigos; mostrando estos el mayor empeño en apoderarse de su persona, tanto para desfogar en ella los antiguos odios, como para desconcertar á sus contrarios, privándoles de caudillo y guia; mas no menos empeño mostraban los parciales de Aben Hamet, apiñándose en derredor suyo, y escudándole con sus propios cuerpos. Aun asi, les costó no poco esfuerzo y fatiga ponerle al fin en salvo; teniendo á un tiempo que abrirse paso por entre un tropel de enemigos, y escarmentar á los que mas de cerca les venian picando las espaldas.

De esta suerte subieron trabajosamente la agria *cuesta de los Gomeres*, hasta llegar muy cerca de la *Puerta de Bib-Leuxar*; pero cobrando mayor aliento y brio á vista de las torres de la Alhambra, revolvieron de pronto sobre sus contrarios, arrollándolos hasta la plaza; mientras otros dejaban en lugar seguro, y en brazos de sus deudos y amigos, al mal herido Abencerrage.

CAPITULO XXXII.

Vénse obligados los Abencerrages á salir de Granada.

El miserable estado en que se encontraba Aben Hamet, despues de la pasada refriega, acribillado de heridas, casi desangrado y exánime, fué un golpe mortal para el partido que sustentaba la causa de Muley Hacen; como que, en el momento de mayor apuro, le faltó la cabeza. No desmayaron, sin embargo, los caudillos Abencerrages que se habian refugiado á la Alhambra; pero como rara vez en el mundo viene sola una desventura, al tiempo mismo

en que estaban concertando bajar á la ciudad por la *Puerta del Sol*, para revolver despues á mano derecha y dar de improviso sobre sus enemigos, recibieron un secreto anuncio de que el alcaide de *Torres-Bermejas*, faltando villanamente al prestado homenage y pleitesía, habia ofrecido á Aixa las llaves de aquella fortaleza, y aun se disponia á entregarla en manos de los Zegries aquella misma noche.

Subió de todo punto el apuro de los que se encontraban como encerrados en la Alhambra, al ver inminente el peligro de que penetrasen los parciales de Boabdil dentro de aquel recinto, en cuyo caso no quedaba refugio ni esperanza. Mas tampoco era fácil ponerse en salvo; teniendo que vencer la timidez de la Reina, Aben Hamet casi moribundo, ellos pocos en número, los contrarios muchos y poderosos. Hallábanse estos apoderados de la principal bajada á la ciudad; la comunicacion entre una y otra márgen del Dauro cortada; y el rio tan crecido (por el derretimiento de las nieves que le sirven de cuna) que llegó por aquellos

dias á una altura nunca vista ni oida: causa entonces de terror y espanto, y despues de admiracion y asombro [86].

Pues tampoco era cosa llana y hacedera descender por el lado opuesto hasta la márgen del Xenil, una vez resquebrada, si es que no rota, la fé del alcaide de *Torres-Bermejas*; y habiendo cometido Albo Hacen la imprudencia, por no mostrar ni visos de desconfianza, de dejar en manos de los Zegries la puerta y torre de *Bib-Taubin*, que es como la llave de la ciudad, en la confluencia de ambos rios.

No habia que perder un instante: crecia el peligro, y volaban las horas. Y si llegaba á verificarse la temida entrega, iban á verse expuestos á todo linaje de tormentos, no menos que al escarnio de sus enemigos, mil veces mas cruel que la muerte.

Lo que aumentaba los apuros era la situacion de Aben Hamet, privado de sentido, y abrasadas las entrañas con una ardentísima fiebre y aun mas con la sed de venganza; hasta el punto que luchaba y reluchaba él propio, como si estuviese todavía batallando con sus

enemigos. Pero la empresa mas árdua era convencer á Zoraya, tímida de suyo, irresoluta, acostumbrada á vivir siempre pendiente de ageno albedrío. En el momento mismo en que supo el fatal acontecimiento, corrió desalada á echarse en brazos de su antigua amiga, que habia sido tantas veces su consuelo y amparo; y por mas ruegos é instancias que le hacian los caudillos que habian acudido á salvarla, solo contestaba estas meras palabras: « Mi esposo me dejó aquí; y aquí me hallará viva ó muerta.»

En vano ponian de bulto ante sus ojos los peligros, la urgencia, la necesidad de aprovechar el único medio de salvacion que aun les quedaba: ó no respondia, ó solo respondia con sollozos; en términos que casi habian perdido la esperanza de reducirla á que los siguiese, resueltos á perecer, si necesario fuere, antes que abandonarla, cuando vieron que se blandeaba su ánimo, al hacerle presente que saliendo fuera de Granada se veria mas pronto al lado de su esposo. « Aquí (le dijo el Xeque de los Gomeres) te ves amenaza-

da de enemigos y de traidores; allí te esperan Albo Hacen y su hueste.»

Aun todavía se mostraba rehácia, cuando un guerrero de aquella tribu, impaciente con tanta incertidumbre y tardanza, acertó á decirle con cierto dejo desabrido: «Haces bien, á fé mia, en no temer la muerte; asi caerás viva en las garras de Aixa.»

Retembló Zoraya, solo de escucharlo; y como si se hubiera secado de repente el raudal de sus lágrimas, dijo con acento resuelto: «Vamos, amigos, vamos.»

Las horas que aun quedaban de noche las emplearon todas, y aun vinieron escasas, disponiendo los aprestos necesarios para la partida: siendo tal la confusion y el desórden en aquel palacio, mansion poco tiempo antes del amor y de los deleites, que no parecia sino que los enemigos le habian ya entrado á saco.

Mas nunca se echaron tanto de ver las nobles prendas de los Abencerrages, y de los demas que con ellos se hallaban reunidos en aquella tristísima noche: olvidado cada cual de sí pro-

pio; y esmerándose todos á porfia en tributar á la afligida reina las mayores muestras de veneracion y agasajo, para que se apercibiese menos de los riesgos y desdichas que la amagaban. Dote rara en los hombres, y mas en tiempos de borrascas civiles: volver la cara al ocaso, cuando ya el sol ni alumbra ni calienta.

Como un depósito confiado á vasallos fieles y á nobles caballeros, colocaron á la reina en el medio de aquella reducida hueste, y á muy poca distancia al caudillo Aben Hamet, tendido en un lecho de campo, y sin dar señales de vida; en términos que mas bien parecia un cadáver, á quien iban á dar sus amigos honrada sepultura.

Recatados y silenciosos, yendo algunos delante para esplorar el campo, salieron á espaldas de la Alhambra, junto al palacio de *Generalife*, para evitar el ser sentidos por el viejo traidor de *Torres-Bermejas*; y apresurando el paso, al atravesar la *loma de Abahul*, se encaminaron sin tardanza á la *Puerta de los molinos* [87]. Alli se rehicieron algun tanto, cuidando de que ninguno

se quedase zaguero; y puestos otra vez en buen órden y concierto, bajaron aquella áspera cuesta, y por la parte fronteriza cruzaron el Xenil. Como que respiraron, al verse á la otra márgen, libres ya de enemigos ó ciertos de venderles harto caras sus vidas; pero estimando prudente alejarse de la ciudad, antes que al amanecer saliesen en su alcance, atravesaron por medio de los campos, floridos ya y lozanos; dejando á mano derecha la corriente del rio, como si se encaminasen á la falda de *Sierra Nevada.*

La vereda que abrieron entonces aquellos caballeros, honra y prez de Granada, fué durante largo tiempo objeto de veneracion para la gente rústica y sencilla, que no se atrevió siquiera á borrarla con el arado: hoy dia es, al cabo de tres siglos, y aun se la distingue con el nombre de la *Senda de los Abencerrages* [88].

CAPITULO XXXIII.

Reúnense los Abencerrages con Albo Hacen: determinacion que tomó el Rey.

Como la intencion y propósito de los que á costa de tantos afanes habian salido salvos de Granada, era unirse cuanto antes con Albo Hacen, á quien suponian delante de los muros de Alhama, si es que no era su señor y dueño, caminaron á campo travieso, sin descansar un punto; procurando alejarse del espacioso llano, para no ser descubiertos desde las torres de la ciudad, y abrigándose por mayor seguridad y cautela al pié de los vecinos montes.

De esta suerte siguieron durante todo el peso del dia; y á la caida de la tarde, como divisasen á lo lejos una nubecilla de polvo, que bajaba barriendo una colina, quedáronse suspensos, sin atinar lo que ser pudiese; hasta que vieron á las claras que eran unos cuantos ginetes, que se habian adelantado

á una banda mas numerosa. Al estar ya cercanos[1], preguntáronles en alta voz quiénes eran y de donde venian; á lo que solo dieron aquellos por respuesta: *Albo Hacen*!

Al oir este nombre, quedáronse los Abencerrages cual si fuesen de hielo: sin resolverse á dar un paso ni adelante ni atràs, hasta que por sus propios ojos se cercioraron de que entre aquella turba venia efectivamente el rey, mas bien en son de fugitivo que con aparato de vencedor.

Ni aun tiempo tuvieron de anunciar á Zoraya que allí estaba su esposo; porque al primer rumor de tan inesperado encuentro, habia corrido la sin ventura como fuera de sí, dando apenas lugar á Albo Hacen para arrojarse del alazan y recibirla en sus brazos. Asi permanecieron algun trecho, sin acertar á volver de su admiracion y sorpresa; en tanto que los caudillos Abencerrages los contemplaban de hito en hito, graves y silenciosos; conteniéndoles por una parte la veneracion al monarca, y sintiendo en el fondo del corazon ímpetus de ira y despecho, al

ver desvanecerse como el humo todas sus esperanzas.

Cual si hubiese Albo Hacen afianzado su corona y reino con tener cerca de sí á su esposa, no hizo en él la mella que era de creer el relato de los sucesos de Granada; y antes bien los escuchó con rostro sereno, mostrándose solamente abatido cuando supo la triste suerte que habia cabido á Aben Hamet: «¿Dónde le habeis dejado?» preguntó inquieto á los que allí se hallaban; y apenas supo que se encontraba á muy corta distancia, hizo ademan de ir en su busca.

Mas ya á tiempo que le traian sobre los hombros unos cuantos Abencerrages; para ofrecer aquel nuevo testimonio de como sabian los de su tribu pelear y morir por sus reyes. Acercóse Albo Hacen, no sin muestras de pesadumbre; y al ver tan demudado á su valido, que no era fácil reconocerle, inclinó el cuerpo y le llamó por tres veces, como deseando tener el consuelo de despedirse de un antiguo amigo. Bien fuese efecto de aquella voz tan conocida, bien lo fuese del mero

acaso, lo cierto es que Aben Hamet entreabrió los ojos, cual si despertase entonces de un profundo letargo, y dirigió la vista hácia el parage donde el rey se hallaba. «Yo soy: ¿no me conoces?....» Quedó suspenso Aben Hamet, como incierto y dudoso; mas haciendo luego un esfuerzo, que le arrancó un agudo quejido, dió muestras de querer arrojarse á los pies del rey, y le dijo con voz tan apagada que apenas pudo oirse: «Ya ves.... que cumplí mi palabra....»

Cayó otra vez desplomado, impreso ya en su rostro el sello de la muerte; y en breve no quedó duda de que habia exhalado el último suspiro.

Alejóse Albo Hacen, traspasado el corazon con la vista de aquel espectáculo, y sin que se escapase de sus lábios ni una queja ó lamento; y despues de haber pasado algunos instantes al lado de su esposa, como quien deseaba recatar á sus vasallos lo que pasaba dentro de su alma, llamó á los principales caudillos, para tomar consejo respecto de lo que convenia hacer en aquel apurado trance.

Discordes anduvieron los pareceres, segun suele acontecer, y mas si apremia el tiempo y el peligro ahoga: males por todas partes y seguros; ventajas escasas y dudosas. Proponián unos volver sin demora á Granada, esperanzados en que al presentarse el monarca, acatado por tantos años, recobrarian aliento los muchos parciales que allí le quedaban, y se hundiria el trono de Boabdil, aun antes de que en él se asentase.

Replicaban otros, y no sin fundamento, que no parecia prudente exponer á tal prueba la dignidad real y la salud del Estado: los ánimos de la ciudad en el primer hervor de las pasiones; los parciales de Albo Hacen sin plan ni concierto; sus enemigos unidos y orgullosos. Ni cabia esperar que se abriesen las puertas á la voz del monarca; cuando se habia obstinado la fortuna en negarle por segunda vez sus favores en la empresa de Alhama.

Algunos hubo, de los de mas aliento, que osaron proponer en aquel conflicto un medio aventurado, pero noble: «Al vencido se le cierran las puer-

tas; pero al vencedor se le abren. Volvamos sin tardanza sobre aquella ciudad, que estará descuidada, reputándose ya segura; y cuando la hueste cristiana, que ha acudido á su socorro, se presénte delante de sus muros, aceptemos el reto. Si nuestros contrarios llevan la mejor parte en la pelea, moriremos á lo menos con honra; pero si salimos vencedores, en el campo mismo recogeremos, no solo las llaves de Alhama, sino tambien las de Granada.»

Muy lejos estaba Albo Hacen de acoger y apadrinar este dictámen: y aun cuando muchas y poderosas razones no le hubiesen retraido de jugar su corona al azar de una batalla, con un ejército decaido de ánimo, al frente una ciudad enemiga y á la espalda otra ciudad rebelde, hubiera bastado para apartarle de semejante intento la rémora que consigo tenia; volviéndose de contínuo su pensamiento hácia su amada esposa, cuando no debiera tener por norte sino la salud de su imperio.

Teníale tambien no poco inquieto y desasosegado el recuerdo de su her-

mano, el Zagal, que en aquella ocasion no se apartaba ni un momento de su memoria; temiendo no hubiese entrado en pláticas y conciertos con los parciales de Boabdil, estimando mas fácil arrojar del trono al hijo, despues de haber arrojado al padre. Y como á la sazon se hallase aquel príncipe en la ciudad de Málaga, só color de restaurar su salud en un clima tan templado y suave, se agravaba el recelo de que, si se rebelaba contra su hermano, sublevase aquella riquísima comarca, juntamente con las ciudades y villas asentadas á la orilla del mar.

El anhelo, pues, de asegurarse cuanto antes de la fé de su hermano, y mas que todo el ánsia de poner en salvo á su esposa, cuya pena le lastimaba mas que la pérdida de un reino, decidieron el ánimo de Albo Hacen en favor de un partido, que parecia menos expuesto que los otros á dificultades y riesgos. Condicion de hombre irresoluto: detenerse á la vista de cualquier obstáculo, y seguir el camino mas llano, aun cuando vaya á dar á un precipicio.

Cuidó sin embargo Albo Hacen de encubrir las verdaderas causas que tanto habian pesado para inclinar su voluntad; y poniendo por delante el bien público, cual suele hacerse para encubrir mejor los afectos particulares, atribuyó á la bizarría de aquellos caudillos, mas bien que á su prudencia, los consejos que le habian dado; pues casi rayaba en locura exponer la suerte de un reino al trance de una batalla ó al antojo de un pueblo sublevado. Convenia, pues, tomarse tiempo y asegurar el triunfo, bien se juzgase conveniente humillar antes la altivez castellana, ó bien escarmentar á vasallos rebeldes.

Resolvió por lo tanto Albo Hacen encaminarse aquella misma noche á Málaga, por la via de Loja, dejando á esta ciudad asegurada, antes que los cristianos, ensoberbecidos con la toma de Alhama, intentasen apoderarse de ella. Por cuya causa urgia dejar al paso un buen presidio, y despues hacer la masa del ejército en la ciudad de Málaga, que se brindaba á ser como el cuerpo del Estado, pudiendo extender

librem ente sus brazos desde el puerto de Almería hasta el Estrecho de Tarif.

Mandó pues á Albin Hamad, (que era el caudillo de mas fama entre los muchos que aun contaba la tribu Abencerrage) que cuidase de recoger y ordenar la hueste, á medida que fuese descendiendo al llano; y que despues siguiese sus huellas, hasta reunirse todos al abrigo de los muros de Loja.

A la escasa luz de la luna, mas triste y melancólica que la oscuridad misma, emprendió su camino el desventurado monarca, poco ha tan poderoso, y ahora mal seguro y casi peregrino dentro del propio reino; y caminando á paso lento, sin mas alivio ni consuelo que oir de cuando en cuando el grato acento de su esposa, cruzó los dilatados llanos, apartándose de la Sierra y en busca del Xenil; como quien busca un compañero, al alejarse de la tierra en que ambos á dos han nacido.

los arranques de su corazon y la inconstancia de su carácter, nada temia tanto Albo Hacen como aparecer pusilánime y apocado; y en el momento mismo en que le arredraba un estorbo, y no se aventuraba á salvarlo, ya estaba revolviendo en su mente algun nuevo proyecto; asi para dar muestras de que no le faltaba ánimo, como para acallar dentro del pecho sus propias quejas y reconvenciones.

Todo el tiempo que tardó en llegar desde Loja á Málaga mostróse grave y silencioso, como aquel que va preocupado de un solo y único pensamiento; y aun despues que hubo entrado en aquella ciudad, se encerró en la *Alcazaba*, sin permitir que llegasen á su presencia sino el Alcayde de *Gibralfaro* y algun otro caudillo, por ganarlos mas y mas á su favor con aquella demostracion y fineza [89].

Inquieto estuvo unos instantes, viendo que su hermano el Zagal no era de los primeros que habian acudido; y porque no pareciese duda ó desconfianza, ni aun preguntó por él, sin embargo que no apartaba de la puerta la

vista, en cuanto sentia sordo rumor de pasos. Divisóle al fin, sin poder contener la alegria que le asomó al rostro; pero componiendo el ademan, y sin dar el mas leve indicio de incertidumbre ó recelo, se encaminó hácia él con los brazos abiertos, anticipándose á preguntarle como estaba de sus heridas, cual si fuese este el principal cuidado qne le aquejaba. Contestóle brevemente el Zagal, dándole mas muestras de respeto y cariño que lo que tenia de costumbre, y diciéndole al cabo con resolucion y nobleza: «Las nuevas que de tí he recibido me han restaurado la salud mas que estos aires y las aguas del mar; dí, Albo Hacen, cuales son entre tus contrarios á los que quieres que castigue primero».

Mostróse el rey muy reconocido al ofrecimiento de su hermano, si bien no estaba seguro de que le saliese del corazon; pero como por su parte le ocultaba tambien los temores que abrigaba en el suyo, se esforzó en persuadirle con muchas y difusas razones, (cual suele acontecer cuando uno propio desconfia de su mala causa), cuanto mas

conveniente era que se quedase encargado de la guarda y defensa de Málaga, que era á la sazon el baluarte del imperio, pronto á acudir donde menester fuese, ya contra los cristianos á la menor ocasion ó descuido, ya á sujetar á los rebeldes de Granada, gente instable en sus propósitos, fácil y movediza. «Tú quedarás en esta ciudad, con el poder y pompa de monarca; Albo Hacen tiene él propio que vengar sus agravios».

No contestó el Zagal sino con un signo de veneracion y acatamiento, si bien columbró al trasluz de aquella simulada honra el secreto temor que la dictaba; y como todavía no se habian aclarado bastante los acontecimientos, para descubrir el rumbo que á su ambicion convenia seguir, tuvo por buena dicha que le dejasen en paz, y cual testigo de la lucha, mientras entrambos combatientes peleaban y se destruian.

CAPITULO XXXV.

Sale Albo Hacen de Málaga: situacion de su esposa.

No estuvo ocioso Albo Hacen el corto tiempo que permaneció en Málaga; y como era tanta su impaciencia al acometer una empresa como su veleidad para abandonarla, contaba los dias y las horas que tardaba su hueste, ansioso de reunirla bajo sus banderas. Hizo correr la voz de que su intencion era abastecer á la ciudad de Ronda, y recorrer los pueblos principales que yacen abrigados en aquella asperísima sierra, para desembarazarse de cuidados, y revolver luego con mas brio sobre los cristianos, si osaban aguardarle; pero su propósito era muy distinto. Guiado siempre por el impulso de sus pasiones, mas bien que por los consejos de la razon ó por la conveniencia de Estado, no se apartaba un momento de su memoria que habia tenido casi en la mano la conqüista de Alhama, y ver cautivo y aherrojado á sus pies al

marqués de Cádiz; y agriándose mas y mas con la levadura de la desgracia el odio que de antiguo le tenia, recayó este ahora, y si cabe con mayor violencia, sobre el duque de Medina-Sidonia, que le habia arrebatado aquella presa, siendo la causa principal de los posteriores desastres.

Vengarse de uno y otro, de un modo tal que dejase memoria, era el pensamiento que le traia embargada la mente, tanto ó mas que el recobro de la corona; y por un artificio muy propio del corazon humano, cuando quiere cohonestar con pretestos plausibles la satisfaccion de los propios deseos, acabó Albo Hacen por persuadirse de que llevando á cabo su empresa, desbarataria con su inesperada acometida los planes de los cristianos, y levantaria el ánimo de los vasallos fieles en todo el reino de Granada; apareciendo otra vez guerreador y triunfante en el campo de sus antiguas glorias.

Salió pues de la ciudad de Málaga, sin descubrir á alma nacida sus designios; dejando encomendado el gobierno á su hermano el Zagal, y procuran-

do templar la amarguísima pena de su esposa, quien bien fuese porque tuviera mas quebrantado el ánimo con los golpes de la mala fortuna, bien porque el corazon le anunciase nuevos peligros y desdichas, se despidió entonces de Albo Hacen con mayor desconsuelo que otras veces, cual si al apartarse de sus brazos no hubiese nunca de volver á verle.

Entregada á su profunda melancolía, hasta le eran enojosos los cuidados y consuelos de la fiel Arlaja; y solo encontraba alivio en la soledad, que la libertaba á lo menos de importunos testigos. Lo único que tal vez serenaba su ánimo, convirtiendo su amarga pena en tristeza suave, era la perspectiva que presentaba á sus ojos el mar, cuando á la caida de la tarde descubria encendido el horizonte, como una zona de fuego, y el campo azul que se perdia de vista, viniendo á espirar las olas en la menuda arena.

Horas enteras permanecia absorta, disfrutando de aquel espectáculo; para lo cual se colocaba á veces en un *mirab* ú oratorio, que se levantaba sobre

leves columnas en el repecho del monte dentro del recinto de la *Alcazaba*, y otras veces bajaba hasta la orilla misma del mar, por observar mas de cerca su contínuo hervidero. Habia en aquel lugar una estancia, por cierto no muy grande, cubiertas las paredes de conchas y corales, formando lazos y esquisitas labores, y la estancia labrada de tal suerte, que podian entrar en ella las olas, levantarse hasta cierta altura, y retirarse luego mansamente; trayendo nueva frescura y vida con su flujo y reflujo. Llamábase aquel sitio *el baño de la Reina*, probablemente por el uso á que habia servido en otros tiempos.

Cuando la mar estaba tranquila y la noche serena, quedábase embebecida Zoraya, oyendo el canto de los pescadores y marineros, que cruzaban en sus barquillas lamiendo aquella playa; siendo precisamente las tonadas que mas le agradaban las que tenian cierto dejo de tristeza y melancolía, por avenirse mas con el estado de su corazon. Una voz habia, y no era por cierto la mas robusta y sonora, pero tan grata

y suave, que entre todas llamaba la atencion de la reina; quien echó de ver que únicamente sonaba cuando todos los barquichuelos se iban ya alejando, viéndose por el mar esparcidas mil luces, y el rastro plateado que dejaban las redes y las quillas.

Notó tambien, y no sin extrañeza, que siempre cantaba aquella voz una misma tonada, y al parecer con la propia letra, que apenas podia comprender por el rumor y la distancia; hasta que una noche, estando la mar dormida en profundísima calma, y sin que el viento respirase siquiera, vió acercarse una barquilla, cortando el agua como un pez; y oyó clara y distintamente esta cancion, que entonaba un marinero, dando vueltas y revueltas en frente de donde ella se hallaba:

Olvidó sus juramentos,
Olvidó su antigua fé,
Y hasta su nombre olvidó
Por olvidar su querer....

Boga, cautivo, boga;
Bogad, remos, bogad otra vez.

El viento consigo lleva
Las promesas de mujer;
Y si las oye una fuente,
Las lleva el agua tambien....

Boga, cautivo, boga;
Bogad, remos, bogad otra vez.

A Dios por testigo puso,
Y Dios aceptó su fé;
Pero á Dios tambien engaña
La que á su esposo fué infiel....

Un vuelco le dió el corazon, al oir estas palabras; y sin saber ella misma la causa de su sobresalto, apartóse Zoraya de aquel sitio, como acosada de un fatal recuerdo; pareciéndole que á medida que se alejaba, resonaban con mas fuerza en su oido las últimas palabras de la cancion:

«Pero á Dios tambien engaña
La que á su esposo fué infiel»....

CAPITULO XXXVI.

Grave acontecimiento.

Tanta impresion hizo en el ánimo de la reina la cancion que acababa de oir, que no pudo cerrar los ojos hasta que ya empezaba á clarear el dia; asaltándole un ensueño tan triste, apenas se quedó dormida, que despertó azorada, dando un agudo grito. Serenóse despues algun tanto, si bien quedóle el corazon resentido y lastimado de la reciente lucha; suspirando involuntariamente, cual si presintiese algun daño. Dos noches estuvo sin acudir al sitio acostumbrado, deseándolo por una parte, y temiendo por otra volver á oir la voz que tanta mella le habia hecho; pero avergonzada de que la acobardase aquel vano recelo, resolvióse al fin, no sin trabajo, y se encaminó, ya muy entrada la noche, al mismo paraje que solia. Con inquietud y sobresalto tendió la vista por la extension del mar, y no descubrió cosa alguna; no

se oia tampoco ni el rumor mas leve; y como que se complació en su tristeza, al ver que iba á disfrutar á su salvo de aquella tranquilidad y calma. Quedóse en breve adormecida, como aquel á quien desatan pesadas ligaduras, y se rinde al cansancio; mas á poco tiempo, y sin saber ella propia si estaba dormida ó despierta, oyó un quejido y caer desplomado un cuerpo junto á la puerta misma. Abrióse esta de par en par; y presentóse un hombre, cubierto el cuerpo y la cabeza con un albornoz, y un puñal en la mano.

A su vista, quiso huir la infeliz, y no pudo; fué á gritar, y le faltó el habla; y en medio de su tribulacion y congoja, hincóse de rodillas y levantó las manos, como implorando la compasion del que reputó su asesino.

Clavado permaneció aquel bulto en el mismo quicio; hasta que al cabo de unos instantes se acercó lentamente; y al llegar junto á ella, arrojó el albornoz, y le dijo con voz apagada: «¿No me conoces, Isabel, no me conoces?...» Alzó la cuitada los ojos, y se quedó muerta: la voz, el ademan, el rostro

le presentaron vivo al esposo que habia visto espirar á su lado; y agolpándose á su fantasía los recuerdos pasados, la cancion, el ensueño, la imágen que tenia delante, creyó al pronto que era una aparicion, que venia á atormentarla. *Por Dios*!... *Por Dios*!... No dijo mas; y se quedó inmoble y la vista fija, cual si fuese de mármol. Subió de todo punto su terror, al sentir que la asian de las manos; y ni siquiera pudo comprender en largo trecho lo que le decian: «Por qué te aterras así? ¿qué temes?... Mírame, Isabel, mira: el mismo soy que te juró ser tuyo, y que no lo ha olvidado un instante. A las puertas de la muerte, en el cautiverio, en la ausencia, sin esperanza siquiera de volver á verte en mi vida, yo te llevaba tan grabada en mi alma, como cuando te ví por primera vez. ¿Lo has olvidado, Isabel? Tú tambien me juraste ser mia: yo lo oí de tu misma boca, al recibir el golpe que amagaba tu vida.... ¿Lo has olvidado?... No: tú ofreciste á Dios el ser mia; y no puedes ser de otro hombre. Yo he corrido en tu busca; he arrostrado mil riesgos, hasta

llegará tí: ya te miro, te tengo; para siempre eres mia!...»

Al decir estas palabras, estaba tan turbado y fuera de sí, que á duras penas pudo levantar del suelo á la desdichada y sostenerla en pié: «¿Por qué tiemblas, dí, por qué tiemblas?... Dentro de breves momentos estaremos ya en salvo: un barco nos espera á la orilla; todo está prevenido, pronto; volveremos á nuestra patria, al seno de nuestras familias; volveremos al altar donde me juraste ser mia...»

Como Isabel no respondiese, y creyendo él que la tenia embargada el susto y sobresalto, se esforzó mas y mas por desvanecer sus temores: «no corres ni el mas leve peligro: esa puerta está franca, y el guarda ya pagó con su vida.... un barco nos aguarda en la playa; y mañana á estas horas, mañana, Isabel, eres mia!»—*Nunca*... esta fué la única palabra que pronunció la infeliz; y cayó sin sentido. Cogióla el mancebo entre sus brazos, y se esforzó por llevarla á la puerta, como quien conduce un cádaver.... mas al mismo iempo oyó un confuso tropel, que ba-

jaba de la *Alcazaba*; y apenas tuvo lugar para salvarse, arrojándose al mar en busca de su esquife.

CAPITULO XXXVII.

Acuden al socorro de la reina, y recobra esta sus sentidos.

No parece sino que el destino de Isabel habia dispuesto que tuviese Arlaja una parte principalísima en todos los acontecimientos de su vida; pues, á no haber sido por aquella mujer, tal vez en la ocasion presente se hubiera llevado á cabo un proyecto, concebido con temeridad y principiado con singular ventura. Aun las personas mas allegadas á la reina no osaban distraerla de su melancolía ni acudir á donde ella estaba, aun cuando tardase algunas noches en volver á su estancia; pero Arlaja, que la miraba siempre cual si fuese su hija, y que habia notado cuanto habia crecido su inquietud y tristeza en los dias anteriores, concibió de pronto el temor de que la hu-

biese asaltado algun desvanecimiento ó desmayo; y no pudiendo aquietar la imaginacion ni permanecer tranquila, si no se satisfacia por sus propios ojos, echó á correr desatentada en busca de la reina, siguiéndola unas cuantas mujeres, asustadas á su vez, y sin saber ninguna de ellas la causa ni el motivo.

Como estátuas se quedaron, al hallar á Zoraya sin sentido, junto á la misma puerta; y la sorpresa fué tal y el terror tan grande, que no les consintió por el pronto ni demandar socorro. Unicamente Arlaja corrió hácia donde la reina se hallaba, dando gritos y alaridos, cual si la viese ya muerta. Cien cosas pedia á un tiempo; y ni ella misma se entendia: abrazaba á la reina, la besaba, la llamaba á voces; y viendo que no volvia en sí, dispuso que la llevasen en brazos á otra estancia inmediata.

Mas de dos horas transcurrieron, antes de que diese señales de vida; mas al cabo empezó á suspirar, llevándose la mano al corazon, como para arrancar el peso que encima tenia; y al cabo de pocos momentos, se deshizo en un

mar de lágrimas y empezó á respirar con mas desahogo.

Apenas cesó el cuidado de Arlaja, al ver que la reina recobraba poco á poco el conocimiento, empezó á atormentarla con preguntas, para informarse de tan extraordinario suceso; pero viendo que no alcanzaba contestacion ni respuesta, lo atribuyó al terror que aun estaba apoderado de su ánimo, y cesó de ostigarla.

Cundió la voz en la *Alcazaba* del peligro que habia corrido la reina: y la gente comun dió por supuesto que tal vez habrian intentado sorprenderla algunos bandidos ó piratas, por robarle las ricas joyas que consigo llevaba; pero los que tenian mas presuncion de entendidos y suspicaces, se decian al oido, como cosa averiguada y segura, que aquella trama la habia urdido la vengativa Aixa, ya que la primera le salió fallida; resuelta como estaba á perseguir á su rival, aun cuando se escondiese en el centro del mar ó de la tierra. Opinion que pareció mas verosímil, y cobró mayor crédito, al saberse que la reina habia preguntado

caide famoso de Velez de la Gomera.

Se le habia encomendado este, para que hiciese á su lado las primeras armas, si estallaba al cabo la guerra, segun era de temer; pero muy ageno de imaginar que le emplease como instrumento en una acometida nocturna, antes propia de salteadores que no de guerreros. Mas apenas se habia terminado la traidora empresa, y como Aben Farruch concibió muy luego el intento de encaminarse á Granada con su hermosa cautiva, dispuso que aquel mancebo fuese con un secreto mensage á la ciudad de Velez, avisando cual próximo el rompimiento con los cristianos, y advirtiendo á los principales de aquel reino que estuviesen apercibidos y prontos para auxiliar al rey de Granada; puesto que de aquella parte podia acudírsele mas fácilmemte con ayuda y socorro, por caer frente por frente de la ciudad de Málaga.

No le pesó al jóven africano volver cuanto antes á su tierra, que le parecia mas encantadora que la misma Granada; y siendo de condicion áspera y bronca, al paso que le faltaba discerni-

miento y experiencia, llegó á lisonjearse con la esperanza de presentarse ufano entre los mancebos del Riff, cual si en la sorpresa del castillo hubiese alcanzado una victoria.

Pensó desde luego en llevar consigo al Venegas, como testimonio y trofeo, y antes por esta causa que por un sentimiento noble y generoso, complacióse mucho al saber que la herida, al parecer tan grave, habia sido leve y somera; habiendo cesado todo peligro al cabo de muy pocos dias, gracias á la mucha robustez del cristiano y á los brios de la mocedad. Mas bien se temió por su vida, cuando empezando ya á recobrar el conocimiento y las fuerzas, cayó en una profunda melancolía, hasta el punto de negarse muchas veces á tomar el preciso sustento; no sabiéndose á qué punto hubiera podido llegar el decaimiento de su ánimo, á no haber contribuido á distraerle la variedad de vistas, y hasta el cansancio y las penalidades del camino.

Durante todo él, apenas soltó alguna que otra palabra; tan triste y silencioso como aquel que llevan al supli-

cio, y casi desea llegar cuanto antes al término de sus padecimientos. Mas de una vez quiso preguntar qué habia sido de Isabel, (único pensamiento que le tenia embargadas el alma y las potencias); pero le retraia el temor de recibir una respuesta amarga; prefiriendo por lo tanto el tormento de la incertidumbre á una fatal certeza. Como al acaso, y valiéndose siempre de rodeos, meramente se aventuró á inquirir cual habia sido la suerte del alcaide del castillo y de las demas personas de cuenta, que con él se hallaban; y ora fuese por la rudeza propia de aquellos africanos, ora creyesen que templarian el dolor del cautivo, poniendo en cotejo de su desgracia otra desgracia todavía mayor, le daban únicamente por respuesta que casi todos los cristianos habian perecido en la confusion de la refriega; y que eran muy contados los que habian tenido la buena suerte que él, de escapar por acaso con vida. No sabian aquellos asesinos que con estas palabras le daban mil veces la muerte.

Despues de un penoso viaje, y de una navegacion de pocas horas, arriba-

ron al cabo á la ciudad de Velez, situada á orillas del mar, en un llano en forma de herradura, abrigado al rededor con altísimos montes, y con un rio que defiende sus muros y fecunda juntamente sus campos [90]. Lo apacible del sitio, el aura de la primavera, y la vista del mar que baña mansamente la playa, mientras bate en frente la raiz de un peñasco, que le sirve de estorbo, contribuyeron á que dentro de un breve plazo fuese Venegas reponiendo su ánimo y restaurando sus fuerzas; en términos que ya pudo, al par que otros cautivos, emplearse en labrar un huerto que poseia su señor á la falda misma del *mordbito*.

Asi continuó por algun tiempo, haciendo vanos esfuerzos para adquirir nuevas de su familia, y persuadiéndose al fin de que le reputaban por muerto, y que probablemente su desgracia habria costado la vida á su anciano padre. Mas entre tantos recuerdos, á cual mas triste y congojoso, ninguno habia que le atormentase tanto como la memoria de su esposa; siendo harto frecuente soñar algunas noches que estaba despo-

sado con ella, y al ir á estrecharla contra su corazon, despertar despavorido al ruido de la cadena.

No es fácil adivinar lo que habria sido de este desventurado, si se hubiese prolongado mucho mas aquel linaje de vida tan triste y angustioso; pero por dicha suya, murió á poco su dueño, de resultas de una cazería; y cayó Venegas y los demas cautivos en poder de Aben Alamin, anciano bondadoso, que afligido con la inesperada pérdida de su hijo, estuvo en poco que le acompañase al sepulcro.

Solia el buen viejo buscar alivio y consuelo á su pena, sentándose en un montecillo, á la caida de la tarde; y una de ellas, como volviesen sus cautivos de la acostumbrada faena, les hizo detenerse en su presencia, y se informó muy por menor de si eran tratados como él tenia dispuesto. Entre todos ellos llamóle la atencion el Venegas, no solo por su hermosa presencia, sino por su porte y gallardía, que descubria bien ser noble caballero, á pesar de su humilde condicion y lo tosco del traje. «¿Hace mucho tiempo que estás cauti-

vo?» le preguntó el anciano:—«No há mucho, Señor; pero me parece tan largo!....»—«¿Dónde te cautivaron?»—«En el castillo de Martos.»—«¿Tienes padres?»—Calló el mozo, y levantó los ojos al cielo.—«No te aflijas, desdichado; tal vez te vivirán todavía y volverán á abrazarte....» En esto el infeliz padre recordó su propia desventura, y enjugó con disimulo una lágrima que caia de sus ojos.—«Me decias que eras de Martos....»—«No, Señor; alli me cautivaron.»—«¿De dónde eres natural?»—«De Luque, en el reino de Córdoba.»—«¿Cómo te llamas?»—«Don Pedro Venegas» (contestó con cierta dignidad, recordando la sangre que corria por sus venas).—«¿Don Pedro Venegas, dices?»—«Sí, Señor; ese es mi nombre.»—«¿Eres de la familia de los Señores de Luque?»—«En ella nací....» No pudo continuar; porque se le ahogaban las palabras.—«No te aflijas asi, pobre mozo; que tal vez no son tan grandes las desgracias como nos las representa la imaginacion.»

En esto hizo seña de que se fuesen; y al pasar el moro encargado de custo-

diar á los cautivos, le ordenó, señalando al Venegas, que aquella misma noche le llevase á su estancia.

CAPITULO XXXIX.

Descubre Aben Alamin al mozo Venegas secretos importantes de su familia.

Recostado sobre unos cojines se hallaba el anciano Aben Alamin, cuando le avisaron que estaba allí el cautivo; y mandando con la mano que entrase, se incorporó algun tanto, y le recibió con semblante apacible, en que estaba retratada la bondad de su corazon.—«Várias cosas voy á preguntarte (le dijo); y espero que á todas ellas me responderás con verdad.»—Inclinóse el Venegas, y puso la mano sobre el corazon, como fianza de su promesa.—«Tú me dijiste que eras de la familia de los Señores de Luque.»—«Sí, Señor.»—«¿No sabes si vive tu padre?»—«Vivia, cuando me cautivaron; pero no sé si Dios me lo conserva...» (Esto dijo enternecido el mozo, si bien procuró recobrar su serenidad y ente-

reza).—«Probablemente no alcanzarias á conocer á tu abuelo paterno... tienes pocos años; y él ya era hombre hecho cuando la toma de Antequera... no le habrás conocido.»—«Solo he oido á mi padre hacer memoria de él; y aun recuerdo que, siendo yo muy niño, le vi algunas veces llorar al mencionar su muerte.»—«¿Y no oiste tambien á tu padre hablar de un hijo que habia perdido aquel buen caballero?»—«Le oí decir, si mal no me acuerdo, que habia caido cautivo, siendo todavía de muy corta edad; y mas de una vez mi propia suerte me ha traido á la memoria aquella desgracia.»—«¿Pero no sabia tu familia lo que habia acontecido á aquel niño, despues que le cautivaron los moros de Granada?»—«Creo que no; porque toda la familia le lloró por muerto.»

Quedáronse entoncés en silencio por algunos instantes; y el anciano hizo seña al mancebo de que se sentase en un almohadon, que habia á muy corta distancia; y como titubease en hacerlo, por respeto y veneracion, «siéntate ahí, le dijo: que vas á oir de

mi boca lo que no oiste de la de los tuyos; y eso que se trataba de tu propia familia.... cosas oirás que te maravillen y asombren.»—Sentóse el mozo, mostrándose inquieto y desasosegado; y el anciano prosiguió de esta suerte: «Tu padre sabia probablemente que no habia muerto aquel niño; pero á tí te lo recataron.... (Inmutósele el rostro al Venegas; y notándolo el viejo, le dijo, como para tranquilizarle) ó tal vez resolvió tu familia tener oculta á todos la suerte de aquel rapaz.... como si pudiera nadie impedir lo que Dios ha dispuesto!—Pues sabe que ese niño se llamaba como tú, Don Pedro Venegas; y aun tal vez te pusieron á tí este nombre en memoria suya... Ocho ó diez años tendria cuando cayó cautivo... mil veces se lo he oido contar, sentados mano á mano en su cármen, donde solíamos pasar las noches de verano á la márgen del rio... ¡qué sitio tan delicioso!... Aquellos tiempos eran mas felices: él veia jugar al rededor á sus hijos; y yo tambien... pero Dios lo ha querido asi!»

«Tuvo aquel desgraciado la buena

suerte de que le acogiese en su casa un caballero muy principal, el cual le cobró tanto cariño, que le prohijó cual si fuese de su propia familia. Bien que el muchacho lo merecia: lenguas se hacian de él cuantos despues le habian conocido en la flor de sus años.... Gallardo, discreto, animoso: baste decir que sobresalia entre los mancebos de su edad, y eso que tantos y tan cumplidos los contaba entonces Granada...... Ya no es aquella ciudad ni sombra suya: los que de allá vienen dicen todos que no se la conoce; tal la han parado nuestras discordias y miserias! »

« Juzga tú cuales serian las prendas de aquel mozo, cuando se enamoró de él una princesa, la mas hermosa y gentil de cuantas encerraba la Alhambra; en términos que la fama del galanteo llegó no menos que á oidos del monarca.... Al pronto, segun dicen, lo supo con desabrimiento; y aun reconvino agriamente á la princesa; pero viendo cuán firme estaba en su voluntad, y que el mancebo que la requeria de amores era de cuna tan noble, como que contaba entre sus ascendientes á antiguos

reyes de Portugal y de Castilla, consintió al cabo en que se cumpliesen sus deseos; celebrándose los desposorios en su mismo palacio».

«Habia ya aquel mozo abrazado nuestra ley.... No tienes porqué inmutarte: que eso mismo hicieron antes y despues que él otros muchos caballeros y de los principales de Castilla, que se acogieron á Granada huyendo de persecuciones y revueltas, ó por otras causas; y no por eso se creyó nunca que habian empañado el lustre de su linaje. Y cuenta que aquel mozo tenia el suyo en tanta estimacion y aprecio, que no permitió trocar su nombre con ningun otro, por ilustre que fuese; y conservó su propio apellido de *Venègas*, aun despues de dar la mano á la princesa Citimerien, hermana del rey Juzef, qne á la sazon reinaba en Granada."

"No te sorprendas; oye.... y si no das crédito á mis palabras, tú mismo podrás cerciorarte por tus propios ojos; pues todavía vive aquel buen caballero, aunque ya de edad muy avanzada. Cuando yo le ví la última vez, aun se mantenia fuerte, y manejaba como un

muchacho las riendas del caballo....»

«Para que fuese mas cumplido su gozo, bendijo el cielo aquel enlace; y tuvo de la princesa tres hijos, á cual mas hermoso.... Oye; y no muestres tanta impaciencia: todos tres viven; y si quieres, podrás conocerlos.»

«En el reino de Granada quizá no hay dos caballeros tan cumplidos y tan valientes como *Abulcacin* y *Reduan Venegas*, que con tu propio apellido recuerdan su estirpe; y el mismo ha conservado igualmente su hermana, la princesa *Citimerien Venegas*, desposada con Cidy-Hiaya, nieto del rey Juzef".

«Este es ahora alcayde de la ciudad de Baza, mas bien en virtud de sus propios merecimientos que no por favor cortesano; pues cabalmente, desde que subió al trono Muley Hacen, no gozan de tanta privanza los Venegas, á pesar de sus enlaces con la familia real, por creer que se arriman al bando de Aixa, esposa de aquel monarca y su mas encarnizada enemiga».

«Mas su mismo apartamiento de la corte, dando realce á su valor y fama,

los ha hecho mas y mas gratos á los ojos del pueblo; y tal vez no hay en Granada un linaje tenido en mas que el de los Venegas; citándolos frecuentemente como dechados de caballeros" [91].

Al oir el relato del anciano, tan singular y extraño, quedóse el mancebo absorto, como si hubiera oido referirle un cuento de los que acostumbran los Arabes, con maravillas y encantamientos; lo cual advertido por Aben Alamin: "Ya te he dicho que con tus propios ojos puedes cerciorarte de todo; y si te resuelves á pasar á Granada, donde quizá te espera la fortuna, allí podrás vivir dichoso en medio de los tuyos, acordándote alguna vez de este pobre viejo, que ha quedado solo en el mundo...."

Enternecióse el anciano; y el mismo Venegas se enterneció tambien. «No extrañes estas lágrimas: tu presencia me recuerda á mi hijo; era el único que ya me quedaba!... Yo en memoria suya voy á darte la libertad; y solo exijo de tí que me ofrezcas el ir á Granada, donde serás mas dichoso

que en parte alguna de la tierra».

Calló el Venegas, y dejó caer la cabeza sobre el pecho; no acertando á dar respuesta alguna: tan sorprendido estaba; y temiendo al mismo tiempo con sus dudas é incertidumbre parecer poco agradecido.

"Mi antiguo amigo recibirá con gusto este presente.... aun no me habrá olvidado.....Seguro puedes estar de que va á recibirte con los brazos abiertos, cual si fueses su hijo; y en su casa hallarás buenos modelos de honradez y de bizarría. No tienes qué cavilar; nada te hará falta, aun cuando allí no se te mostrase la suerte tan propicia.... Yo tengo muchos bienes; y.... ya ves, hijo mio, que estoy solo en el mundo, y que me queda poca vida...."

Por un movimiento involuntario, levantóse de pronto el mancebo, y se echó á los pies del buen viejo; besándole la mano, y regándosela con abundantes lágrimas. "¿Qué haces? Nada tienes que agradecerme: lo hago por un amigo, y por cumplir con los preceptos de Dios, que nos manda dar socorro á los desgraciados.... Yo no sé si el

corazon me engaña; pero me está diciendo que en el camino de Granada vas á hallar el camino de la dicha, como lo halló tu deudo.... ¿qué digo tu deudo? aun mas recientemente acaba de lograr aun mayor fortuna otra infeliz cautiva; y tal vez á la hora esta será ya reina de Granada....»

Oirlo el mancebo, y cuajársele la sangre en las venas, todo fué uno: él propio no sabia la causa de su turbacion; pero al momento que oyó lo de la cautiva, se le clavó en la mente que no podia ser otra mas que Isabel la que habia tenido poder bastante para rendir á su amor no menos que al rey de Granada.

"¡Una cautiva,... reina de Granada!... (esto dijo el Venegas, sin acertar con las palabras; pero llevando la secreta mira de ver si lograba rastrear la verdad).—"Y no será la primera que se ha sentado en el trono de nuestros reyes por sus muchas dotes y hermosura; bien que de esta se cuentan maravillas.»—¿Tan hermosa es?... (preguntó el Venegas, no sin timidez y encojimiento, como temiendo escuchar la

respuesta).—"Tan hermosa, que le han trocado el nombre de Isabel en el de *Zoraya*, que solo se habia dado entre nosotros al *lucero de la mañana*»..

Un rayo que hubiera caido á los pies del infeliz mancebo, no hubiera embargado tan pronto sus sentidos y potencias: ni hablar podia, ni respirar siquiera; únicamente sentia que le apretaban el corazon, cual si le estuviesen dando tormento con retorcidas cuerdas.

Creyó Aben Alamin que la perturbacion del mozo provenia de haber asaltado su ánimo tantos y tan encontrados afectos, habiendo pasado de repente de la dura condicion de cautivo á ver abiertas de par en par las puertas de la dicha; y deseando que se serenase algun tanto: "Vete, hijo, vete en paz y descansa: yo todo lo dispondré como mas convenga".

Llamó entonces el anciano, y ordenó que llevasen á su estancia al Venegas, y que en todo y por todo se estuviese á su voluntad; mas sin ser parte siquiera á darle gracias por tan grandes mercedes, salió el infeliz tan turbado,

que hubieron de sostenerle para que no cayese desvanecido en el mismo umbral de la puerta.

CAPITULO XL.

De la lucha y contraste que padeció el mozo Venegas, y de la resolucion que al cabo tomó.

Cuando llegó el Venegas á su aposento, ya le habia acometido una ardentísima fiebre, en términos que no hizo mas que delirar durante aquella noche y al siguiente dia. Llegó á temer Aben Alamin por la vida de aquel mancebo; no acertando á comprender cómo habia sido tan repentina y tan honda la impresion que habian hecho en su ánimo las nuevas que acababa de oir. Encargó que le asistiesen con el mayor esmero; y supo al cabo con singular contento que su enfermedad empezaba á ceder, hallándose ya libre de peligro; si bien le aguardaba una larga y penosa convalecencia.

Fuése reponiendo al fin el desdichado mozo, aunque lenta y trabajosa-

mente, porque las fuerzas que cobraba las iba minando á la par la angustia misma de su corazon, en que batallaban de poder á poder muchos y encontrados afectos.

Corto esfuerzo habria necesitado hacer sobre sí mismo, si solo le hubiesen presentado la perspectiva de la próspera suerte que tal vez le aguardaba en Granada; y es probable que hubiera preferido permanecer cautivo, hasta que el oro, la ocasion ó el tiempo hubieran limado sus hierros, permitiéndole volver libremente al seno de su patria; pero en Granada no solo se hallaban sus deudos en la cima del poder y de la grandeza, sino que en aquella ciudad se encontraba Isabel..... Isabel, sin la cual no podia sobrellevar el peso de la vida.

No le quedaba duda de que ella era á la que habia aludido el anciano: ella, y no otra, podia haber prendado tan ciegamente al rey; ella, y ninguna mas, podia haber resistido á la voluntad del monarca, hasta obligarle á que le diese el título de esposa.... Ni una sola vez se le representó esta idea, sin

que la sangre le hirviese en las venas, cayendo frecuentemente en una especie de frenesí. Veia á su esposa tan bella, como la noche fatal en que los separaron junto al ara; la veia pronta á dar la mano al rey; la veia en sus brazos.... y tal era la turbacion de sus sentidos y la violencia de su pasion, que mas que al amor se parecia á la ira. *Antes muerta que de otro hombre*, solia decir, ahogándose de pena; y en el punto mismo no sentia mas anhelo y afan que volar á Granada, libertar á su esposa, ó en el último extremo quitar á su rival mil vidas que tuviera, antes que disfrutase tanta dicha.

En tal situacion se encontraba, que celebró como un triunfo de su razon el aguardar siquiera á saber con certeza si era su prometida esposa la que iba á serlo ahora del rey de Granada; á cuyo efecto se valió de un renegado muy astuto, genovés de nacion, y arraez ahora de un barco de Aben Alamin, en cuya casa moraba. Habia este cobrado aficion al mozo Venegas, distrayéndole á veces con la relacion de sus viajes y aventuras; y bien fuese por

verdadero afecto, bien esperase sacar ventaja de aquel mozo inexperto, si llegaba á encumbrarle la fortuna yendo libre á Granada, procuró ganarle mas y mas la voluntad, durante su convalecencia, hasta el punto de apoderarse de su confianza.

No cometió sin embargo el Venegas la indiscrecion de fiarle su secreto; pero aparentando suma curiosidad, y hasta indicándole que tenia algun deudo con la cautiva de que se trataba, procuró inquirir la verdad; siendo fácil á Hamet Farrax (que este nombre habia tomado el renegado) darle algunas nuevas seguras, por cuanto iba frecuentemente á las costas de Granada, y alli habia oido referir la aventura de Martos, cuando muerto su alcayde, habian traido á su hija cautiva; logrando esta, á poco tiempo, cautivar á su vez la voluntad del rey.

Una vez cierto de ello el Venegas, como que quedó mas tranquilo; porque á veces descansa el corazon, cuando cesa la lucha en el último linde de la desgracia. Ya no cabia duda ni incertidumbre: patria, familia, religion, en nada

encontró obstáculos, ó por mejor decir, ni siquiera pensó en ello: no pensaba, no anhelaba, no soñaba sino una cosa: poseer á Isabel ó morir.

Ocultando su designio en lo mas íntimo del alma; y aparentando en el ademan y rostro estar ya mas sereno, presentóse un dia á Aben Alamin, para regraciarle como era debido por tantos cuidados y finezas, y manifestarle juntamente su determinacion. Apenas la supo el anciano, mostró por ello sumo gozo; ya porque habia cobrado cariño á aquel mancebo, ó ya por dar á su antiguo amigo tan señalada muestra de buena y leal correspondencia, enviándole á su deudo, no solo libre, sino colmado de dones y presentes.

Dió pues órden y concierto para que se aprestase la partida; y habiéndole manifestado el Venegas cuanto se holgaria de que le acompañase Hamet Farrax, como práctico y conocedor de la tierra, vino en ello el buen viejo, añadiendo que podia ademas escoger dos cautivos, los que mas quisiese, para que le acompañasen tambien. «Les doy la libertad, lo mismo que á tí; y solo

exijo de vosotros que alguna vez hagais memoria de este padre desventurado.... ¿Para qué quiero yo los bienes, si perdí á mi hijo?"

Ni una sola vez vió despues al Venegas, sin que se le arrasasen en lágrimas los ojos; trayéndole á la memoria aquel triste recuerdo: procuraba el mancebo consolarle, y en verdad su agradecimiento era tal, que la noche antes de su partida no podia encubrir su pena, al separarse de su bienhechor, y probablemente para siempre. Hasta le ocultó el momento en que iba á hacerse á la vela, temiendo ocasionarle grave pesadumbre en el acto de la despedida; y dispuso con Hamet Farrax que los esperase el barco en un playazo, poco distante de la ciudad, donde años adelante desembarcaron los tercios Españoles, destinados á echar por tierra aquel imperio. Aun dura hoy dia la fama de tan glorioso hecho, con los vestigios de *las cuatro torres*, que dan nombre á la playa.

CAPITULO XLI.

Hácese á la vela el Venegas, y arriba á las costas de España.

La mañana en que se embarcó el Venegas con sus compañeros, soplaba una suave brisa, que despedia la tierra, humedecida con el rocío y frescor de la noche; pero á poco tiempo quedó la mar en calma, y pudieron observar á su placer el hermoso espectáculo que ofrecia la costa, defendida y resguardada con una cadena de montes. Entre todos ellos distinguió el Venegas la cumbre del *morábito*, cubierta de una especie de capuz que formaba la densísima niebla; y no pudo menos de arrojar un suspiro, al recordar cuando á su misma falda habia regado con su sudor la tierra.

En esto empezó á rizarse la espalda del mar, sin que todavía se sintiese el soplo del viento; mas por el movimiento de las olas y del celaje conjeturó en breve el arraez que amenazaba temporal de levante; siendo harto difícil, si

es que no imposible, arribar al puerto de Málaga. Oirlo el Venegas, y no poder refrenar su impaciencia fué todo uno; porque si se habia deshecho con la enojosa calma, aun mas le atormentó el recelo de que se le frustrase el tomar tierra en aquella ciudad. Instó pues á Hamet Farrax, para que á toda costa lo procurase; mas á pesar de todos sus conatos, cada vez se iban alejando mas y mas del anhelado puerto, á pesar de luchar contra la corriente y el viento: causando á veces terror ver en medio del mar un barquichuelo, casi recostado sobre las olas, y pasando estas sobre él, cual si fuesen á sumergirlo.

En medio de tamaño peligro, mostrábase el Venegas tan sereno como aquel que tiene en poco la vida, y solo anhela la consecucion de un objeto; llegando á lo sumo su desesperacion, al comprender confusamente que arreciando el viento, habia riesgo de no tomar la costa y tener tal vez que embocar el Estrecho.

A tierra, á tierra, no decia mas; y él propio se afanaba, como si su esfuerzo bastara para contrarestar los ele-

mentos. Temeridad parecia semejante empeño: y no fué poca dicha, gracias á la destreza de Hamet Farrax y á su serenidad de ánimo, que lograsen al cabo avistar la costa de España. Mas como entonces cabalmente se multiplicaban los riesgos, lo hizo presente el arraez, para disuadir del intento al inconsiderado mancebo; el cual solo dió por respuesta: "á tierra, mas que nos estrellemos".

En poco estuvo que asi aconteciese: el mar bravo, recio el viento, la resaca tan fuerte, que mil veces tocaba ya la quilla á la arena, y otras tantas volvian las olas á despedir el barco hasta muy adentro del mar. Fortuna que dieron por acaso con una playa, de muy corta extension pero limpia de peñas, situada entre Marbella y Málaga; y allí lograron desembarcar trabajosamente, ó por mejor decir, alli se arrojaron á nado, trayendo luego el bajel á tierra, entreabierto y casi anegado.

Miró el arraez al mozo Venegas, sin decirle ni una sola palabra; pero reconviniéndole aun mas con su silencio mismo, por haberlos expuesto á

tal peligro, únicamente por complacerle; y como el mancebo, si bien audaz y apasionado, tenia un corazon hidalgo y generoso, se sintió al pronto sonrojado, y despues empezó á acariciar á sus compañeros, como para borrar la memoria de la pasada falta, llegando él mismo á enjugar sus ropas en una lumbrada que en la playa encendieron.

Sacaron despues del barco los efectos mas preciosos, y entre ellos un cofrecillo lleno de alhajas y preséas, que habia dado Aben Alamin al Venegas como dádiva generosa, y meramente con el encargo de que algunas de aquellas ricas joyas las ofreciese en su nombre á su antiguo amigo. Ocupáronse despues, durante gran parte de la noche, en barar el buque en la playa, de suerte que no estuviese expuesto al duro embate de las olas; y á la mañana siguiente, no pudiendo consentir el mancebo tardanza ni demora, por leves que fuesen, dispuso que se quedase allí Hamet Farrax con algunos marineros y uno de los cristianos, á fin de conducir el bajel á Málaga, en cuanto

pudiera hacerse sin peligro; y él antepuso caminar por la via de tierra, acompañado solamente de un moro y del otro cautivo cristiano, ya libre como él, y al que miraba con particular aficion por la circunstancia de ser de Lucena.

Iban todos tres vestidos á la usanza berberisca, con albornozes africanos, la gumía en la faja, y al lado el alfanje; dispuestos y aparejados para cuanto acontecer pudiese. Con esta disposicion de ánimo se separaron de sus compañeros; y apenas los perdieron de vista, encargó Venegas al moro que no los llevase siguiendo de cerca la orilla de la mar, sino mas bien tierra adentro, por los caminos mas escusados que supiese; pues tanto se preciaba de conocer el terreno á palmos.

Temia el Venegas causar extrañeza y tal vez despertar recelos, pasando por los pueblos y villas; y abultándole su propia imaginacion los peligros y azares que podian malograr su apetecida empresa, preferia las sendas mas ocultas y solitarias, yendo insensiblemente internándose en las montañas.

El moro, que se habia jactado de muy práctico en aquella tierra, llegó á perder el tiento en tales términos, que á la caida de una tarde se hallaba en medio de los senos y cañadas que alli forman los montes, cual si se hallase encerrado en las vueltas y revueltas de un laberinto.

Continuaron no obstante sin desmayar, andando y desandando cien veces el mismo camino; y aumentándose la confusion y desaliento con una espesa niebla, que ofuscaba la vista y no dejaba discernir los objetos.

Un edificio se descubre allí, dijo el Venegas, al subir delantero á una especie de llanada, á la raiz de un monte; y acercándose los demas, deseosos de encontrar quien les diese refugio ó quien les sirviese de guia, quedáronse admirados, al ver que era una especie de caseron deshabitado, sin vestigio de puerta ó ventana; y habiendo penetrado casi á tientas, recorrieron una estancia, y luego otra, y despues otras várias hasta el número de doce, todas ellas labradas al parecer de una sola y única piedra, sin que s descubriera

trabazon ni juntura, ni aun asomo siquiera de haber mediado en aquella obra la mano de los hombres.

«*Gualá!* (dijo el moro): que no vuelva yo á ver la cara de mis hijos, si no hemos llegado á parar al *palacio de la Encántada*, de que se cuentan en esta tierra tantas maravillas.» Sonriyóse el Venegas, al notar los aspavientos que hizo el moro; pero no dejó de quedar á su vez sorprendido, cuando empezando á desvanecerse la niebla con los rayos de la naciente luna, distinguió con mas claridad lo singular y extraño de semejante edificio; único tal vez en su clase en toda la redondez de la tierra [92].

CAPITULO XLII.

En que se da cuenta de las cosas notables que vió el Venegas durante su viaje, asi como de los prodigios que le refirieron.

Durante el corto tiempo que permanecieron nuestros caminantes sentados en aquel sitio, para reponerse del

cansancio y emprender con mayores brios la subida del monte, cedió el moro á las instancias que le hicieron sus compañeros de viaje, si bien temeroso de que no diesen crédito á lo que en aquella tierra se contaba respecto de la *Princesa Encantada.* «Habia un Rey, no sé cuando, pero debe de haber muchos siglos, que mandaba en toda esta comarca, llamado *Abdalaxis*, y que dejó su nombre á una de esas sierras. Este Rey tenia una hija, tan hermosa y lozana como una *houri del paraiso*, que nunca se envejecen; pero era tan extremado su orgullo, que queria aventajar á los hombres todos en las dotes de su entendimiento, asi como aventajaba á todas las mujeres en donaire y belleza. Por satisfacer sus deseos, hizo su padre venir á un viejo muy sábio, que se hallaba en la corte de Egipto; el cual enseñó á la Princesa á trocar todos los metales en oro, como se cuenta del Rey que labró los alcázares de la Alhambra, y le enseñó tambien vários secretos de la naturaleza, y hasta dicen que el arte de la nigrománcia. *Nada se ocultará á tu vista* (le decia) *de cuanto*

encierran los siete cielos y la tierra; todos los elementos obedecerán á tu voluntad, sin mas que hacer tres círculos en el aire con esta varita de enebro, cortada en la luna menguante despues de la pascua de Idquivir; pero aunque puedas vencer á tigres y leones, guárdate de una tímida oveja.»

«Con estas promesas del viejo, cada dia estaba la Princesa mas orgullosa y desvanecida, en términos que rehusó dar su mano á vários monarcas que la solicitaron; dando lugar con sus desaires á largas y cruelísimas guerras. Pesóle mucho al padre el desacuerdo de su hija, conociendo demasiado tarde el error que él propio habia cometido; y como no bastasen consejos ni amenazas, echóle al cabo su maldicion, deseándole la muerte. Bien fuese que el cielo quisiera castigarla por su altivez é inobediencia, ó bien que estuviese asi escrito en el libro de su destino, á poco murió la Princesa, no faltando quien lo achacase á yerbas. Mas ni con la muerte se aplacó el encono del padre; el cual se negó á que se la enterrase en la *rauda*, donde yacian los de-

mas Príncipes; y ordenó que llevasen el cadáver, como á hurtadillas, en una noche oscura y tormentosa, á una profunda cueva, que hay en frente de ese monte, y que tomó desde entonces el nombre de *Cueva de la Encantada* [93].»

«Andando el tiempo, borróse algun tanto la memoria de aquel suceso; pero apenas murió el Rey Abdalaxis (como si su voluntad sola fuera bastante para mantener á su hija encerrada debajo de tierra), empezó á salir esta casi todas las noches, dando unos quejidos tan tristes que tenia aterrada la comarca. Dudaba al principio la gente; pero los mas incrédulos hubieron al fin de convencerse, al ver que se les aparecia bajo distintas formas, aunque antes de amanecer se iba disipando, cual si fuese una nieblecilla, y volvia á esconderse en la *cueva*.»

«Una vez que habia acudido mucha gente del contorno, porque la noche estaba muy clara y apacible, vieron que la Encantada señalaba una porcion de terreno, del tamaño de un gran estanque, y se recostaba en él, destren-

zado el cabello y suelto el vestido, cual si fuera á bañarse; pero como no hubiese alli agua, y la gente empezase á reir de tan extraño antojo, no hizo mas la Princesa que señalar con su varita el monte de enfrente, que se dividió al punto como tajado con una cuchilla, y bajó despeñado desde la cumbre un caudaloso rio, formando al pié una balsa ó remanso. No hay que reir tampoco (dijo el moro, al notar como que sus compañeros se mofaban): en cuanto amanezca podemos ir á verlo; que ahí cerca está [94].»

«Tambien se vé aun, junto á aquel despeñadero, abierto el taladro que hizo en el mismo monte la Encantada, y donde habitó durante algun tiempo: dos de las estancias subsisten, labradas en las entrañas de la piedra; pero no se ha podido llegar hasta la última, aunque algunos lo han intentado con riesgo de la vida, con el ánsia de desenterrar un tesoro [95].»

«Apenas se esparcia algun rumor contra la Encantada, hacia esta nuevo alarde de su poder, y cada vez con mayores prodigios. *Hace bien en escon-*

derse en ese agujero, y en la cima del monte, como una lechuza (dijo una noche un pastor, estando á solas en su choza con otro); y al salir con sus ganados á la mañana siguiente, ya hallaron labrada de una sola peña esta casa en que estamos, que ocupaba precisamente el mismo terreno que empleaban aquellos pastores para redil de su ganado.

No contenta con esto la Encantada, se propuso no menos que labrar ella sola una ciudad, sin emplear para ello mas horas que las que mediaban entre salir la luna y aparecer por el oriente el lucero de la mañana. Ya llevaba muy adelantada la obra, despues de haber allanado la cumbre de un monte, de ese mismo que ahí se divisa, y en el que vereis, asi que aclare el dia, las señales y vestigios de aquella ciudad, que llevaba trazas de ser de las mas grandes y famosas que tuviese la Andalucía.»

«Pero estaba escrito que no habia de llegar á completarse aquella obra, que hubiera asombrado á las gentes; faltando el mismo artífice, cuando ca-

balmente su fama iba á llegar hasta el último confin de la tierra.»

«Es pues el caso (y asi lo he oido referir mil veces) que la Encantada solia divertirse en retar á los caudillos mas valientes, tomando diferentes disfraces, y á veces inquietándolos en sus amores y galanteos. Llegó á sus oidos la voz de que en el ejército cristiano, que tenia puesto cerco á Antequera, venia un mozo de muy pocos años, en términos que ni siquiera le apuntaba el bozo; pero de tan gran corazon y tan diestro en el manejo de las armas, que ninguno se le aventajaba en su campo; y los sitiados le temian como á su mayor enemigo. Cuando supo la Encantada que aquel rapaz habia vencido no menos que al valeroso Argolan, que era el terror del reino, sintió un irresistible deseo de retar al cristiano, y pelear con él ante los muros de Antequera, para que fuese mas cumplido el triunfo. Puso por obra su pensamiento; presentándose en aquella ciudad bajo el aspecto de un jóven gallardo, que venia de Fez para romper tres lanzas con aquel cristiano. Aceptó este el desa-

fio sin mas defensa que un escudo en el brazo izquierdo, con un vellon pintado en el centro; y en rededor estas palabras: *me conservo cándido y puro.*»

«Trabóse al principio muy brava la pelea; notando la Encantada que sus armas no herian á su adversario, á pesar de que cien veces le tocaban el cuerpo; y empezando entonces á desmayar, levantó la varita en alto, como para preservarse de los golpes; en cuyo momento se la cortó el contrario, dándole un tajo con la espada; y se disipó la vision, dando un grito que puso espanto, sin que desde entonces acá haya vuelto á aparecerse en parte alguna.»

«Parece que el enemigo que habia vencido á la Encantada, no era un guerrero, como se creia; y despues se supo que era una doncella, llamada Laurena, hija de un rico ganadero, la cual hizo muchas hazañas durante el sitio de Antequera; manteniéndose hasta el fin en hábito de hombre, para defender mejor su honestidad. Es creible que vosotros tambien hayais oido hacer mencion de aquella mujer singular,

que ha dejado en esta tierra tanto renombre y fama... [96].»

Al decir esto, y advirtiendo que clareaba el dia, levantóse el moro; y sus compañeros le siguieron hasta subir á lo alto de un monte, cuya cima forma una especie de llanada; por lo cual hoy dia la llaman vulgarmente *mesas de Villaverde*. Alli se descubria realmente la traza de una antigua ciudad, señalado una especie de campamento, amojonado el terreno y piedras de labrar por todas partes [97].

Admirados se quedaron nuestros caminantes, al recorrer aquellos parajes; pero aun fué mayor su admiracion, al derramar la vista á la redonda, descubriendo una perspectiva tan hermosa desde aquella especie de mirador, como si fuese realmente un pais encantado. La vega de Alora, sobre todo, que desde alli se descubria, cubierta de arbolados y huertos, y un rio serpenteando entre la verdura, retrataba á la imaginacion como un cuadro del Paraiso. Ya iba muy entrado el dia, cuando se apartaron de aquel deleitoso lugar, acosados por la sed que

los molestaba; y habiéndola apagado en un algibe de agua muy fresca y cristalina, labrado con mucho trabajo y afan en uno de los costados de aquel monte, rogaron á un zagal, que hallaron allí, que los dirigiese por la senda mas corta, á fin de encontrar cuanto antes el camino de Málaga [98].

CAPITULO XLIII.

De lo que hizo el Venegas, llegado que hubo á la ciudad de Málaga.

Al dia siguiente de haber llegado nuestros caminantes á Málaga, y en el momento mismo en que estaban contemplando el anchuroso puerto, vieron arribar el bajel que tan inquietos los tenia; abrazando con el mayor gozo á sus compañeros, en el acto de saltar á tierra.

Cabalmente, por los mismos dias, se supieron en aquella ciudad los acontecimientos de Granada; y casi al propio tiempo, como si fuese portador de la mala nueva, llegó el destronado mo-

narca, en compañía de su esposa. Así fué que el Venegas supo de un golpe toda su desventura; pero sin desistir por eso de su intento, y antes bien acrecentándose su pasion con los mismos obstáculos, se resolvió á tentar todos los medios, por aventurados que fuesen, á trueque de satisfacer su deseo.

Mucho le sirvieron para ello las noticias del renegado, que como práctico y conocedor de aquella ciudad, en la que habia mantenido contínuo tráfico durante largos años, tenia á mano los medios á propósito para urdir una trama; siendo por inclinacion y carácter emprendedor y bullicioso, y mediando en el caso presente el estímulo del própio interes, por mas que lo disfrazase con el velo de la amistad. Habíase propuesto desde luego labrar su fortuna en Granada, si el mozo Venegas hallaba en los suyos la acogida que él se prometia; y apenas columbró que el amor era el alma de aquella empresa, lejos de oponerse á ella, le dió calor y alas, calculando acertadamente que alcanzaria una recompensa muy crecida de manos de Aixa, si contri-

buia á hacer á su infiel esposo una herida tan profunda en el corazon.

Por los medios mas ingeniosos y las trazas mas peregrinas, ora tomando el hábito de mercader, ora repartiendo dádivas y presentes, llegó á tener abiertas las puertas de la Alcazaba; de tal suerte que penetraba hasta los mas secretos arcanos de aquella fortaleza. Asi supo, á muy poco tiempo de haberse ausentado Albo Hacen, la costumbre que tenia Zoraya de bajar muchas noches á la orilla del mar; y por las señas que le dieron, llegó hasta el punto de rastrear cuando esto se verificaba, sin mas que colocarse á cierta distancia de la ribera, y observar el reflejo de la luz que se descubria por unas saeteras, al tiempo que la reina bajaba desde su estancia por una escalera de caracol, que venia á parar cerca del baño.

Todos los tesoros del mundo que hubieran presentado al Venegas, no le habrian causado tanto júbilo como estas noticias; no hallando ni palabras con que encarecerlas ni recompensas con que remunerarlas. Desde aquel punto no trascurrió ni una sola noche,

sin que se colocase en su esquife, frente por frente de la torre, aguardando el reflejo de la luz con tanta ánsia y desasosiego, como el navegante que perdido el rumbo en medio de una noche tempestuosa, no aparta los ojos del cielo por ver si descubre una estrella.

Arrastrado por su pasion, y sin reparar en peligros ni inconvenientes de ninguna clase, habia concebido el plan que estuvo á punto de llevar á cabo; mas ya hemos visto de que modo le burló la fortuna, derribando con un mero rumor tantos proyectos y esperanzas.

CAPITULO XLIV.

Correria de Albo Hacen por la comarca de Tarifa.

Muy ageno de temer el grave riesgo que corria su esposa, aunque inquieto siempre y receloso por el extremado amor que la tenia, hallábase á la sazon Albo Hacen recorriendo los estados del duque de Medina-Sidonia, con tanta celeridad y causando en ellos tales estragos, como nublado repentino que

descarga granizo y piedra. Hallábase desapercibida la comarca, no habiendo sido posible prever que el viento que se habia levantado en Granada arrojase hasta alli aquella nube; y asi fué que la nueva de tamaño desastre llegó á oidos del duque cuando mas sosegado se hallaba en la ciudad de Sevilla.

Como habia licenciado su gente, apenas volvió de la empresa de Alhama, no era cosa fácil allegarla otra vez, hallándose desparcida por los pueblos y campos, y colgadas en el hogar las armas; y aunque en breve se apellidó la tierra, cundiendo el rumor de la entrada de los infieles, los diques que al torrente se opusieron, lejos de contenerlo, no hicieron mas que acrecentar su ímpetu y multiplicar sus estragos. Los que conservaban memoria de la correría que habia verificado Albo Hacen, siendo príncipe y mozo, veian representado ahora el mismo cuadro, pero con mas horrores; como si con el peso de la edad y con los golpes de la fortuna se hubiera encallecido su corazon, haciéndole insensible á tantas lástimas y desventuras.

Unicamente con la primera entrada de los moros, por aquellos mismos parajes, cuyo recuerdo se conservaba aun vivo á pesar del trascurso de tantos siglos, podia compararse la presente desolacion. Pueblos enteros puestos á sangre y fuego; arrasadas las mieses y arboledas; hombres, mujeres, niños, reducidos á cautiverio; y aquella turba de infelices caminando revueltos entre el polvo con las robadas reses y rebaños. No se sabe á donde hubiera llegado la ruina y exterminio, si por generoso esfuerzo, y mas bien esperando la venganza que el triunfo, no hubiera salido de improviso el alcaide de Gibraltar, á quien tenia confiada el duque la guarda de aquella fortaleza, reconquistada pocos años antes con sus propias armas; acudiendo con no menor presteza el alcaide de Castellar, con la poca gente de armas que pudo congregar de rebato, unida á los campesinos y labriegos que acudieron en defensa de sus padres, de sus esposas, de sus hijos. Con mas ímpetu que prudencia cayeron entre dos albas sobre la retaguardia del ejército infiel, em-

barazada con la balumba del robo y del fardaje; y habiendo logrado desbaratarla en medio de la confusion y sorpresa, rescataron una buena parte de cautivos y de ganados. Aun asi, quedaron los campos de Tarifa y la comarca de Medina-Sidonia talados y empobrecidos para largos años; habiendo apenas una sola familia que no vistiese luto [99].

Entre tanto caminaba ya Albo Hacen la vuelta de Málaga, seguido de su hueste y de los despojos cristianos; cediendo como siempre á su natural inconstancia, que no le consentia permanecer mucho tiempo en la misma empresa, y aguijoneado ahora por un motivo poderoso, que llamaba su atencion á otra parte.

CAPITULO XLV.

Cerco y descerco de la ciudad de Loja.

Ya dijimos como el rey Fernando en persona habia acudido desde Córdoba al socorro de Alhama; y habiendo

prevalecido en el consejo de Capitanes el dictámen de la reina Doña Isabel, que con ánimo varonil se opuso á que se abandonase aquella conquista, la primera que se habia hecho á los infieles durante su reinado, y que era como la toma de posesion del reino de Granada, dióse órden para que se proveyese á Alhama de armas y bastimentos; nombrando por general de aquella frontera á D. Luis Portocarrero, señor de Palma, caballero de gran linaje y aun de mayores merecimientos.

Para no dejar en ocio las armas, y antes bien hacer alarde de retar en su propia casa á los contrarios, partió el rey D. Fernando con su hueste, tan pobre en número como rica en brios, y recorrió una parte de la Vega de Granada; empezando entonces la tala, que por espacio de muchos años consecutivos, como plaga de estio, asoló aquellos fértiles campos.

Y como no encontrasen los cristianos oposicion ni resistencia, por hallarse á la sazon aquella ciudad conturbada en su seno y dividida con el destronamiento de Albo Hacen y la coro-

nacion de su Hijo, no menos intentó el rey Fernando que probar otra vez fortuna, poniendo cerco á Loja, si bien con escasa fuerza y sin los aprestos necesarios. Levantados los ánimos con la toma de Alhama y la reciente correría, reputaban fácil y liviana cualquier empresa, aun no bastante aleccionados por la experiencia ni desengañados con duros escarmientos de la incierta suerte de las armas. Con doce mil peones, y apenas cuatro mil de á caballo, sin lombardas para batir los muros, ni mas que algunos tiros poco gruesos, como ribadoquines y cerbatanas, llegó el desaconsejado Príncipe á la vista de Loja; ciudad fuerte de suyo, encastillada en la cumbre de un monte, y al pié dividida su vega por el cauce de un rio. Corre por allí el Xenil hondo y acanalado, en términos de no poder vadearse; y como los alarbes estaban apoderados de la puente, eran señores y dueños de una y otra ribera, pudiendo caer con presteza sobre el punto que mas les conviniese.

Dispuso el monarca sus reales con escasa inteligencia y tino, desoyendo

los prudentes consejos de su hermano el duque de Villa-Hermosa (que de tal estirpe procede este linaje), el cual le puso á la vista los riesgos y peligros. Despreciólos en mala hora el Rey, mas atento á los ímpetus del valor que á los consejos de la prudencia; y se dió por satisfecho con encargar á algunos caballeros de cuenta que con sus gentes custodiasen y defendiesen un ribazo, por donde era de temer que acometiesen los moros, y que era precisamente la misma cuesta á que se habia dado el nombre de Albo Hacen.

Ni de dia ni de noche, durante el corto tiempo que permaneció el rey Fernando á la vista de Loja, le dejó descansar el alcaide de aquella fortaleza; quien á pesar de contar de vida casi un siglo, se mantenia firme y entero, como añosa encina; siendo tal la confianza que en él tenian los moradores de la ciudad, que lejos de temer el haber de darse á partido, se asomaban ó los muros y adarves, para presenciar los contínuos rebatos y escaramuzas, cual si fuesen un mero simulacro, animando á los suyos con algazara y gri-

tería, segun uso y costumbre de aquella gente.

Nada notable ocurrió en los primeros encuentros; y antes bien llegaron á lisonjearse los cristianos de que los moros no osarian descender á la vega, ni mucho menos acometer las estancias; contentos con esperar, al abrigo de sus torres y muros, que les llegasen los socorros que habian demandado á Granada.

Mas estaban muy lejos de conocer al enemigo con quien las habian; y como este notase sobrada confianza y descuido en el campo cristiano, dispuso en el silencio de la noche una muchedumbre de caballos (cerca de cinco mil eran); y dividiéndolos en dos trozos para caer á un tiempo por dos partes distintas, se puso al frente el viejo Aliatar, y dió con tal ímpetu y pujanza sobre los cristianos que defendian la cuesta, que en el primer momento de sorpresa, encomendaron su salud á los pies, con olvido y quiebra de la honra. En vano trataron de contener á los fugitivos unos cuantos capitanes, de los de mas aliento; no era su voz oida, si es que

en el ciego tumulto no eran sus personas atropelladas: alli perecieron muchos insignes caballeros, por no sobrevivir á tamaña afrenta: alli recibió dos heridas mortales el famoso D. Rodrigo Tellez Giron, Maestre de Calatrava, perdiendo en flor una vida que prometia tanta gloria á su patria [100].

Mas cuando los cristianos empezaban á volver en sí, intentando rehacerse, creció su turbacion y espanto, al sentirse acometidos por la espalda; y al mismo tiempo vieron entrados de rebato los reales, salir de la ciudad nuevas y nuevas turbas, cubierto de ginetes el llano.

En tamaño conflicto, no olvidó Fernando que era rey; y como tal se comportó aquel dia. Con la espada en la mano y suelta la rienda al caballo, se arrojó á los infieles, sin reparar siquiera si le seguian los suyos: «*tener, caballeros, tener*!» gritaba á los que huian; y al propio tiempo les daba ejemplo, abriéndose paso por medio de los cerrados escuadrones.

En poco, en nada estuvo que se perdiese en dia tan aciago aquel ilustre

príncipe, y con él las esperanzas y la salud de España; pero la Divina Providencia lo escudó con su amparo.

El solo, mas firme que una roca, al ver que un tropel de infieles corria á tomar un paso, los atajó por largo tiempo; y al sentir que venian en su favor algunos caballeros, clavó los acicates al corcel y se metió entre la turba, desbaratando una batalla [101]. *Que el Rey está en peligro!...* No se oyó mas que esta voz en el campo cristiano: y en el punto mismo se vieron acudir en tropel tantos y tantos caballeros, anhelando á porfia la gloria de salvarle. Alli acudió el marqués de Villena; alli el maestre Giron, sin aguardar siquiera á que le arrancasen la saeta que llevaba clavada en el pecho; alli el conde de Ureña, mas cuidadoso por la vida del Rey que por el peligro de su hermano; alli D. Alonso de Aguilar el bravo; y alli el marqués de Cádiz, el valiente entre los valientes. «*Ya estoy aqui, Señor: yo respondo de V. A. y de la hueste*».—Esto dijo al monarca; y en el momento mismo se colocó delante, formando con los suyos un for-

tísimo muro, para contener el torrente. A él se debió tal vez que no se perdiera el ejército, si bien se levantó el campo con poca órden y abandonando las estancias [102]. Mientras el marqués de Cádiz contenia á los moros, pudo el rey Fernando rehacer algun tanto la hueste, ayudado de otros caballeros, y emprender la retirada, difícil por demas y penosa. A cada paso, al menor tropiezo, sentian el empuje de los moros, como las oleadas del mar enbravecido, que si ceden por un momento, vuelven despues con mayor ímpetu; y sin poder hacer alto ni respirar siquiera, rendidos de cansancio, acosados de sed, cubiertos de polvo y de sangre, dejando por aquellos campos á sus compañeros heridos y moribundos, caminaron los infelices cristianos no menos que por espacio de siete leguas (angustia da pensarlo), sin que se creyesen seguros hasta que se reunieron al abrigo de la *peña de los enamorados* [103].

CAPITULO XLVI.

De lo que aconteciò en uno y otro campo, despues del suceso de Loja.

El descalabro que sufrieron á la vista de Loja las armas castellanas fué tan grave y doloroso, que tal vez hubiera bastado aquel lamentable principio para retraer á otros príncipes de tamaña empresa; mas no habia que temerlo de Isabel y de Fernando. Con los golpes de la adversidad se prueba el temple de las almas, asi como el hierro en el yunque.

«E fué escuela al Rey este cerco primero de Loja (dice un escritor de aquellos tiempos, con sencillez y candor inimitable) en que tomó licion y deprendió ciencia, con que despues fizo la guerra, é con ayuda de Dios ganó la tierra, segun adelante será dicho; é desde esta vez le creció contra los moros gran omecillo; é fizo facer sobre la que tenia muy gran artillería de tiros de pólvora en Huesma, é muchos robadores, é guarneciòse mucho de to-

das las cosas necesarias para la guerra, é fizo facer sobre la que tenia muy gran artillería, é muchas gruesas lombardas, é labrar en esta Andalucia muchas piedras para ella, é en la sierra de Constantina muy mucha madera para la dicha artillería [104]».

Por este y otros testimonios, no menos auténticos y fidedignos, se echa de ver que á fines de aquel siglo estaba todavía en mantillas el arte de la guerra (ya que se da el nombre de arte al conjunto de reglas para exterminarse los hombres); siendo fácil notar que en la larga y trabajosa escuela de la conquista de Granada, como que duró no menos que por espacio de diez años, fué donde se formaron aquellos grandes capitanes, gloria y prez de su siglo, y asombro de los venideros.

Lo que pasma á la par y maravilla es la vasta comprension y constancia de los Reyes Católicos, que conociendo muy desde los principios la magnitud de la empresa que habian acometido, apercibieron los medios necesarios para su feliz logro, sin olvidar ni uno siquiera [105]. Al mismo tiempo perfeccio-

naban el ramo de artillería, tan importante en una guerra en que se contaban á centenares los pueblos amurallados y las fortalezas que habia que expugnar; ordenaban el corte de maderas, la construccion de ingenios y máquinas indispensables; formaban compañías numerosas de minadores y pontoneros, para abrir los pasos difíciles en un terreno doblado y montuoso; ordenaban el servicio de postas, para tener expeditas las comunicaciones; planteaban por primera vez el servicio de los hospitales militares (una de aquellas invenciones que honran mas al corazon que al entendimiento); y para estrechar al enemigo por todas partes, arrebatándole hasta la esperanza de recibir socorros, disponian que saliesen galeras de los puertos de Vizcaya, al mando de capitanes de fama, para vigilar las costas, interponiéndose entre África y España [106].

En estos y otros cuidados semejantes se ocuparon los Reyes Católicos despues de malograda la empresa de Loja; recorriendo el Rey Fernando la corona de Aragon, para allanar obstá-

culos y facilitar recursos en su propio reino; y sin descansar ni un instante la Princesa Doña Isabel, ya acudiendo á las fronteras de Navarra, deseosa de concertar un enlace muy ventajoso á la fuerza y esplendor de esta monarquía, y ya pasando algun tiempo en la ciudad de Vitoria, donde en compañia de su Esposo celebró la páscua de Natividad; encaminándose despues á Madrid, para disponer durante el invierno los aprestos de la nueva campaña.

Los moros por su parte tampoco se dormian, recelosos, y no sin razon, de los males que les amenazaban; pero como se hallaban á la sazon tan revueltos y divididos, su propia discordia les ataba las manos. Al primer rumor del cerco de Loja, intentó Boabdil acudir con su gente, para ganar de esta suerte los ánimos de aquella ciudad; pero el temor de que alzasen la cabeza en Granada los partidarios de su padre resfrió su resolucion y entorpeció sus pasos. Tambien Albo Hacen habia querido ganar para sí fama y renombre, libertando á la ciudad cercada; mas por pronto que acudió desde la comarca de

Medina-Sidonia, apenas tuvo tiempo para llegar á Málaga, donde le sorprendió el aviso de la rota de los cristianos.

Una vez alcanzado aquel triunfo, debido únicamente al esfuerzo del alcaide Aliatar, entrambos príncipes procuraron como á porfia ganarle cada cual á favor de su bando; no solo por el peso que podia dar un caudillo de tanta fama, sino porque tenia en su mano las llaves de una ciudad, colocada precisamente en el promedio de uno y otro estado. Mas por muchas que fuesen las demostraciones y finezas que hizo Albo Hacen, con apariencias de recompensar tan señalada victoria, pudieron mas en el ánimo del alcaide unas cuantas palabras de Aixa, que á fuer de mujer, y ademas astuta, llevaba á su esposo ventaja. Apenas supo el suceso de Loja, escribió á Aliatar una carta en que solo se leia lo siguiente: «El alcaide de Loja tiene una hija, que dicen es jóven y hermosa: Aixa dispone de Boabdil; y Boabdil posée una corona.»

No fué menester mas, para que sal-

tándole el corazon al amoroso padre, que no tenia en el mundo mas afan que la dicha de aquella doncella, partiese en su compañia la vuelta de Granada: «no queriendo morir (decia con cariño á su hija) sin verla con sus propios ojos en el alcázar de la Alhambra.»

Alli se verificaron los desposorios, con escasa pompa y aun menos alegria, por lo nublado de los tiempos; sin embargo de que en aquellos dias llegó tambien la nueva de haber tenido un éxito cumplido otra intriga de Aixa; la cual habia enviado de secreto á su hijo menor (Muley Venahahige se llamaba) como muestra de buena voluntad, ó tal vez como prenda y fianza para los habitantes de Almeria; habiendo logrado de esta suerte que se alzase en favor de Boabdil aquella ciudad, una de las principales del reino.

«Por el Rey Albo Hacen (dice un historiador, tan grave en los pensamientos como en las palabras) quedaron todavía Málaga y Baza, con otras ciudades. De esta manera aquella nacion se dividia en dos parcialidades, que no les daban menos trabajo ni los tenian

puestos en menor aprieto qué los enemigos de fuera. Estado miserable y revuelto, como se puede pensar, cuando dos se llaman reyes, y mas en una provincia pequeña. Lo que hace maravillar es que, dado que andaban tan revueltos, ninguna de las partes llamó á los fieles en su socorro: antes consta que en lo mas recio de aquella guerra civil hicieron diversas entradas y cabalgadas en tierra de cristianos, y aun tomaron la villa de Cañete, que está asentada á la frontera de aquel reino: muestra en aquella ocasion de ánimo muy grande, y resolucion notable [107].»

CAPITULO XLVII.

De la rota que padecieron los cristianos en los montes de Málaga.

Con ánsia aguardaban los Reyes Católicos á que volviese á asomar la primavera, para proseguir en su empeño de rendir á Granada; pero la impaciencia de algunos caballeros, reunidos á la sazon en los términos de Andalu-

cia, dió lugar á un fracaso tan lamentable, cual no ocurrió otro igual en todo el curso de la guerra. Tres siglos han mediado; y aun no puede recordarse aquel desastre sin lástima y espanto.

Fué pues el caso que, habiendo Don Pedro Enriquez, Adelantado de Andalucía, recobrado la villa de Cañete, que era de sus estados, le dolia en el alma desparcir su gente, dispuesta ya y aparejada para guerrear contra los infieles: lo propio acontecia al conde de Cifuentes, Asistente recien nombrado de Sevilla, si bien no habia sido tan afortunado en su reciente empresa de tomar á Zahara; y contando con uno y otro socorro el Maestre de Santiago, que por aquellos dias se hallaba en Antequera, propuso al alcaide de aquella ciudad que no dejasen enmohecer las armas, pues iba ya de vencida el invierno; y que antes bien diesen ellos la señal del combate.

Pocos esfuerzos se hubieron menester para persuadir á pelear á quien tanto lo deseaba (baste decir que el alcaide era D. Alonso de Aguilar); median-

do tambien la circunstancia de que habia acudido, al mero rumor de las armas, el marqués de Cádiz, cuya sola presencia infundia aliento y confianza.

Dispusieron pues aquellos caballeros formar tres escuadrones, y con ellos penetrar por tres partes á un tiempo en los montes de Málaga, que caen á la parte de oriente (*axarquia* la llamaban los moros); tierra agria y fragosa, sembrada de pueblecillos, abrigados en los senos que forman las montañas; pais entonces muy abundante y rico en frutos, ganados y seda.

Con mas arrojo que prudencia cayeron de repeso los cristianos en medio de aquella comarca, antes de ser sentidos; y olvidando su corto número (á tres mil caballos no llegaban, y escasos mil peones) se desparramaron por la sierra; poniéndola toda á sangre y fuego, y cebándose desapoderadamente los soldados en recoger cautivos y despojos. Recordaron luego y volvieron en sí; pero como aquel que despierta de su postrer sueño, y vé ya levantado el cadalso [108].

Con hogueras y ahumadas en las

cumbres de unos y otros montes, que allí se eslabonan y enlazan como una fortísima cadena, habian los moros avisado del daño á toda la tierra á la redonda; y alzándose de repente cien pueblos á la vez, acudieron por todas partes á encerrar á los cristianos en el centro de aquellas sierras, para que alli encontrasen su tumba. Acudió tambien el Zagal desde los alrededores de Málaga; y atajando el camino mas llano, que corre no lejos del mar (camino largo, penoso, inundado á veces por las olas), trepó ligero por aquellos riscos, mas sediento de sangre que un tigre; viendo ya con los ojos de la imaginacion el destrozó y carnicería de los cristianos.

Sorprendidos estos á su vez, tentaron por cien lados la fuga; y todas cien en vano. Los embarazaba el botin, el terreno, el peso de las armas; subian una cuesta, y la hallaban ya coronada de infieles; levantaban la cabeza, y caia sobre ellos una nube de dardos y azagayas. Sin encontrar efugio ni salida, empezaron á recogerse en un profundo valle, que forman y

ciñen dos montes, cual si en aquel recinto pudieran los infelices encontrar abrigo y amparo; pero allí crecieron los peligros y apareció cierta su perdicion. Porque al ir cerrando la noche, destemplada y revuelta como pocas del mes de marzo, vieron cubiertas de morisma las montañas, y encendidas al rededor mas de diez mil hogueras, que acrecentaban el horror y espanto. Clara y distintamente percibian los ahullidos de los infieles, que ya celebraban su triunfo, seguros de la presa; y para que nada faltase en aquel trance, oian zumbar las rocas y peñascos, que bajaban rodando desde la cumbre de los montes hasta caer en aquella hondonada.

Encerrados en ella, y tan estrechos que ni aun valerse de las armas podian, sin esperanza ni socorro humano ni mas amparo que el de Dios, pasaron los cristianos aquella larguísima noche, que mas terrible y angustiosa no la pasaron nunca hombres nacidos; anhelando por una parte que clarease el dia, y temerosos de hallar entonces la muerte ó el cautiverio.

Ni combatir cabia, ni siquiera vengarse: llegó á faltar el ánimo aun á los mas valientes; y contados fueron y muy pocos los que se arrojaron desde luego á probar fortuna; prefiriendo morir de una vez antes que sufrir mas y mas horas aquel duro martirio. Entre los que tomaron tan aventurada resolucion contóse el marqués de Cádiz, que logró salir sano y salvo, gracias á su propio esfuerzo y á la fidelidad de unos tornadizos, que solian acompañarle en sus empresas, y á cuya lealtad se entregó, viéndose ya perdido: ellos le sacaron de aquel estrecho por una senda oculta; pero llevando el corazon traspasado de muy agudísima pena: tres hermanos se dejaba allí; y todos tres muertos á su lado [109].

El Maestre de Santiago, que habia sido el promovedor de la empresa, olvidando su propio riesgo, sentia el peso junto de todas aquellas desgracias; y anteponiendo mil veces arrostrar una muerte segura: «¿Qué hacemos, caballeros? (dijo, al ir clareando ya el dia): ¿Vamos á perecer aqui cobardemente, acorralados como un vil rebaño?... Sus!

seguidme, y á ellos; muramos siquiera matando».

Aun no habia acabado de decirlo, cuando empezó á trepar por una asperísima cuesta, la espada en la boca y asiéndose con entrambas manos. Siguiéronle en tropel muchos y muy ilustres caballeros, al pié de cuatrocientos; imitando su ejemplo los mas de los cristianos.

Vana temeridad: enseñoreados los moros de la cumbre, arrojaban piedras y saetas á los que subian, los despeñaban por aquellos tajos, los herian á mansalva; y al cabo de pocos instantes ya se veia la pendiente cubierta de cadáveres, como haces en un campo segado; en tales términos que hasta á los moros mismos daba espanto. *Cuesta de la matanza* le pusieron por nombre en aquel dia de desolacion; y aun vive hoy el nombre y la memoria.

De cuantos cristianos intentaron abrirse paso con las armas, cerca de dos mil quedaron alli muertos ó reducidos á servidumbre; mas de treinta Comendadores faltaban; habia perecido en pocas horas la flor de Andalucía; y

al volver el Zagal á Málaga, halló estrecho el recinto de la *Alcazaba*, para encerrar á tantos caballeros cautivos. Aconteció tamaño desastre el dia 21 de marzo del año de 1483: viernes al fin, para que dejase de ser triste y aciago [110].

CAPITULO XLVIII.

Batalla del Rey Moro.

Al derramarse por España la nueva del desbarato que habian padecido los cristianos en las lomas de Málaga, fué tan grande la angustia y consternacion, que en todas las ciudades y villas no se oian sino lloros, gemidos, lamentos. En especial los Reyes Católicos, que veian deshacerse con aquel imprevisto golpe cuanto habian estado preparando á costa de cuidados y afanes, tuvieron que acudir á su piadosa resignacion, para sobrellevar tan dura prueba. Ni una queja se escapó de sus lábios, ni una reconvencion siquiera; y solo se notó que permanecian mas tiempo de lo acostumbrado al pié de los al-

tares, como pidiendo á Dios les diese fortaleza para llevar á cabo la obra que habian emprendido en su santo nombre.

Oyó el Señor la súplica, tan pronto y de un modo tan señalado, que se descubrió patentemente su divina mano. Un mes habia trascurrido apenas, cuando el luto de España se trocó en regocijo.

Aconteció pues, que al saberse en Granada el triunfo que habia conseguido el Zagal, á poco de haberse difundido la fama de la correría de Albo Hacen, aquel pueblo inconstante, que seguia siempre el iman de la fortuna, volvió otra vez el rostro hácia el destronado monarca; achacando á su Hijo que permanecia ocioso en la Alhambra, cual si fuese un tierno rapaz, sin osar apartarse del calor de su madre.

Llegaron estas voces á oidos de Aixa: y conociendo cuanto importa en tiempos de discordias civiles no malograr la ocasion ni dejar que tome cuerpo ninguna nubecilla, por leve que parezca, concertó con el alcaide Aliatar (que era ya su brazo derecho) que

saliese juntamente con Boabdil, para hacer una cabalgada por tierra de cristianos, á tiempo que se hallaban entorpecidos con el frio del miedo. « Ninguno de ellos osará hacer rostro (le decia la reina); que harto tienen que hacer con llorar á los suyos ».

Holgóse mucho el viejo de que le encomendasen aquella empresa, llevando por caudillo en el nombre, y en realidad como alumno al hacer las primeras armas, no menos que al rey de Granada; y verificados los aprestos con celeridad suma, salieron una mañana por la *puerta de Elbeyra;* alegres y levantados los ánimos de la ciudad por la mucha fé y confianza que tenian en aquel alcaide; pero temerosos y desconfiados al ver el continente de Boabdil: poco rey para tanto imperio. Hasta quiso la suerte que, al salir por la puerta, diese en lo alto del arco el estandarte real, que llevaba aquel príncipe, y se rompiese el asta; lo cual fué reputado generalmente como de mal agüero.

Con nueve mil peones y obra de setecientos caballos penetraron los mo-

rós por las tierras de Andalucía, desapercibidas á la sazon, sin capitanes ni gente de guerra; y como no encontrasen obstáculo, talaron á su salvo la comarca de Aguilar, y se presentaron ufanos á vista de Lucena. Era aquella villa muy poco fuerte, muros endebles, provisiones escasas, los habitantes cortos en número, y los mas de ellos sin armas; pero tenia las llaves su señor natural, el alcaide de los Donceles. El cual, lejos de desmayar en tamaño peligro, atajó lo mejor que pudo las entradas de la villa con fosas y reparos; recogió despues su gente á la parte mas alta; y se resolvió á defenderla á todo trance.

«Los moros me cercan, y yo no me rindo; venid si podeis á salvarme, ó á darme sepultura». Esto escribió aquel animoso mancebo á su tio el conde de Cabra, el cual se hallaba á la sazon en Baena; y aun antes de que le llegase el aviso, como le advirtiesen que en los montes de Horquera se hacian ahumadas, echando de cinco en cinco los hachos ardiendo (que era señal de que habia ejército real de moros talando la

frontera) no dejó trascurrir la noche sin mandar tocar á rebato, para reunir cuanta gente se le quisiese allegar, que apenas serian unos mil doscientos peones, y trescientos de á caballo, si bien todos ellos animosos, curtidos en la guerra; y sin mas aprestos ni preparativos salió muy de mañana, tomando el camino de Cabra.

Avisó al mismo tiempo al señor de Luque para que le enviase algun socorro, ya que él no podia salir al campo por su edad y achaques. Era aquel infeliz el padre del mozo Venegas; y á fuerza de llorar sus desdichas, se habia quedado ciego, como ya hemos dicho; pero apenas supo que se presentaba ocasion de tomar venganza de los moros, daba lástima ver al pobre viejo recorrer á tientas las salas del castillo, descolgar él mismo las armas, y entregarlas á sus deudos y vasallos: «Duro en ellos, y no dejeis ni uno solo con vida; acordaos que esos perros me asesinaron á mi hijo!».

Los ojos se le encendian como áscuas, al pronunciar estas palabras: y bien se echaba de ver cuánto le pesaba

y dolia no poder vengarse con sus propias manos.

Lo único que le consolaba era que estaba en su casa y compañía D. Alonso de Córdova, el señor de Zueros, de quien várias veces se ha hecho mencion en esta historia; el cual apenas supo que habia alli cerca moros, lo consideró como especial favor del cielo. «No tengo que ir en su busca; ellos mismos vienen aqui, á pagarme la deuda de Martos». No lo habia acabado de decir, cuando ya estaba cabalgando, sin aguardar siquiera á que le siguiese el alcaide de Luque, á quien se confió la bandera de la villa, para que á falta de su señor capitanease la gente.

En Cabra se reunió esta con la que habia salido de Baena; y como alli recibiese el conde nuevo aviso de su sobrino, advirtiéndole que crecian los apuros, y que ya los moros habian puesto fuego á las puertas, como postrer recurso á fin de apoderarse de la villa, apresuraron unos y otros el paso, para andar la legua que faltaba, y que llegase el socorro á tiempo.

Muy cerrada estaba ya la noche,

cuando llegaron á las inmediaciones de Lucena, con suma precaucion y recato, para no dar en alguna celada de los moros; mas al cabo de poco tiempo se cercioraron de que habian dejado estos de embestir la villa, desparramándose para talar los campos y heredades. Salió el alcaide de los Donceles á recibir al Conde y á los suyos; alojándolos dentro de la villa, lo mejor que pudo; mas sin descansar un momento, ya estaba inquieto el Conde para salir en busca de la morisma, pareciéndole un siglo las horas que faltaban hasta el alba. Hízole presente su sobrino que esperaba al dia siguiente las gentes de Aguilar y de Montilla; y que con ellas podrian salir en campo, visto que los moros eran muchos. «Mejor (replicó el Conde): nos tocarán á mas». Y en el momento mismo dispuso la salida, para en cuanto clarease, llevando consigo al alcaide de los Donceles y unos trescientos peones y ochenta caballos, con que habia defendido su villa.

No se ocultaba al Conde, como que tenia mas edad y experiencia, lo aventurado de la empresa que iba á aco-

meter; pero le anunciaba el corazon un triunfo completo, ó por mejor decir, Dios mismo le movia, para levantar con aquella victoria el ánimo de España. «No hay que dar grito de pelea, hasta que lo den ellos; para que se confunda uno con otro, y no conozcan que somos tan pocos. Ni hay que malgastar las armas, arrojándoselas desde lejos: ¿á qué tirarlas al aire, teniendo ellos cuerpos?» Y á esto el buen Conde soltó su propia lanza, y echó mano á la espada, para mayor estímulo y ejemplo; ordenando á su tio Lope de Mendoza, y á Diego Cabrera, alcaide de Doña Mencia, que echasen pié á tierra y se metiesen entre los peones, para darles aliento.

Estaba la mañana entoldada, cubiertos los campos con espesa niebla; mas al trepar un cerro, avisaron los exploradores que á la bajada estaban los moros, dispuestos sus ginetes en batalla, y la gente de á pié con poca órden y concierto. Mandó entonces el Conde que avanzasen las señas, disponiendo los suyos de tal manera que pareciesen la vanguardia de numerosa

hueste; y previniéndoles que á la primera acometida de los moros, por lo comun impetuosa, hiciesen semblante de ciar, para desordenarlos en el alcance y revolver despues sobre ellos.

Verificóse de todo punto cual el Conde lo habia previsto: al principio titubearon los moros, sin saber el número de los cristianos, y sin concebir siquiera que fuesen tan contados; arremetieron despues con ciega confianza, viendo que empezaban los nuestros á cederles palmo á palmo el terreno; mas presentándose entonces el Conde en persona, con su hermano D. Gonzalo, con el señor de Zueros y otros caballeros principales, hicieron tal riza y destrozo en las turbas de infieles, que comenzaron estos á remolinarse y cejar.

En el momento mismo, como si fuese permision del cielo, asomó por otro cerro, cubierto de carrascas y monte bajo, un tropel de caballos y peones, cual si intentasen cortar á los moros el paso; y al oir estos el sonido de unas trompetas italianas, que aquellos cristianos traian, fué tal su turba-

cion y espanto, como si el mundo todo les viniese encima. Ni tiempo tuvieron de discernir cuán pocos eran los que de aquella parte venian; pues apenas llegaban á cincuenta caballos y doble número de infantes, acaudillados por Lorenzo de Porres, alcaide de Luque, el cual inventó aquella traza.

Viendo perdido el lance, y que se desbandaban los suyos, corrió á rienda suelta Aliatar, por ver si podia contenerlos; pero tan ciego iba de furor y de ira, que se metió por la punta de las armas cristianas, y recibió cien heridas á un tiempo. Arrastró su caballo el cadáver, llevándole por medio de sus gentes; y apenas le reconocieron, cual si en él tuviesen puestas su salud y esperanza, empezaron á arrojar las armas y á ponerse en huida.

Desparcidos por aquellos campos, apenas uno que otro osó volver el rostro por espacio de mas de una legua, hasta que llegaron á la orilla del arroyo de Martin Gonzalez, que con las lluvias de la primavera venia muy crecido. Hallando atajado el paso, trataron de afirmar el pié y defenderse; pero

todo fué en vano; porque cayendo sobre ellos un tropel de cristianos, que venian delanteros, pusieron en tal aprieto á los infieles, que quedaron muertos ó cautivos cuantos no se ahogaron.

Encontrábase alli Boabdil, solo y abandonado; y viendo desangrarse el caballo, que habia recibido en el pecho una profunda herida, echó pié á tierra y se metió por el arroyo arriba, procurando ocultarse entre las yerbas y maleza. Descubriéronle dos cristianos, al registrar cuidadosos la márgen, y él se puso en defensa, embrazada la adarga y el alfange desnudo; mas al ver que uno de ellos le iba ya á traspasar con la pica, gritó despavorido; «no me mateis; que soy Aben Aleyzer, caballero de la casa real de Granada, y tendreis por mí buen rescate [111]. Esto solo le salvó la vida; y habiéndole aquellos soldados puesto á disposicion del alcaide de los Donceles, sin saber que fuese el rey de Granada, y teniéndole meramente por un moro muy principal, encargó aquel á un hidalgo de su casa (Cortes se llamaba por

cierto) que le llevase custodiado hasta el castillo de Lucena.

Muerto Aliatar y cautivo el rey, á quien los moros tambien reputaban muerto en la refriega, no pensaron sino en salvarse por los pies, cada cual del mejor modo que podia; pero aconteció en aquella ocasion, como en todas, que no hay puerta que no se cierre al que va huyendo de la desgracia. Advertidas por los rebatos y ahumadas, salian por todas partes las gentes de los concejos á defender su tierra y recoger despojos; salió tambien de Antequera D. Alonso de Aguilar, y recogió no pocos cautivos; y para que fuese mayor la rota y perdicion de los infieles, no parece sino que hasta los rios les salian al encuentro; ahogándose muchos de ellos al intentar vadear el Xenil y Beudera.

Pocos, muy pocos fueron los que lograron salvarse; habiendo quedado muertos ó cautivos mas de cinco mil moros, y buena parte de á caballo.

El primero que se puso en cobro, espoleado por el miedo, fué un moro llamado Cidy Caleb, sobrino del Alfa-

qui mayor de la mezquita del Albaycin; y llegando desatentado á la ciudad de Loja, entró á escape por las puertas, y recorrió las calles con el sello de la muerte en el semblante. Acudió la gente, y cercóle, y le preguntó una vez y otra: «caballero, ¿dó el Rey é la gente?»—A lo cual solo respondió, con un profundísimo suspiro: «allá quedan: que el cielo cayó sobre ellos; é todos son perdidos é muertos.»—Esto dijo, no mas: y como si no se creyese seguro ni aun dentro de los muros de la ciudad, salió de ella á todo correr, y tomó el camino de Granada; sembrando por todas partes la consternacion y el espanto [112].

Tal fué el éxito de la batalla, llamada *de Lucena* ó *del Rey Moro* [113].

CAPITULO XLIX.

De lo que aconteció en Castilla, al saberse la prision del Rey Chico.

Cuando despues de una noche oscura y tormentosa, sale por la mañana el

sol, alumbrando los cielos y regocijando la tierra, no es mayor el contento de todos los seres criados, que el que se experimentó en los anchos términos de España, al difundirse la voz de tan señalada victoria.

Llegó la nueva á los Reyes Católicos, hallándose en la villa de Madrid, aun no convalecido su ánimo de la reciente pena; y fué tan colmado su gozo, que despues de dar gracias al Dios de los ejércitos, á quien acudian siempre en todos los acontecimientos de su vida, únicamente pensaron en recompensar como era debido al conde de Cabra y al alcaide de los Donceles; ambos á dos iguales, no solo en merecimiento, sino tambien en nombre: Diego Fernandez de Córdoba llamábanse uno y otro.

Escribiéronles los Reyes «muy regaladamente (segun cuenta un historiador) el gran servicio que habian hecho á Dios y á ellos, y la obligacion en que los habian puesto.» Y como por los mismos dias hubiese llegado á Madrid Luis de Valenzuela, para informar á aquellos príncipes de todo lo concer-

niente á la prision del Rey de Granada, á fin de que S.S. A.A. proveyesen lo que habia de hacerse con su persona, dieron órden por el pronto y hasta pensar mejor lo que cumplia al bien de estos reinos, que se le custodiase en el castillo de Porcuna, con los miramientos debidos á su alta dignidad y aun mas á su desgracia; encargando la guarda de tan precioso depósito á un insigne caballero, Martin Ruiz de Alarcon.

No se dieron por satisfechos los Reyes con las honras y mercedes que tenian preparadas, á fin de recompensar al conde y á su sobrino; sino que para mas honrarlos, á vista y presencia de la corte, les rogaron, por no mandárselo, que viniesen cuanto antes á Madrid; pues que estaban los Reyes pesarosos (asi les decian en sustancia) hasta que no hubiesen satisfecho su deuda.

Apresuráronse á cumplir el mandato, que para tales caballeros lo era la menor demostracion de sus príncipes; y fueron recibidos en la corte con tales fiestas y agasajos, cual no habia desde muy antiguo memoria.

En su palacio los convidaron á cenar los Reyes, sentándolos á su propia mesa; y como ya se hubiesen levantado, y siguiese tocando la música, compuesta de ministriles y otros instrumentos, quedáronse todos maravillados, al ver que el Rey sacó á bailar á la Reina, quien vino en ello de buen grado, aunque sin desdecir de su magestad y compostura; cosa que dió á todos los que allí presentes se hallaban mucho gozo y contentamiento.

Prosiguió despues el sarao: y para mayor fineza, se concedió al conde de Cabra que bailase con la princesa Doña Isabel, la que despues fué reina de Portugal; y siendo ya muy entrada la noche, dijo el Rey á entrambos caballeros: «hora es ya de que os recojais.»

Despidiéronse entonces el conde y su sobrino, despues de besar la mano á S.S. A.A., regraciándolas por tantas mercedes; mas como todavía no se diese el Rey por contento, les dijo con mucha afabilidad y agasajo: «Esta será para con otras muchas.» — A lo cual contestaron ellos, haciendo mesura á los Reyes: «En servicio de Vuesas Altezas.»

Al despertar á la mañana siguiente, hallaron ya en su posada á un secretario de aquellos príncipes, que les traia la alegre nueva de las gracias que S.S. A.A. les habian otorgado: una cantidad de juro perpétuo, y otra de por vida; con licencia de añadir al escudo de sus armas por orla veintidos banderas, y en medio un Rey cautivo, con la cadena al cuello, en memoria de su reciente hazaña.

«Entre otras mercedes que hicieron al conde de Cabra (dice un célebre cronista, muy enterado en las cosas de aquella ilustre casa) fué darle privilejio, para que se pudiese llamar *Don*. Advierto de ello, para que se entienda el estado en que estaba entonces este alto prenombre, y el que tiene en este tiempo, que es harto lastimoso.... [114].»

¡Qué diria el buen cronista, si viviera en el nuestro!

CAPITULO L.

Vuelve Albo Hacen á Granada, y se sienta otra vez en el trono.

Si todo era júbilo y alegria en tierra de cristianos, ocioso fuera decir cual seria la conturbacion y desconsuelo en el reino de Granada. Tan imprevisto y recio habia sido el golpe, que por de pronto abrió los ojos á aquellos desalumbrados habitantes, viendo á sus plantas el abismo de males que con sus propias manos abrian; y como el comun peligro acallase las villanas pasiones, fué unánime el clamor para que se encomendase á una sola mano el timon del Estado.

Con la prision de Boabdil se habia hundido su trono; y fué menester la entereza de Aixa y el poder y valimiento de los Zegries, para que no se desbocase el pueblo contra aquella parcialidad; dándoles lugar y tiempo para refugiarse en el *Albaycin* y la *Alcazaba*, como quien busca asilo mientras pasa lo mas recio de la tormenta, sin

desistir por eso de seguir despues su camino.

En Málaga supo Albo Hacen el desman de su hijo; pero tanto puede la codicia del mando, y tan vivo era el ódio que contra Aixa abrigaba aquel príncipe, que en el primer momento sintió ensanchársele el corazon; y él propio hubo de sonrojarse, al ver que le rebosaba la alegria con el triunfo de los cristianos. Disimuló empero lo mejor que pudo, por no quebrar los ojos á sus vasallos fieles; y dejando encomendada á su hermano la custodia de aquella ciudad y la guarda de la frontera, partió sin pérdida de instante camino de Loja, cuyas puertas se le abrieron de par en par. Con tan feliz anuncio, no vaciló en seguir la vuelta de Granada, para aprovechar en favor suyo el desaliento y la sorpresa; mas al llegar frente por frente de *la torre del Salar*, ya vió llegar algunos caballeros, que venian á poner á sus pies las llaves de la ciudad, rogándole que mirase á sus moradores con la clemencia de padre, mas bien que con la justicia de Rey [115].

Holgóse mucho de ello: y como no era de suyo cruel ni sanguinario, solo pensó en la dicha de recobrar su trono, y de volver á verse en la Alhambra al lado de su esposa, de la cual no apartaba los ojos ni un instante.

A la mañana siguiente, hizo su entrada Albo Hacen, en compañia de Zoraya; acudiendo á bandadas las gentes, como para recibirle en triunfo; músicas por las calles, vivas y aclamaciones, empavesado el *Zacatin* con rica sederia, cubierto el suelo con ramas de palma y de oliva; pero aquellas demostraciones y agasajos como que ocultaban cierto fondo de tristeza y desconfianza, por lo mismo que recordaban las anteriores fiestas: que la union de los príncipes con sus pueblos, asi como la de los amantes, puede quizá soldarse, una vez rota, pero nunca queda tan firme.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

(3) *Generalife*, segun Luis del Mármol, significa *huerta del zambrero*; segun el padre Echeverria y otros autores, *casa de recreo*; pero todos ellos convienen en que aquel sitio estaba especialmente destinado á las fiestas de los reyes moros.

(4) Hoy dia la llaman *torre de los picos*, por ser la única de las seis, que subsisten por aquella parte (desde la salida de la Alhambra hasta frente de Fuente-peña) que está coronada de almenas, terminadas en pico.

(5) Asi se echa de ver, examinando atentamente aquellos parajes; y alli mismo dijeron al autor de esta obra que, segun antigua tradicion, habia estado aquel camino embovedado y cubierto.

(6) Este primer patio subsiste, poco mas ó menos tal como aqui se ha descrito; pero por el extremo que da salida á la *calle de cipreses*, se halla aquella parte del edificio renovada; y por el extremo opuesto han afeado el gabinete ó recinto, de que se ha hecho mencion, agregándole á cada lado una sala, ambas pequeñas y mezquinas.

(7) Las habitaciones labradas posteriormente entre uno y otro jardin los estrechan y afean, y no consienten espaciar la vista.

(8) En los autores antiguos se halla mas de un recuerdo de esta especie de baile; y los moros eran tan aficionados á él, que sus descendientes conservaron aquel uso, muchos años despues de la conquista. Cuando en el de 1526 vino Cárlos V con la Emperatriz á Granada, «fué su recibimiento solemnísimo y costoso (dice un his-

teriador); y señaladamente las moriscas hicieron una danza ó juego, que llaman *leilas*, tan regocijado para los que lo miraban cuanto peligroso para los que le hacian».

(Sandoval: *historia del emperador Cárlos V*, lib. XIII, párrafo V).

El mismo Emperador, en la junta que mandó celebrar en aquella ciudad, para reformar á los moriscos, les prohibió las *leilas* ó *zambras á la morisca*, y posteriormente, en la junta de Madrid, se renovó la prohibicion de aquel baile.

(Luis del Mármol: *historia del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. II, cap. 2.° y 6.°).

(9) Acerca del *tardion*, la *pavana*, y otros bailes antiguos que se usaban en Castilla, antes que se introdujesen otros mas vivos y licenciosos, véase lo que dice D. Casiano Pellicer, en su obra intitulada: *Tratado histórico sobre el orígen y progreso de la comedia y del histrionismo en España*: tom. 1.°, pág. 125).

(10) Este ciprés conserva hasta el dia de hoy el nombre de *ciprés de la reina Sultana*; porque se cuenta vulgarmente que los falsos testigos que calumniaron á la esposa de Boabdil, supusieron que la habian visto en aquel sitio entregada á livianos amores. La extraordinaria altura del ciprés, que descuella sobre todos los demas que á su lado se hallan, los gruesos nudos de su tronco, y lo corpulento de este, (que tres hombres asidos de las manos intentarian en vano abarcar) indican la vejez de este árbol, y le dan cierto aspecto venerable, que llama la atencion y despierta la curiosidad de los viajeros.

(11) Este género de diversion lo tomámos probablemente de los moros, como lo denota el antiguo nombre de *encamisada á la morisca.* Véase la alusion á una de esas fiestas en el *Centon epistolario* del bachiller de Cibdad-Real, epist. LXII).

(12) Junto á las tapias de la huerta de *Fuente-peña*, que está lindando con *Generalife*, se vé el *albercon de las damas*: su nombre, su forma y situacion, resguardada la espalda por la cumbre del monte, dan á entender que estuvo destinado al uso de los baños. Cuya conjetura se robustece y confirma, al notar los vestigios de un aposento cuadrado, á la orilla misma del estanque, al cual suele llamar la gente de aquel pago *el tocador de las damas*: claro indicio de que allí iban á descansar y vestirse, despues que salian del baño.

(13) Aun subsiste en la actualidad la hermosa calle de laureles, asi como la cascada que baja á los jardines desde el *Cerro del Sol.*

(14) «Tenian tambien las reinas otra *casa de campo* en Genil, donde se hacian los saraos y casamientos de los alcaides, con estanques de argamasa tan grandes, que llenos de agua andaban con barcos en ellos, y han quedado vestigios en las murallas de argamasa: lo demas está plantado de huertas».

(Pedraza: *hist. ecles. de Granada*: part. 1.ª pág. 42).

Hasta aqui el citado historiador: el autor de esta obra ha tenido ocasion de examinar cuidadosamente dichas huertas, y va á presentar un breve resúmen de lo que hoy dia se nota en ellas,

que pueda arrojar luz sobre lo que fueron en otro tiempo.

La primera se llama *Ginalcadi*, situada frente por frente del puente de Xenil, y apegada al convento de los Basilios; pertenecia á los reyes moros, al tiempo de la conquista, y como tal pasó al dominio de la corona de España; actualmente es de propiedad de la casa del duque de Gor, igualmente que otra huerta, llamada *Jardin de la Reina*, situada no lejos del Xenil, al principio del camino de Armilla.

En el jardin alto de dicha huerta se ven los vestigios de haber existido allí un edificio del tiempo de moros, segun la forma de los arcos y las labores con que estaban adornados. Hay una especie de torre, en cuyo piso alto se ven labradas las paredes con un primor tan exquisito como en las salas mas ricas de la Alhambra; corre despues al rededor una especie de faja ó cenefa, cuyos colores se distinguen todavía en el fondo, al cabo de tres siglos, presentando labores de estuco y letras enlazadas, segun uso de aquella gente. En la parte mas alta del muro, ya junto al techo, se vé una serie de nichos, divididos por columnitas pareadas, de forma caprichosa y bella, como si fueran otras tantas ventanas de aquel mirador. Despues arranca el techo, que termina en un embovedado de madera oscura entallada, semejante á otros que subsisten en la Alhambra.

En el jardin bajo es donde debian de tener su baño las reinas moras: aun subsiste un albercon grandísimo, mayor que cuantos hay en Granada; se vé el murallon de argamasa, como de dos va-

ras de espesor: la forma del estanque cuadrada, y la extension de terreno que encierra de unos seis marjales, segun dijo el labrador.

Debajo de la casa que este habita, se descubren vestigios de obra antigua, con arcos de ladrillo y dos ó tres puertas. Parece probable que en el *jardin alto* estaba la casa de la reina; en el *jardin bajo* el baño, que se surtia del agua de una azequia, que pasa por el linde mismo de aquel terreno; y que al lado del baño tendrian alguna habitacion para descansar y vestirse, como el *tocador de las damas*, junto á la alberca del propio nombre en Generalife, ó la sala que tiene los dos *alhamis* ó alcobas en los baños del palacio de la Alhambra.

En ambas huertas se han hallado soterrados algunos empedrados finos, losetas, azulejos etc.; y en el jardin bajo, algunos caños de plomo; todo lo cual confirma las anteriores conjeturas.

(15) «Andando pues el tiempo, vino á extenderse la poblacion de la *Alcazaba nueva*, hasta llegar al propio rio Darro, donde se pobló otro barrio agradable y muy deleitoso, que llamaron el *Haxariz*, que quiere decir la recreacion y el deleite; el cual es muy celebrado en los versos de los poetas árabes, por las muchas fuentes, jardines y arboledas que los regalados ciudadanos tienen dentro de las casas. Este barrio comienza desde *San Juan de los Reyes*, y llega hasta el rio Darro, donde está la parroquia de *San Pedro y San Pablo*, y la *Victoria* que cae en él».

(Mármol: *historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1.°, cap. V).

(16) Los árboles frutales, que en este lugar se citan, asi como otros muchos, los trajeron los árabes á Europa; y á ellos se debe igualmente el cultivo de muchos granos, legumbres, plantas medicinales, que fuera largo y prolijo enumerar.

(Véanse los *Nuevos paseos por Granada*, escritos por D. Simon Argote: tom. 2.°, páginas 73 y 74).

(17) La puerta de *Fajaleus* (y hoy corruptamente de *Fajalauza*) conserva en la actualidad su antigua forma, muy parecida á las demas que subsisten del tiempo de los moros; se pasa por ella viniendo del *Albaicin*, para dirigirse al *cerro de Dinadamar*.

(18) La cumbre del cerro es redonda, formando como una especie de mesa; motivo por el cual se llama comunmente el *panderete de las brujas*: habiendo la creencia vulgar de que allí se congregaban, en medio del silencio y obscuridad de la noche, para tomar vuelo desde aquella altura.

(19) *La Mezquita Mayor de la Alhambra* estaba situada no lejos de aquel palacio: despues de la conquista, se estableció allí la Iglesia Metropolitana de Granada; y hoy dia subsiste en aquel mismo sitio una parroquia, llamada por aquella causa *Iglesia Mayor de Santa María*.

(*Véanse los paseos por Granada*, escritos por el padre Echeverria: tom. 1.°, *paseo* XXXVII).

(20) Este es el pico mas alto de *Sierra Nevada*, ó por mejor decir de Europa, si se exceptuan meramente algunas cimas de los Alpes.

(21) Al pié del *panderete de las brujas* se

halla la *fuente de la gayomba*, hoy casi cegada; tiene su manantial dentro de una cueva, y á la salida forma el terreno una especie de semicírculo, poblado de arbustos y de yedra, muy frondoso y ameno. Recuerda aquel paraje la *gruta de la Sibila*, en las inmediaciones de Roma.

La otra fuente, á que aqui se alude, se halla en el *Cármen de las torres*, labrado por el padre del autor de esta obra, quien solia atribuir á aquellas purísimas aguas el recobro de su quebrantada salud.

(22) Por bajo del *panderete de las brujas*, en una especie de meseta que forma el regazo del monte, es donde probablemente estuvo situado el *albercon*, á que hace referencia el historiador Pedraza: confirmándose esta conjetura, no solo por la identidad del sitio, en alto, al lado de la acequia y al pié de las cascadas, sino por los restos y vestigios que aun subsisten.

Es de advertir que todavía se llama, por una tradicion no interrumpida, *el albercon del Moro*: se halla comprendido en el *cercado alto de Cartuja*; y á últimos ya del año de 1832, en que lo examinó el autor de esta obra, estaba plantado de olivos, y con hoyos abiertos para viñedo. Es de forma cuadrada, y cada uno de los lados tendrá unos cien pasos: el muro aun subsiste por algunas partes, de ocho pies de ancho, formado de argamason, pedruscos y arena con escasa cal, segun costumbre de los moros. En uno de los ángulos que miran á poniente, se ven con toda claridad los cimientos y restos de una torre, de las cuatro que tenia en sus esquinas; y al otro extremo del mismo lado, se ven vestigios de

otra torre, mediando entre ambas los vestigios del murallon que las unía.

Alzando las malezas y zarzales, se descubre que el agua entraba en el *albercon* por la parte de levante (que es por donde pasa la acequia y se despeña una cascada), hallándose el desagüe, segun las señas que aun se advierten, en el costado de poniente, que cae mas bajo; siendo probable que desde alli se distribuyesen las aguas, para regar los muchos *cármenes* de aquel ameno pago.

En los dos lados que corren de mediodia á norte, se descubren algunos restos del muro destruido; y á trechos se vé indicado el rastro por la yedra que hay apegada á las ruinas y escombros. Se ven tambien por aquellos parajes gayombos, murta silvestre y otras plantas semejantes.

La profundidad del *albercon* debia de ser de seis a ocho varas, atendiendo á que por algunas partes sobresale unas tres varas sobre el terreno el paredon antiguo; y viendo la hondura que tiene allí la tierra, asi como las raices de los olivos que hay en ella plantados.

(23) Es digna de mencionarse la descripcion que hace de aquel paraje un escritor que floreció dos siglos ha; cuya descripcion concuerda perfectamente con lo que ha observado por si mismo el autor de esta obra: « Aqui se ven vestigios de lo que llamaron los moros el *albercon*, por su grandeza: era un estanque de cuatrocientos pasos en circuito; y tiene las paredes de argamasa, que el tiempo ha convertido en peña viva. Este *albercon* se llenaba de agua de la azequia de Al-

facar; y *en él hacian los moros sus fiestas navales, en barcos y esquifes*. Aqui se bañaban las moras, á vista de la Vega, sin ser vistas de ella. Y en este hermoso edificio, por la materia, por el sitio y antigüedad, está al presente plantado de árboles; es una huerta; transformadas sus aguas en frutales; y está de mas provecho, pero menos hermoso. Las murallas, que eran de ocho pies de ancho, con cuatro torres en las cuatro esquinas, se han vestido de yedra, encubriendo su vejez con ella, y las torres se ven llenas de retamas y gayombas, que parecen mayos con flores. Desde aqui se descubre toda la Vega, y las sierras de Cogollos, Colomera, Moclin, Elvira, Montefrio, Alhama, y la Nevada, que le sirven de fortísimos baluartes. Aqui se despeña dós ó tres veces la azequia de Alfácar, tres picas en alto; de suerte que se pasa por debajo sin mojarse, dejando el aire tan frio, que templa el tiempo de mayor calor.»

(Pedraza: *hist. ecles. de Granada*: part. 4.ª cap. XLI.)

(24) Aun subsisten en Granada algunos barrios, cuyos nombres comprueban que se poblaron con los moradores de las ciudades y villas que iban cayendo sucesivamente en poder de los cristianos: asi, por ejemplo, el *Albaicin*, al norte de la ciudad, se pobló con los que vinieron de Baeza y de Ubeda, cuando las conquistó el santo Rey; y el barrio de la *Antequeruela*, al medio-dia de Granada, se pobló con los que abandonaron la ciudad de Antequera, cuando en el año de 1410 la conquistó el Infante Don Fernando.

(25) Tanto se habia arraigado esta costumbre, que despues de la conquista de Granada, cuando en el año de 1500 se encontraban los Reyes Católicos en aquella ciudad y la Reina muy triste por la ausencia de su hija, la Princesa Doña Isabel, «para alegrarla dispuso el Rey una fiesta. El dia de S. Juan salió de gala, con toda la gente de á pié y de acaballo á la Vega. La Reina con sus damas en hacanéas, donde *el Rey hizo una escaramuza y jugó cañas.*»

(Pedraza: *historia eclesiástica de Granada.* part. 4.ª, cap. XXVI.)

(26) Un escritor que vivió en Granada poco despues de la conquista, se expresa en estos términos: «La cuarta cosa (entre las siete memorables que contiene aquella ciudad) es una gran plaza y llanura, que poco ha se edificó por los cristianos, que llaman los moros *Bibarrambla*, y dicen que significa *puerta arenosa.* Cuya forma es cuadrada; pero á semejanza de mesa: porque la longura es mayor que la anchura; y tiene en largo seiscientos pies, y en ancho ciento y ochenta: en la cual hay una fuente, alta é insigne, y todo el campo en derredor claro y apacible, con las casas emblanquecidas y muchas ventanas.»

(Luc. Mar. Sic.: *De los Reyes Católicos,* lib. XX).

«Tiene esta ciudad cuatro plazas: la principal, la que sirve de teatro á sus fiestas, y por ellas fué celebrada de los poetas, es la plaza de *Bibarrambla*, que significa *del arenal*: es de forma de bufete, mas larga que ancha: midióla Lucio Marineo Sículo; y dice que tiene seiscientos pies de largo, ciento y ochenta de ancho:

tiene á un tercio de ella una fuente redonda, de dos pilas de piedra parda, con cuatro caños de agua, y por corona un leon coronado, con un escudo de las armas de Granada.»

(Pedraza: *historia eclesiástica de Granada*. part. 1.ª, cap. XXIII.)

Esto se escribia hace dos siglos; y hasta estos últimos años ha subsistido la *plaza de Bibarrambla* tal como la describió aquel historiador.

(27) El mismo Pedraza habla de los *miradores*, desde los cuales presenciaba la ciudad las fiestas que se celebraban en la *plaza de Bibarrambla*. Se cree generalmente que en aquel sitio se reunian los moros principales, encargados del buen gobierno de la ciudad; y no hay duda, por lo menos, de que allí estuvieron las *Casas consistoriales*, recien verificada la conquista.

(28) Son muchos y justamente celebrados los mármoles del reino de Granada; en especial el verde, del barranco de S. Juan, y el blanco de la sierra de Macael, uno de los mejores que se conocen para la estatuaria. En la capilla de la catedral, donde yace enterrado el arzobispo Don Manuel Moscoso de Peralta, se ven hermosas muestras de dichos mármoles, asi como en la Cartuja y otras iglesias de Granada, no menos que en el convento de las Salesas Reales, de Madrid, y en algunos palacios de nuestros Monarcas.

Hablando del rio Xenil un antiguo historiador, dice que «de allí se despeña por valles fragosísimos de peñas, entre aquellas sierras (*la Nevada*) y la de Güejar: y en él se hallan ricos mineros de jaspes matizados de diversas colores, de donde el Rey D. Felipe, nuestro señor, hizo sa-

car las ricas piedras verdes, de que está hecho su sepulcro en S. Lorenzo el Real.»

(Marmol: *hist. del reb.* lib. 1.°, cap. IX).

(29) *La torre de la campana* se halla situada en la parte mas alta de la Alhambra, llamada por eso la *Alcazaba*, y que debió de ser la que primero poblaron y fortificaron los moros, segun su costumbre.

«Los reyes moros de Granada (dice un historiador) fundaron para regalo y presidio la fuerza del Alhambra; juntando lo útil de la fortaleza con lo dulce de las delicias; que si bien bárbaros, eran sabios en esto. Comenzaron por una torre; y la primera fué la que llaman *de la campana*: y los labradores llaman á esta campana el *reloj de la vega*; porque hasta las once de la noche da dos golpes, y desta hora hasta las dos, tres golpes; y desta hora hasta que parece el alba, cuatro: y con ellos saben la hora que es, para madrugar á sus labores.»

(Pedraza: *hist. ecles. de Granada*: part. 1.ª, cap. XXVI.)

Hasta nuestros tiempos ha seguido la misma costumbre, con cortas variaciones: por cuya razon se da comunmente á aquella torre el nombre *de la vela*, y el mismo se da á la campana; acudiendo regocijados á tocarla las gentes de los alrededores de Granada, el dia en que se celebra todos los años la toma de aquella ciudad.

(30) Las *Torres Bermejas*, asi llamadas por el color que tiene la tierra, están situadas á la subida de la *calle de los Gomeres*, á mano derecha, labradas sobre lo alto de un monte, separado del que sirve de asiento á la Alhambra: en-

tre uno y otro hay una garganta ó gollizo, que es la alameda llana, que empieza en la *puerta de las granadas* y conduce á *fuente-peña*.

Las *torres bermejas* comprenden vários torreones y cubos; asi como algunas estancias subterráneas, que se dice sirvieron de mazmorras, (cuyo nombre conservan) para encerrar á los cautivos cristianos.

Examinando atentamentè aquellas obras, se advierte que hay una parte renovada; otra que muestra claramente ser de tiempo de moros; y otra aun mas antigua, labrada con losas bastas, de poco grueso y de color pajizo, que parece ser anterior á la dominacion de los agarenos.

Un historiador, muy entendido en estas materias, y que escribia en Granada á mediados del siglo XVI, dice hablando del Rey Alhamar: «este mesmo Rey edificó otro castillo pequeño, con su torre de homenaje, *en las ruinas de otra fortaleza antigua*, que debió ser la de la *villa de los judios*; y la llaman agora *las torres bermejas*.»

(Marmol: *hist. del reb.* lib. 1.°, cap. VII).

El Padre Echeverria opina tambien que son obra del tiempo de los romanos, y aun de edad mas remota.

(*Paseos por Granada y sus contornos*: tomo 1.°, pag. 14).

(31) Las calles de Granada debian de ser muy estrechas, segun uso constante de los moros, y las muestras que de ello han quedado en la parte antigua de la ciudad.

Un autor, que estuvo en ella poco despues de la conquista, se expresa de esta suerte: «Los

barrios y calles, que son muchas por la gran espesura de los edificios, por la mayor parte son angostas; y tambien las plazas y mercados, donde se venden los mantenimientos. Las cuales, despues que Granada se tomó, se han hecho por los cristianos mas anchas é ilustres.»

(Lucio Marineo Sículo: *de los Reyes Católicos*, lib. XX).

Lo mismo se advierte en el primer mapa de aquella ciudad, hecho por Hoffnagel, á mediados del siglo XVI; y que se halla en la obra de Bruin, intitulada: *Civitates orbis terrarum*.

Un historiador, que escribia en Granada por aquel mismo tiempo, se expresa en estos términos: «Estaban las casas de esta ciudad tan juntas en tiempo de moros, y eran las calles tan angostas, que de una ventana á otra se alcanzaba con el brazo; y habia muchos barrios donde no podian pasar los hombres de á caballo con las lanzas en las manos, y tenian horadadas las casas de una en otra, para poderlas sacar: y esto dicen los moriscos que se hacia de industria, para mayor fortaleza de la ciudad.»

(Marmol: *hist. del reb.* lib. 1.°, cap. XI).

(32) La *plaza nueva* está fundada sobre la bóveda de un gran puente, por debajo del cual pasa el rio Darro: «es el mayor (dice el Padre Echeverria) que se conoce en Europa y aun en el mundo. Un puente que tiene sobre sí una gran plaza, en que se han corrido toros, se han jugado cañas y sortija, se han celebrado tornéos; y es de tal magnitud, que ha tenido competente lugar para estos espectáculos, y bastante sitio para inmenso número de espectadores.»

Respecto de quienes labraron dicho puente, se expresa de esta suerte el mismo autor: «no se puede afirmar absolutamente que lo sea (obra de moros); me parece que es anterior. El arranque y junta del arco tiene el aire romano, y los cimientos de él son mas profundos que lo que los moros solian hacerlos. Se sabe que en esto de aqüeductos, puentes y arcos, es cuasi legítima esta consecuencia: es magnífico; luego romano.»

(*Paseos por Granada*: tomo 2.°, paseo XIX).

(33) La cria de la seda en Granada era muy productiva, y tenia gran fama en los tiempos antiguos.

Los escritores árabes celebran, como protector de ese ramo, al Rey Mahomad, el cual «protegió mucho *la cria* y *fábrica de la seda*, y llegó á tanta perfeccion, que aventajaba á la de Siria.»

(Conde: *hist. de la dom. de los árabes en España*, tomo 3.°, pag. 37).

Un autor, coetáneo de la conquista, habla de esta suerte, enumerando las cosas notables de aquella ciudad: «La séptima cosa, y de muy grande felicidad, de la ciudad de Granada, es un campo que llaman *la Vega*, muy grande y fertilísimo, asi de panes como de todo género de frutos muy abundante: y de las hojas de los árboles de que se hace la seda, pagan sus dueños á los Reyes cada un año *casi treinta y cinco mil ducados de oro*, y mas muchas libras de seda.»

(Luc. Mar. Sic.: *De los Reyes Católicos*, lib. XX).

La sedería era uno de los ramos de industria y de comercio, que mas florecientes estaban en

tiempo de los moros de Granada: baste citar en comprobacion el testimonio de un juez tan competente como el célebre Navagero, Embajador de la República de Venecia, el cual escribia lo siguiente á su amigo Rannucio, pocos años despues de la conquista de Granada: «aqui se labra toda suerte de ropas de seda, que tienen gran despacho por toda España.... se hacen tafetanes muy buenos, y acaso mejores que en Italia, y sargas de seda y terciopelo, tambien de buena calidad.»

(Capmany: *Memorias históricas sobre el comercio de Barcelona*: tomo 2.°)

(34) «Cuidaban mucho (las moras de Granada) de hacer crecer sus cabellos, de que se hacian largas trenzas, con sartas de coral y ámbar; se ponian grandes collares de lo mismo y de otras piedras preciosas, como eran el topacio, jacinto, crisólito y esmeralda, que adornaban su pecho, cayendo con graduacion en forma de semicírculo. Animaban su tez por medio del albayalde y por el arrebol; y hacían negros y crespos sus cabellos con una pasta, compuesta del carbon de la leña de mirto y de sus hojas mezcladas con aceite. Tambien usaban de un colirio, compuesto del zumo de las mismas hojas, en que ponian alcohol ó tutía, creyendo que volvia negros los ojos garzos. Tenian fama las granadinas de ser las mas garbosas de la provincia; eran de ingenio agudo, y de fácil y graciosa produccion: gustaban mucho de los perfumes y aguas de olor; ultimamente era tanto su lujo, que los historiadores lo califican de locura.»

(Argote: *Nuevos paseos por Granada*: tomo 2.°, pág. 58).

Estaba tan arraigado entre las moras el uso de pintarse el rostro y ennegrecerse el cabello, que subsistió largo tiempo despues de la conquista de Granada; y costó mucho trabajo estirpar aquella costumbre en la raza de los moriscos.

(35) Los treinta y dos linajes principales, que habia en la ciudad de Granada, cuando se encontraba esta bajo la dominacion de los moros, se hallan mencionados uno por uno en la obra titulada: *Guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita. Cap. 3.°

(36) El rio *Guadalete*, ó sea *rio de la muerte*, hubo probablemente de tomar este nombre á causa del destrozo y carnicería que padecieron en su márgen los cristianos, cuando la entrada de los árabes en España, que causó la ruina del imperio godo.

(37) La *mezquita mayor* de Granada se labró á mediados del siglo XIV, «con gran magnificencia y con todo el primor del arte,» segun las expresiones de que se vale Conde, el cual bebió en las fuentes de los escritores árabes.

Respecto de dicha *mezquita* da un escritor los pormenores siguientes: «Era un edificio cuadrado, bajo de techos, formado en cuatro pequeñas naves, sostenidas de cuatro órdenes de pequeñas columnas de jaspe, que cada dos de ellas era arranque en su capitel de cuatro arcos; y por consiguiente estaban las naves todas entrecortadas de arcos á igual distancia. El espacio de la techumbre, que estaba entre cada cuatro arcos, se levantaba algo mas, formando cada espacio dicho una pequeña cúpula ó media naranja, primorosa y prolijamente trabajada. Tenia

tres puertas: una al Occidente, que estaba donde hoy la puerta principal del Sagrario. Otra al Mediodia, que estaba donde hoy el postigo de la sacristia: y otra al Norte, que estaba donde hoy la que sale á la Catedral. El testero estaba al Oriente, donde hoy la puerta de la sacristia, que está detras del altar mayor.»

(Echeverria: *Paseos por Granada*: tomo 2.°, paseo XVII).

(38) Reconquistada Córdoba por el Santo Rey D. Fernando III, se recogieron en Granada los restos de las ciencias y de las letras, que con tanta gloria habian cultivado los árabes en aquella ciudad, cabalmente en los mismos siglos en que habia sido tan general y profunda la ignorancia de Europa.

A mediados del siglo XIV se fundó la universidad de Granada, ademas de otros establecimientos y colegios, que servian á la instruccion y ornato de dicha ciudad. Segun la opinion mas acreditada, la universidad estaba situada donde hoy las *Casas de cabildo*, cerca de la *mezquita mayor* y de la *casa del Alfaquí*; cuyos edificios tenian todos ellos la puerta en la plazuela por donde hoy se entra á la Capilla Real.

(Véanse los *paseos por Granada*, del Padre Echeverria: tom. 2.°, pág. 34; y los *Nuevos paseos*, de D. Simon Argote; tom. 2.°, pág. 106).

(39) La *puerta de Bib-Taubin*, ó sea *de los curtidores* (probablemente llamada asi, porque en tiempo de los moros existian las tanerías á la salida del Darro, como acontece en la actualidad) tenia encima un torreon, que le servia de defensa. Despues de la conquista, los Reyes Ca-

tólicos mandaron labrar un Castillo en el mismo paraje, que tomó entonces y conserva aun el nombre de *Castillo de Bib-Taubin.*

Por lo tocante á la puerta, que daba entrada al Campillo, se derribó en los primeros años de este siglo.

(40) «Esta puerta, en tiempo de moros, se llamaba de *Bibarambla ó del arenal*, por la vista que daba al rio Darro, y por la mucha arena que dejaba inmediata á esta puerta, por formar una especie de recodo. Despues se ha llamado de los *cuchillos*, por estar colgados á un lado de su arco las romanas y pesos faltos, como aparecen algunos hoy dia. Ultimamente se llama *de las orejas*; porque en el año de 1621, en la proclamacion del Sr. D. Felipe IV, se hundió una casa contígua á esta puerta, en donde perecieron algunas mujeres, á las que cortaban las orejas para robarles las arracadas ó pendientes.»

(Echeverria: *Paseos por Granada*: tom. 1.°, paseo VII).

(41) La *fuente del Pino* se ha hecho famosa, á causa de que en una obra tan popular como las *Guerras civiles de Granada* se señala aquel paraje como propio para duelos y desafios; segun se verificó con el del valiente Albayaldos y el Maestre de Calatrava. «Y se fueron por el camino de *Albolote*, (dice Gines Perez de Hita) un lugar que es dos leguas de Granada, á la *fuente del Pino*, tan nombrada y celebrada de los moros de Granada y su tierra.»

(Obra citada: pág. 211).

Dicha fuente subsiste hoy dia, y con el mismo nombre, en el término del lugar de Capara-

cena, lindando con el de Albolote; el paraje en que está situada presenta un aspecto agreste y sumamente pintoresco, por los árboles y arbustos que le dan sombra y frescura.

(42) He escogido este metro por ser el mas popular en España, desde muy antiguo, y ademas por la razon que indicó en su obra un autor muy versado en las cosas de los árabes: «Aun en esta parte he querido imitarlos en la traduccion, haciéndola en nuestro verso de *romance*, que es el género de composicion la mas usada en la métrica arábiga, de donde procede sin duda. Y los he hecho imprimir como ellos los escriben; porque cada dos versos de nuestros romances equivalen á uno arábigo, que ellos dividen en dos partes».

(Conde: *historia de la dominacion de los Arabes en España*: tom. 1.°, pág. XI).

(43) En el término de pocas lèguas, á una sola jornada de la ciudad, se cuentan los baños de la *Sierra de Elvira*, los de la *Malaha*, los de *Alhama* (que dieron á aquella villa su propio nombre) los de *Graena*, los de las inmediaciones de *Alcala la Real*, y otros muchos de diverso temple y distinta naturaleza, para alivio y consuelo del hombre en todo género de enfermedades.

(44) Aun subsiste esta atalaya del tiempo de moros, llamada comunmente *atalaya de Albolote*, por hallarse en el término de un lugar á que dieron aquel nombre.

(45) Los *viernes*, que era el dia que los moros consagraban expresamente á las prácticas religiosas, se reúnian en las mezquitas, donde el

sacerdote les leía y esplicaba algun pasaje del Alcoran, que estaba guardado en un nicho con la mayor veneracion. Tan hondamente arraigada estaba entre aquella gente la costumbre de celebrar el *viernes*, que en tiempo de Felipe II, casi un siglo despues de la conquista, se prohibió expresamente á los moriscos el que tuviesen cerrada aquel dia la puerta de sus casas: siendo este uno de los motivos que alegaron, al declararse en rebelion.

(46) «Y en señal de que lo agradeciamos, (dice Cervantes, en su novela del *Cautivo*) hicimos *zalemas*, á uso de los moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho».

(*Quijote*: part. 1.ª, cap. XL).

(47) Ademas tenian *mirabs* ó adoratorios, abiertos hácia el Oriente, en donde se detenian á hacer oracion los devotos que pasaban. Este uso se conserva todavía entre los turcos».

(Argote: *nuevos paseos por Granada*: tomo 2.º, pág. 17).

La especie de templete, que se ha conservado hasta el dia de hoy en la *plaza de los Algibes* (y al que comunmente se da el nombre de *puerta del vino*), era probablemente un *mirab* ú oratorio, segun lo indica su estructura, semejante á otros destinados al mismo objeto, asi como la inscripcion que estaba grabada sobre uno de los arcos. Toda la obra es notable por su mucha elegancia y primor.

(Hablan de ella el padre Echeverría y D. Simon Argote, en sus *paseos por Granada*).

(48) El castillo de Salobreña, situado á la

orilla del mar, y labrado sobre la cumbre de un peñasco, solia servir para encerrar en él á los monarcas destronados, ó á los príncipes que inspiraban temores de querer usurpar el trono: cosa no rara en un reino tan expuesto á discordias civiles como lo era el de Granada.

En la obra de Conde, ya otras veces citada, se hace mencion de vários príncipes, encerrados en los castillos de Almuñecar y Salobreña. «Este pequeño pueblo estaba situado en medio de un hermoso y fértil valle sobre un montecillo, cerca de la costa del Mediterráneo. Su defensa era un fuerte castillo, edificado por los reyes de Granada, para custodiar sus tesoros. Aqui tambien enviaban á sus hijos y hermanos, cuya ambicion les inspiraba algunos recelos».

(Whashinton Yrwing: *Conquista de Granada*, tom. 1.°, pág. 216).

(49) «Volviendo pues al puerto de Talia, donde se hace en lo alto de la tierra una hermosa dehesa de yerba y de encinares, y los moros llaman *Hesfaaraaya*, que quiere decir *campo de pastores*, y los nuestros *zafarraya*, prosigue todavía esta sierra mayor, dejando á mano derecha la ciudad de Almuñecar en la costa de la mar, y á la izquierda la de Alhama».

(Mármol: *hist. del reb.* etc., lib. 1.°, cap. II).

(50) En este paraje se designa el lugar en que se fundó la ciudad de *Santa Fé*: «Y como todos los campos y árboles y frutos talase y destruyese (el rey D. Fernando) en un lugar cercano á Granada, que los moros llaman *Goston*, á donde estaba un campo y una casa pequeña como alquería, asentada en un llano que dista de Grana-

da dos leguas, y mandó aposentar y asentar los reales; y allí los dichos Católicos Príncipes, habido su consejo, determinaron de fundar y edificar una nueva ciudad, en que durante la guerra el ejército pudiese seguramente invernar; y esta ciudad, trazada en forma cuadrada, le pusieron nombre *Santa Fé*».

(Luc. Mar. Sic: *de los Reyes Católicos*: lib. XX).

(51). En el tomo II de la obra de Bruin *Civitates orbis terrarum*, se halla tambien el mapa de la ciudad de Loja, tal como se hallaba á mediados del siglo XVI. Se vé en la parte mas alta el castillo, segun uso constante de los moros en todos los lugares que fortalecian: uso que seguian igualmente los cristianos, y de que tantos vestigios quedan en toda la sobrehaz de la península.

(52) Los *infiernos de Loja*, situados en las sierras vecinas á la ciudad, han dado márgen á muchas fábulas y tradiciones supersticiosas, á causa de la gran profundidad de aquellas simas, y del ruido subterráneo que desde su boca se oye.

(53) Son muchos los historiadores que hablan de la extraña condicion con que se mantenian las treguas entre los cristianos y los infieles; por lo cual nos limitaremos á citar á uno solo: «Continuábanse las treguas, que concertó el conde de Cabra; pero eran de tal manera que, segun las leyes de la guerra que se hacia entre ellos, se podia acometer cualquier castillo, que se pudiese combatir en tres dias, con que no se asentase real, ni fuese con banderas tendidas ni

con sonido de trompetas, como se sale á batalla aplazada; sino á hurto y acometimiento de improviso: y esto los tenia siempre en contínua guerra; combatiéndose los castillos y fuerzas que no estaban en buena guarda y defensa.»

(*Corónica de los moros de España*, por Fr. Jaime Bleda: lib. V, cap. II).

(54) Todos nuestros historiadores refieren la correría que hizo el príncipe Albo Hacen, en vida de su padre, devastando la comarca de Algeciras, y volviendo cargado de despojos; asi como la acometida de los cristianos junto al *rio de las yeguas*, acaudillados por algunos capitanes valientes, entre los cuales sobresalió por su esfuerzo, haciendo estreno de sus armas, D. Rodrigo Ponce de Leon, hijo del Conde de Arcos, mancebo entonces de 17 años, y que ganó despues tanta fama y renombre en la conquista de Granada.

«A quien por la excelencia y alteza de su persona (dice un escritor) llaman comunmente nuestros cronistas el *gran marqués*, cuya valerosa y diestra lanza en servicio de los Serenísimos Reyes Católicos fué muy conocida por su prudencia, esfuerzo y valor en la disciplina militar de aquellos tiempos y conquista de armas en el belicoso reino de Granada, de quien estan las historias llenas.»

(Alonso Lopez: *nobiliario genealogico de los Reyes y títulos de España*: lib. IV, pág. 201).

(55) «En este año de 1481 (dice un escritor veraz y prolijo) en el mes de octubre comenzó el Marques de Cadiz á facer públicamente la guerra á los moros, é sacó su hueste, é amaneció so-

bre Villaluenga, é quemóla; é corrió á Ronda é durmió sobre ellos, é derribóles la *Torre del Mercadillo*, é fízoles muchos daños, é volvióse con la honra é cabalgada; é dende en adelante fizo otras muchas entradas, é se siguió la guerra entre cristianos é moros é toda la frontera.»

(*Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel*, por el Bachiller Andres Bernaldez, cura que fué de la villa de los palacios. Cap. 48. M. S. existente en la Real Academia de la Historia).

(56) El Mariscal habia seguido la parcialidad de la princesa Doña Juana, á principios del reinado de los Reyes Católicos; y receloso y desabrido, habia abandonado el reino, refugiándose á Granada. Es curioso lo que acerca de este particular dice un escritor contemporáneo, por cuanto da á conocer algunas circunstancias propias de aquella época.

«El Mariscal en este tiempo estaba en Zahara y en Ronda, que era de moros, y por alli pasaba su vida; y sabiendo dél el Rey de Granada, Muley Bulli Hacen, envióle á llamar, é él fué alli por tierra de moros, con cinco de á caballo; é el Rey le fizo honra, é fué á tiempo que el Rey facia alarde, é vido el alarde el Mariscal, é díjole el Rey que se hallaba á la sazon con siete mil de caballo é ochenta mil ballesteros, é díjole al Mariscal que le requirjese, y que él le mandaria ayudar en lo que oviese menester; y despedido del Rey Moro, se vino á Zahara.» (Bernaldez. M. S. citado, cap. 31).

Despues que los Reyes Católicos tomaron la villa de Utrera, se reconcilió con la corte el

Mariscal, y murió de allí á poco tiempo.

(57) «El segundo dia de Navidad de dicho año de 1481 escalaron los moros á Zahara, é tomaron la fortaleza é la villa, con toda la gente é cuanto en ella avia, é se perdieron entre muertos é cautivos, chicos y grandes que ovieron los moros, 160 personas cristianas; que no se salvaron salvo algunos hombres que saltaron por los adarves; é la villa asi tomada, tuviéronla é defendiéronla cerca de dos años, fasta que se la tomó é ganó el Marques de Cadiz.»

(Bernaldez: M. S. citado, cap. 51).

(58) «Los Reyes D. Fernando y Doña Isabel, desde Medina del Campo, donde tuvieron aviso de lo que pasaba, mandaron á los que tenian cargo de las fronteras, y á las ciudades comarcanas, que se apercibiesen para la guerra, y que no aflojasen en el cuidado y vigilancia; que el daño recibido les debia hacer mas recatados, y avisar que los moros en ninguna cosa guardan la fé y la palabra. Verdad es que ellos se escudaban con la costumbre que tenian, durante el tiempo de las treguas, de hacer los unos y los otros cabalgadas y correrías, y aun se tomaban lugares, con tal que la batería no pasase de tres dias, y que no asentasen ni fortificasen cerca de pueblo que batian sus reales.»

(Mariana: *historia de España*, lib. XXV, cap. I).

(59) En el tomo II de la obra de Bruin, *civitates orbis terrarum*, se halla el mapa de Alhama, segun existia á mediados del siglo XVI, con una breve descripcion.

« Cerca de dicha villa (dice el autor citado)

se ven altos montes de rocas escarpadas, de los cuales se despeña con mucho murmullo un riachuelo, que nace en las *Sierras nevadas*, cerca de Granada, con temple tan helado, que por eso ha tomado el nombre de *Rio frio*. Este pasa al lado de las termas, y recibe el agua caliente que de ellas sale.»

(Zurita: *Anales*. lib. XX, cap. 42.—Mariana: *Historia de España*, lib. XXV, cap. I.—Bleda: *Corónica de los moros de España*, lib. V, cap. II).

(60) «Los cuales, porque no fuesen sentidos, se detuvieron por algunos dias en un valle, que se dice el *rio de las yeguas*, de donde moviendo lo mas secretamente que pudieron, guiándoles un moro que se habia tornado cristiano, llegaron una noche á Alhama, casi dos horas antes de amanecer. Es Alhama un lugar que comienza por la ribera de un rio en lugar bajo, y va subiendo cuesta arriba hasta el lugar llano, donde hay gran número de casas, calles y plazas. El cual lugar es muy fortalecido y cercado de muros y torres; y luego un caballero, que se llamaba *Juan Ortega*, hombre fuerte y animoso y muy diestro y experimentado en la arte de escalar muros, subió á la fortaleza, que estaba junto con el muro; y á un moro que era guarda de la fortaleza, que le salió al encuentro, mató con puñal. Hay quien dice que este no fué *Juan Ortega*, sino *Martin Galindo*.»

(Lucio Marineo Sículo: *De los Reyes Católicos*, lib. XX).

Lo mismo refieren con corta diferencia otros muchos historiadores.

(61) Alhama fué sorprendida y tomada por

los cristianos el dia último de febrero del año 1482: «y porque se rindió la villa este dia, por la noche, en medio de sus tinieblas y antes de ver la luz del dia, la llaman la *batalla tenebrosa.*»

(Pedraza: *hist. ecles. de Granada*: part. III. cap. XXXV).

La villa (segun Bernaldez) era de seiscientos vecinos: de ellos murieron ochocientos varones, en la refriega de aquella noche; y quedaron cautivas unas tres mil almas, poco mas ó menos.

(M. S. citado. cap. 52).

Casi todos nuestros historiadores concuerdan sustancialmente en lo relativo á la toma de *Alhama.*

(62) «Congojábanles algunas señales vistas en el cielo; y un viejo adevino, luego que los moros tomaron á Zahara, refieren, dijo en Granada á gritos: *las ruinas de este pueblo* (¡*ojalá yo mienta*!) *caerán sobre nuestras cabezas. El ánimo me da que el fin de nuestro señorío en España es ya llegado.*»

(Mariana: *hist. de España*; lib. XXV. cap. I).

(63) «Los Reyes Católicos (que á la sazon se hallaban en la villa de Medina del Campo) recibieron el primer mensajero con las cartas del Marqués de Cadiz, estando en su palacio oyendo misa, casi á los quince de marzo de 1482 años; y leidas las letras, en tanto que el oficio divino se celebraba (segun su costumbre) dando gracias á nuestro Señor, mandaron cantar el cántico *Te Deum laudamus*; y acabada la misa, con gran gozo de todo el palacio y de la Corte, el Rey se asentó á comer; y entre tanto que comia, así

como era prudentísimo, consideraba y revolvia en su ánimo que los Reyes de Granada con mucha gente irían luego á cercar á Alhama; de que se podria seguir grande peligro á los que estaban dentro, sino fuesen socorridos con presteza; y mandó luego aparejar las cabalgaduras y cama de campo para se partir; y en levantándose de la mesa, él y la Reina fueron á la Iglesia de Señor Santiago de la dicha villa, á donde dieron muchas gracias y loores á nuestro Señor por la victoria y toma de Alhama; y los Prelados y sacerdotes de su real capilla cantaron el cántico *Te Deum laudamus*; y de alli vuelto á su palacio, se partió el mismo dia para el Andalucia, y con él muchos caballeros, que entonces estaban en la Corte.»

(L. Marin. Sic. *De los Reyes Católicos*: lib. XX).

(64) «La Reina de España, la Señora de los tesoros de las Indías, ella, su marido, el príncipe heredero, las Infantas, todos comian por menos de cuarenta ducados... pocos años despues su nieto Cárlos, recien venido de Flandes y antes de casarse, gastaba en su mesa diaria mas de cuatrocientos.»

(Clemencin: *Elogio de la Reina doña Isabel.* Tomo VI de las *Memorias* de la Real Academia de la Historia).

(65) «Partió luego el Rey á socorrerla (á Alhama); y dejó á la Reina en Medina; mandando al cardenal quedase en su compañía, con órden de que partiese en su seguimiento. Juntó el cardenal la mas gente que pudo, sin las cuatrocientas lanzas ordenadas que tenia apercibidas, de que era capitan su hermano D. Pedro Hurtado de

Mendoza. Acudieron tambien sus sobrinos, el Duque, y condes de Tendilla y Coruña; y caminaron la vuelta de Alhama.»

(Salazar: *Crónica del gran Cardenal de España*: lib. 1.º cap. LIII).

(66) «La villa tomada (por los cristianos) pusieron sus guardas é todo buen recado, é estuvieron allí holgando viernes é sábado, é domingo é lunes, é fasta el martes, que vino sobre ellos el Rey Muley Hacen de Granada, con cinco mil é quinientos de caballo, é ochenta mil peones á cercallos.»

(Bernaldez. M. S. citado: Cap. 52).

(67) Herman Perez del Pulgar ejecutó hechos tan portentosos, desde el principio hasta el fin de la guerra de Granada, que mereció que en un ejército de héroes le apellidasen *el de las hazañas*. Algunos escritores le han confundido malamente con Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos, que los acompañó en aquella empresa; pero este mismo en su *Crónica* habla del otro, que era Alcaide del Salar, y á quien apellida *home de buen esfuerzo*. (Cap. III).

Ademas de la semejanza del nombre, y de haberse hallado juntos en aquella expedicion, medió la circunstancia de que Pulgar, el guerrero, escribió tambien una *Crónica*, en que refiere muchos hechos curiosos del Gran Capitan, su amigo y compañero de armas. Esta crónica, ya casi ignorada, la ha reimpreso el autor de esta obra, en su *bosquejo histórico* de *Hernan Perez del Pulgar, el de las hazañas*, publicado en el año de 1834.

(68) «Y al llegar á los llanos de Cantaril,

que son caminos de Archidona á Loja, (decian los Reyes Católicos á Hernando del Pulgar) algunos de los vuestros tuvieron pavor de pasar por la sierra de ella, é quisieron desampararos; é por no querer pasar adelante ni obedeceros, feristeis en ellos; é teniendo pavor de vos, os siguieron.»

(Real Cédula expedida por los Reyes Católicos en Medina del Campo, á 9 del mes de abril de 1494).

Del mismo documento, asi como de otros, resultan las mercedes que le hicieron á Pulgar, en remuneracion de los muchos y buenos servicios que prestó en aquella época; hasta el punto de decirle dichos Príncipes: «*que se debia á su industria é valor la conservacion de Alhama só su poderío.*»

(Véase el *bosquejo histórico*, y los *documentos* que le acompañan).

(69) La entrada de Pulgar dentro de Granada, cuando aun se hallaba en poder de los moros, llegando á poner el rótulo del *Ave María* en la puerta de la Mezquita mayor, como por via de toma de posesion, y saliendo luego sano y salvo en medio del alboroto de la ciudad, es un hecho tan singular y peregrino, que á pesar de la tradicion popular en que se apoyaba, ha llegado casi a reputarse como fabuloso; pero pocos hechos hay en la historia que descansen en pruebas mas auténticas é irrefragables.

(Hállanse recogidas abundantemente en la obra ya citada).

(70) «E como el rey moro volvió sobre Alhama, dejando de seguir los que vinieron con el

fardage, mandóle dar combate por todas partes; é llegaron los moros con las escalas hasta los muros, é combatian muy bravamente osando morir; é el señor marqués é los otros señores capitanes cada uno por su cabo esforzaron su gente, é diéronse á tal recaudo, que mataron ó firieron de los moros muy muchos, é defendieron bien sus vidas é la villa; en tal manera que los moros se enojaron é dejaron el combate, desque vieron tanto daño les facian El domingo siguiente dieron otro muy gran combate, é minaron el muro é vieron é vinieron á lo dar muy armados é peltrechados, é dando muy grandes alaridos é gritos; el cual duró por muy grande espacio, en que al fin fueron mas de dos mil moros muertos é heridos; é dende este dia no osaron dar mas combate real, salvo en el agua que quitaron muchas veces á los de la villa por la mina, é volvíanla á echar por dó solia ir; é sobre esta agua echar recibieron asaz daño los cristianos, que de algunos que murieron los mas fueron sobre el agua; porque no tenian sino un pozo en la villa; é padecieron los cercados muy grandes penas de sed, á causa que los moros les quitaban asi el rio: estuvieron cercados el marqués é aquellos señores é gente veinticinco dias; tantos estuvo el rey de Granada sobre ellos».

(Bernaldez. M S. citado: cap. 53).

(71) Alderete, en sus *Antigüedades de España*, trae una carta muy curiosa, cuyo *original* estaba en su poder, que me parece digna de estamparse en este lugar: dice asi =«Señores: sabed que á servicio de nuestro Señor el cerco á que venimos de esta ciudad de Albama se

hizo muy bien, como cumplia á servicio de Dios y de los Reyes nuestros Señores y á nuestra honra, que el jueves al alba se escaló la fortaleza é nos apoderamos en ella, é luego comenzaron algunos á salir por la villa; é como no salieron con concierto, no se pudo apoderar luego por la mañana fasta que se ordenó la gente; é por la fortaleza salió gran parte de la gente á la villa, é por un portillo, que se fizo en el muro de la otra parte de dicha fortaleza, entró asi mismo gente; é como quier que los moros pelearon bien en las torres é barreras, que avian fecho por las calles, se apoderó todavía la dicha ciudad, é murieron asaz moros é algunos caballeros cristianos, é otra gente, y ovo feridos. E vase dando órden é recaudo, cual conviene para la guarda de la ciudad. E porque convendrá facer otras cosas, conviene mucho, Señores, vuestra venida sea luego con toda la gente é fardaje que traeis, é asi el nuestro fardaje que allá quedó, con las gentes de á pié é de caballo que allá quedó. E vuestra venida sea al puerto de Zafarraya, porque allí nos juntemos; é tomado el puerto por vosotros, avisadnos con vuestros peones por dos partes cuando sereis en el puerto, el dia y á la hora; porque á aquella misma nosotros seremos alli: é nuestro Señor guarde vuestras muy virtuosas personas y estados. De la ciudad de Alhama, á tres de marzo de 82 años.

El Marqués de Cádiz.
El Adelantado.
El Conde de Miranda.
D. Juan de Guzman.

D. Martin Fernandez.

D. Diego de Merlo.

« Así están las firmas, y estas tres últimas están al pié del medio pliego en que se escribió la carta. A la vuelta, dice el sobre-escrito: A los Señores Conde de Cabra, é D. Alonso Señor de la casa de Aguilar, é Garci Fernandez Manrique, Corregidor de Córdoba, é Martin Alonso de Montemayor, é al Alcayde de los Donceles, é á otras Ciudades é Señores é Caballeros ».

« En este mismo reverso está de mano de D. Alonso, señor de Aguilar, unos renglones que escribió, estando armado y á caballo, que dicen: «Señor, hoy lunes á mediodia, en el *arroyo del ciervo*, á la pasada de Loja, me llegó con unos peones de Antequera esta carta, por la cual vereis, Señor, que no con menos diligencia debeis andar.—D. Alonso.—Y si por ocupacion alguna no podeis llegar oy aqui con dos ó tres de á caballo, mandadme avisar; porque se pasa el tiempo é gasta la vianda »·

(Alderete, obra citada; lib. II., cap. II).

(72) En las *Crónicas* de Alonso de Palencia y de Diego Enriquez del Castillo, así como en otras historias, se hallan muchos datos concernientes á las cruelísimas guerras y disturbios á que dió ocasion la enemistad de las dos poderosas casas de Medina-Sidonia y de Arcos, hasta que la Reina Doña Isabel puso término á tamaños males y escándalos, pocos años antes de comenzar la guerra de Granada.

Durante el primer cerco de Alhama se verificó la reconciliacion del duque de Medina-Sidonia con el marqués de Cádiz, del modo que refie-

ren con corta diferencia nuestros historiadores.

(Crónica de los *Duques de Medina-Sidonia*, por Pedro de Medina. M. S).

(Bleda: *Corónica de los Moros de España*, lib. V, cap. II).

(Mariana: *historia de España*, lib. XXV, cap. I).

(73) «E el Rey moro, desque supo que iban sobre él, alzó su real é fuese huyendo á Granada; é alzó su real en viernes de mañana, á veintinueve dias de marzo.»

(Bernaldez: M. S. citado, cap. 52).

(74) Estas palabras estan tomadas literalmente de la obra titulada: *Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España*, por Alonso Lopez de Haro: lib. I, cap. X).

(75) «La parte mas alta de Alhama, por su sitio y ser la subida ágria, fué ocasion de descuidarse en guardalla. Los contrarios, convidados de esta ocasion, una noche á 20 de abril, al amanecer, subido aquel monte, escalaron por alli el pueblo. Despertaron los cristianos; acudieron al peligro, pelearon valientemente, y cargaron sobre los contrarios con tal furia, que algunos de los bárbaros perdieron las vidas; otros por se salvar se echaron de los adarves abajo. Desta manera escaparon los nuestros de este gran peligro. Los que mas se señalaron en esta refriega y rebate fueron dos ciudadanos de Sevilla, llamados el uno *Pedro Pineda*, y el otro *Alonso Ponce*.»

(Mariana: *historia de España*, lib. XXV, cap. I).

(76) «Tornó el Rey Muley Hacen, moro Rey

de Granada, deude á pocos dias sobre Alhama, é púsole cerco, é túvola cercada cinco dias, en los cuales la combatió muy fuertemente, é fizo tirar con una gruesa lombarda tres tiros; é entraron los moros por una escala, que de antenoche habian puesto en un lugar pequeño de unas peñas, é vuelta del adarve en la villa, al tiempo del combate; é estaban ya dentro secretamente cuarenta moros, sovidos en el adarve en un compas secreto, que no los via nadie, é por sobir mas, quebróseles el escala, é no podieron sobir mas. En esto los cristianos ovieron vista de moros; é desque ellos vieron que los avian visto, salieron peleando é dando grita; é muchos cristianos se alteraron é dieron á huir, diciendo que sin remedio la villa era tomada: é los moros mataron dos cristianos; é otros cristianos que estaban cerca de alli se esforzaron, é arremetieron donde sintieron que estaba el escala; é vieron que se les habia quebrado, é atajaron los móros entrados, é mataron de ellos doce, é prendieron veintiocho, é murieron muchos moros de aquel combate, é fueron muchos heridos: é desque el Rey moro esto vido, alzó el real, é volvióse á Granada.»

(Bernaldez: M. S. citado, cap. 54).

(77) Varios son los historiadores que, acordes con la tradicion popular, afirman que la Reina Aixa salvó á su hijo Boabdil, descolgándole desde una ventana por una escala, formada con tocas y fajas de sus mujeres; discordando meramente acerca de algunas circunstancias, poco importantes.

Véase, entre otras, la obra de Mármol: *Del*

rebelion y castigo de los moriscos, lib. 1.°, cap. XII.

(78) La *fuente del avellano*, uno de los sitios mas deleitosos de Granada, se halla al pié del *Cerro del Sol* y cerca de las *Angosturas de Darro*. En la primavera y estío sirve aquel camino de paseo á los moradores de dicha ciudad.

(79) Desde la *fuente del avellano* se puede bajar al Darro por un cármen, atravesar el rio por un puente de mampostería, que hay fronterizo á la misma fuente, y que probablemente se labró en lugar de otro mas antiguo, como parece indicarlo el nombre que se da á aquel sitio, llamándole *puente quebrada*. Subiendo por el ribazo opuesto, se sale al camino del *Sacro-Monte*, casi al paraje en que por su forma toma el nombre de *las siete revueltas*.

(80) La *puerta de Guadix* se llamaba asi en tiempo de los moros, porque allí venia á dar el camino que conducia desde aquella ciudad, y que subsiste hoy dia, como camino de herradura.

De aquella puerta solo quedan unos cortos vestigios, que ha podido examinar el autor de esta obra: y consisten en dos trozos de columnas, que son conocidamente labradas por los moros, segun su forma y las labores de sus chapiteles, y que probablemente estarían colocadas en la *puerta de Guadix*. Hoy dia se hallan casi por frente del *Camino del Sacro-Monte*, sustentando dos esquinas de una callejuela sin salida, que va á dar á una puerta escusada del *Convento de la Victoria*. Tal vez por eso han opinado algunos que allí estaría antiguamente la *puerta de Guadix*; pero á mí me parece mas probable

(puesto que basta observar como están situados los trozos de las columnas, para conocer que han sido trasladados allí desde otra parte) que dicha puerta debió de estar colocada en el lado opuesto; y que desde ella, ó cuando menos de sus inmediaciones, arrancaría el antiguo muro, que aun se vé subir por aquel monte, hasta llegar á la *ermita de San Miguel el alto.*

(81) La *casa* llamada del *chapiz*, situada en la cuesta del mismo nombre (que significa en arábigo *constraste ó valuador de seda*) estaba destinada á este uso, segun el P. Echeverria.

(*Paseos por Granada*: tom. 2.°, cap. X).

Aun quedan de ella algunos vestigios, que son conocidamente del tiempo de los moros, y que han merecido ser trasladados á la estampa, en el pasado año de 1834, por el célebre artista inglés, Mr. Lewis, que ha publicado en Londres una magnífica coleccion de vistas y monumentos de la Alhambra.

(82) *Casa del gallo* se llama hoy dia el antiguo palacio de los Reyes moros, que probablemente comprendia (segun ha parecido al autor de esta obra, al recorrer aquellos parajes) el terreno en que se halla la parroquia de *San Miguel el bajo*, el *Convento de Santa Isabel* y las huertas adjuntas, situado todo ello en la cumbre del mismo cerro, desde el cual se disfrutan hermosísimas vistas.

La situacion del edificio, su vasta estension, sus estanques, y una tradicion no interrumpida, no dejan la menor duda de que allí estuvo situado dicho palacio, del cual dice lo siguiente el historiador Luis del Mármol: «Allí fueron los pa-

lacios del Bedilú Aben Habuz, en las *casas del gallo*, donde se vé una torrecilla, y sobre ella un caballero vestido á la morisca, sobre un caballo ginete, con una lanza alta y una adarga embrazada, todo de bronce, y un letrero al través de la adarga que decia de esta manera: *Calet el Bedui Aben Habuz quidatehabez Lindibuz*, que quiere decir: « *Dice el Bediü Haben Habuz que de esta manera se ha de hallar el andaluz.* » Y porque con cualquier pequeño movimiento de aire vuelve aquel caballo el rostro, le llaman los moriscos *dic reh*, que quiere decir *gallo de viento*; y los cristianos llaman aquella casa la *casa del gallo.* »

(Historia *del rebelion y castigo de los Moriscos*: lib. 1.°, cap. V).

En el siglo pasado sirvió aquella casa de recreacion á los arzobispos de Granada; y en el presente se ha establecido en ella una fábrica de lona, que aun subsiste, á pesar del decaimiento de nuestra marina, tan funesto á la riqueza y prosperidad de Granada.

(83) « Esta es la *puerta Monaica*, dicha asi vulgarmente, por corrupcion de su verdadero nombre, *Mosayca*: en esta, cuando se ofrecia algun motin ó rebelion en Granada, ponia el rey moro una bandera para recoger los soldados *Zenitas*, que eran unos africanos que tenia pagados para defensa de su persona, como ahora las guardias Walonas y Españolas; y por vivir el rey en lo alto de la *Alcazaba*, tenian su morada aquí, en este sitio inmediato, que por ellos se llamó *Zenette*, que es por bajo de las *Vistillas de San Miguel.* »

(Echeverría: *paseos por Granada*: tomo 1.°, paseo VII).

Aun subsiste hoy dia la *puerta Monaica*, si bien casi intransitable por los escombros é inmundicias: se halla á mano derecha, subiendo por *la cuesta de Lacava*, en una pendiente muy ágria; está defendida por un torreon, y termina en arco, la forma de herradura, como casi todas las que han quedado del tiempo de los moros. Cae por cima de la *puerta de Elvira*; y de entre una y otra parece que arrancaba la antigua muralla, de que aun se ven no pocos vestigios y de trecho en trecho varios torreones: ha conservado el nombre de *muro de la Alcazaba*.

(84) «Poblóse tambien otro barrio, por bajo de *las Casas del gallo*, y fuera de los muros de la *Alcazaba*, á manera de un arrabal, llamado el *Zenette*, donde moraba una generacion de moros llamados *Beni Zenetta*, que venian á ganar sueldo en las guerras; y los reyes moros se servian de ellos, como de milicia segura, para guardia de sus personas; y por tenerlos junto de sí, cuando sus palacios eran en las *Casas del gallo*, les dieron aquel sitio donde poblasen, el cual ès áspero y se extiende por una ladera abajo hasta lo llano.»

(Mármol: *historia del rebelion y castigo de los moriscos*: lib. I, cap. VI).

En Granada se conservan todavía el *barrio y la calle del Zenette*, que corre paralela á la de Elvira, y va á dar á la *cuesta de la Caldereria*. Dicho barrio se halla situado precisamente debajo de las *Casas del gallo*, extendiéndose por el repecho de aquel monte.

De esta tribu guerrera, venida de Africa, quedan muchos vestigios en España, y que recuerdan su nombre: tales como el marquesado del *Zenette*, *Cenes*, *Maracena*, *Belicena*, y algunos otros.

(85) «Luego sigue *Bibel Marstan*, que quiere decir *puerta del hospital de los incurables*: porque donde agora está San Lázaro, habia un hospital de incurables; y los cristianos la llaman *Bib-almazan*.»

(Mármol: *historia del rebelion y castigo de los moriscos*: lib. I, cap VI).

(86) «Y aquí derribó la ciudad gran parte de ella (la segunda cerca), para hacer la *carrera* (de *Darro*); porque iba por delante de San Pedro, hasta una torre que estaba delante de Santa Catalina, señalando con almagra y un clavo una gran creciente del Dauro, que llegó allí con sus aguas, siendo Granada de moros, *poco despues de la toma de Alhama*.»

(Pedraza: *historia eclesiástica de Granada*: part. 1.ª, cap. XVIII).

(87) «La 7.ª (puerta) es la *de los molinos*, por la salida á una ribera de ocho molinos de pan, que mueren con unas acequias del Xenil. Tambien llamaron á esta la *de Huejar*, por ser esta puerta la salida á un lugar llamado Huejar, que está á la falda de la Sierra Nevada.»

(Echeverría: *paseos por Granada*, tomo 1.º, paseo VII).

(88) Hasta el dia de hoy se llama el *camino de los Abencerrages* á uno que se halla por bajo del paseo de San Anton el viejo: principia no lejos de las márgenes del Xenil, y se dirige como en busca de la *Sierra Nevada*.

(89) En el tomo I de la obra ya citada de Bruin se halla un mapa de la ciudad de Málaga, tal como era á mediados del siglo XVI; y en él se ve la fortaleza de la *Alcazaba*, en la pendiente de una cuesta que va á dar al mar, y en lo alto el castillo de *Gibralfaro*, que parece tomó este nombre por corruptela del suyo propio *Gibel faro* ó *Cerro del fanal*, por uno que habia en aquel sitio.

Asi la fortaleza como el castillo, á pesar de los trastornos y mudanzas que han padecido con el transcurso de los siglos, conservan hasta de presente el nombre que les dieron los moros.

(90) En el apéndice al tomo II de la obra de Bruin, *civitates orbis terrarum*, se hallan algunas noticias acerca de la antigua ciudad de *Velez de la Gomera*, la cual contenia una gran plaza, un castillo para el alcaide, un palacio para sus reyes, y otros indicios de poder y grandeza.

Su situacion se halla indicada con algunos edificios en un pequeño mapa, que acompaña, y en el que se halla trazado el *Peñon de Velez de la Gomera*, juntamente con la costa vecina y la *playa de las cuatro torres*, en que desembarcaron las tropas españolas que arrasaron aquella ciudad.

(91) Don Luis de Salazar y Castro (en la *historia de la casa de Lara*, lib. V, cap. 12) refiere como en una entrada que los moros hicieron en el reino de Córdoba, cautivaron á *Pedro Venegas*, tercer hijo de los señores de Luque, á los ocho años de su edad, al cual criaron en su ley y le llamaron el *Tornadizo*, que en arábigo suena *Gilaire*. Asi le nombra la *Crónica* de D. Juan el II, cuando refiere que en el año de 1431

aconsejó á aquel monarca que hiciese su entrada por la vega de Granada; y es el mismo que, casando con Citimerien, hermana del rey de Granada Juzef Aben Almaul, tuvo á los dos grandes generales de los moros, *Albucacin y Reduan Venegas* y á *Citimerien Venegas*, que casó con Cidi Hiaya, alcaide de Baza, nieto del rey Juzef.

En la *historia de la casa de Cabrera en Córdoba* (fol. 231) se halla referido el mismo hecho y con las propias circunstancias: expresándose ademas que el Pedro Venegas de Quesada, que cautivo en su infancia llegó despues á tener tanto valimiento entre los moros, era hijo del famoso Egas Venegas, (tercer señor del estado de Luque, que se distinguió mucho en la toma de Antequera) y de Doña Mencía de Quesada, hija de Pedro Diaz de Quesada, señor de García, y de Doña Juana Fernandez de Cárcamo, hija de los señores de Aguilarejo en Córdoba.

De tan ilustre estirpe procedian los *Venegas* que existian en Granada, al tiempo de la conquista por los Reyes Católicos, segun se dirá en otro lugar de esta obra: siendo notable que un autor coetáneo, y sumamente fidedigno, atribuye gran parte de los disturbios civiles de aquel reino «á la envidia que tenian los caballeros de Granada por la gran privanza que con el rey tenia el Bozin *Venegas*, Alguacil de Granada, que mandaba á Granada é todo el reino mucho mejor que el rey. *Este Alguacil era de linaje de cristianos, de los Venegas de Córdoba*, é su padre é abuelos fueron cristianos, é él nació en tierra de moros, é era muy gran servidor del rey.»

(Bernaldez: M. S. citado: cap. 56).

(92) Existe efectivamente, en el paraje que aquí se indica, una casa muy curiosa, labrada toda ella de una misma piedra, con doce estancias pequeñas: cuando la examinó el autor de esta obra, (á mediados del año de 1832) aun subsistian en pié los muros, hasta la mitad de su altura; pero no tenia ni puertas ni techumbre.

(93) Desde la cumbre del monte, llamado comunmente *mesas de Villaverde*, se descubre frente por frente la boca de una cueva, á la que dan aquellas gentes el nombre de *Cueva de la Encantada*; refiriendo que de ella solia salir una aparicion.

(94) «El tercer rio, que baja de Sierra Blanquilla, nace á la parte del Burgo, y pasando junto á la villa, va al castillo de Turon, fortaleza importante cuando la tierra estaba por los moros, y á la villa de Hardales: y juntándose con él otros rios en unas sierras, se vá á despeñar entre dos piedras tajadas de grandísimo altor, que estan media legua abajo de la junta que llaman el *despeñadero*: allí entra el rio por una angostura ó gollizo muy largo, donde antiguamente estaban dos grandes poblaciones, *cuyas reliquias se ven el dia de hoy*, apartadas media legua del rio, la una hácia el mediodia, y la otra hácia el norte: la del mediodia llaman los modernos *Villaverde*, y la otra *Abdelagiz*, donde está una poblacion pequeña, que corruptamente llaman Audalaxix.»

(Mármol: *hist. del reb. y cast. de los moriscos*: lib. 9.°, cap. III).

Esto se escribia por los años de 1580; en la actualidad el rio se despeña igualmente por en

medio de un monte tajado, como si el rio mismo lo hubiese hendido; cae de una altura de veinticinco á treinta varas; y despues forma un remanso ancho y profundo. Esta cascada, situada en medio de sierras altísimas, recuerda algun tanto el *circo de Gavaruie* en los Pirineos, y *la caida del Rhin* en Suiza; ofreciendo un hermoso espectáculo, si bien no tan grande y sublime.

(95) Al lado de la cascada, en lo alto del monte, se vé abierta la boca de una cueva, donde hace pocos años penetraron algunas personas en busca de un tesoro; pero parece que solo hallaron unas estancias pequeñas y totalmente vacias.

(96) En un antiguo M. S., en que se refieren muy por menor todas las cosas concernientes á la conquista de Antequera, ha hallado el autor de esta obra la anécdota á que ha aludido, por juzgarla curiosa cuando menos, y como tal digna de mencionarse: « Asi vino tambien en el ejército del Infante una doncella valerosa, armada y disfrazada, por nombre *Laurena*, nacida en las sierras de Bejar, en Estremadura, hija de Ricardo, ganadero; la cual peleó gallardamente con el moro Argolan, y le venció, y hizo otras hazañas de grande nombre. »

(97) El monte, en que se hallan estas ruinas y desde el cual se descubren hermosísimas vistas, forma una llanada en su cumbre; razon por la cual le habrán probablemente dado el nombre de *mesas de Villaverde*. Por toda la montaña se ven vestigios de una gran poblacion: piedras labradas, restos de muros, y señalado el terreno de un campamento, ó bien fuese de una fortaleza, en la misma cima.

«*Villaverde*, despoblado de la provincia de Granada, distante una legua de la villa de Hardales, otra del castillo de Turon, y tres de Antequera al occidente. Conserva los cimientos de piedra de un pueblo romano, y se perciben los de las casas con sus patios, escaleras y demas distribucion, los de las calles y los de la plaza. Pertenecia á los *célticos turostanos*.»

(*Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, por D. Juan A. Cean-Bermudez, p. 339).

(98) No solo existe este abundante algibe de agua potable, sino que se conserva todavía la antigua escalera de piedra, para bajar á la cueva en que aquel se halla situado.

(99) Muchos historiadores hablan de esta correría de Albo Hacen; y uno de ellos la refiere en los términos siguientes: «En el dicho año de 1482, mientras el rey estaba sobre Loja, corrió el rey Muley Hacen, el viejo, el campo de Tarifa, en que llevó mucho ganado vacuno, como no habia caballeros que lo resistiesen, que estaban en el cerco de Loja, é á la salida cerca de Castellar, dieron en la delantera de los moros Diego de Vera, Alcaide de Gibraltar, é Cristoval de Mesa, Alcaide de Castellar, con fasta sesenta de caballo, é desbarataron ciento cincuenta de caballos moros, muertos é heridos; é con aquel alboroto se volvieron mas de dos mil bacas de las que los moros llevaban; é con todo eso, llevaron todavía mas de tres mil bacas; é ansi el rey moro se volvió á Málaga, donde entonces reinaba, despues que Granada lo despidió, tomando por rey á su hijo Muley Boablidelin.»

(Belnaldez. M. S. citado, cap. 59).

(100) «El infeliz (dice sentidamente un historiador contemporáneo) cayó herido de dos saetas, que le atravesaron el pecho; y apenas libertado de las garras de los enemigos, que estaban sobre él, espiró de allí á poco tiempo: mancebo muy gallardo y muy querido de la nobleza.»

(*Crónica*, latina, de Alonso de Palencia: M. S. existente en la Real Academia de la Historia.

(101) «E como vido aquello (el rey Fernando) acudió por aquel lugar con unos pocos de caballeros, diciendo á voces: *tener*, *caballeros*, *tener*; é peleó allí él mesmo con los moros, é desbarató una batalla, é atajó obra de cincuenta moros, que no pudieron tomar el paso....»

(Belnaldez: M. S citado, cap. 58).

El cronista Hernando del Pulgar refiere el mismo hecho de esta manera, seca y descarnada: «El rey é los capitanes, é los caballeros que con él estaban, visto aquel desconcierto, y el peligro grande en que todos estaban por la fuida indiscreta de aquellas gentes, mostraron el ánimo de fortaleza que fué necesario en tal tiempo á la salud de todos, é ficieron rostro a los moros que salian de la Cibdad, para ir en seguimiento de aquellas gentes que fuian. E cada uno de aquellos caballeros en su estanza, con sus criados y las gentes de sus casas, pelearon con los moros, é ficiéronlos retraer. El rey con algunos caballeros púsose á caballo en un lugar bien peligroso de los tiros de polvora é ballestas, que los moros tiraban; é desde aquel lugar proveia á los lugares mas flacos que entendia, é mandaba á algunos que fuesen á ayudar á otros, ansi á pié como á caballo.»

(*Crónica*: part. 3.ª, cap IX).

Este y otros pasajes semejantes dan márgen á creer que es merecida la censura que de dicha obra hizo un escritor coetáneo, tachándola de escasa y diminuta: juicio que insertamos aquí, como muestra curiosa de crítica literaria, y como una nueva prueba de que los hechos que obraron los cristianos, durante la guerra de Granada, son aun mas singulares y portentosos de como por lo comun los refiere la historia. « En todo ello el cronista (Pulgar) pasa sucintamente; que lo que escribe aun no es suma muy breve de lo mucho que deja por decir; y lo que es peor es que en muchas partes y lugares procede tan desnudo de particularidades, que ni nombra las personas, ni dice el hecho entero con sus circunstancias como pasó; antes trocándolo y abreviándolo demasiadamente, lo confunde con alguna retórica vana, de que algunas veces usa; en tal manera que no se puede bien juzgar si lo hizo por dolo ó por culpa; porque aunque en las crónicas principalmente se deben contar las vidas y los hechos de los príncipes; pero no por eso se deben dejar ni olvidar los hechos notables de las personas que inciden en el tiempo de que la crónica habla y trata; nombrándolas y expresando los lugares y circunstancias necesarias que se requieren para entera noticia del hecho, y para mayor gloria de los reyes, en cuyo tiempo los tales hechos pasaron, y para memoria de los porvenir, fama y ejemplo de sus sucesores, que se esfuercen á los seguir. A infelicidad grande por cierto de la nobleza de España se debe atribuir, siendo los tiempos felices y los actos notables que se repartieron por todos los linajes y casas

de España, segun la magnanimidad de tan grandes príncipes, que á todos amaban y de todos se servian y eran de todos servidos, haberles dado cronista tan escaso y estéril de dar á cada uno su talento.»

(*Anales breves de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, por el doctor Don Lorenzo Galindez Carbajal, de su Consejo, etc. M. S. existente en la Real Academia de la Historia).

(102) «E como el rey en esto andaba peleando con los moros, recrecíanse mas moros; é vídolo el marqués de Cadiz, é socorriólo con sesenta lanzas, dejando el cabo donde estaba, é vino allí, é fizo quitar al rey de aquel peligro, é púsose él allí, é salieron otra vez los moros por alli, é fizo el marqués tres ó cuatro vueltas sobre ellos, muy esforzadamente con los que con él estaban, é echó una lanza á un moro é atravesólo, é quedó sin lanza é firiéronle el caballo de una saeta; é con esta vuelta que fizo escusó que no se perdió parte del real; con todo, se perdió mucha harina é algunos tiros de pólvora, en los cuales fueron cuatro ó cinco ribadoquines.»

(Bernaldez: M. S. citado, cap. 58).

(103) Todos los historiadores convienen sustancialmene en el descalabro que sufrieron las armas cristianas durante el primer cerco de Loja; asi como en la penosa retirada de que se ha hecho mencion.

(Mariana: *historia de España*: lib. XXV, cap. II.)

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*, parte 3.ª, cap. IX).

El primero de dichos historiadores alude á un

rumor que cundió en aquellos tiempos, y que explica con alguna mas extension otro escritor, que vamos á citar: «Deste destrozo y del levantarse el cerco de Loja tan arrebatadamente, hubo diversos rumores entre las gentes; afirmando el vulgo, que suele por la mayor parte hacer muy errados juicios, y algunas veces sale verdadero, que habia sido por cierta traicion; y que por ella se habia visto el rey en mucho peligro; y esta fama se derramó tanto, que fué necesario que el rey mandase escribir á las ciudades destos reinos que habia sido por no llevar el número de gentes que requeria el cerco de aquélla ciudad; así por el asiento de ella, como por las entradas y salidas que tiene, que necesariamente eran menester tres campos, y tambien faltaron los bastimentos, que se mandaron llevar al real.»

(Bleda: *Corónica de los moros de España*, lib. V, cap. IV).

(104) Bernaldez. M. S. citado, cap. 58).

(105) Acerca de este punto, véase el erudito *apéndice*, con que enriqueció su *Elogio de la Reina Doña Isabel* el laborioso Don Diego Clemencin. (Tomo 6.° de las *Memorias*, premiadas por la Real Academia de la Historia).

(106) «Los moros, temiendo los males que de la guerra se les habian seguido, é recelando de los haber mayores, enviaron sus Alfaquies á publicar por todos los reinos é pueblos de Africa el gran daño que recibian, é la necesidad en que estaban por la guerra que el Rey é la Reina les facian; é que temian perdicion de la tierra, sino les enviaban ayuda de gentes é mantenimientos. Sabido esto por el Rey é por la Rei-

na, mandaron hacer armada de naos é galeras por la mar, de las cuales eran capitanes Martin Diaz de Mena, é Charles de Valera, é Arriaran. Estos capitanes, por mandado del Rey é de la Reina, estaban continuamente en el Estrecho de Gibraltar, é andaban por los puertos de Africa, é facian guerra á los moros, é no dejaban pasar navios de la una parte á la otra».

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*; parte 3.ª, cap. VII).

(107) Mariana: *historia de España*: libro XXV, cap. II).

(108) «Con poco mas de tres mil de caballo y obra de mil peones, entraron en la *Xarquía de Málaga*; comenzando de correr é quemar lugares é matar é robar, un jueves de mañana, víspera de S. Benito, á 20 dias de marzo, fasta la tarde, que se apellidó toda la tierra de los moros, é vinieron de cada parte muchos moros sobre ellos».

(Bernaldez: M. S. citado, cap. 60).

(109) «El marqués, por guarecer la gente de la rezaga, quedó atajado aquella noche, que no pudo llegar ni pasar á la gran batalla del Maestre é de los otros Señores: allí por amparar la rezaga, le mataron el caballo, é quedó con fasta cincuenta de caballo atajado; é avia muchos moros entre él é la otra gente, é estuvo gran parte de la noche allí; é los tornadizos le amonestaron é aconsejaron que saliese por una parte por dó lo guiarian; pues no podia juntarse con los demas, sin peligro de su persona; é que si allí aguardaba á la mañana, amanecerian sobre aquellos moros, que lo tenian cercado, otros en

gran suma, é que entoncès no se podria quizá poner en cobro; é de tal manera se vido afrentado aquella noche, que ovo de tomar el consejo de los tornadizos, é no pudo al facer sino escapar su vida á uña de caballo, por donde lo guiaron los adalides suyos tornadizos, é Luis Amar, é al fin salió á Antequera».

(Bernaldez: M. S. citado, cap. 60).

«El Marqués (dice otro historiador contemporáneo) visto el destrozo de los suyos, tomó otro caballo; porque el suyo ya estaba cansado é mal ferido; é guiándole un adalid por una sierra alta, que duraba cuatro leguas, se pudo salvar. E los moros siguieron el alcance fasta media legua, matando é captivando muchos de los cristianos. Allí, en aquel destrozo, mataron los moros á D. Diego, é á D. Lope, é á D. Beltran, hermanos del Marqués, é á D. Lorenzo é á D. Manuel, sus sobrinos, é otros muchos de sus parientes é criados, é de los otros que se llegaron á su compañía».

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*: parte 3.ª, cap. XIX).

(110). Muchos son los historiadores, y todos ellos contestes en las circunstancias principales, que refieren el horrible destrozo que padecieron los cristianos en la *Axarquía de Málaga*. Entre otras, pueden consultarse las obras siguientes:

(Bernaldez. M. S. citado: cap. 60).

(Alonso de Palencia: *Crónica*, en latin, M. S. lib. II *de la guerra de Granada*).

(Pulgar: *Crónica*, part. 3.ª cap. XIX).

(Mariana: *historia de España*, lib. XXV).

(Zurita: *Anales*, lib. XX, cap. XLVII).

Dos escritores de nuestros dias, ambos á dos extranjeros y muy aficionados á la literatura española, han trazado con mucha fidelidad y exactitud aquel lamentable suceso. Whashington Irving, en el tomo 1.º de su amena obra intitulada: *Chronicle of the conquest of Granada*; y su compatriota Mr. Prescott, que acaba de publicar, en los Estados-Unidos de América, una obra llena de selecta erudicion: *History of the reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic*: tomo I, cap. X).

(111 Garibay, *Compendio*; lib. XL, capítulo XXXI).

(112) Esta curiosa anécdota está sacada de la obra del cura de los Palacios, en su M. S. tantas veces citado, capítulo 61; en el cual refiere aquel autor lo concerniente á la *batalla de Lucena ó del Rey Moro.*

(113) El autor de esta obra ha seguido principalmente, al referir los pormenores y circunstancias de esta importantísima batalla, la relacion que se halla en la *Crónica del Gran Cardenal de España*, por el doctor D. Pedro Salazar y Mendoza; el cual dice expresamente lo que sigue: « Este suceso se refiere de tantas maneras, que si bien no toca tanto al Cardenal, por ser el Conde casado con sobrina suya, me corre obligacion de referirle, *tomado de buenos originales, escritos por personas que se hallaron presentes* ».

(Obra citada: lib. I, cap. LIV).

(114) Salazar: *Crónica del Gran Cardenal de España*; lib. 1.º, cap. LIV, párrafo IV).

En el mismo se halla la narracion de la fiesta

y de las demas recompensas que otorgaron los Reyes Católicos al conde de Cabra y al alcaide de los Donceles.

(115) «En el dicho año de 1483, luego como los moros de Granada vieron perdido al Rey, é vieron que era tanta gente con él estragada é perdida, enviaron por el viejo á Málaga, que volviese á reinar; é vino luego, é apoderóse en Granada como antes estaba».

(Bernaldez M. S. citado, cap. 62).

Todos los demas historiadores concuerdan en el mismo hecho.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA SEGUNDA PARTE.

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE.
11	16	tambien	tan bien
170	26	se tenia	se tenia
187	17	mis-mismo	mismo
256	25	al cabo	al fin
286	25	ó los moros	á los moros
334	8	hermoso,	hermoso.
365	11	*constraste*	*contraste*
364	1	Bedilú	Bediú

